



C.J. Daugherty

Night School

Resistencia

Lectulandia

Allie se refugia en el sur de Francia y casi logra convencerse de que está a salvo, hasta que los matones de Nathaniel la atacan. Se ve obligada a huir nuevamente y a regresar al único sitio que considera su hogar: la Academia Cimmeria.

Cuando llega, Allie apenas reconoce el colegio. La tensión está por las nubes y, lo que es peor, Nathaniel está cerca, muy cerca, de conseguir su objetivo.

Desesperada por pararle los pies, Allie aceptará acompañar a Lucinda en una peligrosa misión. ¿Pero estará poniendo en peligro la vida de sus amigos? Carter y Sylvain están dispuestos a luchar a su lado para probarle su amor, y Allie sabe que tiene que decidirse de una vez por todas. El tiempo de las dudas ha terminado. Hay muchas cosas en juego y el que se alce victorioso se lo llevará todo.

Resistencia es la trepidante cuarta entrega de la serie de éxito mundial Night School.

Lectulandia

C.J. Daugherty

Night School. Resistencia

Night School - 04

ePub r1.0

Eibisi 07.01.17

Título original: *Night School: Resistance*

C.J. Daugherty, 2014

Traducción: Sofia Pons, 2016

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jack

Para conocer a tu enemigo, debes convertirte en tu enemigo.
Sun Tzu

Uno

—Tienes que relajarte —dijo Sylvain—. Si estás tensa, te hundirás.

Allie lo fulminó con la mirada; sentía cada uno de sus músculos agarrotados, tirantes como cuerdas.

—Estoy relajada.

El agua fría del mar les llegaba hasta la cintura y las olas los mecían suavemente. Allie sentía la arena blanda bajo los pies y el abrasador calor del sol en la piel, mientras miraba a Sylvain sobre las aguas azul cobalto.

Sylvain arqueó las cejas.

—No lo estás —le dijo, señalando los hombros tensos y los puños apretados de la chica—. Mírate. Estamos en el Mediterráneo y parece que estuvieran a punto de torturarte.

Allie se encogió de hombros. Aunque se hacía la indiferente, le costaba creer que estuviera realmente allí. Con él. Haciendo todo aquello.

Estoy en el sur de Francia y Sylvain me está enseñando a nadar. ¡Qué fuerte!

Él seguía esperando una respuesta, así que murmuró algo en tono lúgubre acerca de la tortura del submarino.

Sylvain torció el gesto.

—Aquí —dijo—. Es fácil. Simplemente... siéntate.

Como a su alrededor no había ningún sitio en el que sentarse, Allie entornó los ojos.

—¿Que me siente?

Él le mostró a qué se refería. Al sumergirse, fue como si el agua lo levantase y lo sostuviese, como si estuviera sentado en una silla invisible. A continuación se recostó y flotó, ligero como una pluma.

—¿Lo ves? Es fácil.

Vacilando, Allie lo imitó. Pero en cuanto levantó los pies del fondo, se hundió como una piedra. Chapoteando frenéticamente, logró hacer pie y se volvió hacia él indignada, escupiendo agua.

—No puedo sentarme en el agua —le espetó, enfurecida.

Sylvain trató de adoptar una expresión comprensiva, pero le brillaban los ojos y sus labios esbozaban una sonrisa burlona.

—Ha sido... mala suerte.

—¿Mala suerte? —Todavía con el regusto salado en la boca, Allie se sintió incapaz de articular una frase entera—. Venga —dijo él, acercándose—. Inténtalo de nuevo, y esta vez yo te sujeto.

—Eso sí que no —Allie huyó. Ya había tenido suficiente natación por un día.

Sylvain la persiguió entre risas.

—Eso sí que sí.

Allie trató de llegar hasta la orilla, pero la arena y el mar conspiraron para hacerla

más lenta y, en cuestión de segundos, Sylvain la atrapó por la cintura. Tiró de ella y Allie trató de zafarse, riendo nerviosa e impotente.

—No sé nadar. Por favor, no me hagas aprender —imploró—. Odio aprender. Es estúpido. Es malo.

—Aprender —dijo Sylvain con calma— es maravilloso.

Sylvain nadaba junto a Allie, y los pies de ella ya no tocaban la arena. Las manos firmes del chico la sujetaban por la cadera y, de repente, Allie se sorprendió flotando en el agua sin saber muy bien cómo había ocurrido.

Ahora estaba tendida de espaldas y contemplaba el magnífico azul del cielo, mientras Sylvain se mantenía a flote y la hacía girar lentamente en círculos.

—¿Lo ves? —dijo él—. Sabía que podías hacerlo.

—Pero si me estás sujetando —le contestó.

—No, no lo hago.

Y no lo hacía. En algún momento la había soltado y ahora ella estaba flotando, libre.

—No me lo puedo creer —murmuró Allie. Y sin embargo, era cierto. No se hundía ni tragaba agua. El mar la sostenía suavemente. Se sentía segura.

Cerró los ojos por un instante. La tranquilidad y el silencio reinaban en la cala, solo oía el rumor de las olas que llegaban a la orilla y regresaban al mar. Era... perfecto.

En ese instante, el primer disparo silbó en el aire.

Con el ruido, Allie dio un respingo y empezó a hundirse. Antes de que se fuera al fondo, Sylvain la agarró y tiró de ella.

El chico escudriñó la orilla.

Aferrándose a sus hombros, Allie le siguió la mirada. Todo seguía igual que antes: la arena suave, los altos peñascos, el mar azul. Pero de pronto todo aquello parecía distinto, peligroso.

Un miedo cerval se extendió por su interior como el fuego. Era la primera vez que abandonaban el complejo desde que habían llegado a casa de la familia de Sylvain hacía un mes. Ahora ya no volverían a darles permiso. ¿Iba a pasarse así la vida, siempre huyendo?

Siempre asustada.

Pensó en Rachel, a la que habían dejado sentada junto a la piscina de la casa de veraneo de Sylvain. ¿Y si la estaban atacando a ella también? Tenían que salir de allí y volver junto a ella.

Elevó una oración silenciosa. **Por favor, que esté bien.**

Sosteniendo a Allie, Sylvain empezó a nadar hacia el espigón que bordeaba la playa y se adentraba en el mar.

Allie se sentía un lastre. Le habría gustado ser muy pequeña y ligera.

Afortunadamente él era un nadador excelente y se desplazó con brazadas rápidas y seguras.

No perdieron de vista la orilla ni un momento. Todo parecía tranquilo.

Estalló otro disparo, que retumbó en las rocas.

Allie y Sylvain se miraron asustados. Sabían que era mejor no hablar. Sin mediar palabra, él la cambió de brazo, para resguardarla con su cuerpo de la orilla, ahora letal.

El agua parecía más fría; Allie empezó a tiritar.

Pistolas. En Inglaterra se habían enfrentado a muchas cosas, pero nunca a las armas. No se puede correr más que las balas. Ni nadar.

Durante tres meses, Rachel y ella habían ido de refugio en refugio. A cuál más elegante, aislado y solitario.

Habían llegado a Francia hacía unas semanas, donde Sylvain las estaba esperando, y allí habían conseguido sentirse casi como en casa.

Y de hecho se lo habían pasado bien... hasta ahora.

Tenía que haber imaginado que esto no iba a durar.

En cuanto alcanzaron el espigón, Sylvain se dirigió hacia un recoveco donde las rocas los protegían por todos los flancos, como en una casa sin tejado.

Tensos, se agacharon.

Al abrigo de las rocas, Allie se sintió lo bastante a salvo para susurrar:

—¿Qué..?

—No lo sé —la voz de él reflejaba preocupación y tenía la mandíbula apretada—, pero voy a averiguarlo.

El miedo ardía como el ácido en las entrañas de Allie. Debía de notársele en la cara, porque él la sujetó por los hombros con manos firmes. Sus ojos le suplicaban que no le llevara la contraria.

—Quédate aquí —le susurró. Las palabras parecieron resonar a su alrededor—. Por favor, Allie. Voy a ver qué pasa y vuelvo en seguida. Te lo prometo.

Allie se estremeció, impotente. Tenía que ir con él, la habían entrenado para ello.

Pero no sabía nadar. Si insistía en acompañarlo, podía ponerlos en peligro a ambos.

Le sostuvo firmemente la mirada.

—Ten cuidado.

Por un momento, él la miró como si quisiera decir algo más, pero, en vez de eso, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Allie notó la piel de él, fría y mojada contra la suya.

Entonces Sylvain se deslizó entre las rocas y se sumergió en el mar. Desapareció sin apenas levantar oleaje.

En cuanto lo perdió de vista, Allie deseó que volviera.

Le dolía el pecho. Se abrazó a sí misma con fuerza.

La gente seguía sufriendo por su culpa. Primero Ruth y Jo, y luego Rachel. Si

Nathaniel le ponía la mano encima a Sylvain...

Sonaron tres disparos seguidos. Ahogó un grito y se agachó. Una bala rebotó contra algo y sonó un crujido agudo.

Allie se agarró a una de las rocas que se levantaban ante ella, clavando las uñas en una grieta de la piedra oscura. Los percebes le pinchaban entre las uñas como cuchillas. Agradeció el dolor; la ayudaba a pensar.

El tiempo pasaba y Sylvain no aparecía. Cada vez le costaba más respirar. ¿Cómo iba a quedarse ahí? A lo mejor estaba herido y necesitaba ayuda.

Siguió agachada durante un rato, debatiéndose entre salir corriendo a buscarlo o hacer lo que él le había pedido. Contó sus respiraciones.

Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco.

Ya tendría que haber vuelto.

Hasta que ya no pudo aguantarse más. No sabía nadar, pero podía vadear o... caminar. ***O algo.***

Allie dio un brinco, asustada, al ver cómo, en aquel preciso instante, emergía Sylvain, empapado.

Tuvo ganas de llorar de alivio.

Al verla, la cara de Sylvain se relajó. Se puso rápidamente al abrigo de las rocas.

—Estaba seguro de que no ibas a estar aquí —le dijo.

—Si no sé nadar. —Una amarga frustración asomó a su voz y se obligó a hablar en susurros—. ¿Qué está pasando?

El semblante de Sylvain se ensombreció.

—Son dos. De momento nuestra escolta los está conteniendo, pero podría haber más en camino. Tenemos que salir de aquí, y rápido.

Se la quedó mirando con aquellos ojos azules, nublados por la preocupación.

—Pase lo que pase no te alejes de mí, ¿vale?

Allie, que no tenía ninguna intención de perderlo de vista otra vez, asintió enérgicamente:

—Te lo prometo.

La tomó de la mano y se agachó. Salieron de su escondrijo y se metieron en el mar helado. El miedo había agudizado los sentidos de Allie; le parecía ver cosas que se movían bajo el agua y notaba cómo le rozaban la piel.

Como había hecho antes, Sylvain la sujetó con fuerza y los impulsó entre las olas dando enérgicas patadas. Esta vez, en lugar de dirigirse a la orilla, se alejaron de ella. Despacio y a contracorriente, consiguieron rodear el espigón hasta alcanzar el otro lado.

Allí no había una bonita playa esperándolos. Las olas y el viento habían azotado la desamparada costa, cubierta de arbustos y maleza.

Oyeron gritos en la distancia. Sylvain agarró a Allie y, apretando los dientes, nadó con mayor empeño. Dejaron atrás las olas y se dirigieron veloces hacia la orilla.

Al alcanzar la parte menos profunda, echaron a correr. Sylvain tomó a Allie de la

mano mientras salían a trompicones del mar, luchando contra la fuerza de las olas, que tiraban de ellos como si quisieran retenerlos.

Pararon para tomar aliento cuando llegaron a las rocas que resguardaban la cala. La luz implacable del sol teñía la escena de un color dorado.

Desde las rocas, Allie divisó los todoterrenos de su escolta y, justo delante, como un destello rojo, la moto de Sylvain.

Sonaron gritos a lo lejos. Personas desconocidas discutían a voces en francés. Allie no veía a nadie; los guardias seguramente estaban en las rocas.

—Shhh... —Alzando la mano, Sylvain se puso a escuchar. Luego se giró hacia Allie, con mirada imperiosa—. Tráman algo. Prepárate.

Oyeron pasos contra la arena. Más gritos. Sonó otro disparo.

Sylvain tiró de Allie.

—Ahora.

A toda velocidad, echaron a correr por la arena. Los arbustos espinosos arañaron las piernas de Allie y las conchas afiladas cortaron sus pies descalzos, pero ignoró el dolor y se esforzó por correr más rápido.

El reflejo brutal del sol convertía la arena en un cegador lienzo blanco. El aliento le ardía en la garganta.

Ante ellos, la motocicleta de Sylvain era como una advertencia.

Rojo. Stop. Peligro.

Y la alcanzaron. De un brinco, Sylvain montó en la moto y ayudó a Allie a subir detrás. Los gritos irrumpieron a sus espaldas y el chico tiró los cascos al suelo; no había tiempo para eso.

Sabían de sobra qué pasaría en cuanto girara la llave, que brillaba, caliente, en el contacto, donde la habían dejado.

Sus atacantes irían tras ellos. Armados.

El chico se volvió a mirarla con aquellos penetrantes ojos azules; su expresión era firme y resuelta.

—Agárrate.

Dos

El rugido del motor de la motocicleta ahogaba todos los demás ruidos. Era tan ensordecedor que no habrían podido oír ni un disparo.

Allie se aferró a la cintura de Sylvain y notó su piel caliente, febril, contra la de ella.

El chico aceleró. La moto salió disparada como una bala de cañón por el camino de tierra. Parecía dotada de vida propia y Allie, aunque estaba agarrada a Sylvain con todas sus fuerzas, luchaba por no caerse y apretaba los dientes con la velocidad.

Era como si la gravedad quisiera separarlos.

Sylvain tensaba los músculos en su esfuerzo por mantener la motocicleta erguida y en línea recta. El camino era tan abrupto que los dientes de Allie empezaron a castañetear.

Ante ellos apareció el cruce con una carretera asfaltada, congestionada con el tráfico de la tarde. Si querían incorporarse, tendrían que aflojar el paso.

Agazapada tras el cuerpo de Sylvain, Allie volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. A lo lejos, un coche oscuro rugía en dirección a ellos. Aún no estaba muy cerca, pero avanzaba a gran velocidad y les daría alcance en cuanto Sylvain frenara para incorporarse a la carretera.

Se iban acercando a un ritmo trepidante, y el chico no daba muestras de ir a frenar. Con una lucidez repentina, Allie comprendió que no tenía intención de hacerlo.

Iba a meterse a toda velocidad en aquella carretera abarrotada.

No había tiempo para decir nada o tratar de disuadirlo. Allie cerró los ojos, se agarró aún más fuerte y apretó la cara contra la espalda desnuda de Sylvain.

Llegaron a la intersección y se cruzaron por delante de un coche pequeño, que tuvo que dar un frenazo para no estrellarse contra ellos. Sylvain giró bruscamente la moto y los neumáticos chirriaron, dejando en el aire un olor acre a goma quemada.

En ese instante, perdió el control.

Dando bandazos, vieron cómo la carretera se acercaba a ellos.

Allie gritó y apartó la cara en el preciso instante en que un camión cargado hasta los topes daba un volantazo hacia el arcén, levantando una oscura polvareda.

Maldiciendo en francés, Sylvain luchó por dominar la moto. A esa velocidad y sin cascos ni nada que los protegiese, Allie sabía que si tenían un accidente morirían. Pero no podía hacer nada, salvo agarrarse. Contuvo la respiración y se aferró a la cintura de Sylvain con todas sus fuerzas.

En un segundo, tal y como lo había perdido, el chico recuperó el control de la moto. Con un acelerón, siguieron a toda velocidad por la carretera.

Allie suspiró aliviada y apoyó la barbilla en el hombro de Sylvain. No podía distinguir de quién era el corazón que latía desbocado, si de él o de ella, pero los hombros desnudos del chico brillaban de sudor y a ella le costaba respirar.

Sylvain se volvió.

—¿Estás bien?

No había palabras para describir cómo se sentía, así que se limitó a asentir. En cuanto ganaron velocidad, Sylvain se dobló sobre el manillar. A un lado, el mar discurría en una borrosa franja azul y, al otro, los campos se sucedían a toda prisa, creando una acuarela dorada, verde y lavanda. Ahora Sylvain conducía con suavidad y adelantaba vehículos sin asomo de dudas o miedo.

Allie no tenía ni idea de a qué velocidad circulaban, pero presentía que muy por encima de los 150 kilómetros por hora. Se preguntó cómo se las arreglaba Sylvain para ver algo. A ella el viento le quemaba los ojos, y su cabello empapado era como un látigo que le golpeaba la cara y los hombros desnudos.

Pronto el tráfico se hizo más denso y se vieron obligados a aminorar la marcha.

Sylvain giró en busca de un hueco para sortear el atasco, pero fue en vano. Era verano en la Riviera francesa y el tráfico era inevitable.

Aun así, Allie se dijo que al menos habían logrado escapar de los tipos armados. A esas alturas ya debían estar cerca de casa. Lo habían conseguido.

Pero en cuanto empezó a relajarse, un BMW negro se plantó detrás de ellos, tan cerca que casi rozó la rueda trasera de la moto.

No se explicaba de dónde había salido. De repente estaba ahí, con el motor rugiendo como una fiera. Los cristales tintados escondían la cara del conductor, y el coche se le antojó un robot vacío y amenazante.

Allie sintió cómo el cuerpo de Sylvain se crispaba mientras escudriñaba el coche por el espejo retrovisor.

—¿Es uno de los nuestros? —le gritó; sus palabras se perdieron en el viento.

Él sacudió la cabeza ligeramente.

A Allie se le paró el corazón. Era uno de los **otros**.

A aquellas alturas ya sabía lo que sucedería a continuación. No hacía falta que él se lo dijese. Así que se agarró a la cintura de Sylvain, como para prepararse.

Se metieron al carril contrario.

A su alrededor, los vehículos se apartaban y se esparcían como juguetes en un parque infantil. Un rabioso coro de cláxones estalló a su paso, pero Sylvain lo ignoró y siguió avanzando a un ritmo vertiginoso.

El motor del coche negro bramaba enfurecido tras ellos.

Oyeron el chirrido de unos frenos y un choque. Sujeta a la cintura de Sylvain, Allie se volvió y vio cómo el BMW echaba al arcén a un coche más pequeño. Después el conductor aceleró y fue directamente hacia ellos.

—¡Sylvain!

Al oír la urgencia en su voz, el chico miró hacia atrás. Maldiciendo, giró bruscamente a la derecha y se introdujo en el angosto arcén de tierra. De los neumáticos salían disparados guijarros que les golpeaban las piernas. Corrieron por aquel camino irregular, adelantando coches durante un kilómetro hasta que por fin

salieron a una carretera secundaria.

La carretera, flanqueada por grandes árboles, estaba casi vacía. Sylvain aceleró y cogió las siguientes curvas a una velocidad imposible. Allie sabía que debía asustarse, pero también sabía de lo que él era capaz. Confiaba en que le salvaría la vida.

Siguió observando por encima del hombro en busca del coche negro, pero este no apareció.

Entonces vieron ante ellos una imponente verja metálica y, frente a ella, dos vehículos que conocían, estacionados como una pareja de centinelas.

Las puertas de la verja empezaron a abrirse. El sol de la tarde, que se coló a través del metal negro, era tan blanco y deslumbrante que le parecieron las puertas del cielo.

A Allie la abertura no le parecía lo suficientemente amplia para que pasase la moto, pero Sylvain, cómo no, era de otra opinión.

Murmurando entre dientes una oración, Allie clavó los dedos en la cintura de él. Se colaron entre las puertas con escasos milímetros de margen y derraparon en el elegante camino sembrado de flores. Sylvain dio un frenazo para no chocar con la casa. Allie rebotó contra su espalda y cayó de nuevo en el sillín, con un ruido sordo.

Sylvain apagó el motor. El silencio parecía irreal.

Impulsándose con las piernas, Sylvain saltó de la moto con un movimiento atlético y le tendió la mano a la chica.

—Las puertas siguen abiertas —dijo—. Aquí estamos expuestos. Tenemos que ir adentro.

Allie quería hacerle caso, pero era incapaz de moverse. Las rodillas le flojeaban y tenía el estómago revuelto.

¿Habrían estado alguna vez tan cerca de la muerte?

—No creo que las piernas me aguanten —admitió.

Los labios de Sylvain esbozaron una sonrisa de satisfacción y se apoyó, como si tal cosa, en el manillar.

—Hemos ido rápido, ¿verdad? Entrené con un campeón de motocross. Mi padre insistió en que lo hiciera como condición para comprarme la moto.

Allie reprimió el absurdo deseo de reír. ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando habían estado a punto de morir?

Desmontó de la moto de un brinco. Subieron rápidamente las escaleras de la entrada principal.

—Me alegro de que insistiera —dijo con la voz temblorosa—. Me gusta estar viva.

Tres

Y eso que el día había empezado muy bien. El sol brillaba y el cielo no podía ser más azul. Al día siguiente era el cumpleaños de Allie, y ella y Rachel habían planeado una atareada jornada tomando el sol.

Rachel, cómo no, tomaba el sol con los libros de Química, porque Rachel no iba a ningún sitio sin sus libros. Tenía planeado ir a Oxford a estudiar medicina y nada (ni siquiera el ataque de Nathaniel, que había diezmado el colegio y las había dejado malheridas) iba a detenerla.

Desde su marcha de la Academia Cimmeria aquella fría noche de marzo, habían estado estudiando a distancia, y ya eran unas auténticas expertas en la materia.

Aquella tarde, sentada junto a la piscina, Allie había intentado ponerse al día con Historia, pero le había costado mucho concentrarse. Aunque todavía era junio, hacía mucho calor y cualquier excusa era buena para olvidarse del estudio.

Después de todo, pensó, recostada en la tumbona, ¿tengo que estudiar el día antes de mi cumple? ¿No sería casi como estudiar en Nochebuena?

Sobre sus cabezas, una gaviota planeaba en círculos perezosos, sin batir las alas. No había ni una nube.

Allie contempló a Rachel, sentada a la sombra de un gran parasol, totalmente inmersa en el estudio. Las heridas que Gabe le había infligido eran casi invisibles, y eso la alegraba. Quizás algún día desaparecieran del todo.

Tras irse de Cimmeria, pasaron varias semanas antes de que Rachel dejara de tener pesadillas. Y no era la única que las sufría.

Allie se acarició la cicatriz larga y fina del brazo. Era dura al tacto y le seguía doliendo. Era un recordatorio de lo que habían pasado y de por qué estaban huyendo.

Hasta que aterrizaron en aquel lugar, ninguna de las dos había vuelto a sentirse a salvo.

Habían llegado en un convoy de todoterrenos, tras un breve vuelo en jet privado, y sin tener ni la más remota idea de quién las recibiría. La verja, negra y pesada, se abrió para mostrar una gran casa de campo que parecía absorber los rayos del sol a través de sus muros dorados. Unas exuberantes buganvillas de color magenta recubrían la residencia como una manta de colores.

Era hermosa, sí, pero no era más que otra mansión.

Estaban esperando bajo el sol inclemente a que el chófer descargara el equipaje cuando la puerta principal se abrió. De repente, Sylvain estaba en la entrada, sonriéndoles como lo hacía en Cimmeria; aquello era como estar en casa.

Sin pensárselo dos veces, Allie subió las escaleras a toda prisa y se arrojó en sus brazos.

Él rio y la abrazó, como si lo hicieran a diario.

—Dios —susurró él a través de la melena de Allie—, cuánto te he echado de menos.

Más tarde, mientras les mostraba la residencia, Sylvain les había explicado que aquel era el lugar de veraneo de su familia. Además de la residencia principal, el complejo albergaba varias casas que alojaban a los guardias de seguridad y al personal de servicio. Gracias a la altura de los muros y a su situación elevada, resultaba un sitio muy seguro.

La casa era el escondite perfecto y, después de una semana, tanto Allie como Rachel coincidieron en que de buen grado se habrían quedado a vivir allí. Bajo el intenso sol de Francia, les resultó muy fácil olvidar el caos que habían dejado atrás. Fue fácil dejar de preocuparse por Nathaniel o de preguntarse por qué los guardias las seguían a todas partes. Por qué nunca salían del complejo.

Hasta aquel día, cuando Sylvain se presentó en la piscina con la tentadora oferta de unos minutos de libertad.

—Estaba pensando en ir a la playa —dijo Sylvain—. ¿Queréis venir?

Allie no lo dudó ni un instante.

—¿Estás de coña? —preguntó. Él negó con la cabeza y sonrió, y ella se puso en pie de un brinco.

—Venga, Rach. Tú también te vienes.

Pero Rachel rehusó.

—Id en paz, niños —los animó, mirándolos por encima de las gafas con gesto indulgente—. Yo tengo que estudiar.

Así que Allie y Sylvain se fueron solos a la playa.

Montados en la moto de Sylvain, habían paseado por la campiña francesa, contemplando con ojos ansiosos la belleza del paisaje.

A Allie le encantaba aquel lugar.

El único problema era que ya llevaban en Francia casi un mes, más de lo que habían permanecido en ningún otro lugar desde que se habían ido de Cimmeria. En cualquier momento se produciría la llamada. Y luego vendría el avión y otra mansión desconocida las estaría esperando. Rachel y ella volverían a quedarse solas.

¿Y cuándo podrían regresar allí? ¿Volvería a ver a Sylvain algún día?

Hasta el momento, sin embargo, el teléfono no había sonado, y Allie empezaba a acariciar la idea de que a lo mejor podrían quedarse. Quizás Nathaniel nunca los encontrara. O simplemente no se atreviera a meterse con el padre de Sylvain. Al fin y al cabo, el señor Cassel era un poderoso miembro del Gobierno francés y uno de los hombres más ricos del país.

Pero en el fondo Allie sabía que aquello no era más que un sueño. Nathaniel siempre la encontraría.

Siempre.

Descalza como iba, Allie notó el frío suelo de mármol bajo los pies. Después del calor de fuera, la casa le pareció fría como una cámara frigorífica. La piel de los

brazos y de los hombros se le erizó.

Los techos abovedados se elevaban veinte metros sobre su cabeza y, en la parte más alta, los ventiladores giraban y emitían un débil zumbido.

—Tengo que encontrar a Rachel —dijo Allie, dirigiéndose a la parte trasera de la casa.

No había dado ni dos pasos cuando tres hombres vestidos con camisetas y pantalones cortos negros irrumpieron en la estancia. Se pusieron a hablar a toda prisa con Sylvain, que los escuchó atentamente.

El nivel de francés de Allie era regular, así que esperó impaciente la traducción de su amigo.

Tras un breve intercambio de palabras, los hombres salieron a la carrera. Sylvain se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Aquí va todo bien —la tranquilizó—. Rachel está en su habitación y ahora han ido a buscar a mis padres.

Allie suspiró de alivio. Por lo menos Rachel estaba bien. Algo era algo.

Sylvain parecía inquieto y le surcaban la frente varias arrugas de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Allie, intentando adivinar la respuesta en los ojos del chico—. ¿Ha sucedido algo más?

Sylvain negó con la cabeza.

—No sé. Es algo que han dicho... Tengo un mal presentimiento...

No hizo falta que terminara la frase. Allie conocía muy bien aquella sensación.

—Nos mandan a otro lado —dijo ella. Lo dijo con indiferencia, pero sintió una aguda punzada de dolor en el corazón—. Al próximo refugio.

Sylvain la tomó de las manos y le dirigió una mirada resuelta.

—No lo permitiré.

Allie lo miró a los ojos, del color del cielo francés, y deseó que aquello fuera posible. Pero no lo era. Quizá pudiera llevar una moto como un profesional, pero no podía decirle a Lucinda Meldrum qué hacer con su nieta.

Ni él podía mantenerla a salvo.

—Nos obligarán —dijo Allie. Luego, porque así lo sentía, añadió—: Te echaré de menos.

Él la miró un largo rato como si quisiera decirle algo pero no encontrase las palabras. Posó la mirada en los labios de Allie, como una caricia.

—Allie... —empezó a decir, pero antes de que pudiera continuar, apareció otro guardia de seguridad y dijo algo que Allie no comprendió.

Sylvain la soltó y la miró con aire afligido.

—Es mi padre. Tengo que irme.

—No pasa nada —dijo ella—. Ya hablaremos después.

Pero en cuanto él se hubo alejado, Allie no pudo evitar un pensamiento triste.

Si es que hay un después.

En cuanto Sylvain se marchó con los guardias, Allie se apresuró a subir la escalera blanca de hierro forjado que se enroscaba delicadamente hasta el piso superior. Corrió por el rellano hasta una inmensa puerta de doble hoja y la abrió con un leve empujón.

El sol de la tarde se filtraba a través de las finas cortinas que recubrían los ventanales y teñía el dormitorio de un resplandor anaranjado. Una amplia cama con dosel, adornada de telas claras y etéreas, presidía la habitación, pero Allie se fue directa a la cómoda.

Rápidamente se puso sobre el bikini una falda corta y una camiseta de tirantes. Después de ponerse las sandalias, se paró frente a una puerta que muy fácilmente habría pasado por un armario y llamó con suavidad.

—Adelante. —La voz de Rachel sonó amortiguada a través de la madera maciza.

Allie abrió la puerta del dormitorio contiguo. Era casi idéntico al suyo, salvo por las cortinas amarillas.

Rachel estaba tumbada en la cama, rodeada de montones de libros. La miraba por encima de las gafas, que le habían resbalado hasta la punta de la nariz.

Allie odiaba ser la portadora de malas noticias. Rachel estaba tan feliz allí. Tan a salvo.

Aunque nunca se está realmente a salvo, se recordó.

La seguridad no es más que una ilusión. Una mentira que nos contamos para poder continuar con nuestras peligrosas vidas.

—Será mejor que bajes —dijo en voz queda—. Nathaniel nos ha encontrado.

—Tenéis que marcharos. —El padre de Sylvain estaba sentado en un elegante sillón tapizado de lino blanco. Allie, Sylvain y Rachel se habían acomodado enfrente, en un sofá a juego—. Este ataque iba en serio. Os podrían haber matado —Miró a su hijo y prosiguió—: Y ambos sabemos que Nathaniel te habría matado a ti con tal de llegar hasta Allie. Nunca se rendirá.

Sylvain no se inmutó, pero para Allie, las palabras del señor Cassel eran el equivalente a que la arrojasen a un pozo negro y sin fondo. La frase resonó en su cabeza.

Nunca se rendirá. Nunca se rendirá.

—¿Adónde nos mandan esta vez? —El tono de Rachel era inexpresivo, pero Allie notó el cansancio que escondía. Las dos estaban hartas de huir.

La respuesta que siguió las dejó anonadadas.

—De vuelta a Cimmeria.

El corazón de Allie dio un vuelco, y Rachel la miró incrédula.

¿Era aquello cierto? ¿Podían irse a casa?

Lucinda siempre le había dejado muy claro que no regresarían al colegio hasta que se arreglara la situación con Nathaniel. Y evidentemente no era el caso.

Entonces... ¿qué había cambiado?

—¿Lo dice en serio? —preguntó Allie—. ¿De verdad podemos volver?

La madre de Sylvain, que parecía extrañamente tranquila en medio de aquel caos, la observaba desde su asiento junto a los ventanales que daban a la piscina.

—Al final siempre han acabado por descubrir tu paradero. —Tenía una voz grave de contralto y el acento francés engalanaba sus palabras—. No hay ningún lugar totalmente seguro para ti.

El señor Cassel frunció el ceño ligeramente.

—Eso no es del todo cierto. —Se giró hacia Allie—. Lucinda, tu abuela, piensa que estarás más segura en Inglaterra. Y —dudó unos segundos— nosotros estamos de acuerdo. Por lo menos creemos que no correrás más peligro que aquí. Y además podrás seguir con tus estudios.

Allie no se lo podía creer. Vio cómo Rachel reprimía una sonrisa de excitación y supo exactamente cómo se sentía.

A casa. Nos vamos a casa.

Volvería a ver a Zoe y a Nicole.

Y a Carter.

Con solo pensarlo, se puso nerviosa. No había podido despedirse de él ni arreglar de verdad las cosas.

No había acabado de decidirse.

—¿Cuándo nos vamos? —Sylvain sostuvo la mirada de su padre firmemente.

El señor Cassel abrió la boca para contestar, pero la cerró de inmediato, como si se lo hubiese pensado mejor.

Allie miró a uno y a otro, consciente de que se estaban pasando algún tipo de mensaje que ella no sabía interpretar.

Finalmente, el señor Cassel contestó.

—Allie y Rachel se van esta noche. Si decides irte con ellas... pues te irás también entonces, supongo.

—Por supuesto que me voy con ellas —repuso Sylvain, impasible—. Ya lo sabes.

Desde el ventanal, la madre de Sylvain dejó escapar un leve quejido. Seguía mirando por la ventana con los labios apretados. Como era habitual, vestía muy elegante, con una blusa de lino blanco, pantalones grises y una pashmina azul claro echada sobre los hombros. Parecía sacada de una revista.

Pero Allie nunca la había visto tan triste.

—Preferiríamos que te quedaras aquí —dijo finalmente el señor Cassel—. Donde podamos protegerte.

Sylvain contestó rápidamente a su padre en francés. Allie había estado practicando, pero solo pudo captar un par de palabras. **Jamais**, nunca. Y **comprend**, entiendes.

El hombre se puso en pie tan de repente que Allie dio un respingo. Tras decirle algo a Sylvain que ella no entendió, salió a grandes zancadas de la habitación.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Allie mirando a Sylvain.

Respondió la señora Cassel, con los ojos puestos en su hijo.

—Ha dicho: «Haz lo que te plazca».

—*Maman*... —empezó a decir Sylvain, pero su madre levantó la mano. La manga, al bajársele, dejó entrever una muñeca delgada, morena como la piel de su hijo.

—No tienes que justificarte —le dijo con calma—. Lo entiendo. Pero te quiero y nos preocupamos por ti. —Su mirada se desplazó para incluir a Allie y a Rachel—. Por todos vosotros.

Se hizo un silencio incómodo.

—Bueno... —Rachel carraspeó—. Tendríamos que ir a hacer las maletas. Os dejamos tranquilos. —Se puso en pie e hizo un gesto con la mano a Allie—. Venga, las camisetas no van a guardarse solas.

—No, claro que no —convino Allie, echando a andar detrás de su amiga—. Y no te olvides de los pantalones, también hay que meterlos en la maleta.

Sylvain ni siquiera las miró cuando se perdieron por las escaleras y los dejaron sumidos en una quietud sofocante.

Allie ya había metido todas sus pertenencias en las mochilas cuando un guardia la informó de que no se marcharían hasta entrada la noche. Una vez que abandonaran la seguridad de la residencia Cassel, necesitarían moverse rápido, le explicó, y para eso las carreteras tenían que estar despejadas.

Al final eran más de las diez cuando bajaron a la puerta principal. Un convoy de todoterrenos negros las estaba esperando con las luces encendidas y los motores en marcha.

Sin mediar palabra, el padre de Sylvain se despidió de Allie y Rachel besándolas en las mejillas. Le dijo algo a Sylvain en voz baja y Allie vio cómo la mandíbula del chico se crispaba al escucharlo. Después, el padre desapareció en el interior de la residencia.

La señora Cassel estrechó a Rachel entre sus brazos.

—Suerte con los estudios, Rachel —le deseó, con su agradable acento francés—. Me encantaría que fueras mi médica algún día.

—Gracias por todo —dijo Rachel. La mujer la correspondió con una sonrisa afectuosa.

Cuando Rachel se encaminó hacia el coche, la señora Cassel se volvió hacia Allie.

—Adiós, querida. —Cuando la abrazó, Allie aspiró su perfume, una mezcla de flores y especias.

La señora Cassel dio un paso atrás y cogió a Allie por los hombros mientras estudiaba su cara, como si quisiera decirle algo más. Allie no pudo descifrar lo que

expresaban aquellos cariñosos ojos de color avellana. Cautela, quizás. Puede que duda.

La mujer la soltó y solamente añadió:

—Ten cuidado, *chère* Allie.

—Lo tendré —le prometió. De repente, se le ocurrió una pregunta—: ¿Y qué pasará con ustedes? Nathaniel sabe dónde están. Sabe que me han ayudado.

La señora Cassel pareció conmovida por su preocupación.

—Estamos protegidos —dijo con amabilidad. Además, no es a nosotros a quien quiere, querida.

Su franqueza le pareció escalofriante y, sin embargo, la agradeció, mientras se apresuraba a reunirse con Rachel en la fila de vehículos.

Sylvain estaba de pie en las escaleras delanteras. A través de la puerta abierta del vehículo, Allie observó cómo hablaba en voz queda con su madre. Siempre que veía a alguien tan unido a sus padres, a Allie se le encogía el corazón. No había hablado con los suyos desde hacía meses, telefonar era imposible mientras se estaba huyendo. Sabía que Isabelle los mantenía al corriente de todo, pero no era fácil aceptar que no les importaba lo suficiente como para que insistieran en hablar con ella.

Me pregunto cómo debe ser caerles bien a tus padres. Se sacudió aquel pensamiento de la cabeza, era más fácil no darle vueltas.

La señora Cassel abrazó a Sylvain antes de dejarlo marchar. Mientras él bajaba la escalera, Allie advirtió que la mujer se secaba rápidamente una lágrima que le bajaba por la mejilla.

Para cuando Sylvain estuvo sentado en el interior del todoterreno, mirando de nuevo a su madre, el semblante de esta estaba totalmente sereno. La señora Cassel les dijo adiós con la mano, como si fueran chicos normales de camino a una escuela normal.

Un guardia cerró la puerta del vehículo y Allie oyó el sonido característico del cierre centralizado bloqueando las puertas.

La emoción le recorrió el cuerpo como una descarga. Aunque cambiaran ahora de idea, ya era demasiado tarde.

Volvían a casa.

Cuatro

—Tienes que decidirte, Allie. —Jo sonaba exasperada.

Allie se volvió a mirarla, sorprendida. Estaban sentadas bajo las ramas extendidas de un viejo tejo que se alzaba en el camposanto de Cimmeria. El ocaso teñía el cielo de un rojo intenso y se reflejaba en el cabello corto y rubio de Jo, al que daba un tono rosado.

Aquellos colores le recordaron algo a Allie, pero no sabía ubicarlo.

—¿Cómo dices? —preguntó Allie.

—Sylvain —dijo Jo, mientras se apoyaba contra el tronco y dejaba escapar un suspiro—. Me siento tan culpable. Como si estuvieras metida en esto por mi culpa.

—¿En qué? —Allie estaba desconcertada—. No estoy metida en nada.

—Estás metida en un lío —dijo Jo. Su acento habitual hizo sonreír a Allie—. No sabes lo que quieres.

Allie encogió los hombros. Eso mismo le había dicho Sylvain antes de abandonar Cimmeria.

Jo no había terminado.

—Tienes que decidir a quién quieres.

—Eso ya lo sé. —Allie se sentía frustrada y su voz sonó sarcástica.

Jo enarcó las cejas y Allie alzó las manos en un ademán de arrepentimiento.

—Perdona, Jo. Es que... Déjame que te lo explique.

¿Pero cómo explicar lo que ni ella misma era capaz de entender? Que le gustaban dos chicos y que no quería herir a ninguno. Que su relación con ambos cargaba con el peso de los errores del pasado.

Que cuando tu propia familia parece no quererte, es difícil amar a alguien.

—¿Cómo te diría...? No reconocería el amor ni aunque lo tuviera delante y me hiciera señas. ¿Cómo voy a saber si estoy enamorada de Sylvain? ¿O si estoy enamorada de Carter? Los quiero a los dos, pero ni siquiera sé lo que es «estar enamorada».

Jo alargó el brazo para cogerle la mano, pero Allie no notó los dedos. Eran tan etéreos como una nube.

—Solo puedo decirte lo que sé —dijo Jo—. El amor es «me importas». «Confío en ti». «Te entiendo». «Quiero tenerte cerca». Y estar enamorada... —Jo alzó los ojos llenos de melancolía y los clavó en un punto lejano del horizonte—. Estar enamorada es «lo abandonaría todo por ti, hasta a mí misma. No puedo vivir sin ti». —Volvió sus grandes ojos azules hacia Allie; estaban inundados de lágrimas y brillaban como pequeñas estrellas—. ¿Entiendes?

La puerta se abrió ruidosamente e inundó de luz la habitación.

Sorprendida, Allie se acurrucó en la cama y se protegió el torso con los brazos.

¿Dónde estoy?

—Es verdad. Has vuelto. —Aquella voz monótona y familiar la tranquilizó.

Con los ojos entrecerrados por el resplandor, vislumbró la menuda silueta de una chiquilla recortada contra el umbral de la puerta.

Allie miró a su alrededor.

Escritorio, estantería, suelo blanco... Cimmeria. Mi habitación. Mi hogar.

De repente, los recuerdos se agolparon en su cabeza. Zoe estaba en lo cierto. Estaba allí de verdad.

—Hola, Zoe —le dijo con la voz ronca por el cansancio—. Dichosos los ojos.

Al final habían llegado a la escuela pasadas las cuatro de la madrugada. Allie se había quedado dormida en el coche, con la cabeza apoyada en el hombro de Rachel. Sylvain las había despertado cuando el coche se detuvo al final del camino de entrada.

Todo había sucedido como en un sueño. La húmeda y fría noche inglesa. El edificio gótico de la escuela alzándose ante ellos. Todo era más sombrío de lo que recordaba. Más imponente.

Semidormida, había escudriñado el colegio, preguntándose por qué todas las luces estaban apagadas. Ningún profesor había acudido a su encuentro.

Tropezando de cansancio, subieron la escalera de la puerta principal y, antes de llegar arriba, un guardia les abrió la puerta desde dentro.

¿De dónde habrá salido?, se preguntó Allie, mientras el hombre de negro les cedía el paso.

Se separaron en la escalinata principal. Sylvain se dirigió a los dormitorios de los chicos, y Rachel y ella a los de las chicas.

El silencio era tal que sus pasos resonaron en el corredor.

Aunque era de madrugada, Allie no pudo evitar sentirse decepcionada por la ausencia de Isabelle le Fanult, la directora de Cimmeria. Le habría gustado que la recibiera después de tanto tiempo ausente.

Pero al entrar en su antigua habitación, iluminada por la cálida luz que proyectaba la lámpara del escritorio, se encontró con que alguien había hecho la cama. También le habían dejado un pijama con el escudo de Cimmeria sobre la almohada.

Eso era todo lo que había visto antes de que el agotamiento se apoderara de ella. Tras quitarse la ropa, más apropiada para las cálidas noches del sur de Francia que para el fresco verano inglés, había caído rendida en la cama.

—Debes de haber llegado tarde —le estaba diciendo Zoe ahora—. Isabelle me dijo que te dejara dormir, pero tenía que comprobar por mí misma si era cierto. —Miró hacia un lado, como tratando de recordar lo que iba a decir. Y cayó en la cuenta—. Perdona.

La extraña cadencia de la voz de Zoe y aquella falta de aptitudes sociales le resultaron tan familiares que sintió una oleada de cariño por la chica, cálida como el sol.

—No quiero dormir —repuso Allie, apartándose el pelo de los ojos—. ¿Qué horas es?

—Las nueve —informó Zoe—. Es sábado, así que no hay clase. Te has perdido el desayuno. Hay una reunión. Isabelle dice que no hace falta que vengas. —Hizo una pausa y parpadeó—. Deberías venir.

Las nueve en punto. Aunque solo había dormido unas pocas horas, se sentía totalmente despejada.

—Tengo que ducharme —dijo—. ¿Nos vemos abajo en diez minutos?

—Date prisa —le sugirió Zoe antes de salir precipitadamente al pasillo como un pajarillo inquieto.

Allie encontró su albornoz donde siempre, colgado del gancho de la puerta. Rebuscó en las mochilas, que había dejado tiradas en el suelo la noche anterior, hasta encontrar el neceser.

El baño quedaba al final de un largo pasillo y se deleitó con cada paso. Todo era tan familiar ahora: el suelo de madera, la sucesión de puertas blancas de las habitaciones, los brillantes números de color negro que había en cada puerta, el baño, los lavabos blancos en hilera.

Cuando volvió a la habitación después de darse una ducha caliente, se vistió con el uniforme de Cimmeria por primera vez en varios meses. Se puso una falda plisada corta de color azul marino y una camisa blanca inmaculada, y se ató un nudo flojo en la corbata blanca y azul.

Se miró en el espejo detenidamente; volvía a ser ella otra vez.

Nunca se había alegrado tanto de llevar aquella ropa tan sosa.

Sacó del armario una americana azul y se la echó sobre los hombros, antes dar un portazo tras de sí y salir a toda prisa.

No encontró ni un alma en el pasillo. En otros tiempos, habría bajado la escalera abriéndose paso entre decenas de chicas, pero ahora la escalera también estaba vacía.

Se dirigió apresuradamente hacia el rellano, donde la luz del sol, que entraba a raudales por los ventanales, iluminaba una fila de estatuas de mármol y se reflejaba en las lámparas de araña.

Bajó por la amplia escalinata con el pasamanos de madera tallada hasta el vestíbulo principal. Las paredes estaban revestidas de roble y adornadas con grandes óleos de pesados marcos. Cruzó ante la puerta oculta del despacho de Isabelle. Cuando pasó por delante de la sala común, le pareció extrañamente silenciosa.

Encontró a Zoe en la entrada de la zona de aulas. La estaba esperando impacientemente al pie de una estatua que representaba a un hombre amenazador y gordo, ataviado con una ridícula peluca y unos anteojos.

—Has tardado más de diez minutos —la acusó Zoe—. Tenemos que darnos prisa.

Allie estaba acostumbrada a su brusquedad y no se tomó a mal el comentario; la

siguió hacia la silenciosa zona de aulas.

—¿De qué va la reunión?

—De lo de siempre —dijo Zoe.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Allie—. Ya sabes, por aquí.

—Así. —Zoe señaló el pasillo vacío y oscuro—. Tranquilo. Raro. Mal.

Sylvain ya le había dicho que el número de alumnos se había reducido de doscientos cincuenta a menos de cuarenta. Se suponía que estaba preparada para aquello. Sin embargo, no lo estaba. Todo estaba tan vacío...

Y aquello era solo el principio. Nathaniel estaba intentando ganarse el favor de la junta directiva de Cimmeria y se reunía frecuentemente con algunos miembros del Parlamento.

Se estaba preparando para hacerse con el mando.

Con solo pensarlo, a Allie se le hizo un nudo en el estómago. Si lo conseguía, lo perderían todo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Zoe. Ni sus ojos ni su voz traslucieron ninguna emoción, y sin embargo Allie sabía que lo decía sinceramente.

—Y yo me alegro de estar aquí.

Aunque las luces estaban apagadas, las ventanas iluminaban la escalera que conducía al ático, donde encontraron un pasillo con una hilera de puertas a cada lado.

Hacia la mitad del pasillo, Zoe abrió una puerta. El débil murmullo que se oía dentro cesó en cuanto las muchachas entraron en el aula.

La sala estaba repleta de profesores y de estudiantes avanzados de la Night School. Cuando todos se volvieron para ver quién llegaba, Allie se detuvo, presa de una súbita timidez.

—Allie está aquí —anunció Zoe.

Se hizo un silencio y todos se acercaron a Allie al mismo tiempo. Isabelle llegó primera.

—Se suponía que Zoe tenía que dejarte dormir —dijo con una sonrisa burlona.

Allie estaba tan contenta de verla que la perdonó por no haberla recibido la noche antes.

—Tampoco estaba cansada.

Isabelle le dio un cálido abrazo y Allie inhaló el familiar aroma a cítricos de la directora.

Olía a casa.

—Bienvenida, Allie —le dijo.

Isabelle llevaba el cabello rubio oscuro recogido con esmero en una pinza; aún no se le había soltado. Allie sintió en la mejilla su suave cárdigan color crema.

Cuando Isabelle la soltó, Allie reparó en las ojeras oscuras alrededor de sus ojos y en las finas arrugas de preocupación que le surcaban la frente. Parecía agotada.

—Necesito hablar contigo acerca de lo que pasó —dijo Allie—. En Francia. De cómo Nathaniel...

Pero entonces los demás profesores las rodearon y apartaron a Isabelle.

La directora llamó su atención:

—Luego hablamos.

Allie no entendía por qué no se habían reunido todavía. Nadie se había sentado con ella a hablar acerca de lo que había sucedido en Francia y de por qué las habían dejado volver a casa de repente.

Pero no tuvo tiempo de darle más vueltas porque Eloise, la bibliotecaria, la envolvió en un abrazo nervioso y casi imperceptible, que terminó tan pronto como había empezado. Se habían llevado bien hasta que Allie la acusó —por error, pensaba ahora— de ser la espía de Nathaniel. Allie se la quedó mirando, preguntándose cómo podría pedirle disculpas por todo lo que había ocurrido por su culpa, pero Eloise le rehuyó la mirada.

Acto seguido Jerry, el profesor de ciencias, se interpuso entre ambas y le dio un caluroso apretón de manos a Allie.

—Me alegro de que estés por aquí otra vez.

Cuando la soltó, el profesor se quitó las gafas metálicas y las limpió con una gamuza, sonriendo distraídamente mientras los demás hacían turnos para saludar a Allie.

Ella sonreía y contestaba con educación, al tiempo que escudriñaba la habitación en busca de Carter. No lo veía, pero los profesores le tapaban la vista.

—¡Allie! —Una chica menuda, de enormes ojos marrones y melena oscura, se abrió paso hacia ella y la abrazó.

—¡Bienvenida!

—Gracias, Nicole. —Sonríe—. Me alegro de estar aquí. —Allie bajó la vista—. ¿Qué tal la pierna?

—Mucho mejor. —Nicole se apoyó en una pierna y dobló la otra para demostrar lo recuperada que estaba—. Lista para el combate.

Se habían visto por última vez la noche en que Nathaniel había atacado el colegio. Nicole casi se había roto la pierna durante el enfrentamiento.

—Me he enterado de lo que pasó en Francia. —La chica habló en susurros y su acento francés se hizo más fuerte—. Menos mal que estás bien. Sylvain es muy bueno con la moto, ¿verdad?

Nicole y Sylvain habían crecido juntos, eran como hermanos. Allie no se sorprendió de que estuviera al corriente de todo.

En ese momento Sylvain atravesó el aula. Como Allie, se había puesto el uniforme escolar; atrás quedaban las camisas holgadas y los chinos que vestía en Francia. Aun así, se las arreglaba para estar atractivo de todas las maneras.

—Sí —dijo Allie, sonriendo en dirección al chico—. Es bueno con la moto.

Cuando Sylvain se unió a ellas, con aquellos ojos turquesa, Allie recordó el sueño y la voz de Jo: «**Tienes que decidirte**».

La sonrisa se le congeló durante un segundo y deseó que la Jo del sueño se

metiera en sus asuntos.

En Francia, Sylvain y ella habían estado más unidos que nunca, pero no había pasado nada más, en parte porque rara vez estaban a solas. Habían estado rodeados constantemente por una camarilla de guardias, los padres del chico, el servicio y Rachel. Así no había forma de hablar de lo que realmente importaba.

De hecho, se habían quedado a solas por primera vez el día anterior. Y Nathaniel lo había estropeado.

—Pensaba que Isabelle te dejaría dormir —le dijo Sylvain. Lo dijo de un modo que sonó extrañamente íntimo, como si, de alguna manera, estuviera **dentro** de los sueños de Allie.

Allie se sonrojó.

—Zoe... —dijo, tratando de parecer serena— me ha hecho de despertador.

Él enarcó una ceja, divertido. Allie habría jurado que Sylvain conocía el motivo de su sonrojo.

—Si alguien iba a despertarte igualmente —dijo él—, habría preferido ser yo.

Allie se puso roja como un tomate. Intentó pensar en una respuesta ácida, pero su cerebro no colaboró.

Nicole los miraba alternativamente y sonreía con complicidad. Llevaba siglos intentando juntarlos.

—Siéntense. Hay que empezar la reunión. —Como una navaja afilada, la voz de Zelazny cortó la conversación.

Al otro lado de la sala, el profesor de Historia los observaba con el ceño fruncido, por encima de un sujetapapeles.

Allie se sorprendió a sí misma alegrándose casi de verlo. Recordaba cómo lo había visto en la puerta principal del colegio, desbordado por los guardias de Nathaniel e intentando mantener el orden, incluso mientras los guardias sacaban a la fuerza a algunos alumnos. Hasta aquel momento había sospechado que Zelazny era el espía de Nathaniel, pero cuando comprobó lo asustado y furioso que estaba, decidió que no podía ser él.

Mientras Zelazny seguía quejándose con actitud fanfarrona, la pequeña multitud tomó asiento y Allie alcanzó a ver, finalmente, el resto de la sala. De nuevo buscó a Carter a su alrededor.

No estaba allí.

Estaba intentando ignorar la profunda decepción que sentía cuando descubrió una brillante cabellera de color rojo.

—No puede ser —dijo Allie echando el cuerpo hacia delante para ver mejor—. ¿Esa es... Katie Gilmore?

Nicole asintió.

—Sí, nos ha estado ayudando. Sus padres son partidarios de Nathaniel, así que sus conocimientos sobre cómo trabaja nos han venido muy bien.

Allie se había quedado de piedra. Nunca habían incluido a Katie en las reuniones

para alumnos avanzados. Les había echado una mano a finales del último año pero... solo un poco.

Ellos eran el núcleo duro. La élite de la escuela.

Katie ni siquiera pertenecía a la Night School.

No le dio tiempo a pedir más información. El aula había quedado en silencio. Todavía desconcertada, Allie se hundió en uno de los asientos del fondo de la clase, entre Sylvain y Nicole, mientras Zelazny daba paso a Isabelle.

La directora se colocó detrás del atril y los miró con ojos cansados.

—Hemos convocado esta reunión para hablar de las nuevas medidas de seguridad. Ahora que Allie ha vuelto —Isabelle esbozó una sonrisa en dirección a ella—, los horarios de las patrullas de vigilancia van a cambiar. Estoy segura de que todos somos conscientes de que, en cuanto Nathaniel se entere de que está aquí, doblará sus esfuerzos. Así pues, vamos a aumentar tanto las patrullas a lo largo de la verja como la seguridad de todo el edificio. Con efecto inmediato, todas las noches habrá guardias apostados en la zona de los dormitorios de las chicas.

Como nadie más parecía estar sorprendido, Allie intentó no demostrar lo desprevenida que la pillaba aquella noticia. Siempre habían tenido guardias de seguridad en Cimmeria, pero habían guardado las distancias. Con solo pensar que estarían plantados en los dormitorios para vigilarlas continuamente, le entraban escalofríos.

Isabelle pareció adivinarle el pensamiento y la miró.

—La estrategia de apostar guardias en puntos importantes de los terrenos de la escuela ha demostrado ser muy efectiva, así que la hemos ampliado. También hemos mejorado el sistema de comunicación.

—¿Cómo? ¿Todavía lo estáis usando? —Allie estaba perpleja. Estaba convencida de que habrían dejado de usarlo después de que Nathaniel lo pirateara.

—Han cambiado muchas cosas en tu ausencia, Allie —dijo Isabelle—. Raj ha contratado a una persona brillante, experta en informática, que nos está ayudando a luchar contra Nathaniel a su mismo nivel. Te daré más detalles luego. —Volvió a mirar a todo el grupo—. Obviamente, y conforme al nuevo Reglamento, los turnos de las patrullas no se pondrán por escrito. Os los diremos en persona y es vuestra...

De repente, la puerta del aula se abrió. La voz de Isabelle se fue apagando.

Allie volvió la cabeza para ver quién llegaba y se quedó petrificada.

Carter estaba plantado en la puerta con los ojos clavados en ella, como si no diera crédito a lo que veía.

Cinco

—Carter, llegas tarde otra vez —dijo Isabelle dejando escapar un suspiro de resignación—. Ya hemos hablado de eso. Y volveremos a hacerlo, cuando termine la reunión. Siéntate.

Pero él no parecía oírla. Seguía de pie en el umbral, con los ojos clavados en Allie. Parecía furioso.

—Es para hoy, Carter —Isabelle elevó el tono.

Él apartó la mirada bruscamente y se escabulló hacia una de las sillas del fondo de la clase, tan lejos de Allie como pudo.

Se sentó muy rígido y se puso a mirar al frente fijamente, mientras Allie lo observaba con consternación creciente.

Estaba más delgado de lo que recordaba; tenía la cara más angulosa y el uniforme le quedaba grande. El cabello le había crecido; un mechón oscuro le resbaló por la frente y tapó parcialmente sus grandes ojos marrones. Carter no se molestó en apartarlo.

Quedaba claro que no iba a volverse hacia ella, así que Allie se giró lentamente a mirar al frente, con el ceño arrugado por la preocupación.

Algo iba mal.

Aquella reunión era de lo más rara, y Allie no tardó en olvidarse de Carter, ocupada como estaba en entender qué pasaba en el colegio. Isabelle tenía razón: durante su ausencia, habían cambiado muchas cosas en Cimmeria.

Solo se mencionó a Nathaniel una o dos veces y no dijeron ni una palabra de lo sucedido en Francia. Hasta el rígido Reglamento del colegio había cambiado. Incluso habían modificado las normas acerca de aparatos electrónicos y tecnología, y parecían haber aprobado nuevas reglas a toda prisa. Ahora los guardias tenían el poder. Los alumnos estaban sometidos a un control riguroso y se los vigilaba constantemente.

La situación se le antojó peligrosa e inútil. Todos parecían asustados o, peor, resignados.

Era como si para ellos la lucha hubiese terminado.

¿Por qué me han hecho volver?, se preguntó Allie, con una creciente sensación de pánico, **si lo único que vamos a hacer es rendirnos.**

Hacía mucho tiempo que anhelaba regresar a Cimmeria para volver a ver a todo el mundo. Los había echado muchísimo de menos. Pero ahora que estaba allí, todo era distinto. No parecía el mismo lugar.

Cuando terminó la reunión, el grupo se congregó en torno a Allie.

—Vamos afuera —dijo Nicole—. Hace buen día.

—¿Jugamos al fútbol? —propuso Zoe.

Nicole arrugó la nariz.

—El deporte me aburre.

Aunque acabaron por ponerse de acuerdo, riñeron con tal naturalidad que Allie tuvo la sensación de que lo hacían todo el tiempo. Mientras se dirigían hacia la puerta, ella se quedó parada.

Carter seguía sentado. Isabelle estaba de pie ante él, hablándole en voz baja. Él la escuchaba sin emoción aparente. Ninguno de los dos pareció darse cuenta de que Allie los observaba desde la puerta.

De repente se sintió fuera de lugar y corrió a reunirse con los demás en el rellano.

Bajaron juntos las escaleras, como solían hacer. La cálida luz del sol entraba a raudales por las ventanas del rellano. Nicole y Zoe charlaban animadamente sobre el horario de las patrullas y Sylvain se reía por algo que había dicho Zoe. Pero no era como antes.

Nada es como antes.

Allie resopló.

Nicole le dirigió una mirada curiosa y se puso a andar a su lado.

—Debe de ser raro estar aquí otra vez.

La voz resonó en la escalinata vacía.

—Lo es —admitió Allie—. Han cambiado muchas cosas.

Nicole asintió.

—Desde el ataque todo es muy distinto.

—La seguridad es de locos —exclamó Allie—. ¿A todo el mundo le parece bien? Esto parece el ejército. Que no tiene pinta de ser... muy divertido.

Nicole sopesó sus palabras.

—Supongo que no tuvimos elección. Las cosas se pusieron feas y, cuando eso pasa, te proteges. —Se encogió de hombros—. Es lo normal.

Iban caminando lentamente, y Zoe y Sylvain desaparecieron detrás de una esquina. En otras circunstancias, Allie se habría apresurado a alcanzarlos, pero quiso empaparse de la belleza del edificio del colegio. Las lámparas de araña y los techos altos siempre le habían parecido atemporales. Sólidos.

Ahora todo se le antojó frágil.

El extenso rellano estaba decorado con óleos de pesados marcos que describían distintos momentos de la historia de Cimmeria. A su paso, el edificio crecía y se encogía, avanzaba y retrocedía, brillaba y se ensombrecía.

La escuela siempre había estado allí. Sobreviviría para siempre.

Tenía que hacerlo.

Zoe reapareció en la esquina, justo delante de ellas, y les hizo señas con impaciencia.

—¿Por qué tardáis tanto?

Nicole y Allie se apresuraron a llegar al vestíbulo de entrada donde Zoe las esperaba. Sylvain estaba de pie junto a la puerta, hablando con un guardia. La luz que

se colaba a través de una vidriera despedía rayos rojos y dorados por toda la estancia.

Nicole y Zoe fueron hacia la puerta de entrada y Allie echó a andar tras ellas, pero Sylvain la agarró del brazo y tiró de ella.

Con una mueca de culpabilidad, le dijo:

—Tengo que irme. Zelazny quiere que me reúna con los guardias.

—Vaya. —Allie intentó disimular su decepción. Se sentía perdida. Necesitaba a Sylvain o a Rachel a su lado para sentirse normal, y no había forma de localizar a Rachel. Pero no podía decirle todo eso a Sylvain.

—No te preocupes. —Se encogió de hombros para demostrar lo poco que le importaba.

—Vendré a verte luego —le prometió él.

Cuando el chico se alejó, Zoe golpeó con los nudillos la oscura puerta de madera de la entrada. Un guardia vestido de negro la abrió desde fuera. A través de la puerta abierta, el mullido césped de Cimmeria resultaba muy tentador.

—Nos quedaremos donde pueda vernos —le dijo Zoe al guardia antes de salir a la carrera al soleado jardín.

Allie arqueó las cejas.

¿Desde cuándo tenemos que pedir permiso para salir?

El guardia dio un paso atrás y les cedió el paso. Tenía una expresión gélida, era todo profesionalidad, pero posó los ojos en Allie durante unos segundos de más, y ella se percató de que la había reconocido. Seguramente más tarde hablaría de ella: «La he visto. La que busca Nathaniel...».

Allie simuló no haberse dado cuenta de nada y bajó las escaleras de la entrada principal con la cabeza bien alta.

Fuera, el suave césped se extendía en todas direcciones hasta que se convertía en un oscuro bosque. El día era soleado pero fresco, nada que ver con el calor inhumano del sur de Francia, y Allie se arrebujó en su americana.

Algunos alumnos estaban sentados en el césped. En el extremo opuesto, otro grupo daba patadas a una pelota.

Nicole y Zoe decidieron tenderse sobre el césped a pleno sol, cerca de un parterre. Sentada junto a ellas, mientras sus amigas charlaban sobre clases a las que ella no había asistido y mencionaban a gente que no conocía, Allie se sintió como una extraña.

—¿Alguien ha visto a Rachel? —preguntó cuando la conversación decayó—. No la he visto desde que llegamos.

—Se fue a casa con su padre. —Nicole la miró, extrañada de que no lo supiera—. Vuelve mañana.

Hacía varios meses que Rachel no había visto a su familia; era lo más normal del mundo. Pero Allie se sintió todavía más sola, ahora que sabía que Rachel se había marchado.

Las otras no parecieron darse cuenta de su desánimo. Nicole se apoyó sobre los

codos. Zoe arrancó una brizna de hierba y se la acercó a los labios a modo de silbato. No consiguió arrancarle ni un sonido.

—Me encanta este sol. —Nicole ladeó la cabeza para que los rayos cayeran sobre los delicados contornos de su rostro, otorgándole a su piel clara un resplandor dorado—. Hace semanas que solo hay lluvia, lluvia y más lluvia.

—¿Ah sí? —se sorprendió Allie—. En Francia hizo sol todos los días.

—Calla —rió Nicole, alzando una mano para detener a Allie—. No quiero oír ni una palabra de lo espléndido que es el verano en Francia. Lo sé de sobra. El verano inglés es horrible. Ni siquiera deberían llamarlo verano. Es mentira.

De repente, Allie recordó algo que quería preguntar y se volvió hacia Zoe, que estaba inspeccionando el césped en busca de otra hoja para hacer silbar.

—Oye, ¿por qué le has dicho al guardia que nos quedaríamos a la vista?

—Nuevas reglas —dijo Zoe, como si nada—. Los guardias tienen que saber dónde están los alumnos en todo momento. No se puede ir al bosque sin permiso.

Allie se quedó de piedra. La mayor parte de los terrenos de la escuela eran bosque. Los alumnos siempre habían tenido libertad para deambular por donde quisieran.

—¿Cómo se lo ha tomado la gente? —Al mirar a su alrededor, se dio cuenta que todos los alumnos estaban en el césped. No había nadie paseando por ninguno de los senderos del bosque.

—No está tan mal. —Nicole encogió los hombros y el sol se reflejó en su cabello oscuro—. Te acabas acostumbrando. —Abrió los ojos para mirar a Allie—. Y ahora que estamos solas, ¿podrías contarnos dónde has estado?

Allie se sorprendió.

—¿No lo sabéis?

Las dos chicas negaron con la cabeza.

—Sabemos que acabaste en Francia, en casa de Sylvain, y que allí te encontró Nathaniel, pero nada más —dijo Nicole.

—Nadie quiso contarnos nada —añadió Zoe en tono acusador—. Desapareciste sin más. Un día bajamos a desayunar y ya no estabas. Todo era supersecreto. ¿Has estado en Francia todo este tiempo?

—Qué va —dijo Allie—. No hemos parado de movernos.

—¿En serio? —Los ojos de Nicole reflejaron una mezcla de curiosidad y envidia—. Debe de haber sido muy emocionante.

Allie no sabía cómo expresar lo que era no saber nunca adónde te llevaban. Cómo era estar en lugares que no habías escogido y que no conocías, estar retenida en una casa sin poder salir. De modo que solo les contó algunas cosas.

Cuando Nathaniel secuestró a Rachel y atacó el colegio, varios alumnos habían resultado heridos. Estaba claro que iba en serio y que nada lo detendría en su empeño por arrebatarse el mando de la Sociedad Orión —la organización secreta que controlaba buena parte del Gobierno británico— a Lucinda Meldrum, la abuela de

Allie y presidenta de la sociedad desde hacía muchos años.

Lucinda no estaba dispuesta a abandonar el cargo, y él pretendía usar las armas que tuviera a su alcance para hacerle daño. Cimmericia era una de esas armas, pues Lucinda adoraba la escuela y estaba vinculada personalmente a ella. La familia de Lucinda era otra arma. Nathaniel ya había convencido a Christopher, el hermano de Allie, para que se le uniese. Ahora estaba dispuesto a todo para llegar hasta Allie. Lucinda e Isabelle habían decidido que Cimmericia ya no era un lugar seguro para la muchacha, y que su mera presencia ponía en peligro a todos los que se encontraban allí. Así pues, una mañana temprano, Allie y Rachel habían montado en el jet privado de Lucinda y se habían marchado, sin tener ni idea de adónde se dirigían.

La primera parada resultó ser Suiza, donde las condujeron a la suntuosa residencia de montaña de un multimillonario suizo, un viejo amigo de la familia de Lucinda. Cada una disponía de su propia suite de lujo, pero cada noche dormían juntas en la misma habitación. No querían estar solas. Cada pocos días, una enfermera iba a cambiarles las vendas de las heridas y a revisarles los puntos.

Al cabo de unas pocas semanas, les dijeron que hicieran las maletas y embarcaron de nuevo en el avión. Esta vez llegaron a una gigantesca mansión en Croacia. Allí las recibieron con montones de deberes y una carta de Isabelle en la que les decía que había llegado la hora de ponerse a estudiar.

La estancia en Croacia duró apenas un par de semanas.

Cuando les comunicaron que tenían que hacer las maletas otra vez, ni siquiera les importó. La enorme residencia croata había estado extrañamente vacía; allí no vivía nadie aparte de ellas, el servicio y los guardias. Cada vez que hablaban, sus voces resonaban por la casa.

Después pasaron unas semanas en una casa ultramoderna en Alemania, tan grande como un hotel, con persianas que se activaban por control remoto y que nunca habían llegado a descubrir cómo utilizar. De ahí fueron a casa de Sylvain.

—Y entonces Nathaniel nos encontró. —El recuerdo de aquella tarde calurosa y de lo cerca que habían estado le revolvió el estómago—. Si no llega a ser por Sylvain...

Zoe se puso en pie de un salto, interrumpiendo el relato de Allie.

—Ahí está Lucas. Me tengo que ir.

Y así, sin más, atravesó corriendo el césped hasta llegar a un grupo de estudiantes que estaban calentando para jugar al fútbol.

Herida, Allie la siguió con la mirada.

—¿Tan aburrida soy? —No lo dijo de malas maneras, pero le había sentado mal.

—Te ha echado de menos —le dijo Nicole con suavidad—. Ya sabes cómo es con las emociones. No sabe cómo decirte lo que siente. —Miró hacia Zoe, que en ese momento daba patadas a un balón con una fuerza desproporcionada—. Creo que está molesta por lo que te ha pasado. Es... difícil de decir.

—Ya lo sé —Allie se encogió de hombros—. No pasa nada.

Pero no era cierto.

—¿Entonces... —Nicole arrancó del césped una margarita salvaje con un tallo muy largo. Y luego otra— Sylvain y tú...?

Nicole arqueó las cejas.

El rubor acudió al rostro de Allie, que se apresuró a buscar más margaritas para sumarlas a la colección de Nicole.

Se acordó de aquel momento en el agua, antes de los disparos. Había estado segura de que él iba a besarla. Pero no lo había hecho.

Le tendió una flor a Nicole.

—Sylvain y yo somos **amigos**.

Recalcó la última palabra.

—Ajá... —Nicole se puso a trenzar los tallos de las margaritas y formó una delicada cadena—. Ser amigos está bien.

Lo dijo en tono contenido, pero Allie advirtió su decepción.

Allie decidió llevar la conversación a terrenos menos pantanosos.

—Entonces, ¿Nathaniel no ha intentado nada más desde que me fui?

Nicole negó con la cabeza.

—Lucinda lucha contra él en Londres, pero en reuniones, y no aquí, con puñales... —Sus ojos oscuros la miraron seriamente—. Creo que no va ganando.

Aquellas palabras la hicieron estremecerse.

Si su abuela perdía, Nathaniel se haría con la escuela y con la organización al completo. Isabelle tendría que irse. No quedaría nadie que se preocupara realmente por Allie. Tendría que dejar la escuela. O quedarse y formar parte de los enfermizos planes de Nathaniel.

—Ya basta de cosas tristes —exclamó Nicole con decisión—. Esto es demasiado deprimente para tu primer día. No nos van a derrotar hoy.

La chica se arrodilló y adornó el cabello de Allie con las margaritas entretejidas en una corona de flores.

—Preciosa. —Una sonrisa de satisfacción iluminó el óvalo perfecto de su cara—. Ahora pareces una princesa de cuento. Allie, reina de la Academia Cimmeria.

Nicole hizo una reverencia.

A Allie aquel gesto la conmovió sinceramente.

—Gracias, plebeya gala. —Agitó con suavidad la mano en un saludo mayestático—. Puede ponerse en pie.

Nicole rio y se apoyó en los talones para estudiar el aspecto de su amiga.

—Te sientan bien las coronas.

Alguien llamó a Nicole desde las escaleras delanteras. Ella se puso en pie y se colocó una mano en la frente, a modo de visera, para mirar hacia la puerta delantera.

—Es Isabelle —dijo bajando la vista hacia Allie, que estaba recolocándose la corona de flores—. Voy a ver qué quiere.

—Puede usted retirarse —dijo Allie, metida en su papel de reina—. Vaya y

cumpla con su deber.

Mientras Nicole se alejaba apresuradamente, Allie la llamó:

—Dile a Isabelle que necesito hablar con ella.

Pero, al parecer, ni Nicole ni Isabelle la oyeron.

Las dos desaparecieron en el interior del colegio. La puerta se cerró y el guardia volvió a instalarse fuera, vigilando atentamente el terreno.

¿Por qué Isabelle no quiere verme? ¿Está demasiado ocupada para hablar de pistolas? ¿Y de Nathaniel?

Se recostó en la hierba y repasó sus opciones. Podía perseguir a Isabelle e insistir en que le explicara qué demonios estaba pasando. Sí, podía hacerlo.

Pero no se movió. Seguro que Isabelle tenía sus motivos para hacerla esperar.

Se está cocinando algo.

El calor del sol ayudó a que la fatiga de las últimas veinticuatro horas se apoderara de ella, y los párpados empezaron a pesarle. La hierba le acariciaba las piernas desnudas. A lo lejos oía a Lucas y a Zoe gritando y pateando el balón; el débil zumbido de las abejas que volaban por el parterre la arrullaba.

Puede que llevara durmiendo un buen rato o quizás ni siquiera un segundo cuando, de repente, algo le tapó el sol. Allie abrió los ojos y se encontró a Carter plantado ante ella.

Seis

—¿Carter...? ¿Qué...? —Allie se despertó al instante.

—No me lo puedo creer —dijo él—. Serás idiota. ¿Cómo has podido ser tan estúpida? ¿Por qué diablos has vuelto?

—¡Eh! —protestó Allie—. O sea... ¿qué? —Se apresuró a ponerse en pie.

—Te escapaste —dijo él—. Eras libre, ¿y se te ocurre volver? ¿Por qué caray lo has hecho?

Sonaba enfadado y desconcertado al mismo tiempo, como si Allie hubiese cometido una estupidez increíble.

Allie se enfureció.

—No tienes ni idea de lo que ocurrió, Carter. No tuve elección. Y muchas gracias por saludarme y darme la bienvenida.

Él hizo caso omiso del comentario.

—¿En serio? —ahora su tono era sarcástico—. ¿No te podrías haber escapado? Eso es lo tuyo, ¿no? Escaparte. ¿Por qué no lo haces cuando realmente toca?

Eso dolía.

Allie se puso hecha una furia.

—He vuelto porque no era seguro estar ahí fuera —le espetó—. Y punto. No porque quisiera... —*verte*— estar aquí.

La respuesta no apaciguó a Carter.

—Mira a tu alrededor, Allie. —Extendió los brazos como queriendo abarcar los silenciosos terrenos del colegio, el edificio casi vacío, los musculosos guardias patrullando alrededor de la extensión de césped—. ¿Te sientes segura ahora? Porque no lo estás. Por lo menos ahí fuera podías salir corriendo. Aquí estás enjaulada.

Allie quería replicarle, decirle lo equivocado que estaba. ¿Pero acaso no había percibido lo mismo toda la mañana? ¿Y durante la reunión? La inseguridad. Lo inútil que parecía su resistencia contra Nathaniel. Los guardias vigilándolos a cada paso.

Las ganas de enfrentarse a Carter se le pasaron de pronto.

—Mira, Carter, durante varios meses lo único que he hecho ha sido huir. —Se pasó los dedos por la frente, que le empezaba a doler—. Y fuera no ha sido más seguro. Nathaniel me encontró y fue... horrible.

Los ojos de Carter brillaron con sorpresa y preocupación. No sabía nada de lo ocurrido.

Y era evidente que le importaba.

—No sé si aquí estoy a salvo o no —prosiguió Allie—. Lo dudo. No estoy segura en ningún sitio, pero tú tampoco. Así que quizás deberías preocuparte menos por mí y un poco más por ti. En serio, Carter... —Su mirada resbaló por las mejillas angulosas del chico y los oscuros cercos que tenía bajo los ojos—. ¿Qué te pasa? Tienes una pinta horrorosa.

De inmediato, la expresión de Carter se endureció.

—¿Que qué me pasa? Nada. Ya sabes que soy la única persona sincera que hay por aquí. Tienes hierba en el pelo.

Y, tras ese confuso intercambio de palabras, el joven giró sobre sus talones y se marchó a paso ligero, pateando el césped.

Mientras lo veía alejarse, Allie se acarició el pelo. Sus dedos tropezaron con la diadema de flores, ahora marchitas, que Nicole le había regalado.

—No es hierba —dijo—. Es una corona.

Cuando llegó la hora de cenar, Allie había dejado de ponerle buena cara a todo y tenía el ánimo por los suelos. A lo mejor había pasado demasiado tiempo fuera del colegio como para simplemente... volver. Era como si, en su ausencia, la vida en Cimmeria hubiera continuado, borrando cualquier huella que Allie hubiese podido dejar.

Se encaminó al comedor con pasos vacilantes. A primera vista, todo seguía igual; la estancia resplandecía por las velas encendidas. Las mesas estaban puestas como de costumbre, con copas de cristal, cubiertos de plata y mantelería blanca. Pero ahora estaba casi vacía. El alumnado al completo cabía sobradamente en cinco mesas redondas. Los profesores y los guardias ocupaban otras cuatro.

En otros tiempos, las cenas en Cimmeria solían ser acontecimientos animados, con un murmullo constante de risas y charlas. Pero en esta ocasión, el ambiente era muy apagado. La gente conversaba, pero la vida y el buen humor brillaban por su ausencia.

Allie localizó a Nicole y a Zoe sentadas a la mesa con Lucas y Katie, y fue hacia ellos.

—Hola, Allie. —Katie le sonrió como si fueran viejas amigas—. Bienvenida.

—Hola —masculló Allie sin ningún entusiasmo; la sonrisa de Katie se desvaneció.

Se hizo un incómodo silencio. Zoe miró alternativamente a Katie y a Allie con el ceño fruncido.

—Katie nos ha ayudado —anunció en un tono que señalaba lo poco razonable que estaba siendo Allie—. Ahora es amiga nuestra.

Todos miraron a Allie, esperando a que dijera algo diplomático o amable. Pero no pudo hacerlo. Sabía que estaba comportándose como una cría, pero no podía evitarlo. Era como si Katie, de todas las personas que había en el mundo, hubiese ocupado su lugar en el grupo.

Allie lanzó una mirada gélida a la pelirroja.

—Genial.

Katie empezó a ruborizarse y se volvió hacia Lucas para preguntarle cualquier cosa, en un intento evidente por cambiar de tema.

Antes de contestar, Lucas dirigió a Allie una mirada de desaprobación.

Parecía que Zoe quería añadir algo más, pero Nicole le puso una mano en el brazo y meneó ligeramente la cabeza.

Después de aquello, nadie más le dirigió la palabra a Allie.

A las siete en punto, Carter y Sylvain entraron en el comedor seguidos por Zelazny, que cerró las puertas tras de sí.

Sylvain ocupó un asiento vacío situado junto a Allie, mientras ella evitaba la mirada de Carter.

Sylvain reparó en la expresión de su cara y se inclinó hacia ella.

—¿Te encuentras bien?

A Allie le temblaba el labio inferior y simplemente negó con la cabeza. Se sentía incapaz de hablar.

Carter tenía razón; tenía ganas de salir corriendo de allí. Pero no tenía adónde ir.

En cuanto terminaron de cenar, Allie se fue directa hacia la puerta. Iba prácticamente corriendo por el vestíbulo cuando Sylvain la alcanzó.

La tomó de la mano y la llevó a un rincón oscuro del hueco de la escalera principal, cerca del despacho de Isabelle.

—Allie... —dijo en cuanto estuvieron ocultos—. *Dites-moi*. ¿Qué pasa? Casi no has hablado ni comido durante la cena. Pareces triste. ¿Ha pasado algo?

El chico trató de buscar alguna pista en el rostro de Allie.

Ella bajó los ojos. No podía contarle lo de Carter porque nunca se habían llevado bien, y lo de Katie le parecería una tontería. En realidad, ahora que lo pensaba, su propia reacción había sido ridícula y desproporcionada.

—Lo siento —suspiró, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara—. Solo me estoy compadeciendo de mí misma. Nada es como esperaba y todo el mundo... —calló y sacudió la cabeza—. Se me pasará. Solo estoy cansada.

Tenía a Sylvain tan cerca que notaba el calor que emanaba de su cuerpo. Era difícil sentir lástima de una misma cuando la miraban con aquellos ojos.

—¿Estás segura? —preguntó él—. ¿Nadie ha dicho nada que te molestara?

Allie esbozó una sonrisa lánguida.

—No —le dijo—. Me estoy comportando como una idiota. Supongo que solo echo de menos... Francia. Tu casa. Cómo eran las cosas antes. No sé, aquí es todo tan... complicado.

Sylvain dio un paso hacia ella y apretó sus piernas contra las de Allie. Ahora ella podía oler el sutil aroma de sándalo de la colonia del chico y sentir su aliento en las mejillas.

Lo miró de manera inquisitiva.

Él le cogió con suavidad un mechón de pelo que le caía sobre el hombro y lo deslizó entre sus dedos como si fuera seda. A Allie se le erizó la piel.

—Hay una cosa que te animará —dijo él. Su voz queda y su acento francés

provocaron a Allie un escalofrío—. Es una sorpresa. ¿Nos vemos en la puerta trasera en media hora?

El cuerpo de Allie vibró de la emoción. Lo que más le apetecía en aquellos momentos era distraerse.

—Allí estaré.

Cuando Sylvain se marchó, Allie no supo qué hacer para matar el tiempo. Echó a andar por el pasillo hasta la puerta de la biblioteca. Al llegar dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

Estaba claro que lo que Sylvain quería implicaba besarse. Seguro que quería llevarlo todo al siguiente nivel.

¿Y ella también quería, no? A fin de cuentas, se sentía atraída por él. Y estaba claro que Carter no era un problema. Ese día el chico había sido de todo menos romántico.

¿Pero por qué le importaba tanto?

Se moría de ganas de hablarlo con Rachel. Ella sabría qué hacer.

—Eh, Allie. —El conocido acento de Chelsea la hizo pararse en seco enfrente de la sala común. Al darse la vuelta, vio que la pelirroja caminaba apresuradamente hacia ella, con la falda azul plisada ondeando alrededor de las piernas perfectas.

—Lo que faltaba —pensó con desesperación.

Se preparó para hacer frente al sarcasmo de Katie. Pero no hizo falta.

En vez de eso, la chica parecía casi nerviosa. Jugueteaba sin parar con un delicado brazalete de oro que le colgaba de la muñeca. La luz de la lámpara que pendía del techo se reflejó en su brillante cabellera cobriza. La piel de su rostro no tenía ni una imperfección.

—Esto te va a sonar raro —empezó a decir Katie—. Solo quería decirte que me alegro de que hayas vuelto. Y... ya sé que no te caigo bien y no te culpo. Me he comportado como una bruja. Lo siento... más o menos. —Dejó de toquetear el brazalete y miró a Allie con aquellos ojos verdes, astutos como los de un gato—. Tú también fuiste una bruja conmigo, ¿sabes?

Por un momento, Allie se planteó defenderse. Pero cambió de idea. Lo que Katie estaba diciendo era verdad. Las dos habían recibido y repartido por igual.

—En fin... —prosiguió Katie—. Entonces pasó lo de Nathaniel y te convertiste una especie de superheroína. No sé si te lo había dicho, pero creo que fue increíble lo que tú y los demás hicisteis. Yo sé que... —Se mordió el labio— no lo soy. Valiente, quiero decir.

Allie se quedó de piedra. Ni en mil años hubiese imaginado que Katie le diría aquello.

— Y... no quiero ser tu enemiga —dijo Katie—. Ya tenemos bastantes enemigos ahora mismo. Así que quiero declarar una tregua. Entre nosotras. Por lo menos

durante un tiempo. —Hizo una pausa—. Cuando todo esto haya terminado, podemos volver a odiarnos, si quieres.

—¿Quieres...? ¿Quieres que... seamos amigas? —a Allie le costaba expresar algo que no tenía sentido.

—Ya, ya sé. —Katie esbozó una media sonrisa—. *Très bizarre*, ¿no? Pero salvaste el colegio. Y yo no soy tan cretina. Además, te odiaba por Sylvain, más que nada. Y ya paso de él.

Se alisó los pliegues de la falda en un gesto recatado.

—¿Hablas en serio? —dijo Allie recuperando el habla—. ¿De verdad quieres hacer una tregua?

—Lo digo en serio. —Katie le sostuvo la mirada—. No es ninguna triquiñuela. ¿Qué te parece?

Aquello era increíble. Allie y Katie se habían odiado desde siempre. Katie había sido muy mezquina con ella, muy cruel. Se preguntó si sería capaz de pasar página. De volver a empezar. Pero Katie los había ayudado cuando Nathaniel fue a por los alumnos. Y los demás parecían haberla perdonado.

Lo mínimo que podía hacer era intentarlo.

—Vale —dijo Allie, tras una larga pausa—. Haremos una tregua. Pero se me hace rarísimo.

—¿Verdad que sí? —Katie sonrió—. Bienvenida al mundo al revés.

—¡Katie!

Las dos se giraron y vieron que Lucas saludaba desde el otro lado de la sala común.

Aunque el grueso del alumnado que se había quedado en el colegio se encontraba allí, la sala seguía pareciendo rara. Antes, en una noche normal habría estado hasta los topes. En apariencia, la amplia estancia no había cambiado, las altas estanterías seguían repletas de libros y de juegos de mesa, pero las butacas y los sofás de cuero estaban casi vacíos. El piano de cola *mignon* estaba en un rincón muerto de aburrimiento.

Katie le devolvió el saludo a Lucas.

—Tengo que irme. —Ladeó la cabeza y añadió—: Me alegro de que hayamos arreglado las cosas. Creo que me gustará no tener que pelearme contigo.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y cruzó la sala contoneándose. Desde la puerta, Allie la observó acercarse al sofá en donde estaba sentado Lucas. Él la recibió con una puya amistosa, pero a Allie no se le escapó cómo había paseado los ojos por toda la figura de Katie en gesto aprobatorio.

Allie frunció el ceño. Lucas era el novio de Rachel. No es que Katie y Lucas estuvieran acurrucados en el sofá, pero se los veía extremadamente cómodos.

Algo atrajo su mirada hacia el fondo de la habitación. En un rincón en penumbra, sentado en una butaca de cuero, Carter sostenía sobre el regazo un pesado libro que leía con sumo interés.

Un mechón de cabello oscuro le caía sobre los ojos, pero no parecía haberse dado cuenta. Sus largas piernas estaban estiradas. Parecía mayor de lo que ella recordaba. Más adulto.

Allie se preguntó si ella también parecería mayor ahora.

Ojalá pudieran volver a ser amigos sin todas esas... *historias* entre ellos. Siempre encontraban algún motivo para enfadarse. Mientras había estado fuera, lo había echado más de menos de lo que esperaba, y eso la había confundido. En más de una ocasión, mientras simulaba estudiar, tumbada junto a la piscina, se había sorprendido preguntándose qué estaría haciendo el chico. Si la echaría de menos.

Pero la constante y atenta presencia de Sylvain no la había ayudado a saber cómo se sentía.

Ahora, con los dos chicos cerca, tampoco se estaban aclarando las cosas.

Siete

Cuando Allie llegó a la puerta trasera, una guardia de cabello oscuro y con una linterna colgando del cinto le abrió la puerta sin siquiera pedirselo.

—Esto... gracias —dijo Allie, haciendo esfuerzos por disimular su extrañeza ante las nuevas medidas de seguridad.

La guardia asintió con profesionalidad y cerró la puerta.

Fuera, el cielo era de color azul cobalto y estaba empezando a oscurecer. Un soplo de brisa fresca despeinó la melena de Allie.

Unos metros más adelante, Sylvain paseaba a uno y otro lado del camino de piedra, con las manos metidas en los bolsillos. Al ver a Allie su cara se iluminó.

—Ya has llegado. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

Allie lo miró con los ojos entornados.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

Él esbozó una sonrisa.

—Sabía que esta parte no te gustaría nada. —Le tendió la mano—. Vamos. Te prometo que está todo bien. Solo es una sorpresa. Una **buena** sorpresa.

Nunca lo había visto tan contento. Prácticamente daba saltos en el sitio de la emoción.

El ánimo del chico era contagioso. De modo que Allie apartó de su mente al irremediable Carter y lo deprimente que era Cimmeria y aceptó su mano.

—Por aquí —dijo él señalando a la derecha.

El sendero serpenteaba desde el terraplén que había en la parte trasera del colegio hasta el borde del bosque. Allie sabía que caminando un buen trecho el camino desembocaba en el huerto vallado. Una vez allí, si se ascendía por la colina, se llegaba al castillo en ruinas. Pero Sylvain abandonó el sendero enseguida y se internó entre los árboles.

—Pensaba que teníamos prohibido ir al bosque —dijo Allie.

—Me han dado permiso —contestó él con una sonrisa misteriosa.

Había oscurecido; los últimos rayos de luz estaban muriendo. Mientras avanzaban por el bosque, el chico entrelazó los dedos con los de Allie.

No tenía ni idea de adónde la llevaba. Sabía que ante ellos no había nada más que bosque. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—En serio, Sylvain. Esto es de locos, ¿adónde vamos?

Su impaciencia parecía divertir al chico, que reprimía una sonrisa.

—Confía en mí. —dijo.

Allie se disponía a exigirle más información cuando vislumbró un resplandor fantasmagórico. De repente supo adónde se dirigían: a la glorieta.

¿Pero por qué?

Camaron por entre los árboles hasta salir a un claro, y la noche se iluminó.

Allie se paró en seco.

Sylvain le soltó la mano y retrocedió unos pasos para poder observar su reacción.

La glorieta era una estructura pequeña y caprichosa que carecía de finalidad aparente. La única misión de aquel cenador de mármol con techo abovedado era ser bonito. Una agradable sorpresa para los paseantes victorianos. En el interior de la glorieta había una estatua que representaba una mujer bailando.

Esta vez estaba adornada con pequeñas luces, cuyo resplandor alumbraba cada centímetro de mármol. La bailarina también sostenía entre sus manos alzadas varias ristas de diminutas luces, como un velo iluminado.

Había cuatro escalones que subían hacia la estatua. Al final de la escalera, alguien había depositado algo que no podía distinguir.

Allie se volvió a mirar a Sylvain. En el resplandor de las luces alcanzó a ver la expectación en los ojos del chico.

—Adelante —la apremió.

Ella se acercó a la glorieta con pasos indecisos hasta que pudo ver lo que había.

A los pies de la estatua, dentro de un círculo de velas que titilaban por la brisa, había un pastel.

—Oh... —Allie se llevó las manos a la boca—. Hay diecisiete velas.

Sylvain se reunió con ella al pie de las escaleras. Allie lo miró pasmada.

—Feliz cumpleaños.

Se había quedado sin palabras. Con todo aquel lío, había olvidado por completo que era su cumpleaños.

Pero Sylvain se había acordado.

Los ojos de Allie se llenaron de lágrimas.

Hacía mucho tiempo que nadie le hacía un pastel de cumpleaños. La última vez había debido de ser antes de que Christopher se escapara. El cumpleaños anterior lo había pasado con Mark y Harry en Londres, haciendo grafitis en los edificios que había junto a las vías del tren.

Mark había escrito con spray en la pared: «¡Feliz cumpleaños, Allie!». Y eso había sido todo.

—Yo... —Como le temblaba la voz, se interrumpió.

Seguro que Sylvain había tardado siglos en colocar todas aquellas lucecitas. Y las velas. Eran las mismas que ponían en las mesas del comedor; probablemente había vuelto a buscarlas después de la cena y las había sacado a hurtadillas.

Se volvió hacia Sylvain para decirle algo, cualquier cosa que pudiera expresar lo mucho que aquello significaba para ella. Pero las palabras no bastaban. Así que alzó los brazos hacia él y acercó la boca de Sylvain a la suya.

Él la besó con suavidad, algo confundido. Le besó las comisuras de los labios hasta que Allie los separó y probó su sabor.

Ella estaba de puntillas y entrelazó las muñecas en la nuca de Sylvain para besarlo con más pasión, pidiéndole más.

Había querido besar a Sylvain desde aquel primer día en Francia, cuando lo había

visto en las escaleras de su casa, con los ojos azules como el cielo.

Aquello era lo correcto, se dijo. ¿Cómo no iba a escoger a Sylvain ahora? Después de aquello, estaba claro. Estaba bien.

Allie enredó los dedos en los suaves rizos de Sylvain y se inclinó hacia adelante, apoyándose en él.

Al instante Sylvain la sujetó y apretó con más fuerza los brazos, que ya rodeaban la cintura de Allie.

Por primera vez en mucho tiempo, Allie pensó que quizás estaba tomando la decisión acertada.

—Es mi pastel ideal. De chocolate, con relleno de chocolate y espolvoreado con virutas de chocolate. —Se chupó el glaseado de los dedos y miró a Sylvain en el trémulo resplandor de las luces—. Está de muerte.

Se habían sentado a los pies de la estatua de la bailarina. Él le rodeaba suavemente la cintura con un brazo y ella estaba acurrucada al calor del cuerpo de Sylvain.

—Perdona por no traer tenedores. Tendremos que comer como salvajes.

Aquella manera de expresarse la hizo reír.

—Me parece perfecto ser una salvaje. —Cogió otro pedazo de pastel—. Explícame otra vez cómo te las ingeniaste para subir el pastel al avión.

Sylvain inclinó la cabeza y le dio un beso en el hombro.

—Lourdes estaba empeñada en prepararte un pastel, aunque tuviéramos que irnos. Así que lo metimos en una caja y lo escondimos en una maleta. Les dije a los guardias que lo colocaran en un lugar seguro, donde nada pudiera dañarlo.

Lourdes era la cocinera de la familia Cassel. El día que había conocido a Allie, había chasqueado la lengua y afirmado: «*Tu es trop mince*» (estás demasiado delgada). A partir de aquel momento no paró de atiborrarla a comida; desde baguettes recién horneadas untadas de queso, a crujientes cruasanes bañados en mermelada, coloridos *macarons* y, sus favoritas, lenguas de gato recubiertas de chocolate negro.

—Oh, la echo de menos —suspiró Allie con tristeza—. Y echo de menos Francia.

La sonrisa de Sylvain se desvaneció; los ojos se le pusieron serios.

—Volveremos.

—Eso espero.

El ánimo había decaído y Sylvain, que lo había notado, carraspeó y sonrió con aire misterioso.

—Aún queda otra sorpresa...

Alargó el brazo hacia la zona a oscuras de la parte trasera de la estatua y sacó una caja pequeña adornada con un lazo plateado.

—¿Un regalo? —Allie le dedicó una sonrisa. Se limpió los dedos pegajosos de glaseado antes de tomar la caja con las manos—. No me lo puedo creer.

Él pareció extrañado.

—*Bien sûr*. Es tu cumpleaños.

A Allie le encantaba oírlo hablar francés.

El lazo estaba confeccionado en una seda gruesa; Allie tiró de los extremos para deshacerlo y una caja azul de joyería quedó a la vista.

El corazón se le disparó. De repente estaba nerviosa. Ningún chico le había regalado joyas.

La suntuosa caja crujió al abrirse.

—Oh, Sylvain... —suspiró.

En el interior de la cajita brillaba una delicada cadena de oro blanco. De ella pendían dos diminutos colgantes, un llave adornada con cenefas y florituras y un candado de aspecto antiguo.

Allie se quedó inmóvil; Sylvain soltó el collar del cojincillo satinado sobre el que reposaba, sostenido por dos pequeños alfileres.

—Lo mandé hacer especialmente para ti. —Él le retiró el cabello con suavidad y le colocó el collar alrededor del cuello. Allie sintió el metal frío contra la piel—. Así es como me siento contigo. Tu vida encierra algunos secretos... Y me gustaría darte una llave para todos ellos. Quisiera liberarlos para ti. Para que puedas ser libre.

Sylvain agachó la cabeza y la besó en la nuca, justo por encima del cuello de la blusa. Allie se estremeció al notarlo.

Entonces ella se dio la vuelta y se sentó en el regazo de Sylvain, colocando las piernas a ambos lados de la cintura del chico. Él la sujetó por la espalda con manos firmes.

Allie tomó la cara del chico entre las manos. En el resplandor de las luces, los ojos de Sylvain brillaban como zafiros.

Una lágrima bajó por la mejilla de Allie.

—Esto es lo más bonito que me han regalado en la vida. Me encanta y lo guardaré para siempre. Gracias.

—Te mereces todas las joyas que hay en este mundo —susurró él—. Allie, quiero que lo tengas todo.

Entonces, ella lo besó otra vez.

Ocho

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, Allie no podía parar de sonreír. El collar con la llave y el candado, que reposaban sobre la base de su cuello, le recordaban constantemente la noche anterior. Las mejillas le ardían con solo recordar cómo había besado a Sylvain.

En el comedor, el ambiente de pesadumbre que empezaba a asociar con Cimmeria era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. No soportaría otro día como el anterior. Además, estaba contenta. Estaba loca de alegría. Rebosaba de amor por el mundo. Qué más le daba si Isabelle no se reunía con ella. Si no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Si el colegio era deprimente y el mundo se iba al infierno en patinete.

Ahora era feliz.

El olor a comida la hizo sentirse hambrienta, así que se llenó el plato hasta el borde y se preparó una taza de té con leche antes de sentarse a la mesa junto a Nicole y Zoe, que charlaban tranquilamente con Lucas y Katie.

—Me comería una vaca —exclamó Allie tomando asiento—. No me juzguéis.

Zoe la observó con poco interés.

—Puedes comer tanto como quieras. Eres ectomorfa.

Con el tenedor suspendido en el aire, Allie se detuvo.

—¿Perdona? ¿Acabas de decir que tengo el esqueleto por fuera?

Zoe puso los ojos en blanco.

—Eso sería un exoesqueleto. Ectomorfo significa que por tu metabolismo no eres propensa a ganar peso.

—Ahora lo veremos —dijo Allie, abalanzándose sobre el plato de comida—. Voy a demostrarte lo contrario.

Tras devorar el desayuno, Allie miró al grupo.

—¿Qué plan tenéis para hoy? ¿Algo divertido?

Los demás intercambiaron miradas de extrañeza.

—Ya no hay nada que hacer —explicó lentamente Zoe, como si Allie fuera corta de entendederas—. Ya te lo dije.

Allie hizo una mueca.

—Eso no significa que no podamos pasárnoslo bien, Zoe.

Zoe abrió la boca para replicar, pero justo en aquel instante, Isabelle entró en el comedor. Estaba vestida de punta en blanco, con falda azul, blusa blanca y un cárdigan amarillo pastel sobre los hombros.

—Hola, Allie. ¿Me acompañas?

Allie llevaba tiempo esperando aquel momento, así que se puso en pie de un brinco y siguió a la directora sin despedirse de los demás.

Por fin, pensó.

—Lamento no haber podido reunirme contigo ayer —se disculpó Isabelle, mientras salía a paso vivo del luminoso comedor y se dirigía al pasillo, lóbrego y frío

—. Fue un día muy ajetreado.

A Allie no se le ocurría qué podía ser tan importante para impedirles hablar del ataque que había provocado que Lucinda cambiara radicalmente su plan de seguridad. Pero no alteró la expresión. Necesitaba información, no ponerse a discutir.

—Quería saber cómo te estás adaptando —prosiguió Isabelle—. Sé de sobra que incorporarse a Cimmeria después de un tiempo fuera puede resultar difícil.

Esta vez Allie no pudo reprimir la ironía.

—¿Sobre todo durante el Apocalipsis, quieres decir?

El comentario no pareció molestar a la directora, que sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta oculta en los antiguos paneles de roble.

—Bueno —dijo—, algo así.

Isabelle encendió la luz del pequeño despacho sin ventanas.

Allie miró a su alrededor con avidez. Un gran escritorio de caoba presidía una parte de la estancia. En la pared de enfrente colgaba un tapiz antiguo y rocambolesco que representaba a una doncella y a un caballero.

Todo estaba igual que antes de irse. Por lo menos, esa habitación seguía siendo la misma, era como un oasis de familiaridad en medio del caos de Cimmeria.

—Bueno, en fin. —Allie se dejó caer en una de las butacas de cuero situadas frente al escritorio—. Es un asco intentar hacer amigos en el fin del mundo.

—Tú ya tienes amigos —apuntó Isabelle sin inmutarse—. ¿Quieres té?

—No, gracias —dijo Allie. Aun así, Isabelle puso en marcha el hervidor de agua.

Pronto, el aroma floral a bergamota del té Earl Grey inundó la habitación.

—¿Rachel vuelve mañana? —preguntó Allie.

—Por supuesto. Las dos tenéis clase por la mañana.

Allie se echó hacia atrás en la butaca, aliviada. Echaba muchísimo de menos a Rachel.

Isabelle se sentó en el escritorio y colocó una taza de té enfrente de Allie.

—Sylvain y los guardias me han informado de todo lo sucedido en Francia. Sin duda, los atacantes trabajaban para Nathaniel, pero aún estamos investigando algunas cosas.

—¿Para quién si no? —dijo Allie—. La pregunta es: ¿cómo me encontró?

—Llegaremos a eso enseguida. —Isabelle sorbió un poco de té y se quedó mirando a Allie—. Te dispararon.

—Sí. —Allie le sostuvo la mirada—. No fue nada agradable. Sylvain me salvó el pellejo.

—¿Y desde entonces? —preguntó Isabelle.

Allie la miró dudosa.

—Desde entonces... ¿qué?

—¿Puedes dormir? ¿Tienes pesadillas? ¿Ataques de pánico?

Allie, que había sufrido todos esos problemas en el pasado, se ruborizó. No era eso de lo que quería hablar. Otras veces habían llegado a conversar con franqueza

sobre su vida, pero ahora le costaba verse de repente en una charla así.

—Estoy bien —dijo haciéndose la dura—. He pasado por cosas peores. Ahora solo quiero saber qué pasa con Nathaniel, cómo me encontró, quién es el espía y qué hacemos ahora.

—Sí, ahora lo hablamos. —La directora sorbió el té arrugando el entrecejo por la preocupación—. Me preocupa que esta situación te afecte. Has sufrido mucho.

Allie pensó en la noche anterior, cuando besaba a Sylvain, y en la oleada de emociones, confusas pero positivas, que le había traído. Y en cómo, por un instante, se había olvidado de todo.

—Estoy bien, en serio —dijo con sinceridad—. No sé por qué, pero lo estoy.

Isabelle estudió la cara de Allie, como queriendo adivinar el motivo, y volvió a beber del té.

—Muy bien. Eso es lo principal. Si tú estás bien...

—Lo estoy —insistió Allie.

La directora inclinó la cabeza.

—Entonces podemos hablar de cómo están las cosas. ¿Qué te gustaría saber?

Allie no lo dudó ni un segundo.

—Me gustaría saber cómo se enteró Nathaniel de que estábamos en Francia. Y quiero saber si de verdad estoy segura aquí en Cimmeria, porque cuando aquellos tipos me estaban disparando, decidí que no me apetecía nada morirme.

A una directora normal le habría parecido impertinente, pero Isabelle no era una directora normal.

—Creemos que fue una coincidencia. Seguramente Nathaniel llevaba un tiempo vigilando la casa de Sylvain —dijo—. No hay otra explicación. Nadie de la escuela pudo decírselo. Es imposible. Excepto Lucinda, Raj y yo, nadie ha sabido en ningún momento, desde que dejaste el colegio en marzo, dónde te encontrabas.

—¿Ni siquiera los profes? —preguntó Allie, sorprendida. Normalmente se informaba de todo a los profesores más importantes.

La directora negó con la cabeza.

—Nadie —repitió.

Allie se recostó en la butaca.

La mera idea de que Nathaniel pudiera rondar la casa de los Cassel, vigilando a la familia de Sylvain, era abominable.

—¿Por qué iba a vigilarlos si no sabía que yo estaba allí? —preguntó—. ¿Qué quería?

—Los Cassel apoyan a Lucinda y son la familia más poderosa de la organización europea. —El semblante de Isabelle se ensombreció—. Por lo visto, Nathaniel está ampliando su alcance.

Allie estaba empezando a ponerse nerviosa.

—Pero los estaría vigilando por algún motivo. ¿Están a salvo?

—Ya has visto el equipo de seguridad de los Cassel. Están muy bien protegidos.

Allie se acordó de los guardias subidos a las escaleras, oteando con los prismáticos los campos que rodeaban el complejo de los Cassel. Recordó las cámaras fijadas en la sólida verja, el alambre de espino y los todoterrenos blindados.

—Sí, pero... —Allie no terminó la frase.

...a pesar de todo, Nathaniel dio con nosotros.

No lo había dicho en voz alta, pero Isabelle pareció leerle el pensamiento.

—Están todo lo seguros que pueden estar, dadas las circunstancias. Eso te lo puedo garantizar.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Allie, mirándola a los ojos— ¿Estamos a salvo?

Isabelle no respondió enseguida. Tamborileó con los dedos lentamente sobre la mesa, como si estuviera decidiendo qué responder.

—Ojalá pudiera decirte que sí —contestó finalmente—, pero me temo que la respuesta es no. No estáis a salvo. Aquí nadie lo está.

Allie no se esperaba aquella respuesta.

—Entonces, si no estoy segura, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué me habéis obligado a volver? —Allie no pudo ocultar su desconcierto.

La directora la miró con seriedad.

—Estás aquí porque así lo ha querido Lucinda.

—¿Pero por qué? —preguntó Allie, alzando la voz—. ¿Por qué me quiere aquí?

Isabelle titubeó de nuevo.

—Te habrás dado cuenta de que ahora la seguridad... nos preocupa algo más. La situación entre Lucinda y Nathaniel es insostenible. Allie... —Isabelle se echó hacia adelante y sus ojos color miel le dirigieron una mirada imperiosa—. El final está cerca. Lucinda necesita que estés aquí.

Allie se acordó de las lúgubres palabras de Nicole. **Creo que no va ganando.**

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Isabelle —musitó—, ¿Lucinda está perdiendo la partida?

La directora hizo una pausa antes de contestar.

—Es posible.

Se hizo un silencio. Al otro lado de la puerta, Allie alcanzaba a oír pasos en el pasillo, a alguien dando voces a lo lejos, el ruido sordo de una puerta al cerrarse.

—¿Qué pasará si perdemos? —Perder era una posibilidad que rara vez se había permitido contemplar, y mucho menos expresar—. ¿Qué pasará contigo y qué...? —Hizo ademán de abarcar con los brazos el gran edificio gótico en el que se encontraban—. ¿Qué pasará con todo el mundo?

—Eso aún está por ver —contestó bruscamente la directora—. Hay alternativas. Hay otras maneras de salvar esta situación y las estamos contemplando todas, pero por ahora la lucha continúa y tenemos que centrarnos en eso. Todavía podemos ganar. —Isabelle se movió en su asiento y echó el cuerpo hacia adelante, en dirección al haz de luz que proyectaba la lámpara del escritorio. Ahora las oscuras ojeras que le

cercaban los ojos eran más evidentes—. Te he dicho que no estabas a salvo aquí porque es la verdad y nunca he tenido intención de engañarte. Ya te han mentido bastante. Pero también es cierto que ahí fuera estarías aún menos segura. Aquí, por lo menos, podemos protegerte. Y tú puedes ayudarnos.

—¿Ayudaros a qué? —preguntó Allie con suspicacia.

Isabelle le sostuvo la mirada.

—No sabemos quién es la persona que trabaja para Nathaniel. Pero estamos cerca. —Hizo una pausa—. Muy cerca. Creemos que tu presencia aquí ayudará a... acelerar los acontecimientos. —El tono de su voz era frío—. Porque debemos encontrar a esa persona. Tenemos que detenerlos.

Finalmente, Allie comprendió por qué había regresado a Cimmeria.

Durante varios meses habían intentado averiguar quién los estaba traicionando. Alguien del colegio le estaba pasando información muy valiosa a Nathaniel. El espía lo había ayudado a prender fuego al colegio. Había dejado entrar a uno de sus secuaces, Gabe, que había asesinado a Ruth y a Jo. Habrían dado cualquier cosa con tal de identificar al espía y acabar con él. Lo habían intentado durante meses, pero sin ningún éxito. Y lo habían pagado muy caro.

Allie se irguió en su asiento.

—¿Qué necesitáis que haga?

—Primero —Isabelle alzó una mano, como pidiendo prudencia—, deberías saber cómo están las cosas. Mientras estabas fuera, eliminamos a los guardias de la lista de sospechosos.

Atónita, Allie clavó los ojos en Isabelle.

—¿Cómo? ¿Estáis seguros?

Durante mucho tiempo, la lista de sospechosos había incluido al grueso de los guardias de más antigüedad y a los instructores más importantes de la Night School. Cada vez que habían intentado reducir la lista, algo se lo había impedido. Los alumnos tenían la esperanza de que el espía fuera un guardia, una persona a la que en el fondo no conocían. Porque lo contrario significaría que uno de sus mentores los había traicionado. Y ese pensamiento era insoportable.

—Fue idea de Raj —dijo Isabelle—. Retiró del colegio a todos los guardias que estaban bajo sospecha y revisó a fondo sus antecedentes. Además, filtró información falsa acerca de tu paradero a los profesores más importantes. La información llegó hasta Nathaniel, que envió a un grupo de matones a una casa vacía de España.

—Entonces... uno de los profes... —Allie fue incapaz de terminar la frase.

—Uno de nuestros tres profesores de confianza pasó la información a Nathaniel. —La voz de Isabelle era tensa—. Sí, pensando que tú estarías allí. Sí, sabiendo que Nathaniel podía matarte. —Miró fijamente a Allie—. Sí.

Allie tenía un nudo en la garganta y carraspeó.

—Entonces... se trata de Eloise, Jerry o Zelazny.

—Sí.

No sabía qué decir. Tiempo atrás habría confiado su vida a cualquiera de aquellos profesores.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Allie con gravedad.

—Ahora —dijo Isabelle— debemos ser cautos. Pensamos que tu regreso, teniendo en cuenta el clima de tensión, obligará al espía a comunicarse con Nathaniel constantemente. Lo cual facilitará que cometa errores. —La directora se recostó en el asiento, alejándose del foco de luz; Allie ya no podía verle los ojos—. Y cuando eso ocurra, estaremos preparados.

Nueve

—He vuelto. —Rachel abrió la puerta de la habitación de Allie sin llamar—. ¿Me has echado de menos?

—¡Rach! —Allie saltó de la cama y corrió a abrazarla con tanto ímpetu que casi la derribó. Era domingo por la tarde. Lo sucedido en los días anteriores hirvió en su interior de tal manera que creyó que iba a explotar—. Júrame que no volverás a dejarme sola.

—¿Podré hacer pausas para ir al baño? —rio Rachel.

—No —contestó Allie rotundamente.

—Pues va a ser una situación incómoda —dijo Rachel mientras se dejaba caer en la cama de Allie y miraba a su alrededor—. ¿No te parece increíble que estemos aquí? ¿Cómo te ha ido el finde?

Allie contestó de inmediato.

—Fatal. Y genial.

—Contigo todo es blanco y negro, Allie. —rio Rachel—. Cuéntamelo todo. Me he pasado todo el fin de semana en casa sin parar de comer. Nunca me había sentido tan gorda y tan feliz; creo que tengo energías suficientes para soportar cualquier cosa que me digas.

Allie se sentó en la silla del escritorio y apoyó los pies descalzos en la cama, junto a Rachel, preparándose para resumir los acontecimientos del fin de semana.

—Todo el mundo está depre. Los guardias son raros. Sylvain me dio un pastel y nos enrollamos. Carter está enfadado.

Rachel se centró primero en la gran noticia.

—¿Por fin te has enrollado con Sylvain? ¡Ya iba siendo hora! —Alzó los brazos para exagerar su alivio—. Ya estaba harta de veros dando círculos como dos leones hambrientos cuando estábamos en Francia. Pensaba que no os decidiríais nunca.

Allie le lanzó una almohada.

—Ni que fuera tan evidente.

—¡Claro que lo era! —Rachel sonrió y se colocó la almohada detrás de la espalda—. Pues me alegro un montón por ti. Sylvain ha terminado por caerme bien. Ya sabes, después de salvarte la vida como cuatro veces. Creo que es un buen tío. Y también creo que está totalmente colado por ti. Lo tienes loco.

Allie se sonrojó.

—Por mi cumpleaños... me regaló esto —Al alzarlo, la luz se reflejó en el collar.

Rachel se inclinó hacia adelante para verlo de cerca y soltó los correspondientes ruiditos de aprobación.

—Es precioso. Como tú.

—Me encanta. —Allie pasó el pulgar por la cadena antes de dejarla caer de nuevo sobre su piel.

—Mira que no haber estado aquí para tu cumple... —dijo Rachel, presa de un

súbito remordimiento—. A mi padre no se le ocurrió nada mejor que sacarme de la cama supertemprano. Y no me dejó despertarte, ya sabes cómo es.

Allie, que efectivamente sabía cómo era Raj Patel, pensó en contarle el mal día que había pasado. Pero eso solo haría que su amiga se sintiese peor.

—No pasa nada —dijo encogiéndose de hombros—. Me las apañé.

—Con la inestimable ayuda de un pibón francés. —Rachel le lanzó una mirada de complicidad—. Bueno, yo no tendré los ojos azules y un acento arrebatador, pero te he traído un regalo. Más vale tarde... —Sacó del interior de la americana un paquete envuelto en papel rosa y se lo tendió.

Allie sonrió.

—Ya me gusta —dijo—. Me gustan todos los regalos.

El papel crujió al rasgarlo. Dentro había una caja plateada. Al abrirla, la luz se reflejó en un frasco de perfume. Allie lo sacó de la caja.

—Dios, ¿es el perfume que no paré de mangarte aquella vez que estuve en tu casa?

Rachel asintió.

—Fui a comprarlo ayer con mi madre.

Allie se sintió conmovida.

—¿Cómo te has acordado de que me gustaba? —Abrazó a su amiga—. Qué detallista eres. Gracias.

—Verás, iba a regalarte un libro, pero me lo pensé mejor —explicó Rachel.

Allie se echó perfume en la muñeca y aspiró su olor con fruición. Olía a madreSelva.

—Menos mal. ¡Mucho mejor esto que un montón de palabras!

Rachel estiró las piernas sobre la cama, poniéndose cómoda.

—Ahora cuéntame lo que pasó con pelos, señales y morreos. No escatimes detalles guarros.

Allie le contó cómo había sido su cumpleaños de la manera más divertida y romántica que pudo.

Cuando terminó, Rachel suspiró de alegría.

—Qué pasada. El pastel, las velas... Sylvain sí que sabe cómo montárselo. —Ladeó la cabeza—. No quiero cortarte el rollo, pero... ¿qué pasa con Carter? ¿Has dicho que lo habías visto triste o algo así?

Allie recordó la cara melancólica de Carter. La habitación se oscureció levemente.

—Está hecho un desastre —dijo—. Se puso a gritarme por haber vuelto. Como si yo hubiese tenido elección o hubiese sido idea mía. Y está muy delgado y... no sé. Triste. Mal.

Rachel arrugó el entrecejo, como si analizara la situación.

—Mi padre dijo algo sobre lo mal que lo había pasado Carter por lo de Jules... y por ti.

—¿Por mí? —Allie la miró, sorprendida—. ¿Por qué por mí?

La noche anterior a su partida, todos habían luchado juntos contra Nathaniel. Nada de lo ocurrido había sido culpa de Carter. Nadie habría podido evitarlo. Nadie excepto Nathaniel.

Rachel dudó un instante.

—Tiene que ver con que no te protegiese de Nathaniel aquella noche. Y con que se llevasen a Jules. Mi padre dice que se culpa por todo y que no hay manera de hacerlo entrar en razón.

Allie se quedó sin palabras. Ahora todo tenía sentido. Ahora lo veía con los ojos de Carter.

Se habían llevado de la escuela a Jules, la novia de Carter, porque él no había conseguido llegar a tiempo hasta ella. Tampoco había podido proteger a Allie de Gabe y de Nathaniel porque estaba herido. Así que Allie había acabado malherida. Y luego desapareció.

Carter y ella eran muy parecidos. Como ella, Carter tenía un sentido de la responsabilidad muy profundo; se sentía responsable de la seguridad de todos. Creía que era su obligación salvarlos a todos. Claro que se sentía culpable. Supercarter deja tirada a Jules. Deja tirada a Allie. Los deja tirados a todos.

Y yo tampoco fui de mucha ayuda, ¿verdad?, pensó Allie. No lo apoyé después de todo lo ocurrido. En vez de eso, cogí un avión y me largué con Rachel, y lo dejé aquí apechugando con las consecuencias.

El sentimiento de culpa la inundó.

—Carter no se lo contaría todo a tu padre —dijo—. Podríamos averiguar si le pasa algo más. ¿Se lo podrías preguntar a Lucas?

En cuanto el nombre de Lucas salió de su boca, el ambiente que se respiraba en la habitación cambió. Rachel se puso tensa y apartó la mirada, golpeteando los dedos con inquietud.

—Oye, tengo que contarte una cosa sobre Lucas. Te lo tendría que haber contado antes, pero... —Rachel hizo una pausa y carraspeó.

Allie la miró con extrañeza.

—¿Qué pasa?

—Mientras estábamos fuera, tuve mucho tiempo para pensar —dijo Rachel—. Creo que Lucas y yo no estamos hechos el uno para el otro. Vamos a romper.

La noticia pilló a Allie por sorpresa.

Sabía que Lucas y Rachel habían tenido algunos problemas, pero no se había dado cuenta de que fueran tan graves.

—¿Es por Katie? —preguntó en voz grave y con desagrado—. Si te ha puesto los cuernos, te juro que...

—No, Allie —la cortó Rachel—. En serio. Es por mí. Bueno, por los dos.

Rachel seguía evitándole la mirada; Allie deseó que la mirara a los ojos, parecía como si le ocultase algo.

—¿Qué ha pasado? —Allie bajó tanto la voz que prácticamente susurraba. El

ambiente de la habitación era tan denso que se podía cortar con un cuchillo—. ¿Ya no te gusta?

Rachel jugueteaba nerviosamente con la manta azul doblada que había a los pies de la cama.

—Sí, me gusta. Es un chico estupendo y ha sido mi primer novio de verdad, pero...

Se puso a retorcer la manta.

—Supongo que con él —prosiguió—, no me he sentido como creía que lo haría. No lo eché de menos mientras estuvimos fuera. Y creo que él tampoco. —Finalmente se volvió a mirar a Allie—. A veces tienes que alejarte de una persona para saber si quieres estar con ella.

Allie pensó en lo contenta que se había puesto al ver a Sylvain aquel primer día en Francia. Lo mucho que había echado de menos a Carter. Ahora comprendía por qué, cuando regresaron a Cimmeria, Rachel no se había quedado para estar con Lucas.

Aún así, había algo más. No era propio de Rachel estar tan nerviosa.

—¿Estás... supertriste? —Allie pronunció las palabras con cautela.

Rachel negó con la cabeza.

—No. No como estabas tú después de dejarlo con Carter. Es como si me hubiese acostumbrado a tenerlo ahí y que ahora ya no esté. —Agitó la mano en el aire a un lado—. Como si aquí tuviese que haber un Lucas y ya no esté. Pero no he llorado, ni nada.

¿No lloraba? ¿Cómo era posible?

Cuando Carter y ella cortaron, Allie se había llegado a preguntar si lo superaría algún día. No podía comer ni dormir. El recuerdo de cómo se había sentido nunca la había abandonado.

Entonces, ¿por qué la ruptura de Rachel parecía indolora? No tenía ningún sentido.

A no ser que...

—Rachel, ¿hay... ya sabes, otra persona? —El tono de Allie fue cauto, pero Rachel se puso roja, como si se lo hubiese preguntado a gritos. Parecía muerta de vergüenza.

—No, no, qué va. O sea... ¿quién podría haber? —tartamudeó—. Eso sería... No.

La expresión de Allie era inescrutable, pero su cabeza iba a mil por hora. La reacción de Rachel era muy rara. Algo pasaba. Seguro que había otro chico.

¿Pero por qué no se lo contaba? No era propio de Rachel llevar en secreto ese tipo de cosas. Ellas se lo contaban todo.

Habían pasado todos aquellos meses juntas y ahora que habían regresado a Cimmeria notaba que se estaban distanciando. Y no le gustaba.

Aquella noche, Allie y Rachel fueron juntas al comedor. Al cruzar el umbral, Rachel soltó un silbido de sorpresa.

—Caray. Este sitio está... poco concurrido.

—¿Lo ves? —Allie se sintió tan aliviada de poder compartir todo aquello con alguien que tuvo ganas de abrazarla—. ¿No se te hace raro? Y no es solo que esté vacío; es que es...

—Deprimente —Rachel terminó la frase por ella.

—Exacto.

Cruzaron la lóbrega sala hasta llegar a su mesa de siempre. Carter, Nicole y Zoe ya estaban allí.

—Eh —empezó a decir Allie, pero Nicole la interrumpió.

—¡Rachel! —Nicole saltó de la silla y corrió a abrazar a la chica—. Ya era hora de que volvieras.

—Hola, Rachel —Zoe la saludó con la mano desde su asiento y en el acto se dio la vuelta y siguió comiendo un panecillo.

—Siéntate a mi lado —insistió Nicole—. Allie ya te ha disfrutado bastante.

—Toda tuya —dijo Allie, fingiendo indiferencia—. Ya me he cansado de ella.

—Vaya, muchas gracias, Allie —dijo Rachel, aunque con una sonrisa.

Durante todo ese rato, Carter no abrió la boca. Las observaba con el ceño fruncido.

—Hola, Carter. —Rachel tocó el hombro del chico al pasar por su lado.

—Hola —contestó él con educación, pero Allie advirtió lo aislado que se sentía. De algún modo, incluso rodeado de sus amigos más íntimos, parecía apartado.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que al principio no reparó en que Sylvain se había sentado junto a ella.

—¿Qué estás tramando?

Pillada por sorpresa, Allie se giró en el asiento y lo miró.

—¡Hola!

La voz le salió demasiado alta; los demás se volvieron a mirarlos con curiosidad. Al darse cuenta, Allie se esforzó en aparentar indiferencia.

—O sea... ¿qué tal?

Tenía que haberse preparado para ese momento, pero no lo había hecho.

Allí estaba, con Sylvain y Carter en el mismo sitio y al mismo tiempo, y sin saber qué hacer. La noche antes había estado besando a Sylvain apasionadamente. Era imposible que Carter se hubiese enterado y, por alguna razón, eso la aliviaba.

¿Qué se hace en un momento así? ¿Por qué no hay unas reglas?

Sylvain arqueó una ceja, divertido.

—Muy bien —dijo—. Gracias. ¿Y tú?

—Bien —contestó ella, sabiendo que el tono incómodo de su voz desmentía sus

palabras.

Sylvain no hizo ademán de besarla y ella se lo agradeció. Sin embargo, los vívidos ojos azules del chico recorrieron la mesa en busca, como sabía Allie, del motivo de su extraño comportamiento. Y se dio cuenta de que lo había encontrado.

Sylvain se quedó inmóvil cuando sus ojos se toparon con Carter. A Allie solo le faltó oír cómo todo encajaba en la cabeza del chico.

Los nervios se apoderaron de ella y le recorrieron el cuerpo como cafeína por las venas. Sylvain y Carter se habían odiado durante mucho tiempo y solo habían dejado a un lado sus diferencias unos pocos meses antes, para luchar contra Nathaniel. Si empezaban a pelearse otra vez...

No podía enfrentarse a eso.

Tenía la boca seca. Cogió un vaso y miró a su alrededor en busca de la jarra de agua. Estaba junto al codo de Carter.

Derrotada, volvió a dejar el vaso en la mesa. No quería pedirle agua. Sin embargo, Carter se había dado cuenta de lo que quería.

El chico cogió la jarra y, mirando de hito en hito a Allie, que se encontraba al otro lado de la mesa, se la tendió. Los ojos de Carter eran oscuros y profundos como la noche.

—Gracias —dijo ella.

Carter no contestó. Solo la miró. Y, al instante, Allie se dio cuenta de que él estaba al corriente de todo. Sabía que ella estaba con Sylvain. No se le había pasado por alto.

Allie nunca había podido engañarlo.

Diez

El lunes por la mañana empezó el colegio, o lo que quedaba de él.

Eran casi las ocho cuando Allie entró al aula de Historia, a la que normalmente asistían veinte alumnos, y la encontró sumida en un silencio lúgubre. Decidió ocupar su sitio de siempre. Había visto que había sillas vacías en la fila delantera, pero se sentía incapaz de sentarse tan cerca de la tarima del profesor.

Unos minutos más tarde, llegó Sylvain y le acarició el hombro al pasar. Allie le dedicó una sonrisa, agradecida de no estar sola.

El chico se sentó junto a ella y estiró las largas piernas en el pasillo. Adoptaba una actitud normal, relajada. Pero Allie percibió el estado de alerta que escondía aquel semblante tranquilo. Ahora los profesores eran el enemigo. Las aulas habían dejado de ser seguras.

Llegaron cuatro alumnos más antes de Carter, que entró en la sala en el último minuto. Allie solo alcanzó a verle el cabello oscuro, antes de que se deslizara en una silla de la fila de atrás.

Tras aquella breve interacción, Carter había estado en silencio durante toda la cena. Desde entonces la evitaba. Si Allie entraba en una sala, él la abandonaba poco después. Si estaban en grupo, se mantenía lo más alejado posible de ella.

No parecía enfadado. Solo distante.

Zelazny llegó al aula seguido por un guardia que se apostó en la puerta, fuera de la clase. Por primera vez desde su regreso a Cimmeria, la joven se alegró de ver a uno.

Allie miró de reojo a Sylvain. No habría sabido decir si la presencia del guardia reconfortaba al chico. El profesor caminó hacia el frente del aula con expresión inescrutable.

Los diminutos ojos azules de Zelazny recorrieron el aula semivacía y se posaron unos segundos en Allie y Sylvain.

—Bienvenida —ladró en su tono brusco habitual—. Espero que se haya puesto al día con los estudios. Ahora, abran el libro por la página ciento veintisiete...

Se comportaba tal y como ella lo recordaba. Bravucón. Autoritario. Zelazny se puso a escribir palabras y fechas en la pizarra con la misma letra puntiaguda de siempre.

Allie escudriñó cada uno de sus movimientos. ¿Habría sido él? ¿Habría participado en la muerte de Jo?

Era difícil de creer, pero había sido uno de los profesores.

Aunque sabía que no debía, permitió que el recuerdo de aquella noche acudiera a su mente: Jo tendida en el suelo, rodeada de sangre. Los brazos tendidos en un ángulo antinatural. Tan extrañamente quieta.

Los músculos se le empezaron a agarrotar y respiraba cada vez más rápido. ¿Cómo iba a quedarse allí sentada? Uno de los profesores había abierto las puertas

para que el asesino llegara hasta Jo. ¿Había sido Zelazny? ¿Era capaz de hacer algo así? ¿Se encontraba ella ahora en la misma habitación que el asesino de Jo?

Se lo imaginó colándose en el despacho de Isabelle, buscando el control remoto de la verja. Consultando el reloj. Después, apretando el botón.

Los pensamientos se le arremolinaron en la cabeza y el pulso se le aceleró. Antes de que pudiera darse cuenta, el corazón le latía desbocado en el pecho.

Hacía tanto tiempo que no tenía un ataque de pánico que había olvidado lo horribles que eran.

Se sintió morir.

Zelazny seguía escribiendo en la pizarra cuando los pulmones se le cerraron.

Ya no había oxígeno en la habitación. No podía respirar.

Hizo esfuerzos por tranquilizarse. Tenía que aprender a manejar aquel tipo de situaciones, porque al día siguiente tendría que volver a clase. Y al otro.

Cerró los ojos para aislarse de todo e intentó inspirar, pero no lo logró. Sus pulmones no aceptaban el aire.

El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que todo el mundo lo oía, e incluso se lo veían a través de la blusa.

Aterrorizada, alargó una mano hacia Sylvain.

En cuanto la miró, Sylvain saltó de la silla y se acuclilló a su lado.

—¿Allie? ¿Qué te pasa?

Pero Allie no podía hablar. Se estaba muriendo.

—¿Qué ocurre? —La voz de Zelazny sonó muy lejana.

Allie oyó la voz de Carter.

—Aparta.

El chico empujó a Sylvain a un lado y cogió a Allie por los hombros para levantarla de la silla.

Carter ignoró a los demás y clavó los ojos en los de Allie.

—Respira, Allie —dijo él, tranquilamente—. ¿Te acuerdas de cómo era?

Pero ella no se acordaba. De repente, respirar se había convertido en la cosa más difícil del mundo. Quiso negar con la cabeza. No lo consiguió.

Carter se volvió hacia Sylvain.

—Tenemos que sacarla de aquí.

Más tarde Allie no recordaría haber abandonado el aula. Solamente que, de repente, estaba en el pasillo. Oía algunas voces (Zelazny llamándolos, los murmullos inquietos de los otros alumnos), pero todo le parecía muy lejano.

El movimiento le había venido bien. Allie resolló, pero el hilillo de oxígeno que alcanzó a respirar no fue suficiente. En absoluto.

Sintió cómo alguien la levantaba en vilo. Oyó otros ruidos a los lejos, pero no tenían importancia.

—Ayúdala. —Era la voz de Sylvain y sonaba desesperada—. No sé qué hacer.

Ahora Allie solo veía a Carter. Los ojos preocupados y oscuros del chico le

parecieron dos lagos profundos. Sintió sus manos cálidas y familiares en los hombros. La estaba sujetando.

—Puedes hacerlo, Allie. —La rabia del día anterior había desaparecido de la voz del chico. Volvía a sonar como el Carter de antes. Amable y cariñoso—. Piensa en algo bonito. En algo que te guste. —Él le apartó el pelo de la cara empapada de sudor—. Respira.

Al verlo así, como antes, Allie recuperó el aliento. Con una breve inspiración logró que la tensión de sus pulmones cediera ligeramente y pudo aspirar una pequeña bocanada de aire.

—Eso es —dijo Carter con aprobación—. Ahora otra vez.

Allie lo miraba fijamente a los ojos, como si solo él fuera capaz de hacerla respirar, e inspiró nuevamente.

—Ya van dos inspiraciones —dijo Carter. Allie notó cómo el chico se relajaba un poco—. Vas muy bien, Allie. Vas estupendamente. Sigue así.

El corazón le aporreaba el pecho con tanta fuerza que Allie se preguntó cómo podía seguir viva. Sin embargo, lo estaba.

Poco a poco, el aire volvió a entrar en sus pulmones. El pasillo volvió a perfilarse a su alrededor. Ahora veía a Zelazny en la puerta del aula, mirándola con gesto preocupado, y a los demás alumnos apiñados detrás de él. Jerry había salido del aula de ciencias y estaba de pie detrás de Carter y Sylvain, acompañado por un guardia.

—¿Está bien? —preguntó el profesor de Ciencias—. Tómale el pulso.

Carter respondió, sin apartar los ojos de Allie:

—Se repondrá.

Por primera vez, Allie fue consciente de lo cerca que estaban sus cuerpos. Se alegró de que nadie le tomara el pulso en aquel momento.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Carter la soltó y retrocedió, gesticulando para que Sylvain ocupara su lugar.

—Muy bien, clase —ladró Zelazny a la pequeña multitud—. Vuelvan a sus asientos.

De mala gana, los demás alumnos volvieron al aula.

Allie oyó cómo varias puertas se cerraban a lo largo del pasillo. La función había terminado.

Sylvain, con la cara pálida, le rodeó los hombros con un brazo. Sus ojos azules estudiaron la cara de Allie con preocupación.

—¿Te encuentras mejor?

Ella asintió. Todavía no se sentía capaz de hablar. El chico la estrechó en un abrazo cariñoso. Allie notó, a través de su camisa, lo rápido que latía el corazón de Sylvain; sabía que lo había asustado. Y ella se había asustado de sí misma.

Por encima del hombro de Sylvain, vio a Carter, cabizbajo.

Jerry se acercó y presionó el dorso de la mano contra la frente sudorosa de Allie. Le levantó la muñeca y le tomó el pulso con los dedos.

Tras unos minutos, la soltó.

—¿Te quedas con ella, Sylvain? —preguntó el profesor—. Dale un poco de agua. Y si sigue encontrándose mal, llévala a la enfermería.

—Claro —dijo Sylvain.

Cuando los profesores volvieron a sus respectivas aulas, Sylvain se volvió hacia Carter.

—Gracias, Carter.

Se lo dijo muy sentidamente, pero Allie habría preferido que no lo hiciese.

No le des las gracias por ayudar a su exnovia, pensó, no lo hagas.

—No tiene importancia —contestó Carter.

Y entró en el aula sin cruzar la mirada con Allie.

No tiene importancia, pensó ella.

Con Sylvain rodeándole los hombros, caminaron por el pasillo hasta llegar a la cocina, donde él le ofreció un gran vaso de agua.

Allie se apoyó en la encimera y bebió a sorbos, mientras Sylvain la observaba con precaución, como si pudiera quebrarse en cualquier momento.

—Ha sido por ver a Zelazny —dijo Allie sin que nadie le preguntara—. Me he acordado de Jo y...

—Me lo imaginaba —dijo el muchacho amablemente—. No tienes por qué explicarme nada.

Pero ella no se interrumpió.

—A Carter le daban ataques de pánico —dijo—. Sabe cómo controlarlos.

Era importante que no hubiera malentendidos con respecto a lo que acababa de ocurrir; con cómo Carter había apartado a Sylvain y había corrido a ayudarla cuando ella lo había necesitado.

Sin embargo, mientras daba explicaciones para quitarle importancia al asunto, su cabeza no paraba de reproducir aquella escena, como si en realidad sí fuera importante. Carter no había vacilado ni un segundo, y Allie había creído que se moría hasta que lo había visto.

—Tengo que aprender a ayudarte yo también —dijo Sylvain, interrumpiendo los confusos pensamientos de Allie—. Carter podría no estar cerca cuando... cuando te vuelva a ocurrir.

Allie había sufrido aquellos ataques de ansiedad desde que Christopher se había escapado. Sin embargo, llevaba meses sin tener ninguno, por eso creía que los tenía superados.

Dios, cómo los odiaba. Odiaba que el cuerpo la traicionara así. Que le mostrara a todo el mundo lo asustada que estaba.

No podía seguir así.

Apretó la mandíbula.

—No volverá a ocurrir. Este ha sido el último ataque de pánico de mi vida. Se acabó.

Sylvain fue lo bastante listo como para no contradecirla.

—Muy bien —dijo él.

—Además, ya me has salvado de las balas y de un secuestro —apuntó Allie—. No tienes por qué salvarme de todo, ¿sabes?

Él se puso serio.

—Sí, tengo que hacerlo.

Sylvain dio un par de pasos hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—¿Es que no te das cuenta, Allie? No quiero que te ocurra nada malo —dijo Sylvain.

Ella apoyó la cabeza en el hombro del chico y aspiró su familiar fragancia.

—Siempre me pasan cosas malas.

Lo dijo sin ningún tipo de autocompasión. No quería que la compadeciera. Simplemente era la verdad. Carter ya lo sabía porque era igual que ella. También le habían pasado cosas malas. Era como si hubieran nacido bajo la misma mala estrella. Pero le preocupaba que Sylvain no lo hubiese entendido todavía, y tenía que hacerlo. Si iban a estar juntos, tenía que saber dónde se estaba metiendo.

Sylvain no parecía convencido.

—No pienso resignarme —dijo él con firmeza—. Lo impediré.

La determinación del chico la reconfortó. Allie se puso de puntillas y lo besó. Los labios de Sylvain eran cálidos y tímidos, como si temiese hacerle daño.

Pero ella quería más. Había estado al borde de la muerte y ahora necesitaba sentirse viva. Le pasó los brazos alrededor del cuello y lo atrajo hacia sí, para besarlo profundamente.

Él la correspondió al instante, tirando de ella y separando los labios.

Allie lo agarró de la camisa y lo empujó hacia la encimera, presionando su cuerpo contra el de él. Pidiendo más.

En ese momento, un ruido proveniente del pasillo —profesores o guardias que iban charlando— los sorprendió y se separaron rápidamente. Aún jadeantes, se esforzaron por adoptar una actitud de normalidad.

Quienquiera que caminara por el pasillo pasó de largo sin entrar en la cocina. Sylvain se apoyó contra la encimera que había enfrente de Allie y la miró detenidamente. Parecía ansioso, febril.

Allie comprendía perfectamente cómo se sentía. Cuando besaba a Sylvain, sus dudas y miedos se esfumaban. Solo pensaba en su propio cuerpo. Y en el cuerpo de Sylvain.

—Necesito estar a solas contigo —susurró él. Allie se estremeció al percibir el deseo en su voz—. En algún sitio donde nadie nos moleste.

En aquel preciso instante, Allie también lo deseaba, pero sabía que no podía ser. Todavía no.

—Sí, ¿pero dónde? —preguntó ella—. Los guardias están por todas partes, hasta en el dormitorio de las chicas.

Sylvain le dedicó una sonrisa llena de confianza, irresistible.

—Me las ingeniaré.

Zelazny debía de haberle contado a Isabelle lo del ataque de pánico porque, en cuanto terminó la última clase, la directora envió a Allie a la enfermería para que le echaran un vistazo.

Allie, que había pasado varias semanas en la enfermería recuperándose del ataque en el que había muerto Jo, subió las escaleras con desgana.

Al llegar, la enfermera no pareció sorprendida de verla.

—Supongo que ya iba siendo hora de que volvieras —le dijo con ironía—. ¿Qué has hecho ahora?

Cuando Allie le contó lo del ataque, la enfermera chasqueó la lengua con compasión, antes de tomarle el pulso, auscultarle el corazón y reconocerla en general.

—Pues estás mucho mejor que la última vez que te vi —dijo finalmente—. El corazón suena fuerte. Pero si vuelve a pasarte, ven aquí directamente, ¿estamos? Te podríamos recetar algo, hay medicamentos que te pueden ayudar.

Allie hizo una mueca de disgusto. Sus padres la habían obligado a medicarse después de lo de Christopher. Ya sabía cómo funcionaban las pastis para la cabeza, como ella las llamaba. Estaba convencida de que la atontaban, se sentía rara cuando las tomaba. Como si dejara de ser ella misma.

Todo el mundo le había dicho que no era así, pero ella conocía su cuerpo mejor que nadie.

Además, se dijo, no las necesitaba. Aquel había sido el último ataque. Y punto.

Allie farfulló una respuesta vaga antes de bajar a toda prisa las escaleras, llevada por la misma excitación que un preso en fuga. Iba corriendo por el pasillo de la planta baja cuando vio a Rachel dirigiéndose hacia ella a una velocidad similar.

—Eh —la detuvo Rachel; una arruga de preocupación le atravesaba el entrecejo—. Me he enterado de lo que ha pasado. ¿Estás bien?

—Superbién —contestó Allie rápidamente—. La enfermera dice que no me pasa nada. Solo que soy un poco friki.

—Si lo dice una profesional de la medicina... —bromeó Rachel, aunque Allie advirtió la preocupación en sus ojos canela—. Hacía tiempo que no tenías uno, ¿verdad? ¿Por qué ha sido?

Allie hizo un gesto vago.

—Por ver a Zelazny otra vez. Y pensar que él podría ser...

—Ya. Lo pillo. —Rachel le dio unas palmaditas en el hombro—. Me alegro de que estés bien.

Al bajar la vista, Allie reparó en que Rachel no llevaba puestos los zapatos reglamentarios. En su lugar, calzaba un par de sandalias blancas y azules, sus favoritas cuando estaban en Francia.

—¿Y esos zapatos? —En Cimmeria, solo los prefectos tenían permiso para llevar los zapatos que quisieran. Jules había sido la prefecta hasta que sus padres se pusieron de lado de Nathaniel y la sacaron del colegio.

Allie abrió los ojos como platos.

—Dios mío. Como Jules no está, hay una nueva prefecta. Eres tú, ¿a que sí?

—«Solo puede quedar una» —recitó Rachel, intentando en vano reprimir una sonrisa de satisfacción—. Pues sí. Saluda a tu nueva jefa. Isabelle me lo acaba de decir.

—¡Felicidades, es genial! —Allie le dio un abrazo—. ¿Me pondrás puntos positivos?

—Con efecto inmediato: estáis todas castigadas. —Rachel se contenía, pero Allie se dio cuenta de que rebosaba de alegría—. Ah, tengo que decirte otra cosa, pero lo haré esta noche. Me lo guardo. Es una sorpresa.

—¡Qué guay! —dijo Allie, sintiéndose más animada—. Está bien, puede que nuestros profes nos quieran muertos. ¡Pero ahora eres prefecta y tienes un secreto! Parece que todo está volviendo a la normalidad.

Rachel rio y, cogidas del brazo, echaron a andar por el pasillo.

—Tu normalidad me pone los pelos de punta.

Allie esbozó una sonrisa burlona.

—Mi normalidad le pone los pelos de punta a cualquiera.

Once

Aquella noche, después de la cena, Allie abandonó el comedor semivacío con la cartera al hombro y se fue con Zoe hasta la sala común, que encontraron extrañamente tranquila.

—Tengo un montón de deberes —se quejó Allie, dejando caer la cartera al suelo—. ¿Los profes piensan que no tenemos vida o qué?

—La escuela es mi vida —dijo Zoe mientras abría una libreta.

—Qué suerte la tuya —dijo Allie en tono lúgubre.

Allie se sentó en el sofá de cuero, sacó los libros y echó un vistazo a las tareas, cada vez más inquieta. Todos los profesores les habían puesto deberes, pero lo peor era Historia. Cuando Sylvain y ella habían vuelto a la clase de Zelazny, se lo habían encontrado mandando un trabajo larguísimo.

—Vamos a ocuparnos —decía el profesor elevando ligeramente la voz, mientras escribía en la pizarra— de la época del Imperio británico. En concreto, hablaremos del Gobierno y de las distintas ramificaciones...

Zelazny se había enrollado con el tema como una persiana.

Ahora tenía una semana para escribir un trabajo de tres mil palabras sobre algo de lo que no tenía ni idea.

Allie hojeaba el libro de Historia y refunfuñaba para sus adentros, y pronto tuvo claro que aquel libro no contenía toda la información que necesitaba.

—Mierda —suspiró, poniéndose en pie—. Tengo que ir a la biblioteca.

—Me encanta la biblioteca —dijo Zoe sin levantar la vista.

Allie no podía soportar ni un segundo más la sinceridad de su amiga. Dejó la mochila allí tirada y se encaminó hacia la puerta.

—Me abro. Si no he vuelto en una hora, manda una partida de búsqueda.

—¿Cómo vas a perderte en la biblioteca? —Zoe parecía confundida.

Allie alzó las manos en señal de impotencia. Decir que Zoe no captaba la ironía era quedarse corta. Ya debería saberlo a esas alturas.

—Es una expresión tonta que dice la gente.

—La gente no debería decir tonterías —gruñó Zoe.

Allie salió al silencioso vestíbulo principal, aliviada por dar aquel diálogo de besugos por acabado. Sus pasos resonaron de tal manera a su alrededor que tuvo la impresión de que alguien la seguía. Para cuando llegó a la biblioteca, estaba hecha un manojo de nervios.

La puerta de la biblioteca se abrió con un siseo, como si en el umbral ya se pidiera silencio.

Las mesas estaban desocupadas. Las lámparas de cristal verde no alumbraban a nadie.

Unos golpes secos rompieron el silencio y, al darse la vuelta, Allie descubrió a Eloise apilando libros en un carro. Llevaba un bloc de notas en una mano y estaba

colocando los tomos en varios montones. Desde su regreso, era la primera vez que veía tan tranquila a la bibliotecaria.

Allie carraspeó y Eloise dio un respingo.

Ahora **sí** parecía nerviosa.

—Perdona. —Allie la saludó con la mano—. No pretendía asustarte.

—No pasa nada —dijo Eloise recolocándose las gafas—. No te había oído entrar.

—Es culpa de la puerta... —dijo Allie en tono arrepentido—. Podríaís ponerle un chirrido.

Eloise asintió rápidamente.

—Sí, claro —dijo, como si añadir chirridos a las puertas fuera una sugerencia totalmente razonable. Después la bibliotecaria continuó con sus quehaceres.

Tiempo atrás Eloise había sido una profesora segura de sí misma, cariñosa y simpática. Era mucho más joven que los demás profesores y los alumnos se identificaban más con ella.

Ahora parecía mayor. También más frágil; tenía las uñas mordidas. Allie sintió algo de lástima por ella.

Pero, frágil o no, Eloise seguía siendo sospechosa de trabajar para Nathaniel. De hecho se suponía que Allie no debía quedarse a solas con ella.

Allie dio media vuelta y caminó perezosamente por entre el laberinto de estanterías. A ambos lados de la sala alargada y sombría había una hilera de estanterías altas y oscuras. Cada estantería medía casi tres metros y se elevaba por encima de las lámparas metálicas, que colgaban de unas cadenas fijadas al techo.

Las gruesas alfombras persas amortiguaban el ruido de los pasos, aunque no había nadie a quien molestar.

Allie giró hacia la sección de Historia. Los estantes estaban repletos de gruesos tomos con cubiertas de cuero. Algunos eran tan antiguos como la época de la que trataban. Pasó el dedo por los relieves dorados de los títulos en busca de algo que pudiera servirle, pero no tardó en darse cuenta de que la mayoría de libros trataban del siglo XVIII. Su trabajo se centraba en el siglo posterior.

Con la cabeza gacha y absorta en sus pensamientos, Allie dobló la esquina hacia el siguiente pasillo.

Y se dio de bruces contra Carter.

Él la sujetó por los hombros para evitar que se cayera.

—Quieta ahí.

Allie se agarró a los brazos de Carter, haciendo esfuerzos por no perder el equilibrio, y alzó los ojos hacia él, sorprendida.

Carter la estaba mirando con una expresión extraña, como si estuviera soñando. Como si contemplara la posibilidad de besarla.

Y, por algún motivo, Allie deseó que lo hiciera. Sentía las piernas de Carter apretadas contra las suyas. Distinguía cada uno de los dedos del chico en los hombros. Notaba el cálido aliento de Carter contra la mejilla.

¿Pero qué pasa conmigo?, se preguntó.

Él estaba con Jules y ella con Sylvain, **lo suyo** se había acabado para siempre. Así lo habían acordado los dos. Serían amigos para siempre.

Y sin embargo, por un instante ninguno de los dos se movió.

De repente, Carter pareció despertar del hechizo y dio unos pasos atrás para zafarse de Allie.

—¿Has venido por lo del trabajo de Historia? —dijo Carter como si tal cosa, como si aquel momento no hubiese existido. La extraña expresión de su rostro había desaparecido.

—Claro. —Allie lo imitó y fingió normalidad, pero la voz le salió muy alta y aguda. Carraspeó y se obligó a hablar con indiferencia—. ¿Tú también?

—Tres mil palabras. —Carter se volvió hacia los estantes y examinó los libros con el entrecejo fruncido, como si poseyeran todas las respuestas del universo—. Y la fecha de entrega es de risa.

Con los ojos entrecerrados, Allie observó el perfil del chico y buscó una señal que confirmara que lo que acababa de pasar había sido real, pero el chico parecía totalmente concentrado en los títulos de los libros.

Allie bajó la mirada y resopló. Seguro que se lo había imaginado todo. La mirada nostálgica que había visto... Se había montado una película.

Cielos. ¿Por qué no admitía que eran amigos y ya está?

—Como siempre —dijo Allie, volviéndose a su vez hacia los estantes, pero ni se fijaba en los títulos ni sabía qué estaba buscando.

Carter sacó un libro muy grueso, se puso a hojearlo y soltó un débil silbido.

—No está muy claro lo que nos ha mandado, ¿verdad? —dijo él—. Tres mil palabras sobre el Imperio británico es como decir: «Escribid cinco mil palabras sobre la historia de la humanidad».

Allie resolló en señal de acuerdo y escogió un libro al azar. Al abrirlo flotó una pequeña nube de polvo que la hizo estornudar.

—Jesús —dijo Carter en tono solemne.

Allie cerró de golpe el libro, como si él acabara de insultarla.

—Oye, Carter, creo que tenemos que hablar.

Visiblemente sorprendido, el chico se echó hacia atrás.

—¿Sobre el Imperio? No sé nada de eso.

—No. —Ella colocó el libro en su sitio—. Sobre... cosas.

—¿Cosas? —Carter sacó otro libro del estante y lo examinó con poco interés.

Ahora que había sacado el tema, no estaba muy segura de qué decir. Pero tenía que seguir hablando.

—Cuando volví, el primer día, estabas muy cabreado conmigo y yo no sabía por qué...

—Tengo problemas para controlar la ira —dijo él—. Pensaba que ya lo sabías. —Lo había dicho en plan tranquilo, pero ella se dio cuenta de que intentaba contener la

risa.

—No te lo tomes a coña —protestó Allie—. Creo que... tendríamos que hablar de por qué estabas tan enfadado. O bueno... hablar, a secas. Es que te he echado de menos.

No había sido su intención ser tan sincera, pero ahora ya lo había soltado.

La sonrisa de Carter se esfumó. Claramente no sabía qué decir. Durante un rato el chico siguió pasando páginas. Entonces dejó el libro y miró a Allie a los ojos, con prudencia.

—Yo también te he echado de menos —dijo finalmente—. Y perdona por lo del cabreo. Soy un capullo. Supongo que me pilló por sorpresa. Y bueno... estaba preocupado por ti.

Allie frunció el ceño.

—¿Y no se te pasó por la cabeza que podíamos hablar? Es un método tradicional que utiliza nuestra cultura para sobrellevar las preocupaciones, ¿te suena?

—Ya lo sé... Perdona. Últimamente la comunicación no ha sido mi fuerte. —Se apoyó en la estantería y se quedó mirándola. Parecía temer la respuesta que Allie pudiera darle.

Ella sabía exactamente cómo se sentía.

—¿Por qué estabas tan... preocupado? —preguntó.

El chico hizo un gesto vago con la mano.

—Porque pensaba que ahí fuera estabas a salvo. Ya te habrás dado cuenta de que por aquí las cosas son de todo menos seguras. Y no sabía lo que te había pasado.

—¿Nadie te contó lo del tiroteo? —preguntó Allie.

Carter apretó los labios y negó con la cabeza.

—Ahora ya lo sé. Me lo dijo Isabelle. Y Sylvain me dio más detalles. No puedo... —La voz se le fue apagando, pero Allie advirtió que estaba tenso—. En cuanto me enteré... comprendí por qué habías regresado.

—Vale, pero aun así —dijo Allie con tacto—, no es propio de ti comportarte de esa manera. No en los últimos tiempos, al menos.

Se hizo un largo silencio. Él no la miraba. A Allie le pareció que estaba decidiendo si responder o no.

—Cuando no estabas... —dijo finalmente Carter antes de interrumpirse y volver a empezar—. Supongo que últimamente no he estado muy bien. Mentalmente.

Tanta franqueza pilló a Allie por sorpresa.

—¿Por lo de Jules?

Él la miró de hito en hito y luego apartó los ojos.

—Por Jules y por un montón de cosas.

—Sabes que no fue culpa tuya, ¿verdad? —dijo Allie.

El rostro de Carter se ensombreció.

—Y tú sabes que la muerte de Jo no fue culpa tuya, ¿verdad?

Sus palabras fueron rápidas y dolorosas como la mordedura de una serpiente.

Allie contuvo la respiración.

Carter, arrepentido de inmediato, se peinó el cabello oscuro con los dedos.

—Cielos, Allie, perdona. Me he pasado.

—Eso es injusto. —A Allie le temblaba la voz y apretaba los puños a los costados—. ¿No crees?

Él alargó la mano como para consolar a Allie, pero en el último segundo la detuvo en el aire y la apoyó en la estantería, como si esa hubiese sido su intención desde el principio.

—Sí —dijo él— Es injusto. Últimamente... —Carter se mordió el labio y golpeó los nudillos contra el estante. Allie tuvo la sensación de que se contenía para no atravesarlo de un puñetazo—. Últimamente parece que no estoy siendo nada justo.

—Sé muy bien cómo te sientes —dijo Allie—. Sabes que lo sé. —Dio un paso hacia él e invadió el amplio espacio vital que él había creado—. Puedes hablar conmigo de estas cosas, Carter. Yo las entiendo. Seguramente más que mucha gente. Igual que tú entiendes mis ataques de pánico, yo entiendo... esto.

La repentina cercanía de Allie parecía poner nervioso al chico. Carter retrocedió simulando que cambiaba el peso de una pierna a la otra.

Pero cuando respondió la voz le salió débil y angustiada.

—Ya lo sé, Allie. Pero es que... no puedo.

La forma en que pronunció su nombre fue devastadora.

Después de que rompieran, Carter siempre había dicho el nombre de ella rápidamente, como si deseara quitárselo de encima. Como si no le gustara el sabor.

Pero ahora lo había paladeado. Se había detenido en cada letra.

A Allie se le hizo un nudo en la garganta.

No eran imaginaciones suyas; allí pasaba algo.

Pero no podía ser. Ya habían pasado página.

Se me está yendo la cabeza, pensó. Él quiere a Jules. Yo estoy con Sylvain. Y ahora mismo me estoy comportando como una imbécil.

Carter seguía hablando.

—A veces cuesta hablar de algunas cosas. Cuando no tienen... solución.

Allie no tenía muy claro de qué le estaba hablando. Estaban en terreno pantanoso y era necesario que se pusieran a salvo otra vez, antes de que fueran demasiado lejos. Antes de hacer algo de lo que pudieran arrepentirse.

Y es que una voccecita interior le decía sin parar que lo besara.

—Pues yo creo que sí que hay una solución —lo dijo rápidamente, para no darse tiempo a cambiar de opinión—. Tenemos que encontrar la manera de que vuelva Jules. Eso arreglaría las cosas.

Carter la miró como si aquella no fuera la respuesta que esperaba. Pero en cuanto hubo terminado la frase, Allie se dio cuenta de que ella estaba en lo cierto. Aquella era la respuesta a sus problemas. Si Jules volvía, Carter sería feliz. Y, entonces ella podría ser feliz con Sylvain. Y Carter y ella volverían a ser amigos. Ya no

confundirían los sentimientos creyendo que aún quedaba algo entre ellos después de haberse esforzado tanto para que no fuera así.

Jules era la solución.

—Ya pensaré en algo —dijo, asintiendo para sus adentros.

Con la mirada distante, Carter se volvió nuevamente hacia los libros.

—Cómo no, Allie al rescate. —La voz del chico era tranquila, enigmática. Sacó un libro grueso y se lo tendió a Allie—. Este tiene buena pinta.

Allie le dio la vuelta para leer el título: ***A la conquista del mundo.***

En toda la tarde, Allie no consiguió sacarse de la cabeza aquel momento con Carter. Cómo iba a pensar en el Imperio británico si no paraba de oír al chico diciendo su nombre de aquel modo.

Allie. Como una caricia.

Seguro que se había montado una película. Fijo.

Pero lo que había sentido no eran imaginaciones suyas, ¿verdad? ¿Acaso no le había dado un vuelco el corazón al ver a Carter?

Aquello no podía estar pasando.

Cuando llegó la hora del entrenamiento de la Night School, se alegró. Estaba de los nervios. Necesitaba dar patadas. Y bien fuertes.

Se moría de ganas de volver a entrenar. Después de lo sucedido en Francia y de lo que le había contado Isabelle, quería aprender más formas de defenderse. Más maneras de esquivar a los matones de Nathaniel.

La próxima vez que fueran a por ella, los sorprendería con sus sutiles y mortíferas maniobras.

En los últimos meses había estado entrenando, pero entrenar sola no era tan efectivo como la dinámica de grupo de la Night School, donde se aplicaba a fondo. Solo esperaba no haberse quedado muy rezagada con respecto a sus compañeros. Esperaba estar a la altura de lo que estuvieran aprendiendo ahora.

Poco antes de las nueve, enfiló por el corredor del sótano hasta la Sala de Entrenamiento Uno junto con Zoe, que ya estaba de mejor humor. Tras enterarse de lo que había pasado por la mañana, Zoe había estado investigando los ataques de pánico y le estaba contando con todo detalle y muy animada lo que había aprendido.

—Y cuando el corazón hace eso, no es peligroso —explicaba la más joven—. Solo lo parece.

—Sí, es como un ataque al corazón inofensivo —coincidió Allie—. Una especie de broma cardíaca. —Sin dejar de hablar, abrió la puerta del vestuario de las chicas—. Me encantan esas...

La voz se le apagó al cruzar el umbral. Se paró tan en seco que Zoe chocó contra ella.

—¿Esas qué? —preguntó Zoe, mirando por encima del hombro de Allie.

Entonces también se detuvo—. Uy.

Rachel y Nicole estaban de pie frente a ellas, ataviadas con mallas, camiseta y zapatillas deportivas negras. El equipo completo de la Night School. Los ojos de Allie se desplazaron de Rachel al colgador vacío que había en la pared detrás de esta. Sobre el colgador leyó una palabra recién pintada: **Patel**.

Nicole y Rachel miraban a Allie con sonrisas ilusionadas. Pero cuando Rachel se percató de la expresión de Allie, la sonrisa se le fue borrando hasta desaparecer por completo.

—¿Sorpresa? —dijo Rachel.

Doce

—¿Qué diablos pasa aquí? —La noticia le había caído a Allie como un jarro de agua fría—. Rachel, ¿qué estás haciendo?

Rachel levantó las manos.

—Quería darte una sorpresa. El fin de semana lo hablé con mi padre. Él lo ha arreglado todo con Isabelle. —Hablaban con tranquilidad, pero Allie percibió el nerviosismo que rezumaban sus palabras.

—Pues que lo desarregle. Porque esto no va a pasar. —El tono de Allie era amenazador. Por dentro estaba conmocionada. ¿Cómo podía hacerle aquello Rachel? Ella no era deportista. Era un cerebritito. Se estaba poniendo en peligro, ¿y para qué? ¿Para luchar contra Nathaniel? ¿Para **luchar contra Gabe**?

No tenía ninguna posibilidad contra ellos. La matarían.

—Allie. —Nicole habló en un tono pausado, pero Allie leyó una advertencia en sus expresivos ojos—. Rachel tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

—No, no lo tiene —le espetó Allie—. Para esto, no. No pienso aceptar que esté aquí, Nicole. Le pueden hacer daño.

—Ya me han hecho daño, Allie. —Ahora Rachel parecía enfadada—. Y no pude defenderme porque no sabía cómo hacerlo. Simplemente fui una víctima de Nathaniel. Un **juguete**. Esperando a que alguien viniera a salvarme. Esperando a que **tú** me salvaras. No pude más que mirar mientras él te lastimaba. Y mientras Gabe casi le rompe la pierna a Nicole...

Rachel se estremeció al recordarlo, y una lágrima de rabia resbaló por su mejilla. Se la secó rápidamente con el dorso de la mano y sollozó.

Allie estaba atónita. Habían pasado tres meses juntas y su amiga no le había mencionado ni una sola vez que estaba planteándose unirse a la Night School. ¿Le había ocultado lo de Lucas y lo de la Night School tan tranquilamente?

¿Le había dicho la verdad en algún momento?

—Si me quedo en Cimmeria, tengo que aprender a defenderme. Y voy a hacerlo —prosiguió Rachel en tono desafiante—. No puedes impedírmelo.

La rabia y el miedo dificultaron que Allie pensara con claridad, y se presionó los párpados con los dedos. Aquello no podía estar pasando.

—Puede que no —dijo Allie dejando caer las manos a los costados—. Pero lo intentaré con todas mis fuerzas, que no te quepa la menor duda.

Allie giró sobre sus talones y se dirigió hacia el oscuro corredor, casi sin ser consciente de los regueros de lágrimas que le corrían por las mejillas. Caminaba con paso seguro, pero estaba conmocionada. ¿Cómo podía Rachel hacerle aquello? ¿Cómo podía traicionarla así? Seguro que Nathaniel la...

Dobló la esquina tan cegada por la rabia y el miedo que no vio por dónde iba. Había llegado al pie de la escalera cuando alguien la cogió por los brazos y tiró de ella. Allie luchó por liberarse, pero la tenían bien agarrada.

—Allie, para.

Era Carter.

Aun así Allie se resistió y le golpeó los hombros con los puños.

—Suéltame, Carter. Suéltame. Suéltame. —Pero él no la soltó. En vez de eso, la abrazó. Allie se derrumbó contra el pecho del chico y sollozó, mientras repetía una y otra vez—: Suéltame.

Carter la abrazó hasta que el llanto se fue calmando. Luego la guió escaleras arriba, hacia un rincón en penumbra donde podían hablar en privado.

—A ver —dijo el chico cuando estuvieron instalados—. ¿Qué pasa ahora?

Estaban sentados en un banco de piedra. Allie estaba agotada de tanto llorar, como si hubiese llorado con todo el cuerpo. En una mano sostenía el pañuelo de papel que él le había tendido.

Con la voz temblorosa, le contó lo sucedido a Carter. El colgador de la pared. La cara que había puesto Rachel.

Cuando hubo terminado, Carter maldijo para sus adentros:

—No me puedo creer que llegue a ser tan tonta. ¿Y en qué diablos está pensando Isabelle?

De algún modo, el hecho de que él estuviera de acuerdo empeoraba las cosas. Confirmaba que Allie tenía razón sobre el peligro que podía correr Rachel.

—Tenemos que impedirselo, Carter —dijo Allie, aguantándose las ganas de llorar—. Gabe la matará. Sé que lo hará. Tengo que ir a hablar con Isabelle y decirle... Decirle...

Carter cogió la mano de Allie y la apretó con la suya. Allie no recordaba la última vez que habían estado tan cerca y sin ningún mal rollo entre ellos. Le parecía de lo más natural estar así.

Pero lo que dijo Carter a continuación la pilló por sorpresa:

—O no.

Allie le soltó la mano y alzó la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, yo quiero a Rachel tanto como tú —dijo Carter—, pero piénsalo un momento. No es la persona más atlética de Cimmeria que digamos, ¿verdad?

Allie seguía sin entenderlo, pero asintió.

—Odia hacer deporte.

—Entonces... —Carter la miró en la penumbra, con aquellos ojos negros e insondables—. ¿Crees que soportará bien la Night School?

Allie reflexionó unos segundos.

—Será duro —dijo, aún sin comprender—. Es duro para todos.

—Raj es el instructor jefe. ¿Crees que hará algún tipo de concesión porque sea su hija?

Al darse cuenta de adónde quería llegar Carter, Allie se irguió y lo miró fijamente a los ojos.

—No, con ella será más duro. Mucho más.

—Exacto. Y Rachel no lo llevará bien.

—Lo odiará. —El mero pensamiento la animó—. Abandonará la Night School. Ya empezaba a sentirse mejor.

—Vale —dijo Allie, casi para sus adentros—. Eso podría funcionar. Pero mientras tanto... estará en peligro todo el tiempo.

—Estaremos pendientes de ella —dijo Carter—. Además, últimamente casi nunca salimos del edificio para entrenar.

Llevaba razón. Y aunque Allie no quisiera admitirlo, porque no quería que Rachel estuviera en la Night School ni cinco minutos, supo que Carter estaba en lo cierto. Lo podían conseguir.

Se enjugó las últimas lágrimas de la cara y alzó los ojos para mirar al chico.

—¿Desde cuándo eres tan listo?

Los labios de Carter dibujaron una sonrisa.

—Desde siempre, pero tú no te habrás dado cuenta.

Ella no pudo más que sonreír. A pesar de todo.

De repente cayó en la cuenta de que, por tercera vez en el mismo día, había acabado en brazos de Carter.

Allie carraspeó.

—Gracias, Carter. Me estaba volviendo loca. No sé qué habría hecho si...

—No es nada —dijo él restando importancia al hecho de que, por segunda vez aquel día, hubiese recogido a una Allie en pedazos y la hubiese vuelto a recomponer—. Solo ha coincidido que estaba aquí. Nada más.

Carter miró el reloj y se levantó, volviéndose hacia Allie.

—Venga. Vamos abajo. Empecemos a hacer que Rachel odie la Night School.

Después de ponerse a toda prisa el equipo de la Night School, Allie se dirigió apresuradamente a la Sala de Entrenamiento Uno. Llegaba tarde y la sala mal iluminada bullía de actividad.

Al entrar en la sala en penumbra vio a los alumnos vestidos de negro que practicaban complejas técnicas de ataque y defensa personal en parejas. Estaban en mitad de una llave que no conocía. Se daban puñetazos y patadas, se agarraban y se zafaban.

Aquella llave era mucho más complicada que cualquiera de las que hubiera practicado antes. La habitación cuadrada no tenía ventanas, hacía demasiado calor y en el ambiente flotaba un leve tufo a sudor. Escudriñó la sala en busca de caras conocidas.

Al fondo de la sala, Carter y Sylvain hablaban con Zelazny. Como si hubiese notado la mirada de Allie, Sylvain alzó la vista. Al ver los ojos hinchados de ella, arrugó el ceño.

Ella negó con la cabeza y articuló un «estoy bien» con los labios antes de volverse a buscar a Rachel.

La encontró al otro lado de la habitación, con Nicole.

Estaba muy rara con el equipo de la Night School. No le pegaba. Parecía como si interpretase el papel de una deportista en una obra teatral. Nicole le estaba enseñando los principios básicos de la llave y Rachel estaba de pie, desmañada y con la cara roja. Sudaba y parecía confusa con las instrucciones.

Estupendo, pensó Allie. Pero se sintió mezquina. Odiaba ver que Rachel lo estaba pasando mal.

Aquello no estaba bien.

Cuando ya no pudo soportarlo más, se dio media vuelta. Vio que Jerry Cole y Zoe estaban entrenando juntos y se dirigió hacia ellos. El instructor no era alto, pero sí fuerte. Sus movimientos eran pura potencia, aunque la alumna era mucho más ágil. Zoe no era capaz de derribarlo, pero se movía con tal rapidez que esquivaba las patadas de Jerry fácilmente.

—Vale —dijo Jerry levantando las manos y riendo—. Me rindo. Me has hecho polvo, Zoe.

—Genial. —La chiquilla alzó los puños con alegría.

—Eem... Hola —dijo Allie acercándose a ellos.

—Llegas tarde —dijo Zoe en tono acusador.

—Sí... Perdona. —Allie miró a Jerry con pesar—. Me he entretenido. No volverá a suceder.

Allie vio cómo el profesor se fijaba en sus ojos hinchados y su nariz enrojecida.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Allie se sintió como una tonta y asintió.

—Sí... No es nada.

Durante un instante pensó que el profesor iba cuestionar aquella respuesta y que la obligaría a dar más detalles. Luego pareció que Jerry cambiaba de idea.

—Lo importante es que estés bien. —El instructor se hizo a un lado—. Entrena con Zoe. —Le dio una palmadita jovial en el hombro a la chiquilla y ella le correspondió con una sonrisa—. Más te vale estar a tope. Esta chica es despiadada.

Allie no se había esperado una actitud tan enrollada. Antes, cuando alguien llegaba tarde a la Night School, se ganaba un castigo para toda la semana y una bronca delante de todos. Como mínimo.

Las cosas habían cambiado de verdad.

A su alrededor los demás alumnos seguían practicando. Jerry levantó la voz para que Allie pudiera oírlo por encima del murmullo de las conversaciones y de los ruidos sordos de los cuerpos al caer contra el suelo.

—¿Entonces estás totalmente recuperada?

—Sí. —Allie alzó un puño con poco entusiasmo—. Estoy lista para la acción.

Jerry lanzó una mirada de advertencia a Zoe.

—Recuerda que no está permitido herir, matar ni lisiar.

Zoe asintió con tanta vehemencia que su coleta rebotó.

—Nada de hacer daño.

Jerry le explicó a Allie la llave que estaban practicando. No era tan complicada como parecía, pero tampoco era fácil. Mano a la muñeca. Pie al hombro. Doblar la espalda. Girar. Mano a la muñeca. Repetir. E intentar no perder el equilibrio.

Después de probarlo un par de veces a velocidad media, el instructor pareció satisfecho.

—Zoe puede enseñarte otras cosas que hemos practicado últimamente. Llámame si necesitas ayuda. —El instructor sonrió—. Nos alegramos de que hayas vuelto a los entrenamientos, Allie.

—Gracias —contestó ella tímidamente.

Cuando Jerry se hubo marchado, Zoe se volvió a mirarla y ladeó la cabeza.

—¿Quieres pelea?

Allie esbozó una sonrisa.

—Ya lo creo.

Estaban practicando la tercera maniobra cuando Sylvain y Carter se acercaron. La expresión de Sylvain era seria.

—Carter me ha contado lo de Rachel —dijo—. Es increíble.

Allie hizo un gesto de impotencia.

—No tendría que estar aquí —sentenció Zoe, como si Rachel hubiese violado una regla fundamental.

—Parece superada por la situación —dijo Carter—. Todos se giraron para mirar a Rachel y vieron cómo acababa en el suelo tras intentar propinarle una patada a Nicole.

—Se le da fatal —dijo Zoe antes de mirar a Allie—. Es peor que tú cuando empezaste.

Allie no contestó. Tenía los ojos clavados en las dos chicas. Ahora Nicole estaba ayudando a Rachel a levantarse.

—Hemos pensado que podríamos practicar con vosotras —dijo Sylvain, volviendo a captar la atención de Allie—. ¿Te parece bien?

—Claro —Allie había respondido sin pensar. Al instante, comprendiendo la sugerencia del chico, lo miró con sorpresa—. Para el carro. ¿Vosotros dos sois pareja de entrenamiento?

—Te dije que entrenábamos juntos —dijo Sylvain sin darle importancia.

—Sí —Allie miró a los chicos alternativamente—, pero no me dijisteis que lo habíais hecho oficial.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo Carter con una sonrisa cínica—. Los polos opuestos se atraen.

Allie no sabía cómo tomarse aquel giro de los acontecimientos. Por alguna razón, que su novio y su exnovio entrenaran juntos le parecía inapropiado.

En cuanto reanudaron el entrenamiento, tuvo problemas para volver a concentrarse teniendo a los dos chicos tan cerca. Cada vez que hablaban o uno de ellos se reía, Allie alzaba la vista para ver qué estaba pasando y Zoe le acababa pateando la cara.

—Estás muerta —le explicaba amablemente su compañera cada vez que esto ocurría.

Sin embargo, pasado un rato, empezó a cogerle el ritmo al entrenamiento y apartó las distracciones. Siempre le había gustado la naturaleza puramente física del entrenamiento, el saber que, llegado el caso, podría defenderse. O escapar.

Mientras había estado fuera, había seguido el estricto programa de entrenamiento que Raj le había proporcionado. Estaba muy fuerte.

Aun así trabajar con Zoe no era sencillo. Los movimientos de la chiquilla eran certeros y rápidos como un rayo. Levantaba la pierna hasta la garganta de Allie con tal velocidad que no era capaz de verla.

De vez en cuando, ella y Zoe hacían un descanso y observaban cómo entrenaban Carter y Sylvain. Estaban practicando la misma técnica que ellas, pero, debido a la mayor fuerza de los chicos, parecía más brutal. Las patadas de Carter poseían la fuerza de un tanque. Si quisiese, podría lanzar a Sylvain al otro lado de la sala. O romperle el cuello.

Cuando le tocó el turno a Sylvain, se movió con la gracilidad letal de un bailarín dispuesto para el ataque. En vez de limitarse a inclinar el cuerpo y dar la patada, saltó y dio un giro en el aire con la pierna levantada hasta terminar con el pie colocado en el lugar preciso, en mitad de la garganta de Carter.

—Bien hecho, chicos. —Raj Patel se dirigía hacia ellos con una sonrisa y con los brazos extendidos hacia Allie—. Bienvenida. Te hemos echado de menos.

El señor Patel la abrazó cariñosamente y le dio unas palmadas en el hombro.

—Veo que has seguido entrenándote mientras estabas fuera.

Allie se sonrojó de orgullo.

—Sí, cada día.

—Se nota —dijo Raj con aprobación. Y señaló al resto de alumnos, que seguían practicando la llave—. Como habrás visto, estamos probando cosas nuevas. Estas técnicas están pensadas para inhabilitar al contrincante y dejar tiempo suficiente para escapar. —Y añadió en tono amenazador—: U otra cosa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Allie.

—Con estas llaves se puede matar a una persona, Allie —explicó Raj como si tal cosa—. Os estamos enseñando tanto las llaves que matan como las que inhabilitan.

Allie intentó disimular su consternación. Siempre se habían centrado en aprender técnicas evasivas y de autodefensa, que les ayudarían a evitar un secuestro o que les hicieran daño. Era un entrenamiento impagable para los hijos de los millonarios que, como Allie bien sabía, eran blancos muy fáciles al lado de sus padres superprotegidos.

Pero nunca les habían enseñado cómo matar a un atacante.

—Vaya —murmuró Allie—. Qué fuerte.

Sylvain tomó la palabra.

—No tenemos alternativa —dijo—. Con Nathaniel es matar o morir, ya lo sabes.

—Para eso estoy aquí, para asegurarme de que no os maten —dijo Raj—. Y ahora... —El jefe de seguridad miró al reducido círculo de alumnos—. Creo que deberíais cambiar de pareja.

Todos se le quedaron mirando sin comprender.

—Aunque Zoe sea una compañera de entrenamiento excelente, Allie necesita aprender a pelear con una persona más alta que ella —explicó Patel—. Tiene que aprender a luchar contra un hombre—. Así que... —Mientras se alejaba, dibujó con el dedo índice una espiral en el aire—. Cambio de pareja.

Allie evitó mirar a Carter. Estaba claro con quién tenía que entrenar ella.

Carter también lo tenía claro, porque gesticuló para que Zoe se acercara.

—Venga, peque. Enséñame de lo que eres capaz.

—No me llames peque —se quejó Zoe.

Mientras la pareja se colocaba en el tatami de al lado, Allie se preguntó si aquella leve punzada que notaba en el estómago era de decepción.

Borró las dudas de su rostro y se dio media vuelta para encararse con Sylvain.

—¿Preparado?

Él le dirigió una sonrisa, ajeno a su desazón.

—Totalmente.

Raj tenía razón; la llave era distinta con alguien más alto. Allie tuvo que esforzarse mucho más para inclinar el cuerpo con el ángulo correcto al dar el puntapié. Tuvo que ajustar sus respuestas. Le costó varios intentos conseguirlo, pero al final logró afinar la puntería. Su pie descalzo aterrizó justo por debajo de la barbilla de Sylvain. En el lugar exacto.

—Excelente. —El francés hizo ademán de morderle el pie y ella rio, mientras se alejaba de él dando saltitos.

Por el rabillo del ojo, Allie vio cómo Carter les dirigía una mirada rápida. Pudo captar dolor y confusión en su expresión, y apartó la mirada de golpe.

No iba a ser nada fácil entrenar juntos.

Una vez más cayó en la tentación de mirar a Rachel y a Nicole. Rachel estaba intentando dar la misma patada que antes y volvió a perder el equilibrio. Nicole la ayudó a levantarse, pero el sonrojo de Rachel delataba lo avergonzada y frustrada que se sentía. Jerry se acercó a las jóvenes y les habló en voz baja.

No daba la impresión de que les estuviera riñendo. Más bien parecía que les daba consejos amablemente. Pero incluso desde el otro lado de la sala pudo percibir la tristeza de Rachel.

Cuando terminó el entrenamiento, Allie se dio una ducha rápida y se puso el uniforme escolar con su habitual descuido. Con la blusa a medio abrochar y la corbata en una mano, se encaminó apresuradamente hacia la puerta. Pero cuando pasó por la zona principal del vestuario, se detuvo de repente. Rachel y Nicole estaban sentadas en un rincón, hablando en voz queda. Aún llevaban puesta la ropa de entrenar. Rachel tenía la cabeza gacha, en ademán derrotado, y la mano de Nicole descansaba en el hombro de su amiga.

Allie compadeció a Rachel.

Sabía que tenía que ponérselo difícil. Ese era el plan, ¿no?

Lo mejor que podía hacer en ese momento era ignorarla. Hacerla sentir sola y apartada. Hacer lo necesario para convencerla de que no podía estar allí.

Pero le partía el corazón verla así.

Cuando Allie se acercó a las chicas, Nicole le dirigió una mirada de advertencia.

¿Desde cuándo Nicole es la protectora de Rachel?, se preguntó Allie. **¿No es ese mi papel?**

—Oye —dijo Allie—. Solo quería decirte que... —**Lo siento. No lo hagas. No quieras ser algo que no eres, no seas como yo**—. Perdona por lo de antes, me he... pasado—. Allie retorció la corbata entre las manos mientras hablaba—. Sé que cuesta. Mi primera sesión de la Night School fue un asco. Con el tiempo mejora. Te lo prometo.

Rachel tenía la cara roja de agotamiento y fracaso, pero las palabras de Allie parecieron reconfortarla. El labio superior le tembló.

—Gracias, Allie. Y lo siento.

Allie alzó una mano.

—No, no digas eso. Estaba cabreada contigo porque me preocupó por ti. Ya sabes por qué. No tengo que decírtelo porque ya lo sabes. Es que... —Vaciló un instante; quería decirle muchas cosas, pero Rachel tenía pinta de estar agotada. No era un buen momento—. Mañana hablamos, ¿vale?

Rachel se mordió el labio y asintió.

—Vale.

Allie salió del vestuario sintiéndose mejor y peor. Mejor porque Rachel ya no pensaba que la odiaba. Y peor porque acababa de ponerle más fácil la peor semana de la Night School.

Seré idiota.

Cuando salió al pasillo, se encontró a Sylvain de frente con un pie apoyado en la pared. Uno de los alumnos más jóvenes de la Night School estaba diciéndole algo mientras lo miraba con adoración. Sylvain lo escuchaba pacientemente, con la mirada

baja.

Como si hubiese sentido su presencia, alzó la vista para encontrarse con los ojos de Allie.

Dijo algo al alumno y este, con aire decepcionado, se marchó.

Sylvain se dio impulso con el pie y fue al encuentro de Allie.

—¿Qué tal está Rachel? —preguntó en voz queda.

Allie pensó en cómo la había mirado Rachel justo antes de que saliera por la puerta.

—Va tirando.

Recorrieron el largo corredor del sótano hablando en voz baja y subieron las escaleras hacia la planta baja. Los zapatos de ambos rechinaron en el suelo de madera pulida.

Cuando llegaron a la escalinata principal, se detuvieron. Sylvain tiró de ella. Allie cerró los ojos y se inclinó hacia adelante, esperando que le deseara buenas noches. Que la besara y le dijera hasta mañana.

Pero él no hizo nada de eso.

—Nos vemos en el tejado —susurró en la mejilla de Allie, y ella, al notar su aliento, se puso nerviosa de repente—. A medianoche.

Trece

Media hora más tarde, Allie daba vueltas con pasos impacientes por su habitación. Cada pocos minutos, miraba el reloj. El tiempo pasaba terriblemente despacio.

Once y cuarenta y cinco... Once y cuarenta y seis...

Sabía lo que le esperaba. Sabía qué quería hacer Sylvain en el tejado.

El corazón se le iba a salir del pecho. Había tenido un día de lo más confuso.

Pensó en la expresión de los ojos de Carter. En la nostalgia que, por un instante, había creído percibir en ellos.

Se obligó a dejar de pensar en eso.

Volvió a echarle un vistazo al reloj.

Once y cuarenta y siete.

Ya no podía esperar más.

Ya era lo bastante tarde.

Apagó la luz.

Se encaramó en el escritorio, a oscuras. La ventana ya estaba abierta.

Salió al alféizar con total seguridad.

Era una noche despejada de verano; fresca, pero no fría. El aire olía ligeramente a pino, y Allie inspiró profundamente para tranquilizarse mientras hacia equilibrios a una altura de tres pisos.

Desde su llegada a Cimmeria, había realizado varias veces aquella proeza. El peligro y la emoción de saberse a un paso de la nada ya eran como viejos amigos, y sonrió para sus adentros mientras avanzaba a tientas por la fachada del edificio.

Cuando se hace algo una cantidad suficiente de veces, se puede olvidar lo peligroso que es.

Avanzó por la cornisa siguiendo con los dedos el áspero enladrillado de la fachada, palpando en busca de hendiduras a las que agarrarse.

Se dirigía a un punto en el cual el tejado tenía la suficiente pendiente para subir hasta él fácilmente. Pero para llegar hasta esa zona tenía que pasar por delante de dos ventanas. La primera era la de Rachel.

Cuando la alcanzó, la ventana estaba abierta, pero la luz estaba apagada. Cruzó por delante con pasos silenciosos, sintiéndose un poco culpable por no contarle a Rachel lo que se traía entre manos.

Se disponía a seguir avanzando cuando oyó el murmullo de unas voces que provenían de la habitación.

Allie arrugó el ceño. ¿Con quién estaba hablando Rachel a oscuras?

Se paró a escuchar junto a la ventana. Eran dos voces femeninas. Pero hablaban tan bajo que le resultaba imposible distinguir qué decían. Entonces oyó el suave tintineo de una risa cantarina, como unas campanillas sonando. Conocía aquella risa. Rachel estaba hablando con Nicole.

Sintió un aguijónazo de celos.

Sabía que no estaba siendo razonable. Nicole y Rachel eran dos cerebritos y se profesaban una especie de admiración mutua.

Ahora que Rachel estaba en la Night School eran más amigas, y eso era todo.

Mientras se apresuraba a alejarse de la ventana, Allie se dijo que aquello era una buena noticia. Nicole era una alumna brillante de la Night School. Se estaba portando muy bien con Rachel.

Pero la vocecita que habitaba en su cabeza no quería callarse.

Mi habitación está justo al lado. ¿Por qué Rachel no acude a mí?

La siguiente ventana que pasó estaba cerrada. A través del cristal solo atisbó una persiana de madera bajada. Ahora había un montón de habitaciones vacías en Cimmeria.

Justo después encontró la zona en la que el tejado era más bajo. Se acercó y levantó los brazos para agarrarse a las tejas.

En aquel preciso instante, surgió una mano y la agarró por la muñeca.

Allie ahogó un grito.

El instinto la llevó a echarse para atrás y perdió el equilibrio. El corazón le aporreaba el pecho y se balanceó en la estrecha cornisa, buscando desesperadamente un punto donde apoyar los pies.

Pero la mano que la agarraba de la muñeca era firme como una roca.

—Allie, soy yo. —Sumido en la oscuridad, Sylvain la miraba desde arriba—. Salta. Te subiré hasta aquí.

Allie no se movió. La tenía bien sujeta, pero si le resbalaba la mano, abajo solo la esperaba la muerte. Su vida estaba en manos de Sylvain.

El corazón le iba a mil por hora.

—No me sueltes —le advirtió Allie.

Sylvain la miró muy fijamente a los ojos.

—Nunca.

Salta.

Aun así seguía con dudas. No sabía de qué tenía miedo. Ahora Sylvain era básicamente su novio, ¿no se suponía que tenía que confiar en él más que en nadie?

Allie inspiró profundamente y saltó.

Sylvain aprovechó la velocidad ascendente del salto para tirar de ella y la subió hasta el tejado con tanta facilidad que a Allie le pareció que volaba.

Aterrizó bruscamente junto a él sobre las tejas de pizarra.

Sylvain la sujetó con un brazo alrededor de la cintura. Mientras intentaba recuperar el equilibrio, Allie presionó su cuerpo contra el del chico. Debido al salto, la adrenalina le corría por las venas y le había agudizado el sentido del tacto; notaba claramente cada punto de contacto entre sus cuerpos. Se sintió como si estuviera junto a una hoguera.

Allie tragó saliva y trató de aparentar normalidad.

—Mierda, Sylvain —se quejó—. Me has dado un susto de muerte.

—Pensaba que me habías visto —dijo él. La soltó y le hizo señas para que lo siguiera—. Ven aquí. La noche está muy despejada y las estrellas están increíbles.

La brisa despeinó la melena de Allie cuando lo siguió hacia uno de los picos del tejado.

—¿Sabes a ciencia cierta que este sitio es seguro? —susurró Allie mientras caminaban.

—Sí, lo es —dijo él—. Por aquí no hay guardias.

—Hacía siglos que no subía. —Pisó con cuidado sobre una teja suelta.

—Ya no es fácil estar solos —dijo Sylvain—. Nos vigilan constantemente. Pero me di cuenta de que los guardias no patrullan el tejado. Puede que este sea el único sitio que tengamos.

Estaban de pie junto a la base de una gigantesca chimenea de estilo victoriano que se alzaba unos tres metros sobre sus cabezas. Sylvain se apoyó en la chimenea despreocupadamente. Cualquiera habría dicho que estaba junto a una piscina y no en el tejado del colegio, en mitad de la noche.

Sin duda aquella seguridad en sí mismo lo hacía irresistible. Allie sintió un cosquilleo en el estómago.

—Tanta vigilancia me pone los pelos de punta —dijo ella en tono distante—. Hay un guardia apostado en el pasillo de mi habitación. Da miedo.

—Es mucho peor que antes de irme a casa —admitió Sylvain—. Ahí fue cuando empezó todo. Había más guardias. Más obsesión por la seguridad. Pero no era tan exagerado. Ahora están todos paranoicos. Ven a Nathaniel por todas partes.

—Ya te digo —coincidió Allie—. Isabelle dice que no ha habido ni un ataque desde que me fui. ¿Entonces por qué son tan plastas? Vale, Nathaniel es el mal personificado y va a por nosotros. Pero tampoco hace falta volverse loco. —Hizo un gesto despreocupado—. Todos sabemos de sobra de qué va esto.

Sylvain planteó lo siguiente:

—Es por culpa de lo que Lucinda les dice desde Londres. Comprendo que estén asustados, pero están cediendo mucho terreno a la seguridad a cambio de la libertad.

El chico dejó escapar un suspiro de resignación antes de proseguir:

—Además, si uno de nuestros profesores está trabajando para Nathaniel, ¿de qué nos sirven miles de guardias?

La brisa fresca alborotó el cabello de Allie, que notó un escalofrío y se tiró de las mangas hasta taparse las manos.

—Parece mentira —alzó los ojos hacia el chico, pero en la oscuridad no pudo ver su expresión—. Ojalá supiéramos quién es. Odio estar sospechando de todos.

—El equipo de Raj lo está investigando —dijo Sylvain—. Lo encontrarán. Y creo que pronto. Raj dice que están cerca.

—Isabelle me dijo lo mismo —Allie habló con impaciencia—. ¿Pero cómo vamos a seguir yendo a clase sabiendo que uno de ellos nos quiere muertos?

—Cuidando los unos de los otros —dijo él. La tomó de la mano y la atrajo hacia

sí—. Me he fijado en cómo entrenabas hoy, ¿sabes? Has sido feroz. Estabas concentrada. Puedes defenderte sola. Lo sabes, ¿verdad?

Aquellas palabras la hicieron sonrojarse.

—Sí —dijo Allie—. Supongo que no se me da mal.

—Se te da muy bien —dijo él—. Eres una de las mejores. Tendrían que enviarte a ti a buscar al espía. Sea quien sea.

Allie intentó imaginarse peleando, pero en serio, contra Zelazny o Jerry. O peor, contra Eloise. Pero no pudo. Para ella siempre habían sido figuras de autoridad. Eran prácticamente de su familia.

De pronto ya no quiso seguir hablando de aquel tema. Era demasiado deprimente. La traición, las mentiras. Lo cara que estaban pagando aquella guerra.

Se apoyó en el cuerpo de Sylvain y él la rodeó con un brazo y la envolvió en la calidez de su cuerpo.

—Lo encontraremos, Allie —dijo—. Sea quien sea. Lo encontraremos.

Sylvain tenía los labios muy cerca de los suyos. Allie contuvo la respiración, anticipando un beso. Pero en lugar de besarla, él la hizo girar hasta dejarla con la espalda apoyada en el pecho de él.

—Pero de momento —Sylvain le susurró al oído, y su aliento le produjo unas cosquillas deliciosas— tenemos esto.

Señaló hacia arriba. Allie siguió con la mirada la línea que había trazado su mano. El universo resplandecía sobre ellos.

—Oh... —suspiró—. Qué pasada.

Era una noche sin luna, y las estrellas que cubrían el firmamento brillaban con un fulgor increíble.

La noche no era oscura en absoluto.

Allie echó el cuerpo hacia atrás para contemplar mejor el cielo y Sylvain le apretó más fuerte la cintura para sujetarla mejor. Estaban tan cerca que Allie notaba cómo los músculos de Sylvain se movían. Cuando él respiraba, el aire de la exhalación movía sus cabellos.

—Dicen que la luz tarda tanto en viajar que el resplandor de las estrellas que vemos ocurrió hace millones de años —susurró él—. Mirar el cielo es como volver la vista al pasado. Muchas de estas estrellas ya no existen. Se extinguieron.

Aquel pensamiento hizo a Allie estremecerse de melancolía.

—Eso es muy triste —dijo—. Me hace sentir tan... fugaz.

—Todo es fugaz —dijo él a través de la melena de Allie—. Ni siquiera las estrellas duran para siempre.

Sylvain trazaba suavemente con los dedos dibujos en los brazos de ella. Aquellas caricias sutiles la estaban volviendo loca. Solo le tocaba el brazo, pero ella lo notaba hasta en las entrañas.

—No quiero ser fugaz... —murmuró Allie.

Entonces él la atrajo hacia sí y se besaron, con todas las estrellas del firmamento

girando sobre ellos.

Al principio los labios de Sylvain eran insistentes, pedían más. Pero cuando Allie le pasó los brazos alrededor de la nuca, él la besó con más suavidad. Tanteó los labios de Allie hasta que ella los separó para él con un jadeo.

Sylvain bajó las manos por la columna de Allie hasta la parte más estrecha de su espalda y la apretó contra él con más fuerza. Cuando ella tiró de él para besarlo con más pasión, Sylvain le deslizó los dedos por debajo de la camisa.

Ella sintió que las manos cálidas del chico le tocaban la piel con curiosidad. Le recorrían la columna con caricias hasta que le costó respirar. Los labios de Sylvain trazaron una línea cálida desde su mejilla hasta la mandíbula. Allie se echó hacia atrás dejando que él la sujetara mientras le besaba el cuello suavemente.

El collar con el candado y la llave que él le había regalado pendía del cuello de Allie. Él lo alzó con delicadeza.

—Me alegro de que lo lleves —dijo.

—Me encanta —susurró Allie, sin aliento.

Él volvió a atraerla y la envolvió con sus brazos. La abrazó con tanta fuerza que ella notó los latidos del corazón del chico. Él siguió sujetándola así y se agachó hasta quedar tumbado de espaldas, con Allie encima.

Allie contempló su rostro. A la luz de las estrellas, la piel de Sylvain parecía incandescente, como si estuviera iluminada desde dentro. Sus ojos azules brillaban como dos zafiros.

Ambos respiraban con dificultad. Ya se habían besado antes, pero esta vez era diferente y los dos lo sabían. Todo era mucho más intenso. Allá arriba estaban completamente a solas. Podían hacer lo que les diera la gana.

No había nadie por allí para detenerlos.

El corazón de Allie latía desbocado. Repasó con los dedos los pómulos del chico, su mandíbula rotunda. Cuando le rozó los labios, él los separó y también se los repasó con los dedos.

—Allie, te quiero.

Allie pareció quedarse sin respiración. Lo miró anonadada.

—Sylvain... —murmuró. Sabía que tenía que responder algo.

Yo también te quiero.

Pero no pudo.

Quería hacerlo. Pero sus labios no articularon las palabras.

El momento quedo congelado en el tiempo, inacabado.

—Desde el momento en que te conocí —murmuró él, rompiendo el silencio—. Desde que te sentaste a la mesa aquella noche y me miraste con esos ojos... eras puro fuego. Pura honestidad. Yo no quería a nadie en mi vida. Pero a ti te necesitaba.

A Allie se le encogió el corazón. Lo sabía; siempre lo había sabido. Y ella también lo quería. Muchísimo. Juntos se habían abierto camino desde un lugar muy oscuro. Habían sido capaces de forjar algo hermoso a partir de lo malo.

Entonces, ¿por qué no le decía que sentía lo mismo por él? ¿Qué problema había? Él era guapísimo. Era perfecto.

La confusión se agitó en el interior de Allie, pero no le dio tiempo a pensarlo porque volvieron a besarse.

Ahora él la besaba con más pasión. Le acarició el cuerpo, la tocó por todas partes. Las caderas. El vientre. Nadie la había tocado así antes, pero deseaba que él lo hiciera. Quería sentirse deseada.

Entonces Sylvain llegó al borde de la camisa de Allie y se la empezó a levantar.

Ella se puso tensa.

Sylvain paró de inmediato y la miró intensamente.

—Dime.

Allie se puso roja y bajó la vista.

—Es que yo... nunca he...

—Ya lo sé —dijo él suavemente.

De algún modo, su respuesta la hizo sentir peor. Allie se apresuró a incorporarse y se sentó frente a Sylvain.

¿Cómo lo sabía? ¿Es que lo llevaba escrito en la frente?

Se moría de vergüenza.

Sabía que él tenía más experiencia que ella. Se notaba. Sylvain había sido el primer chico que había besado de verdad. Luego fue Carter. Con él había llegado un poco más lejos, pero no mucho más.

Como todo el mundo, Allie sentía curiosidad por saber de qué iba todo aquello. Aun así le daba miedo. Después de hacerlo... ¿qué pasaba? ¿Cuál era el siguiente paso?

Sylvain advirtió la expresión de Allie, le cogió las manos y le sostuvo la mirada.

—Supongo que es obvio que me gustaría hacer de todo contigo —dijo él, y ella volvió a sonrojarse—. Pero no hay ninguna prisa. —Le acarició las manos con los pulgares—. Podemos esperar todo lo que quieras.

Allie lo miró con los ojos entornados. ¿No era eso lo que decían algunos chicos antes de empezar a presionarte para que te acostaras con ellos?

—¿Y qué pasa si quiero esperar para siempre?

Él le sostuvo la mirada con ojos sinceros.

—Por ti esperaré toda la vida.

Catorce

A la mañana siguiente, Allie bajó a desayunar temprano con la esperanza de poder hablar con Rachel, pero no la encontró en su sitio de siempre del comedor. Entre clase y clase, rastreó los pasillos en busca de la melena rizada y oscura de su amiga, pero no la vio hasta la hora de comer, caminando por el pasillo con una cartera cargada de libros. Andaba toda agarrotada. Allie se imaginó que aún tendría los músculos doloridos por culpa del entrenamiento.

Al ver a Allie, Rachel se puso roja y bajó la vista.

A Allie se le partía el corazón, pero estaba decidida a hablar con ella.

—¿Tienes un momento... para hablar?

—Claro —dijo Rachel, pero en un tono monótono y sin hacer ninguna de sus típicas bromas.

Fueron a sentarse junto a una ventana del rellano. Hacía sol, pero empezaban a asomar unas nubes grises y amenazadoras. Allie las observaba mientras intentaba decidir qué iba a decirle.

El olor a comida flotaba en el ambiente. Sin embargo, no había tenido hambre en todo el día.

Era curioso lo difícil que le resultaba hacer todo aquello. Lo había hablado con Sylvain la noche anterior, después de los besos, y también le había estado dando vueltas más tarde, incapaz de conciliar el sueño.

Había pensado que sabría exactamente qué decir. Pero ahora que tenía a Rachel delante, ya no estaba tan segura.

—Quiero pedirte disculpas otra vez por cómo me comporté ayer —dijo Allie finalmente. Rachel sacudió la cabeza como si quisiera detenerla, pero ella prosiguió —: Seguro que fue terrible y yo encima te lo puse más difícil. Perdona. Es que... — Volvió a mirar las nubes—. Es que... no entiendo qué está pasando.

Rachel parecía confusa.

—¿Qué quieres decir?

—En plan... —Allie inspiró temblorosamente—. Tú odias la Night School. Desde que te conozco... nunca te ha gustado. Intentaste convencerme de que no me uniera a ellos. Te enfadaste cuando lo hice. Y siempre has discutido con tu padre por culpa de ese tema. Y... supongo que no entiendo qué ha pasado para que, de repente, todo cambie.

—Ya te lo dije —respondió Rachel—. Después de lo de Nathaniel, tomé la decisión de aprender a defenderme sola. Nathaniel volverá, y en la Night School puedo aprender a hacerlo.

—Podrías ir a clase de defensa personal, Rachel. —Allie no pudo ocultar su exasperación—. En el gimnasio dan clases de kick boxing. Hay alternativas. No tienes por qué unirse a un grupo que siempre has odiado. Siempre has tenido la convicción de que todo lo que representa la Night School está mal.

—Lo sé, pero supongo que... —Rachel bajó la mirada— mis convicciones han cambiado. Ahora sé de lo que es capaz Nathaniel y lo que pretende hacerle a todo el país. Y he decidido que aquello que odiaba es mejor que lo que podría reemplazarlo. —Rachel torció la cabeza a un lado—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo entendía, pero no estaba dispuesta a aceptarlo.

—No veo cómo pueden cambiar las convicciones de alguien. O crees en algo o no. Así es como funciona. No cambias así como así.

El rubor subió por el cuello de Rachel hasta colorearle el rostro.

—Por supuesto que sí. —Rachel le dirigió una mirada acusadora—. Tú misma lo hiciste en este colegio. Cuando no sabías mucho de la Night School pensabas que era un asco y, antes de que pudiera darme cuenta, ya formabas parte de ella. —Rachel se cruzó de brazos—. Si tú puedes cambiar, yo también.

—Sí, pero yo lo hablé contigo antes. —Finalmente Allie fue al grano—. No te enteraste de golpe: «¡Mira, Rachel! He cambiado de parecer acerca de todo, pero he decidido no contártelo. ¡Sorpresa!» —Agitó las manos en el aire—. Hemos estado casi tres meses fuera. Hemos hablado un montón, en plan, horas y horas. Y no me dijiste que fueras a unirme a la Night School. O que fueras a romper con Lucas. Son dos de las decisiones más importantes de tu vida y ni siquiera me las comentaste... ¿Por qué, Rach? —Allie no pudo disimular su dolor—. ¿Es que no confías en mí?

—Claro que confío en ti. —Aquella hipótesis horrorizó visiblemente a Rachel—. Más que en nadie, aparte de mis padres. Y perdona si no te lo conté. Lo pensé, pero... supongo que me cuesta... —Se mordió el labio inferior y miró hacia el rellano—. No quería hacer un drama.

Al ver la expresión recelosa en el semblante de Allie, Rachel suspiró y lo intentó otra vez:

—Lucas y yo ya teníamos problemas antes de que nos fuéramos. Lo pasó mal cuando no lo incluísteis en el grupo y sintió que yo no lo había apoyado. En cambio yo... no lo pasé mal. Ahí fue cuando empecé a pensarlo. Nunca había tenido novio, de modo que no sabía cómo se suponía que debía sentirme. Solo sabía que **así no**.

Al oír las palabras de Rachel, acudió a la mente de Allie la noche anterior. Se acordó de cómo Sylvain le había susurrado «te quiero». Y de cómo ella no había sido capaz de responder.

Trató de ahuyentar el pensamiento de su cabeza y se centró en Rachel, que seguía hablando.

—Mientras estuve fuera, casi no nos escribimos. En su última carta dejó caer que quizás lo nuestro no estaba funcionando y... —Miró a Allie—. Me quitó un peso de encima. Entonces regresamos a toda prisa y todo sucedió muy rápido. Ahora creo que tiene un rollo con Katie... —Arrugó la nariz en señal de desagrado—. O sea, ¿en serio? Bueno, qué más da.

—Y no me lo has querido contar antes porque... —la azuzó Allie.

—Ay, Allie... —suspiró Rachel—. Me encanta hablar de la vida de los demás,

pero odio hablar de la mía. Ya lo sabes. No era mi intención ofenderte.

Pero Allie conocía demasiado bien a Rachel. Sabía que aquella era la típica respuesta que le hubiese dado a un adulto. El tipo de respuesta que ofrecía cuando no quería decir la verdad.

Allie recordó las risitas que había oído la noche anterior al pasar ante la ventana de Rachel. Le dio la sensación de que Rachel había estado hablando con Nicole de aquel tema.

De repente se sintió muy sola.

—No me ofendo —dijo en tono orgulloso—. Es que no lo entiendo. Y supongo... —Bajó los ojos hacia sus zapatos llenos de rozaduras; estaba demasiado triste para disimular que aquello no le dolía—. Supongo que me da miedo perder a mi mejor amiga.

Rachel alargó la mano y le tocó el brazo.

—No, Allie —dijo—. No me estás perdiendo, te lo prometo. No pienses eso, por favor.

Allie tragó saliva.

—¿En serio? Es que veo que estás tomando todas esas decisiones superimportantes y que yo... de repente ya no formo parte de ellas.

Rachel le cogió la mano.

—Te seré sincera, Allie. Ahora mismo me está pasando algo. Y no sé bien qué es. Pero creo que solo necesito un poco de tiempo para acabar de entenderlo. Puede que no te lo haya contado todo, pero sigo siendo tu mejor amiga, te lo juro. —La voz le tembló de la emoción—. Espero que me creas.

Aquella ya parecía la Rachel auténtica, y la tensión que oprimía el pecho de Allie cedió ligeramente.

—Te creo —aseguró Allie, aunque no estaba tan segura—. ¿Pero qué te pasa? Ojalá me dejaras ayudarte.

Rachel titubeó y se puso roja como un tomate.

—No puedo... hablar de ello.

Ahí estaba otra vez: el muro que las separaba.

Frustrada, Allie se apartó, pero Rachel volvió a tocarle el brazo.

—Te lo contaré, te lo prometo. Solo quiero aclararme primero. No sé cómo me siento. ¿Sabes lo que eso?

—Sí —admitió Allie a regañadientes—. Ya sabes que sí. Pero Rachel... —Buscó la respuesta en el rostro de su amiga—. Si te pasa algo, me gustaría ayudarte. Ojalá confiaras en mí.

Los ojos de Rachel brillaron, inundados de lágrimas.

—Allie, yo confío en ti, en serio. Por favor, no lo dudes. Es en mí en quien no confío. No pierdas la confianza en mí. No lo soportaría.

La conversación con Rachel la perturbó durante todo el día. ¿Qué había querido decir con que estaba «pasando por algo»? Y, si ese algo era tan importante como parecía, ¿por qué no se lo contaba?

Con todo eso, combinado con los sentimientos encontrados de lo sucedido por la noche con Sylvain y con una notoria falta de sueño, las clases se le hicieron muy cuesta arriba.

La clase de Inglés había terminado, y Allie estaba recogiendo los libros cuando Isabelle se le acercó.

—¿Podemos hablar?

La directora sonaba muy seria.

A Allie se le paró el corazón. **¿Nos vio alguien anoche?**

Podían meterse en un lío muy gordo. Quizás los guardias habían instalado algún tipo de sistema de seguridad allá arriba. Videovigilancia.

Sylvain llamó la atención de Allie y le dirigió una mirada preocupada. Allie respondió con un gesto de indefensión.

Al pasar junto a ella, el chico murmuró:

—Te espero fuera.

Cuando el aula quedó vacía, Isabelle se apoyó en una mesa y cruzó los brazos.

—¿Te encuentras bien? Hoy no estás muy centrada.

El nerviosismo de Allie se esfumó. Era una charla de «no prestas atención». Eso sabía manejarlo.

—No he dormido bien, supongo —dijo—. Solo estoy un poco cansada.

En parte estaba diciendo la verdad.

Isabelle pareció tragarse la respuesta.

—Muy bien —dijo la directora enérgicamente—. Me alegro de que no te pase nada grave. Pero no quiero que te quedés rezagada con los estudios, así que hoy a la cama temprano. —Isabelle se puso a recoger sus propios libros—. Y por cierto, dentro de una hora hay una reunión en la capilla para alumnos avanzados de la Night School. Es una de las de verdad; es muy importante que asistas.

Allie frunció el ceño.

—¿De las de verdad?

Isabelle se apartó un mechón de cabello de la cara y la miró con sorpresa.

—¿No te lo dije? Hablamos de tantas cosas en el despacho que se me debió olvidar. Verás, durante la semana tenemos muchas reuniones a las que invitamos a los profesores. Y otras reuniones a las que no los invitamos. Las reuniones sin profesores son las de verdad.

Allie estaba boquiabierta.

—Entonces la reunión del otro día fue...

—Una farsa —dijo Isabelle mientras metía los libros en un maletín negro

brillante—. Esas reuniones nos sirven para compartir información menos valiosa y para filtrar información falsa a Nathaniel. Ninguno de los profesores está enterado de nada de esto, claro. Es crucial que sigan creyendo que las reuniones como la de esta tarde son, en realidad, entrenamientos para alumnos avanzados de la Night School. A la de hoy solo asistirán personas en las que confío plenamente, y abordaremos lo que está pasando de verdad.

Allie se quedó de piedra. Se dio cuenta de lo inteligente que era aquella estrategia, pero también denotaba lo mal que estaban las cosas en aquel momento. Lo asustada que estaba Isabelle.

Algo de lo que había dicho la directora no le encajaba.

—Pensaba que no podíamos ir a la capilla.

Isabelle cerró el maletín de golpe y se encaminó hacia la puerta.

—Recibiréis un permiso especial. Raj se ocupará de ello. —Hizo una pausa y se volvió a mirar a Allie con severidad—. No le des explicaciones a nadie, ni siquiera a los guardias. Si alguien te pregunta qué estás haciendo, diles que hablen con Raj. Y por lo que más quieras, no te pongas a discutir. No debemos llamar la atención. —Al cruzar el umbral, sus últimas palabras flotaron en el aire—. Por favor, sé puntual.

Quince

n cuanto Isabelle abandonó el aula, Allie corrió a dejar los libros a su habitación. Después salió a buscar a los demás.

Conque reuniones secretas, pensó mientras bajaba al galope por las escaleras. ¿Y a nadie se le había ocurrido mencionarlo?

Ahora todo cobraba sentido.

Se había pasado los días preguntándose por qué todo era tan raro en Cimmeria. Ya entendía qué estaba pasando. Todo el mundo hacía teatro para el espía. El colegio al completo era un gran disfraz, y solo unos cuantos elegidos conocían la verdad.

Y, ahora Allie estaba a punto de ser una de ellos.

Buscó a sus amigos en la sala común y en la biblioteca, hasta que se le ocurrió mirar afuera. Al salir a la parte delantera, encontró a Zoe, Nicole y Carter tirados en el césped sin hacer nada.

Al ver a Carter, el corazón de Allie le dio un vuelco, a traición.

—Eh —dijo—, ¿a nadie se le ocurrió en ningún momento contarme lo de las reuniones secretas?

La voz le salió más alta de lo que quería y todos la miraron alarmados.

—¡Ssssh! —Zoe se acercó el dedo índice a los labios, fulminándola con la mirada.

Allie, avergonzada, alzó las manos.

—Perdón. —Se sentó con ellos y habló en susurros—: ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no vamos de una vez?

Señaló en dirección al sendero que se internaba en el bosque y conducía a la capilla.

—Tenemos que ir en grupos reducidos —explicó Nicole en voz baja—. De uno en uno o dos en dos, para que los profes no se den cuenta. Los guardias nos cubren las espaldas, pero hay que ir con cuidado. —Se encogió de hombros—. Se nos da muy bien ahora. Es fácil. Simplemente... haz como nosotros.

No era la primera vez que Allie se sentía una extraña en su propio colegio. Habían ideado aquel sistema en su ausencia. Todos conocían el nuevo Reglamento. Todos menos ella.

Zoe y Nicole empezaron a charlar sobre algo que había pasado en una de sus clases. Allie echó un vistazo alrededor y se encontró con la mirada de Carter. Los ojos oscuros del chico eran más enigmáticos que nunca, y sin embargo, algo en su expresión le decía que él sabía muy bien cómo se sentía ella.

—¿Estás preparada? —preguntó Carter.

—Hasta hace veinte minutos ni siquiera sabía de la existencia de las reuniones, así que... no —dijo ella—. Pero no voy a dejar que eso me detenga.

Carter esbozó una leve sonrisa y asintió, desviando la mirada hacia los árboles.

—Esa es mi chica.

Las palabras le cortaron la respiración. Allie bajó la mirada y se obligó a dejar de ser tan estúpida.

Esa es mi chica... Lo había dicho por decir, no iba en serio.

Entonces, ¿por qué la hacía sentir tan melancólica? Las nubes de tormenta que Allie había visto mientras hablaba con Rachel taparon el sol. Se estaba empezando a levantar viento cuando Sylvain se unió al grupo.

Mientras se acercaba, dirigió una mirada a Zoe.

—¿No es la hora?

La chiquilla asintió y se puso en pie. Luego salió disparada como una golondrina hacia el bosque.

Allie observó desconcertada cómo la menuda figura desaparecía entre los árboles.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó mirando al grupo.

—Siempre sale la primera —Sylvain se sentó en la hierba junto a ella y se recostó, como si solo fueran unos alumnos normales disfrutando de los últimos días de buen tiempo—. Es la más rápida; si hay algún problema puede dar media vuelta y decírnoslo. Es nuestra exploradora particular.

Nicole sonrió con indulgencia.

—Le encanta.

Unos minutos más tarde, Carter echó un vistazo al reloj y miró a Sylvain con expresión inquisitiva. Este asintió.

—Nos toca —dijo. Se puso de pie con un grácil movimiento y le tendió la mano a Allie. Sylvain le sonreía con los ojos. Una ráfaga de aire alborotó su cabello rubio oscuro.

Allie aceptó su mano y se levantó. Para su sorpresa, después de ayudarla a ponerse en pie, Sylvain no la soltó. No recordaba haber estado así con él antes, salvo cuando habían huido de algo.

Su mano era fuerte y cálida; le gustó la sensación.

Ya habían dado un par de pasos cuando Allie se acordó de decirles adiós al resto.

Se volvió hacia ellos y dijo por encima del hombro:

—Nos vemos ahí, entonces.

Nicole la saludó alegremente con la mano.

—***Bon voyage...***

Allie desvió la mirada hacia Carter y el estómago se le hizo un nudo. Parecía desolado. La tormenta parecía estar atrapada en sus ojos.

En el bosque todo estaba más tranquilo. La luz se colaba débilmente por entre las copas de los árboles. Los ruidos quedaban amortiguados, incluso sus pasos sobre la tierra blanda del sendero. El aire olía a enebro y a tierra mojada.

Allie caminaba con la cabeza gacha. No podía quitarse de la cabeza la expresión de Carter. Lo había visto muy solo. Perdido.

¿Era culpa de ella? ¿Por verla cogida de la mano de Sylvain?

Sacudió la cabeza para ahuyentar aquel pensamiento. No podía ser. Carter quería a Jules. Y en cualquier caso ella tenía que centrarse en su novio, al que tenía justo al lado.

Por suerte Sylvain estaba dispuesto a echarle una mano. En cuanto se hubieron internado en el bosque, se detuvo y la atrajo hacia sí.

—No puedo creer que no te haya besado desde anoche —murmuró, bajando sus labios hasta los de Allie.

Fue un beso suave y delicado, prometedor.

Aquello sí era real. Aquello sí era importante.

El viento azotó las ramas que había sobre ellos y varias piñas cayeron y salieron rodando, como lluvia sólida. La pareja se agachó.

—El cielo nos está atacando —dijo Allie—. Será mejor que sigamos.

Un rayo restalló a lo lejos y Sylvain alzó la vista al cielo.

—*Alors*, démonos prisa.

Echaron a correr a ritmo constante por la sinuosa vereda. A ambos lados crecían helechos que rozaban suavemente las piernas de Allie al correr. Había pasado por allí muchas veces. Conocía el camino igual de bien que cualquier pasillo de Cimmeria.

El viento agitaba las ramas en un movimiento hipnótico. A lo lejos algo llamó la atención de Allie. No era más que una sombra, pero algo no encajaba. Parecía moverse contra el viento.

Mientras aminoraba el paso, escudriñó la penumbra y una súbita ráfaga de aire separó las ramas.

El corazón se le aceleró.

Aquello no era ninguna sombra.

Vio a un hombre vestido de negro que desaparecía tras la densa arboleda.

Allie tiró de la mano de Sylvain. Cuando sus miradas se encontraron, ella se acercó el dedo índice a los labios y señaló hacia la zona en la que había visto movimiento.

Sylvain se puso alerta al instante y se giró en la dirección que ella indicaba. Soltó su mano y se acuclilló para mirar atentamente hacia la arboleda. Pero Allie se dio cuenta de que Sylvain no veía nada.

—No... —susurró alzando la vista hacia ella.

Entonces el hombre volvió a moverse. Fue poco más que un destello oscuro entre la vegetación.

—Ahí —murmuró Allie, en cuclillas junto al chico.

Pegados el uno al otro, fijaron la vista en el bosque. Los árboles danzaban a su alrededor, agitados por la tormenta que se avecinaba.

Allie notó cómo el cuerpo de Sylvain se ponía tenso al ver la figura. Pero tan pronto como la vio, se relajó.

—Es un guardia de seguridad —dijo él, con aplomo.

—¿De verdad? —Allie volvió a mirar hacia los árboles, pero el hombre había desaparecido—. ¿Estás seguro?

Sylvain se puso de pie otra vez y Allie lo imitó.

—Lo he visto bien. Ya lo había visto antes por aquí con Raj —dijo Sylvain—. En realidad no me extraña. Los de seguridad saben que tenemos una reunión esta tarde. Seguramente Raj le habrá pedido que nos eche un vistazo. Bueno, a ti. —Se puso serio—. Sabes que ahora siempre te siguen, ¿verdad?

Allie tenía un nudo en el estómago. Negó con la cabeza.

Los vigilantes estaban por todas partes, vale, pero nunca se le había pasado por la cabeza que estuviesen ahí por ella. Ahora todo encajaba. Había guardias en el pasillo, en el césped, en las escaleras, en las aulas, en los dormitorios... No recordaba la última vez que se había dado la vuelta y no había visto a uno.

Volvieron a ponerse en marcha, esta vez más lentamente.

—Sé que no te gusta —dijo Sylvain—, pero lo importante es que estés protegida.

Allie sabía que tenía razón, pero aun así se sentía invadida. ¿La vigilarían a todas horas? ¿También cuando estaban en el tejado? Sylvain había asegurado que no los vigilaba nadie pero... ¿y si estaba equivocado?

Sintió náuseas con solo pensarlo.

Ante ellos asomó el muro de la capilla. Sus viejas piedras cubiertas de líquen gris eran igual de robustas que cuando se había construido, siglos atrás. Allí el sendero torcía a la izquierda siguiendo el muro. Allie sabía que por allá cerca había un arroyo y un paso de piedras para cruzarlo. Pero no fueron en esa dirección, sino que siguieron andando hasta llegar a una puerta en arco. Sylvain la abrió para que pasara y echó tras ellos el cerrojo, que se movió con un chirrido metálico.

Más adelante se alzaba la capilla, rodeada de tumbas.

Junto a la capilla se erguía un antiguo tejo, gigantesco e inmortal, cuyas intrincadas raíces sobresalían del suelo como si fueran vides prehistóricas.

Aquel era el lugar favorito de Allie en Cimmeria. Una parte de ella anhelaba encaramarse a aquellas largas ramas y huir de todo, como solía hacer con Carter en los viejos tiempos.

Pero aquello era el pasado.

En el cementerio la hierba había crecido mucho; las lápidas más bajas ni se veían, y apenas podía vislumbrar una parte de las más altas.

Allie miró a su alrededor presa del desánimo. Le extrañaba que el señor Ellison descuidara el trabajo.

—¿Por qué está esto así? —preguntó señalando el camposanto.

Sylvain miró con poco interés hacia donde ella apuntaba.

—Como no hay suficientes estudiantes para echarle una mano al jardinero, ha tenido que abandonarlo para poder concentrarse en otras tareas.

La tristeza inundó el corazón de Allie. Estaba segura de que al señor Ellison no le había hecho ninguna gracia dejar aquello sin más. Se tomaba muy en serio su trabajo.

No era para tanto, pero la dejó preocupada.

Lo que más le preocupaba era que Sylvain pareciera no conocer el nombre del jardinero.

Quiso decirle que el señor Ellison era mucho más que un jardinero, que era un hombre sabio y cariñoso. Tras la muerte de Jo, la había ayudado a pasar el duelo. Era él quien había criado a Carter al morir sus padres.

Pero Sylvain estaba de pie en la puerta de la capilla, mirándola con expectación.

Allie disimuló sus dudas y lo siguió al interior de la iglesia.

Dieciséis

Dentro, la iglesia era fría y oscura. Allie entornó los ojos en la penumbra. Unas motas de polvo flotaban en los débiles rayos de luz que se filtraban por los vitrales. Eran tan ligeras que podían salir volando con solo un soplo.

Vislumbró los frescos medievales de las paredes, pero estaba demasiado oscuro como para distinguir los destrozos que había causado Nathaniel el invierno anterior.

Había un grupo de personas reunidas en los primeros bancos, cerca del altar. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio a Zoe y a Isabelle. Raj Patel estaba de pie junto a una mujer que no recordaba haber visto antes.

Allie frunció el ceño y giró lentamente sobre sí misma. Pensaba que habría más gente, pero la capilla estaba más bien vacía.

¿Se suponía que Isabelle confiaba en tan pocas personas? Detrás de Allie, la puerta de la iglesia se abrió estrepitosamente. Todos enmudecieron y vieron a Carter y a Nicole entrar a trompicones. La melena oscura de Nicole revoloteaba al viento y Carter se esforzaba por cerrar la puerta.

—El viento está arreciando —dijo Carter por encima del hombro mientras cerraba la puerta, no sin dificultad—. Parece que la tormenta está cerca.

Las palabras pintadas en letras góticas que había sobre la puerta atrajeron la mirada de Allie. Era el lema del colegio.

Exitus acta probat.

«El fin justifica los medios.»

—Ya estamos todos. —La voz de Isabelle resonó en los muros de piedra y devolvió la atención de Allie a la parte delantera de la capilla—. Empecemos.

Como feligreses, fueron a sentarse a los bancos. La directora estaba de pie junto al altar. A su izquierda se erguía un enorme candelabro de hierro apagado. A través de las ventanas, Allie veía los árboles oscilar bajo las nubes arremolinadas. La tensión y la pesadumbre de la expectación se palpaban en el ambiente.

Sin más preámbulos, Isabelle empezó:

—Lucinda se ha puesto en contacto conmigo y me ha comunicado que Nathaniel está presionando cada vez más a la junta para que haga una moción de censura. Han amenazado telefónicamente a nuestros partidarios y han acosado a sus hijos. A uno de los parlamentarios que nos apoya se le ha negado un puesto en el Consejo de Ministros. —Pasó su mirada seria por los presentes—. Actualmente el ministro de Hacienda apoya abiertamente a Nathaniel y el primer ministro, aunque aún no ha cambiado de bando, ha dejado de cogerle el teléfono a Lucinda. —Isabelle suspiró—. Tengo que ser sincera con vosotros: esto no pinta bien.

Saltaba a la vista que las noticias no cogían a nadie por sorpresa. Aun así, las siguientes palabras de la directora causaron conmoción.

—Parece ser que Nathaniel está al corriente de que Allie ha regresado a Cimmeria. Se ha puesto directamente en contacto con Lucinda para proponer un

parlamento. —Isabelle titubeó, como si estuviera decidiendo cuánto revelar—. Lucinda ha declinado el ofrecimiento por varias razones. Es probable que ese rechazo sea el motivo por el cual anoche alguien intentó colarse en los terrenos del colegio.

A Allie le dio un vuelco el corazón. Notó cómo se tensaba el cuerpo de Sylvain, que estaba sentado a su lado.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Carter en tono brusco.

Isabelle asintió.

—Totalmente.

Un murmullo de voces inquietas se alzó a su alrededor, pero Allie desconectó. Pensó en la persona que había vislumbrado en el bosque. En cómo, en el fondo, la había decepcionado saber que no era Nathaniel. Que no era nadie contra quien pudiese pelear.

Sabía que debía tener miedo, y lo tenía. Sin embargo, también estaba ansiosa. Estaba preparada para plantarle cara.

—¿Qué pasó exactamente? —El acento francés de Nicole la devolvió a la conversación—. ¿Hasta dónde llegaron?

—Raj —dijo Isabelle—. Explícaselo, por favor.

El jefe de seguridad dio un paso al frente. Al ver aquella cara familiar, Allie se animó. El padre de Rachel era el tipo de persona que exudaba calma bajo cualquier circunstancia. Cuanto más grave era una crisis, más tranquilo parecía.

—Anoche, poco después de las dos de la madrugada, hubo un intento de irrupción. —El señor Patel estiró cada palabra, con el acento característico de Yorkshire que nunca había perdido—. Alguien intentó abrir la puerta por control remoto. Afortunadamente, antes de que pudiera causar algún daño, Dom logró bloquearlo. —Señaló a la mujer en la que Allie había reparado poco antes. Estaba sentada en el primer banco, de espaldas al grupo.

Allie se inclinó hacia adelante para poder observarla mejor.

La mujer era más joven de lo que había creído al principio; debía de rondar la veintena. Era delgada, tenía el pelo negro y muy corto, la piel fina de color café y llevaba unas gafas estrechas y estilogas.

Mientras Raj seguía hablando, la mujer lo escuchaba en una postura relajada, con las piernas cruzadas. No obstante, Allie advirtió que, en un gesto inconsciente, tamborileaba nerviosa con los dedos.

En la parte delantera de la sala, Raj seguía hablando.

—Cuando hace unos meses restablecimos la tecnología, Dom creyó conveniente bloquear todos los dispositivos electrónicos que había en Cimmeria, incluida la verja. Todos los aparatos responden únicamente a señales que se emitan desde dentro del colegio —explicó—. Además, Dom programó en los aparatos un sistema de rastreo, de manera que cualquier intento de piratearlos desde fuera se registra y se rastrea. Gracias a ella, estamos en condiciones de decir qué dispositivo se usó y desde dónde se emitió la señal.

—Genial —murmuró Zoe con aprobación.

—¿Desde dónde fue? —preguntó Carter.

Con un gesto, Raj invitó a Dom a que respondiera.

Un trueno estalló a lo lejos.

Dom se puso de pie y se volvió hacia ellos. Su ropa era andrógina: pantalones estrechos, una camisa blanca y holgada y lo que parecía ser una americana de hombre, sin abrochar y arremangada. En aquel contexto parecía fuera de lugar.

—Fue un dispositivo de corto alcance, por lo que tuvo que originarse justo fuera de la verja: o en el bosque o en la carretera. —Hablabla inglés con acento americano—. El individuo en cuestión podía ir a pie o en coche, pero no se quedó el tiempo suficiente para que lo averiguáramos. Enviamos a los vigilantes de inmediato, pero cuando llegaron los intrusos ya se habían marchado.

Allie estudió a Dom con curiosidad. Conque aquella era la experta en informática de la que todo el mundo hablaba. Por alguna razón, se había imaginado que era un chico. También se había imaginado a alguien mayor. Y menos guay.

Tenía pinta de saber de lo que hablaba, pero Allie estaba sorprendida de que Isabelle la hubiese incluido en su círculo más íntimo así de rápido.

Allie echó un vistazo a los demás; estaban sentados tranquilamente y miraban a Dom con respeto. No sabía quién era ni de dónde había salido aquella mujer, pero ya se los había ganado a todos.

—¿Sabéis a ciencia cierta que estuviesen intentando entrar en el recinto? —preguntó Sylvain.

Dom se volvió a mirarlo.

—No necesariamente —admitió—. No estamos seguros de qué pretendían. Puede que estuvieran poniendo a prueba nuestras defensas o que simplemente quisieran ponernos nerviosos. En cualquier caso, frustramos sus intenciones. Nuestro sistema de seguridad aguantó.

—Este ha sido el primer intento en tres meses. —Raj hizo un gesto afirmativo hacia Dom y esta volvió a sentarse rápidamente, como aliviada por dejar de hablar—. Teniendo en cuenta las noticias de Lucinda, creemos que no es ninguna coincidencia. Seguramente esto marca el comienzo de la siguiente fase.

—Habéis hablado de un parlamento —dijo Allie—. ¿Por qué Lucinda no quiere dialogar? ¿No sería la única manera de solucionar todo esto?

Isabelle y Raj intercambiaron una mirada que Allie no supo descifrar.

—Las condiciones que ha impuesto son inaceptables —dijo la directora tras un breve instante de vacilación—. Sería demasiado peligroso. Aún lo están negociando.

Antes de que Isabelle pudiera entrar en más detalles, Carter tomó la palabra:

—¿Vais a poner más patrullas?

Raj inclinó la cabeza.

—Hemos cancelado todos los permisos que no sean urgentes.

Allie recordó la situación que habían vivido en Cimmeria hacía unos meses. Los

matones de Nathaniel habían sacado a la fuerza a los alumnos del colegio. Se habían escondido en el sótano durante varias horas. Al salir se habían encontrado el edificio vacío; Jules ya no estaba y habían secuestrado a Rachel.

—Ha vuelto a empezar —dijo Allie—. ¿No es cierto?

Todos se volvieron a mirarla.

Cuando Isabelle respondió, escogió las palabras cuidadosamente.

—Nathaniel manifestó a Lucinda que tenía intención de hacerse con el colegio. No desistirá.

Había oscurecido en la iglesia. Fuera, grandes nubes ennegrecían el cielo. Cuando Allie miró hacia la ventana, empezaron a caer las primeras gotas sobre el tejado; parecía que estuvieran llamando para entrar.

La tormenta había llegado.

Cuando la reunión terminó, Allie y los demás formaron un corro junto a la puerta. Tenían que salir en grupos pequeños otra vez y estaban esperando la señal de Raj. Seguía lloviendo y el ambiente olía a mojado.

—¿Se puede saber quién esa tal Dom? —preguntó Allie en voz baja. Dom estaba junto al altar con Isabelle y Raj.

Zoe miró a su amiga con expresión grave.

—Es un genio.

Allie hizo un gesto de impaciencia.

—Sí, vale, ¿pero de dónde ha salido? ¿Por qué confían tanto en ella? ¿Y qué clase de nombre es ese, «Dom»?

—Es de la organización americana —explicó Nicole en voz queda.

—Ah —repuso Allie— ¿Es de Pegaso?

—De Prometheus —dijo Zoe poniendo los ojos en blanco.

—Allie. —Desde el otro lado de la capilla, Isabelle le decía por señas que se acercara adonde se encontraban ella, Raj y Dom—. ¿Podemos hablar un momento?

Allie dejó a los demás en la puerta y cruzó el pasillo. En la silenciosa capilla, sus pasos sonaron muy fuertes.

—¿Qué pasa?

Raj esperó a que Isabelle tomara la palabra. Nadie le presentó a Dom, que se dedicó a observar a Allie con unos ojos que parecían no perder detalle. De cerca, Dom le pareció aún más moderna. De repente el uniforme de Allie resultaba de lo más pueril.

—Estábamos discutiendo cuánto queríamos contarte —dijo Isabelle en voz baja—. Por lo general me opongo a alarmarte sin necesidad, pero Raj y Dom son de otro parecer, de modo que...

Cuando alguien no quiere contarte algo, lo que no quieren contarte siempre es malo.

A Allie se le hizo un nudo en el estómago.

Al advertir la preocupación de la muchacha, Isabelle alzó una mano en señal de precaución.

—No te preocupes, por favor. Lo tenemos todo bajo control. Simplemente... queremos hablar contigo. —Isabelle recorrió con la mirada todo el templo, como asegurándose de que nadie los estuviera oyendo—. Pensamos que tienes que saber qué ha estado pasando entre bambalinas. Y por qué Lucinda rechazó reunirse con Nathaniel. Es por las condiciones que impuso.

Aunque le había dicho que no se preocupara, Allie conocía lo suficiente a la directora como para identificar la ansiedad en sus ojos y en su modo nervioso de gesticular.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Allie.

—Tú.

La palabra pareció congelarse en el aire.

—Nathaniel insiste en que debes estar presente durante la negociación —prosiguió Isabelle—. Obviamente, Lucinda piensa que muy probablemente se trate de una trampa y por eso ha declinado. Pero Nathaniel no da su brazo a torcer. Ahora están en un impasse. Por eso creemos que Nathaniel tomará represalias. El intento de anoche ha sido solo el principio.

Una espantosa sensación de turbación inundó a Allie. Los parlamentos eran reuniones entre enemigos que se celebraban para llegar a un acuerdo. No era lógico que Nathaniel la quisiera allí. A no ser que el encuentro no fuera realmente un parlamento.

Era muy típico de Nathaniel servirse de trampas y mentiras y jugar con la vida de la gente. No parecía cansarse nunca de ese juego. En lo relacionado con Cimmeria, y con Allie, era como una máquina. Volvía una y otra vez, una y otra vez, implacable. No le importaba que alguien pudiera salir herido. Que alguien muriese. Jamás se rendiría. Jamás se detendría.

Aquello tenía que acabar.

El cansancio invadió a Allie de repente. Se pasó los dedos por el pelo, presionándolos contra el cráneo.

—O sea que ahora más gente acabará herida por mi culpa —dijo Allie monótonamente.

En el último año había pasado por muchas cosas. Tanto huir y tanto esconderse, ¿y para qué? Nathaniel estaba a punto de hacerse con el control de la Sociedad Orión. Estaba tan cerca de la victoria que seguro que ya podía saborearla. Y cuando ganara, ellos estarían perdidos. Nathaniel moldearía el país a su gusto. Bajo el manto protector de aquella organización tan poderosa, haría lo que se le antojara. Utilizaría su poder para perjudicar a los más indefensos. Cambiaría el gobierno. Cambiaría la vida de la gente. Nadie sabría su nombre. Nunca reconocerían su cara. Nathaniel viviría en la sombra y movería los hilos como un titiritero.

—Ahí es donde entramos nosotros. —Raj se inclinó hacia adelante para captar la mirada de Allie—. Estamos trabajando muy duro para impedirselo y lo seguiremos haciendo. Nos ha funcionado durante tres meses...

—He estado fuera tres meses precisamente. —Allie levantó la voz, hirviendo de rabia—. Estaba demasiado ocupado persiguiéndome por todo el mundo como para molestaros a vosotros.

—Allie, no hace falta que te pongas así... —empezó a decir Isabelle, pero Raj siguió hablando como si no la hubiese oído.

—Hemos contratado a más personal de seguridad —dijo Raj, como si eso lo cambiara todo—. Y vamos a aumentar el número de patrullas.

Desesperada, Allie agachó la cabeza y se llevó las manos al rostro. ¿Raj estaba delirando o qué? ¿Más guardias? ¿Más patrullas? Los terrenos de Cimmeria eran vastos y boscosos; albergaban colinas, lagos y bosques. Ahí fuera se podía esconder un ejército entero. Y a veces incluso daba la impresión de que Nathaniel había escondido uno. La última vez se había traído un helicóptero. ¿Qué iban a hacer si volvía?

¿Tirarle piedras?

—Allie, ha funcionado otras veces —dijo Isabelle.

Allie se giró hacia la directora.

—Querrás decir que ha **fallado** otras veces, Isabelle. Y esta vez volverá a fallar. —Allie miró alternativamente a los dos adultos, llena de rabia—. Seguíis haciendo las mismas cosas una y otra vez esperando que nadie muera. Con eso no...

Su voz exaltada resonó en los viejos muros de piedra. Al otro lado de la capilla, los demás alumnos se quedaron mirándolos.

Allie les dirigió una mirada desesperada. Ya había tenido bastante. Sylvain y Carter fueron a su encuentro y el resto del grupo los siguió.

—¿Qué pasa aquí? —Sylvain los miró, esperando una explicación.

—Contádselo a todos. —Allie se giró hacia Raj e Isabelle con los brazos en jarras—. Contadles que pensáis detener a Nathaniel con más hombres de negro. Contadles que vuestro fantástico sistema de comunicaciones va a salvarnos a todos cuando Nathaniel vuelva para vengarse. Tienen derecho a saber lo que está a punto de ocurrir.

—Isabelle, ¿qué está pasando exactamente? —Carter avanzó y se situó junto a Allie.

—Es de locos —dijo Allie.

—Te estás comportando como una cría —replicó Raj en un tono cada vez más brusco—. Esta es la estrategia.

—¿Podéis hacer el favor de explicarnos qué sucede? —empezó a decir Sylvain.

—Ya basta —la voz de Isabelle retumbó en los muros de piedra. Todos enmudecieron—. Esta conversación no va a ninguna parte. Vamos a hacerlo así. No hay otra alternativa.

—Sí la hay. —Dom había hablado. Todos se giraron a mirar a la joven, que, a su

vez, miró a Allie—. Tenéis la alternativa ante vuestros ojos.

Isabelle no daba crédito. Estaba claro que no se esperaba aquella sublevación.

—Lucinda ha dejado muy claro que no permitirá que Allie acuda al parlamento y yo secundo su decisión.

—¿Cómo? ¿Nathaniel quiere negociar contigo? —le preguntó Carter a Allie—. ¿Para qué?

—No quiere negociar conmigo. Quiere hacerlo con Lucinda, pero solo si voy yo —explicó Allie pacientemente—. Porque está chiflado.

Los demás intercambiaron miradas.

—Es una trampa —dijo Sylvain—. Sería la ocasión perfecta para atraparla. Sin armas y sin guardias.

—Exacto. —Isabelle parecía aliviada, como si acabase de ganar la discusión.

—No todas las trampas atrapan su presa —dijo Dom.

—Pero muchas sí lo hacen. —Raj la miró con los ojos entornados—. Demasiadas como para poner la vida de Allie en peligro.

—Es mi vida —protestó Allie—. Debería decidir yo qué hacer con ella.

Dom centró su atención en Raj.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó a Raj con tranquilidad—. Podremos eludir otros ataques y retener a Nathaniel durante un tiempo, unos días. Puede que unas semanas. Pero no durante meses. No hay sistema que no pueda ser pirateado; tú mismo me lo enseñaste. Si Nathaniel continúa intentándolo, algún día conseguirá entrar. Y entonces, se acabó. Habremos perdido.

Allie miró a Dom, sorprendida. Trabajaba para Raj y, sin embargo, se la veía muy cómoda llevándole abiertamente la contraria. La mayoría de los guardias eran más bien del estilo «¡sí, señor!». Saltaba a la vista que esta era muy distinta.

Raj apretó la mandíbula.

—Si traemos a más guardias y cubrimos cada centímetro de...

—Necesitaríais a mil hombres. —La voz de Dom carecía de rencor, era tranquila y racional—. ¿Los tenéis?

—Basta. —Raj, que nunca levantaba la voz, casi gritó. Tenía la cara roja de la frustración—. Allie no acudirá. Es demasiado peligroso.

Dom se volvió hacia Allie y la miró de arriba abajo, como si fuera un coche que estuviera pensando en comprar.

—Bueno, yo diría que eso depende de Allie. No es ninguna niña. Y, por lo que me habéis contado, es muy capaz. No hay motivos para asumir que vaya a fracasar.

Allie se quedó mirando a Dom, indecisa. Nadie se enfrentaba a Raj de ese modo. Jamás. Sin embargo, Dom parecía considerarse su igual.

¿Qué sabrá ella si soy o no soy capaz?

La voz de Dom interrumpió el hilo de sus pensamientos:

—¿Qué dices, Allie Sheridan? —El día declinaba y a Allie le costó leer la mirada de la estadounidense tras los cristales de las gafas, aunque percibió el desafío en su

voz—. Todos me han dicho que nunca huyes de una pelea. ¿Te atreves a salvar el mundo?

La mirada de Allie saltó de Raj a Isabelle, esperando a que replicaran. Sin embargo, los dos se habían quedado callados. Isabelle parecía triste.

De alguna manera Dom lo había conseguido; iban a dejar que Allie tomara la decisión.

Aunque ahora que podía escoger... ¿qué quería?

Estaba segura de que era una trampa. Aunque no era propio de Nathaniel mostrar sus cartas de un modo tan obvio. Fuera como fuese, no había razón para que Allie tuviera que acudir a la reunión si no fuera porque él tramaba algo.

Algo horrible.

Sin embargo, si Allie decidía no ir, Nathaniel iría a por ella, y sabía por experiencia que eso sería mucho peor.

El miedo le aceleró el pulso.

Pensó en Jo y en Ruth, y en Nathaniel apuntando con un cuchillo a la garganta de Rachel. En la sensación de la hoja cortando la piel de su propio brazo y en el miedo cervical que había sentido al ver a Gabe cogiendo un ladrillo para rematar a Carter.

Pero al final todos juntos habían luchado contra Nathaniel, guardias y alumnos. Consiguieron que se retirara. Tenía que haber una manera de hacerlo otra vez, pero en esta ocasión para siempre jamás. Al fin y al cabo, Nathaniel no era un dios. Solo era un hombre. Un hombre delirante y obsesivo.

Si Allie conseguía hablar con él, averiguar qué podía darle que le pudiera interesar, quizás pudiera parar todo aquello. E incluso si no lo conseguía, puede que su mera presencia facilitara las cosas de algún modo.

¿De qué serviría seguir escondiéndose y no hacer nada? Nathaniel atacaría, Raj se defendería y más gente saldría herida. Quizás muriera alguien. Y eso ocurriría una y otra vez hasta que Nathaniel acabara por derrotarlos. Entonces conseguiría lo que siempre había querido. ¿Y qué sentido habría tenido tanto sufrimiento?

Sí, ella era solo una adolescente y él un hombre rico y poderoso. Pero hasta una ramita puede impedir que avancen las agujas de un reloj. Una mota de polvo puede dañar irreparablemente el delicado mecanismo de una gran máquina. Allie recordó la voz de Sylvain la noche anterior en el tejado.

Salta.

—Lo haré —dijo Allie.

Diecisiete

Sylvain estaba junto a Allie, sin aliento. Carter se volvió a mirarla. Se podía leer la preocupación en su cara.

—Genial —susurró Zoe.

Isabelle y Raj empezaron a discutir de inmediato. Dom se mostraba tranquila mientras las voces se alzaban alrededor.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Sylvain en voz baja.

Tenía razón; no había nada más que pudieran hacer. Ahora les tocaba discutir a los profesores. Pero Allie ya había tomado una decisión. De una manera u otra, acudiría a la negociación.

Los adultos no parecieron darse cuenta de que los alumnos abandonaban la capilla; nadie intentó detenerlos. Fuera el aire era frío y olía a limpio. Allie respiró hondo. Ahora que había tomado una decisión, se sentía más ligera, algo aturdida por su propia valentía. Echó la cabeza hacia atrás para dejar que la suave lluvia de verano le mojara el rostro.

Los otros seguían sumidos en un silencio extraño; Allie percibía su desaprobación.

Ya se habían internado en lo profundo del bosque cuando Nicole rompió el silencio.

—Tendremos que prepararnos.

Parecía evitar la mirada de Allie.

—Ya sabemos cómo luchan Nathaniel y Gabe. Cómo operan. Tendremos que estar listos para defender a Lucinda.

—Y a Allie. —La preocupación surcaba la cara de Sylvain.

—Y a nosotros mismos —dijo Carter.

—No sé si nos dejarán ir con ella —dijo Zoe, mirando a todo el grupo.

—Iremos. —La voz de Nicole sonaba tensa, y Allie se volvió para mirarla con detenimiento.

La lluvia había empapado el cabello negro de Nicole y le resbalaba por la cara como si fueran lágrimas. Por la rigidez de sus hombros y la tensión de su mandíbula, Allie detectó que su amiga estaba molesta.

—Tampoco es que tengamos elección. —Nicole remarcó cada palabra.

Nadie se lo discutió. Únicamente Zoe parecía no haber comprendido a qué se refería.

—¿Qué pasa? —Allie recorrió con la mirada las caras a su alrededor—. ¿Estáis enfadados conmigo porque he aceptado ir a la negociación? ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Yo no estoy enfadada —dijo Zoe—. Estoy encantada.

Allie la ignoró.

—Nicole. —La lluvia había arreciado. El agua resbalaba por el rostro de la

muchacha y le caía a chorros hasta la blusa empapada—. ¿Tienes algo que decir?

La francesa seguía con la vista fija en el suelo.

—Creo que tomas decisiones que afectan a otras personas y no te paras a pensar lo que implican. Es peligroso. **Eres** peligrosa.

Herida, Allie miró a su alrededor buscando un apoyo. Sylvain miraba al infinito con la mandíbula apretada. Allie advirtió, por la postura rígida del chico, que no aprobaba su decisión.

Cuando cruzó la mirada con Carter, él le mostró las manos vacías, como diciendo: «¿Qué esperabas?».

La rabia la invadió. Nicole prácticamente le había robado a su mejor amiga. ¿Y ahora iba a hacer lo mismo con todos los demás?

Ni hablar.

—Pues entregadme a Nathaniel, así podréis estar un poco más seguros. —El tono de Allie era cortante—. O a lo mejor preferís ponerlos de su parte directamente y acabar con todo esto de una vez. A Cimmeria le vendría bien otro espía. Me han dicho que pagan bien.

Alguien contuvo la respiración. Nicole parecía estupefacta.

—Allie —dijo Sylvain—. Para.

Allie se giró hacia él rápidamente.

—No me digas lo que tengo que hacer. No lo soporto.

Sylvain se alejó de ella.

Sin mediar palabra, Carter echó a andar dejándolos pelearse. De algún modo, eso fue lo que más preocupó a Allie.

—No lo pillo —dijo Zoe, a todas luces desconcertada—. ¿Por qué estáis todos cabreados?

—Déjalo, Zoe —dijo Allie— Da igual.

Finalmente por la tarde dejó de llover, pero el cielo seguía gris. Las tensiones no se suavizaron con el paso de las horas.

Durante la cena, el ambiente de la mesa era, sin lugar a dudas, gélido, y Allie se moría de ganas de largarse de allí. En cuanto terminó la comida, arrastró la silla hacia atrás, pero antes de que pudiera levantarse, Sylvain se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído:

—Tenemos que hablar.

El tono de Sylvain era seco y a Allie se le encogió el corazón. No quería discutir con él. Lo que quería era que Sylvain la apoyara y que entendiera que no había otro remedio.

Que confiara en ella.

Pero estaba claro que no tenía escapatoria. Con pasos reacios, lo siguió hasta el corredor y luego subieron por las escaleras hasta la relativa intimidad del descansillo.

En lo más alto, alguien había dejado abiertos los ventanales para que pasara el aire húmedo y fresco de la lluvia. Mientras se dirigían al hueco oculto que había detrás de una gran estatua de mármol, la expresión de Sylvain era inescrutable.

—¿Qué pasa? —dijo Allie, ansiosa por acabar con la charla—. ¿Es por lo que ha pasado hoy? La verdad es que no me apetece nada hablar de ello.

Él la miró fijamente, sus ojos azules eran distantes e inexpresivos.

—¿Ah, no?

El tono desafiante de él la descolocó. Hiciera lo que hiciese, Sylvain nunca se enfadaba con ella. No sabía muy bien cómo discutir con él.

—No... —titubeó Allie, delatando su repentina inseguridad.

La mirada de Sylvain no flaqueó.

—Pensaba que querrías defender tu postura —dijo— y explicarme por qué estamos todos equivocados menos tú.

A Allie le ardieron las mejillas. Aquello era peor de lo que había imaginado. Sylvain parecía molesto de verdad.

Tenía que cambiar de táctica.

—Vale, está claro que te ha molestado. Bueno, que os ha molestado a todos. O sea, que no está bien. —Allie intentó parecer lo más conciliadora posible. Noble, incluso—. Lo siento si crees que he tomado la decisión equivocada.

Él no esperó a oír ni una palabra más.

—Allie, podrían matarte.

Las palabras de Sylvain trascendieron la ya tambaleante lógica de Allie, que lo miraba con los ojos muy abiertos. Todas las excusas de ella se esfumaron.

—Si acudes a la reunión, Nathaniel podría matarte. Quizás sea ese el plan. Y si vamos contigo para protegerte, también podríamos acabar muertos. Nicole podría morir. Yo podría morir. Carter podría morir. ¿Lo entiendes? Hablaba con mesura, pero cada palabra dolía como una bofetada.

—Necesito saber que entiendes a qué nos has comprometido sin consultarnos. Sin preguntarnos qué queremos hacer. Si estamos preparados para dar la vida.

De repente, la imagen de Jo rodeada de sangre la asaltó.

Allie cogió aire sonoramente y se levantó de un salto.

—Tengo que irme.

Pero antes de que pudiese darse la vuelta, Sylvain la agarró rápidamente de la muñeca. Había sido tan rápido que ella ni siquiera lo había visto.

—Quédate y escúchame, Allie —dijo él—. Si no vas a escuchar a nadie más, por lo menos escúchame a mí. —Allie forcejeó para zafarse; no quería oír ni una palabra—. Por favor, Allie. Es importante...

—Ya lo sé. —Allie consiguió liberarse y, entre jadeos, le lanzó una mirada cargada de reproche.

¿Cómo se atrevía a insinuar que ella no sabía lo peligroso que era aquello? ¿Cómo se atrevía a hablarle así, como si ella no supiera lo que significaba la muerte?

¿Acaso no lo sabía mejor que nadie?

Allie sabía que si le decía la mitad de lo que estaba pensando, él nunca la perdonaría y ella nunca lo perdonaría a él. Tenía que largarse de allí antes de causar daños mayores.

Con los puños apretados, Allie alzó la barbilla y se obligó a hablar en voz baja.

—Siento que estés enfadado conmigo, Sylvain, pero no puedo seguir con esto.

Entonces giró sobre sus talones y salió huyendo.

Después de aquella discusión, Sylvain guardó las distancias con Allie. Y no fue el único.

Nicole la evitaba por los pasillos, lo que significaba que Rachel también la evitaba, porque estaban juntas muy a menudo. Isabelle y Raj estaban igual de fríos y distantes, y no se volvió a sacar el tema del parlamento. Por lo visto habían decidido no volver a discutirlo con Allie.

Carter parecía no estar de acuerdo con la situación en general, y Allie muy rara vez lo veía. Tenía la sensación de que Carter los evitaba a todos.

Los días fueron pasando y Allie siguió con la rutina de clases y entrenamientos, aunque lo hizo más bien sola. Se sentía apartada, dejada de lado, pero no pensaba dar su brazo a torcer. La reunión entre Lucinda y Nathaniel tenía que celebrarse. Era su única oportunidad. Y ella tenía que estar presente, por mucho que a los demás les pesara.

La única que parecía ajena a las desavenencias que había en el grupo era Zoe, que se mantenía firme al lado de Allie.

Una noche, durante el entrenamiento de la Night School, Allie inventó una excusa para preguntarle qué sabía de Dom.

—Mola —dijo Zoe, entusiasmada, al tiempo que dirigía una patada justo al lado de la cabeza de Allie—. Creó un software nuevo de rastreo informático. Raj dice que lo usa el servicio secreto.

Allie se agachó para esquivar el golpe. Acto seguido hizo una finta en zigzag y se levantó, alzando el brazo en posición de ataque. Zoe bloqueó el golpe con una rapidez brutal.

Jerry, que había estado observando desde lejos cómo luchaban, se acercó a ellas.

—Magnífica ejecución, chicas. Nunca lo había visto hacer tan bien.

Allie, reconfortada al saber que por lo menos había un adulto que no estaba enfadado con ella, le sonrió, agradecida.

—Gracias.

—Seguid así. —El instructor dio unas palmadas a Zoe en el hombro y se encaminó hacia otra pareja de alumnos.

Zoe aceptó el elogio sin titubear.

—Tiene razón. Somos la bomba.

La chiquilla se secó el sudor de la frente y cogió una botella de agua del tatami.

Allie miró al otro lado de la sala, donde Rachel y Nicole practicaban la misma llave. Los movimientos de Nicole eran fluidos y ágiles. Rachel, por el contrario, parecía torpe y errática, y cada vez que Nicole daba una patada, retrocedía como si estuviese asustada. Raj también las estaba observando y Allie vio cómo negaba con la cabeza, exasperado. Sin embargo, Nicole posó una mano sobre el brazo de Rachel y le dijo algo que la hizo reír. Luego volvió a hacerle una demostración de la maniobra.

Era así como debía trabajar con Rachel; era tal y como Allie lo habría hecho.

Volvió a sentir un aguijón de celos.

—Después de un año en Harvard, lo dejó. —Zoe bebió un trago y siguió hablando de Dom—. Como ya se había forrado con lo del software, para ella no tenía sentido seguir allí.

A su alrededor los alumnos de la Night School se daban puñetazos y patadas en complejas y violentas maniobras.

—Isabelle dijo que la había contratado Raj. ¿De qué se conocen? —preguntó Allie.

—Dom estudió en Cimmeria. Era estudiante de intercambio.

—¿En serio? —Allie no pudo ocultar su sorpresa. Nadie había mencionado antes que Dom hubiera asistido al colegio por derecho de sucesión.

—Raj fue su instructor de la Night School y su mentor —explicó Zoe—. Pero cuando prohibieron los ordenadores, decidió volver a Estados Unidos. O por lo menos eso es lo que dice todo el mundo.

Allie sabía que eso requería valor. Nadie se iba así como así de Cimmeria.

Si Dom era una de esas personas que siguen sus instintos, tenía sentido que quisiera que Allie hiciera lo mismo.

Salta.

Mientras reflexionaba, la mirada de Allie se desplazó hacia donde Carter y Sylvain estaban entrenando. Los chicos convertían aquella serie de complejos movimientos en algo aún más violento y mortífero que cualquier otra pareja de la sala. Aunque en el último segundo, antes de que un pie golpeará un cuello o un codo se hundiese en un ojo, retrocedían, Allie no podía reprimir una mueca de dolor cada vez que los veía abalanzarse el uno contra el otro.

Entre ronda y ronda, veía que Carter le gastaba una broma a Sylvain y que este se tronchaba de risa. Sin embargo, era tal la potencia con la que se embestían que costaba creer que no estuvieran enfadados de verdad.

Se le ocurrió que estaban más cómodos entre ellos de lo que nunca lo habían estado con ella.

Entre Allie y cada uno de los chicos siempre había habido algún tipo de tensión; una especie de campo de fuerza sexual y amoroso.

Entre los dos chicos no había nada de eso, de modo que podían ser amigos simplemente.

Y ahí están los celos otra vez.

Allie suspiró y se giró para prestar atención a Zoe.

—¿Entonces por qué ha vuelto Dom a Cimmeria?

—Porque yo se lo pedí. —La voz de Raj sobresaltó a las dos chicas, que dieron media vuelta y se lo encontraron plantado detrás de ellas, con expresión sombría—. Necesitábamos su ayuda. Aunque ahora mismo empiezo a pensar que ha sido un error. Zoe, das la patada desde la lumbar y no desde el abdominal. Corrígelo.

Mientras Raj se alejaba a grandes y silenciosas zancadas, Zoe dijo en tono reverencial:

—Camina como un fantasma. Es ***alucinante***.

Cuando terminó el entrenamiento, todos se dirigieron hacia el vestuario, pero Sylvain se acercó a Allie.

—¿Puedes esperar un segundo, por favor?

Ella lo miró sorprendida. Desde la discusión casi no se habían dirigido la palabra.

—Claro —dijo Allie cuidadosamente—. ¿Qué pasa?

Sylvain echó un vistazo en torno a la sala. Los demás estaban saliendo en tropel hacia el vestidor.

—Verás... Bueno, ahora te lo digo.

Allie buscó en la cara del chico alguna pista de lo que iba a decirle, pero sus ojos azules eran insondables. La estancia fue quedándose vacía y Carter, con las manos metidas en los bolsillos, se acercó a ellos, aunque mantuvo las distancias. Allie intentó captar su mirada, pero le pareció que Carter se esforzaba por no mirarla.

Después Zoe, Nicole y Rachel también se acercaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Allie con recelo—. ¿Vamos a hacer terapia de grupo o algo así?

Nadie sonrió.

Cuando se quedaron totalmente solos en la sala de entrenamiento, Sylvain respondió a su pregunta.

—Si vas a ir a la negociación, tenemos que prepararnos.

Allie estaba confundida.

—¿No es lo que acabamos de hacer? Pensaba que dos horas y media dándonos de leches ya era prepararse.

—Eso ayuda —dijo Carter—. Pero ya has luchado contra Nathaniel. Ya sabes cómo es. No juega según las normas.

Carter caminó hacia un lado de la sala, se agachó y palpó algo debajo del tatami de goma. Tras unos segundos, sacó dos objetos que Allie no alcanzó a distinguir.

Entonces el joven se dio la vuelta. En una mano sostenía una daga de aspecto letal. En la otra, empuñaba una pistola.

A Allie se le heló la sangre en las venas.

Se quedó mirando el puñal, muy nerviosa. Notó cómo la cicatriz del brazo palpitaba.

—Carter —susurró Allie—, ¿de dónde has sacado eso?

—No te preocupes. Son de pega.

Sylvain parecía encantado con la reacción de Allie.

—Raj las ha conseguido para que podamos practicar.

—Pero son réplicas muy buenas —dijo Carter.

Con un movimiento de muñeca, el joven lanzó la pistola a Sylvain, que la cogió al vuelo.

Allie miró a su alrededor. Rachel y Nicole le evitaron la mirada. Zoe contemplaba ansiosamente las armas. Nadie manifestaba la más mínima sorpresa por lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa aquí?

Con la pistola en la mano, Sylvain se volvió hacia Allie. Sus ojos azules la miraron fijamente.

—Vamos a practicar con las armas que es más probable que Nathaniel utilice. Tenemos que aprender a defendernos de ellas.

La daga siseó cuando Carter la sacó de la vaina.

La hoja brilló a la luz mortecina. Allie no podía quitarle los ojos de encima.

Sería falsa, pero tenía pinta de ser bastante peligrosa.

—No tiene filo. —Carter se pasó la hoja por el antebrazo y luego levantó el brazo y mostró la piel intacta.

Zoe le quitó la daga y la giró sobre su mano. Probó a tocar la punta con un dedo.

—Con la punta sí se puede hacer daño —anunció.

—Nada de apuñalar, entonces —dijo Rachel con un hilo de voz—. A lo mejor tendríamos que establecer esa norma.

Rachel estaba pálida, pero no parecía incómoda con la situación y Allie no entendía por qué. Aquella era la típica cosa que sacaba de quicio a su amiga. ¿Por qué no protestaba ahora?

Con repentina lucidez, Allie comprendió lo que estaban haciendo. Querían disuadirla de ir al parlamento, de la misma manera que ella quería convencer a Rachel de que unirse a la Night School había sido un error: dejando que siguiera adelante con sus planes. Esperando que desistiera por sí sola.

Allie dejó caer las manos a los costados y las apretó en sendos puños.

—Pues muy bien. —Su voz era tensa—. Hagámoslo.

Dieciocho

—¡Agárrame la muñeca! —El tono de Carter era más cortante que el puñal que sostenía en la mano. Allie le agarró la muñeca con todas sus fuerzas, pero él le retorció el brazo de tal manera que la hoja acabó apuntando a su propia garganta.

—Estás muerta —dijo él—. Inténtalo otra vez.

A Allie le escocían los ojos del sudor que le caía por la cara. Llevaban casi una hora practicando con las armas. Si ya estaba cansada al terminar el entrenamiento de la Night School, ahora sus músculos eran como de mantequilla.

Al otro lado de la sala, Rachel apuntó con la pistola a Zoe pero, en un abrir y cerrar de ojos, la niña lanzó el arma por los aires de un puntapié.

Rachel se agarró la mano que Zoe le acababa de patear y miró a la chiquilla con una mueca de dolor.

—Ay... Ha estado genial, Zoe. Tú sigues viva. En cambio, yo voy a necesitar cirugía reconstructiva.

—¡Bien! —Zoe levantó el puño en señal de victoria.

—Otra vez, Allie. —Carter la devolvió a lo que estaban haciendo—. Necesitas práctica.

Ella apretó la mandíbula y se encaró con él una vez más.

—Vale —dijo Allie con los dientes apretados—. Vamos allá.

Carter hizo ademán de apuñalarla en el abdomen. Ella saltó hacia atrás muy rápido. Demasiado rápido. Tropezó y cayó como un peso muerto sobre el tatami.

Una rabia cegadora le incendió las entrañas.

Se puso en pie de un salto y avanzó hacia Carter, tan enfurecida que apenas lo veía. Apuntándole al cuello, le lanzó una patada brutal.

Sylvain se interpuso entre ellos y paró el golpe con un brazo.

—Basta. —Sylvain se volvió a mirar a Allie—. Contrólate.

Mientras se pasaba una exhausta mano por el pelo sudoroso, Allie le lanzó una mirada cargada de resentimiento.

—Mira, sé perfectamente por qué estáis haciendo esto —dijo ella—. Ya podéis... cortar el rollo. No os va a funcionar.

—Hacemos esto porque queremos ayudarte —dijo Nicole.

Allie estaba demasiado cansada para seguir con aquel teatrillo y la fulminó con la mirada.

—Y una mierda. Por lo menos hablemos claro ahora. Raj os ha pedido que hicierais esto, ¿verdad? Porque quiere que cambie de opinión sobre el parlamento.

Por un instante, nadie abrió la boca.

—Lo hemos hablado con Raj, sí —dijo Sylvain, escogiendo las palabras—. Se le ocurrió que sería buena idea que empezáramos el primer entrenamiento sin avisarte. Para que aprendieras a reaccionar instintivamente.

Allie sintió que el corazón se le encogía, al mirar aquellos ojos azul cobalto.

—Sylvain... —Se había quedado muda. Era prácticamente su novio. Ella había guardado cuidadosamente el collar que él le había regalado para que no le pasara nada durante el entrenamiento. Él le había dicho que la quería. ¿Y aun así había permitido que le tendieran una emboscada?

La traición la hirió.

—¿Cómo has podido...? —Allie no sabía qué decir—. ¿Por qué no viniste a hablar conmigo?

—¿Me habrías escuchado? —preguntó él.

Allie encorvó la espalda.

—Podrías haberlo intentado.

—Un momento, Allie. —Rachel, la eterna mediadora, se interpuso entre ellos—. Sylvain sugirió otras posibilidades, pero mi padre pensó que era lo mejor. Pensó que si acudíamos a ti por separado no surtiría el mismo efecto y que esto te recordaría cómo es lidiar con Nathaniel. Porque nunca actúa de la manera que esperas. No nos gustaba la idea pero...

—Pero lo habéis hecho igual —Allie susurró las palabras.

La desesperación la invadió.

¿Por qué siempre tengo que estar peleando?, se preguntó. Hasta con mis amigos.

La mirada de Allie se dirigió rápidamente hacia donde estaba Carter, algo alejado del grupo. Había hablado muy poco y parecía descontento, pero tampoco es que estuviese de parte de Allie.

Rachel continuó hablando.

—En realidad aceptaste ir a la reunión sin pararte a pensarlo detenidamente. Lo que queríamos era... bueno, impresionarte. Hacerte ver lo serio que es esto.

—¿Pensáis que no sé lo serio que es esto? —Allie alzó la voz de una manera muy brusca y Rachel se sobresaltó.

Quería decir más cosas, pero se contuvo. Tenía que analizar la situación de manera racional. Aquellos eran sus mejores amigos. Debía de haber cometido un error grave o no habrían llegado a esos extremos para demostrarle cómo se sentían. Los había asustado. Los había hecho sentir impotentes.

Allie se rodeó el torso con los brazos y miró aquellas caras familiares. Gabe o Nathaniel habían herido a todas las personas que se encontraban en la sala. A algunas más que a otras. Habían pegado a Nicole y la habían herido de gravedad en la pierna; habían golpeado a Carter hasta dejarlo inconsciente, y podía haber muerto; habían pegado y rajado a Rachel; habían pegado a Zoe y a Sylvain.

No era de extrañar su disgusto al ver que ella los estaba metiendo en todo aquello otra vez sin ni siquiera consultárselo. Seguro que pensaban que no le importaba lo que sentían. Que los volvía a poner en peligro por capricho.

Toda su ira se disipó.

—Lo siento —dijo Allie mansamente. Desde el otro lado de la habitación, Carter

alzó la cabeza de repente y sus miradas se cruzaron—. Ya lo he pillado, ¿vale? Le podéis decir a Raj que he captado el mensaje. ¿Por qué no lo hablamos mañana? Nos prepararemos como es debido. Estaremos listos. Y no... —Las ganas de llorar le hicieron un nudo en la garganta. Se obligó a terminar la frase—. No haré nada con lo que no estéis de acuerdo.

Necesitaba salir de allí. De repente la habitación había encogido. Salió por la puerta dando traspiés, con los ojos nublados por las lágrimas.

—Allie... —Sylvain alargó la mano hacia ella, pero Allie se apartó.

—Me tengo que ir.

El día siguiente amaneció húmedo y gris. El ambiente era agobiante, tan cálido y pesado que podía cortarse con tijeras.

Al terminar la última clase, Allie se dirigió hacia la escalinata principal. Caminaba agarrotada y, cada vez que la cartera cargada de libros le rebotaba contra la cadera, sus músculos se quejaban.

Nadie mencionó lo ocurrido en todo el día. Todos evitaban a Allie.

Aunque ella entendía sus motivos, le habría gustado que creyeran en ella. Ojalá entendieran por qué había aceptado ir a parlamentar. No había otra salida.

A fin de cuentas Allie tampoco era una suicida total. Sabía perfectamente que la reunión era una trampa. Y no tenía ninguna intención de caer en ella.

Dom tenía razón. No todas las trampas atrapan su presa.

Además, pensó al cruzarse con un grupo de guardias, ahora mismo el colegio es una trampa más grande que ese parlamento.

Qué caray, la vida es una trampa si te paras a pensarlo. Nadie sale vivo de ella.

Casi había llegado al final de las escaleras cuando Zoe, que había ido corriendo hacia ella, la tomó de la mano.

—Date prisa —dijo Zoe tirando de ella—. Isabelle quiere verte.

—Genial —suspiró Allie. No estaba de humor para una de las charlas de Isabelle—. ¿Tengo que ir?

Zoe la miró como si Allie hubiese perdido la cabeza.

—Sí.

De mala gana, Allie siguió bajando hasta el despacho de Isabelle, aunque sin aligerar el paso. Desde la reunión en la capilla, cada vez que hablaban, Isabelle intentaba disuadirla de acudir al parlamento. No tenía la menor duda de que Isabelle también estaba implicada en lo que había ocurrido la noche anterior.

Cuando llegó a la planta baja, tomó el pasillo que conducía al despacho de Isabelle, ubicado en el hueco de las escaleras. Una vez ante la puerta, levantó la mano para llamar.

Oyó un murmullo de voces alteradas que provenían del despacho y detuvo la mano en el aire. Arrugando el ceño, se inclinó hacia adelante para oír mejor lo que

estaba pasando dentro.

—Lucinda, es una pésima idea. —El tono de Isabelle era tajante.

A Allie le dio un vuelco el corazón. ¿Su abuela estaba allí? ¿Ahora mismo?

Pegó la oreja a la puerta, pero no distinguió la respuesta de su abuela; la voz era demasiado leve. Fuese lo que fuese, había provocado el enfado de Isabelle.

—Solo es una niña —oyó que decía Isabelle—. Debería preocuparse por los exámenes de acceso a la universidad y no por seguir con vida. No permitiré que la hagas pasar por este trago.

Después la directora bajó la voz y sus palabras se perdieron en el grueso revestimiento de roble.

Allie llamó a la puerta preguntándose qué habría dicho Lucinda. La conversación cesó.

—Adelante —dijo Isabelle, pasados unos segundos. Su voz había recuperado el aire de calma y autoridad que la caracterizaba.

Allie se apresuró a entrar. En el despacho de Isabelle todo estaba como siempre: el imponente escritorio a un lado, los archivadores, los armarios.

Sin embargo, aparte de la directora, allí no había nadie.

Durante un momento de confusión, Allie se fijó en los rincones de la habitación como si su abuela fuese a estar escondida detrás de algo.

Allie carraspeó.

—Zoe ha dicho que querías verme.

—Ya está aquí —dijo Isabelle, dirigiéndose al escritorio.

—Oh, estupendo. Allie, gracias por venir. —La voz de Lucinda emergió, débil y metálica, del móvil que tenía delante Isabelle sobre el protector de cuero verde del escritorio—. Creo que ya va siendo hora de que hablemos.

Diecinueve

—Siéntate, por favor —dijo Isabelle.

Allie se sentía extrañamente nerviosa y se sentó en el borde de una de las butacas de cuero que había frente al escritorio, interrogando a la directora con la mirada. Le pareció que quería decirle algo, pero en vez de eso se quedó callada y señaló el teléfono.

Aun sin estar presente, Lucinda estaba al mando.

—Allie, me han dicho que te has readaptado muy bien a la vida en Cimmeria. — La potente voz de su abuela sonaba casi cómica a través del diminuto altavoz del teléfono—. No esperaba menos de ti.

La mirada de Allie volvió a posarse en el rostro de Isabelle y buscó alguna pista que le indicara qué estaba pasando allí. La directora seguía con la vista baja y no dejaba traslucir nada. Aun así, la siguiente afirmación de Lucinda respondió a la pregunta, aún sin formular, de Allie:

—He mandado llamarte para que discutamos el plan del encuentro con Nathaniel. Ya te han informado de las condiciones que impuso, ¿no es así?

Allie asintió. Luego recordó que su abuela no podía verla.

—Sí.

—¿Y tú crees que deberías acompañarme?

La joven titubeó. Parecía una pregunta trampa.

—Sssí... —dijo con precaución.

—Eres consciente de lo peligroso que es Nathaniel. De lo que es capaz de hacer y de lo que quiere —dijo Lucinda—. ¿Y aun así estás dispuesta a correr el riesgo? ¿Por qué?

Al otro lado de la mesa, Isabelle levantó los ojos castaños para mirar a Allie. Una instantánea de la tensa sesión de entrenamiento de la noche anterior apareció en la mente de Allie. Recordó lo mal que se había sentido al ver la daga en la mano de Carter.

En cierto modo, a pesar de lo que había dicho en aquel momento y de lo furiosa que se había puesto, había dado resultado. Ahora estaba mucho más asustada que cuando había aceptado ir a la negociación.

Y sin embargo, en el fondo sabía que había tomado la decisión correcta.

Salta.

—Tú irás al parlamento. Correrás ese riesgo —razonó Allie—. ¿Por qué no debería hacerlo yo?

—No es lo mismo —dijo la voz de su abuela—. Yo intento solucionar un problema del que soy, en parte, responsable. Tú, por el contrario, no tienes ninguna culpa de lo que sucede. Cada bando quiere utilizarte para sus propios fines.

Allie advirtió que Isabelle abría los ojos como platos.

Cada bando quiere utilizarte...

Por alguna extraña razón, la reconfortó que un adulto confirmara lo que ella ya pensaba desde hacía mucho tiempo. Pero aun así, dolía.

—Ya lo sé. —Allie intentó aparentar tranquilidad—. No soy tan tonta. Pero a lo mejor tampoco soy tan poca cosa como os pensáis. Si no voy, no cambiaré nada. Pero si voy, podré controlar algo de lo que pase.

—¿Eso piensas? —Lucinda no sonaba convencida—. Aunque vinieras, yo seguiría estando al mando. Tú únicamente estarías allí como muestra de mi buena voluntad. Para convencer a Nathaniel de que de verdad lo escucho. No parece un motivo suficiente para arriesgar la vida.

—Venga ya, por favor. —Allie no pudo reprimir el sarcasmo—. Si no voy, Nathaniel no hablará contigo. Y si no dialogáis, atacará el colegio y hará daño a las personas que quiero. —Apretó los labios—. No va a darse por vencido. Pensándolo bien, no creo que haya otra alternativa en realidad. Y no voy a permitir que muera nadie más por mi culpa. Iré contigo.

Cuando Lucinda volvió a tomar la palabra, su voz era tranquila:

—Isabelle cree que no estás preparada para esto. Me parece que te subestima.

La directora tenía la vista baja. De repente, Allie sintió la necesidad de defenderla.

—No me subestima —aclaró—. Es que quiere protegerme.

—¿Y no quieres que te protejan?

Allie no lo dudo ni un instante.

—Quiero plantar cara.

Se hizo un largo silencio. Allie miraba fijamente el pequeño teléfono de plástico.

—Los parlamentos se caracterizan por ser pacíficos —explicó Lucinda—. Se acude a ellos desarmado. Como te puedes imaginar, no espero que Nathaniel respete esa noble costumbre. Así pues, ahora mismo estamos valorando cuál es la mejor manera para estar a salvo. Los guardias de seguridad nos escoltarán en todo momento.

Lucinda hablaba rápida y enérgicamente, como si estuviera en una reunión de trabajo. Ya tenía una decisión tomada.

Una mezcla de miedo y excitación recorrió el cuerpo de Allie. Iba a hacerlo de verdad. Iba a ir al parlamento.

—No iremos solas y tendremos un plan —prosiguió Lucinda—. Espero que lo sigas, sea cual sea. Independientemente de lo que pueda pasarles a otros o de lo que haga Nathaniel. Solo permitiré que me acompañes si me das tu palabra. Pase lo que pase esa noche, seguirás el plan.

A Allie se le hizo un nudo en la garganta. De pronto, todo aquello era real.

—Seguiré el plan —dijo Allie—. Lo prometo.

—Así me gusta —dijo Lucinda—. Nathaniel tendrá una lista interminable de condiciones y estoy segura de que escogerá la peor de las ubicaciones. Para variar. Te informarán de la fecha en cuanto la tengamos, aunque imagino que Nathaniel nos

avisará con poca antelación; le gusta cogernos con la guardia baja. De modo que estate preparada. ¿Estás practicando?

—¿Practicar...? ¿El qué? —balbuceó Allie.

—Defensa personal, ¿qué va a ser? —dijo Lucinda—. Isabelle me ha comentado que has empezado a entrenar con armas.

Allie miró a Isabelle y ella le devolvió una mirada sin el más mínimo remordimiento.

—Sí —dijo Allie con un amago de aspereza en la voz—, estamos utilizando armas.

Por lo visto la respuesta satisfizo a Lucinda.

—Estupendo —dijo. Entonces cambió el tono—: Isabelle, ¿tienes lo que habíamos hablado?

La directora se agachó y sacó de debajo del escritorio un paquete envuelto en papel marrón—. Aquí lo tengo.

—¿Serías tan amable de dárselo a Allie?

Isabelle, impasible, le tendió el paquete a Allie, que se levantó para recibirlo.

Era un rectángulo perfecto. Pesaba.

Allie lo sostuvo cuidadosamente.

—¿Tengo que... abrirlo?

—Claro —dijo Lucinda—. ¿Cómo vas a saber qué hay dentro si no?

Allie despegó delicadamente el pliegue del papel con una uña. El grueso envoltorio se abrió y reveló un libro maltrecho, con las páginas deterioradas por el uso. No tenía nada escrito en la cubierta. Poseía el olor a humedad de las cosas viejas.

Intrigada, Allie lo abrió. Dentro encontró un árbol genealógico hecho a mano que parecía remontarse hasta el siglo XII. Hojeó el libro y descubrió que en la parte superior de cada página había un nombre, descolorido por los años, y una descripción de cuándo había vivido la persona, de con quién se había casado y de cuándo había muerto.

—Ya que vas luchar con tu familia, creo que ha llegado la hora de que sepas por quién luchas —dijo Lucinda—. Este es el libro de nuestra familia. Mi tatarabuelo lo mandó escribir y, desde entonces, cada generación ha ido llenando las páginas. Mi padre me lo dio a mí. Y ahora yo te lo doy a ti.

Allie, que hacía solo unos pocos meses que sabía que Lucinda era su abuela, conocía muy poco de su propia familia. Su madre le había ocultado su linaje hasta que Nathaniel había hecho imposible seguir haciéndolo. Desde entonces, tan solo le había contado a Allie lo imprescindible.

Pocas cosas le importaban tanto como saber quién era realmente y de dónde venía. ¿Pero cómo lo había sabido Lucinda?

Aquel libro era único. Estaba hecho a mano. Era una reliquia familiar de valor

incalculable. Puede que respondiera a todas sus preguntas, pero suponía una gran responsabilidad. Su abuela le estaba enviando un mensaje. Le estaba diciendo que confiaba en ella.

Allie tragó saliva.

—Esto es importante —dijo, mirando hacia el teléfono móvil—. Es muy valioso. ¿Seguro que quieres que lo tenga yo?

Lucinda no contestó de inmediato. Cuando lo hizo, todo lo que dijo fue:

—Creo que ha llegado la hora de que lo tengas tú.

Allie cerró el libro con cuidado y volvió a envolverlo en el papel protector.

—Gracias por confiar en mí. Lo guardaré como un tesoro. —Su tono era vehemente; hablaba con el corazón en la mano.

—Sé que lo harás —dijo Lucinda.

Más tarde, ya de vuelta en su habitación, Allie pasó las páginas del libro con sumo cuidado. El papel era grueso pero suave al tacto, y los bordes de las páginas eran irregulares, como si no los hubiese cortado una máquina.

Comprobó que la escritura cambiaba de vez en cuando. La primera mitad del tomo estaba redactada en una caligrafía enmarañada y puntiaguda e incluía nombres como Lord Charles Alton Finley-Gaston. Su fecha de nacimiento era 1681. Más abajo, habían anotado los años que había servido en el Parlamento británico. El año de su muerte era 1738.

Su esposa se llamaba Mary y habían tenido tres hijos; dos de ellos habían fallecido antes de morir Charles. Solo uno de los hijos, Thomas John Finley-Gaston, le había sobrevivido. Luego Allie volvió la página y vio el nombre de este último en el encabezado.

Solo que ahora era **Lord** Thomas John Finley-Gaston. Nacido en 1705 y fallecido en 1769.

Las páginas siguientes estaban dedicadas a sus hijos y nietos.

Esta es mi familia, se dijo Allie. Trató de sentir lo mismo que sentían otras personas cuando hablaban de sus antepasados; una especie de posesividad, de apego.

Sin embargo, aquellos nombres no significaban nada para ella. Bien podían haber estado en alguno de los libros de la biblioteca.

No sentía nada por aquellas personas muertas hacía ya tanto.

Fue avanzando en el tiempo y, cuantas más páginas pasaba, más le sonaban los nombres. Eran nombres que había leído en los libros de Historia. Un primer ministro por aquí, un ministro de Hacienda por allá. De repente, apareció ante sus ojos un nombre muy largo, escrito en una caligrafía segura y firme que se inclinaba pronunciadamente a la derecha: Baronesa Lucinda Elisabeth Eugenie Gaston St Croix Meldrum.

Cada una de las palabras era clara y nítida, sin ningún tipo de floritura.

La página contenía una descripción de su vida, de su papel como primera ministra de Hacienda del Reino Unido, directora del Banco Mundial y asesora de las Naciones Unidas. Debajo se enumeraban los nombres de sus maridos y de la madre de Allie. Como en las demás páginas del libro, la información era clara. Pero había algo que no encajaba. Allie había llegado al final de la página cuando se dio cuenta de lo que era.

La página estaba escrita en pasado.

El miedo se retorció en su interior como una cuchilla. Despacio, pasó a la siguiente página. Se le heló la sangre cuando vio lo que su abuela había escrito en el encabezado:

Lady Alyson Elisabeth Gaston Sheridan

Veinte

Las palabras flotaron ante los ojos de Allie.

¿Por qué le hacía eso Lucinda? Se sentía traicionada. Su abuela no podía incluirla en aquel libro. Ella no tenía nada que ver con unos muertos atrapados entre páginas polvorientas. Era joven.

Y estaba viva.

De pronto ya no tenía ganas de leer.

Cerró el libro de golpe, volvió a envolverlo en el anónimo papel marrón y lo guardó en el cajón de abajo de su escritorio, entre un montón de trabajos viejos.

Después de esconderlo, se limpió las manos en la falda, como para borrar cualquier rastro que hubiese podido dejarle.

No quería tener aquel libro. No quería saber nada de aquello. Ya se las ingeniaría para devolvérselo a Lucinda. Para decirle que había cometido un error.

Tenía toda la vida por delante. Puede que Nathaniel la hubiese querido matar, pero no lo había conseguido.

Su sitio no estaba en el libro familiar de los muertos.

Durante todo el día siguiente, Allie esperó en vano noticias de Lucinda sobre la fecha del parlamento. Al día siguiente sucedió lo mismo: nada.

Cada día, al terminar las clases, corría al despacho de Isabelle para preguntarle, pero la directora siempre negaba con la cabeza.

—Todavía están negociando las condiciones, Allie. Llevará tiempo. Podrían pasar semanas. Aprovecha para centrarte en tus estudios y prepararte.

Pero a Allie cada vez le resultaba más difícil prestar atención en clase. Y preocuparse por los deberes. Todo parecía ridículo comparado con lo que estaba ocurriendo fuera de los muros del colegio.

Y con lo que estaba por llegar.

La relación de Allie y Sylvain seguía tirante y cargada de reproches. Nunca se veían a solas. A ella le daba la sensación de que se evitaban mutuamente. Cuando estaban con más gente, él procuraba ser amable con ella, pero sus conversaciones resultaban forzadas.

Parecía increíble que una semana antes Sylvain le hubiese dicho que la quería.

Allie se había acostumbrado a estudiar en la biblioteca. En aquellos días nadie iba por allí. La mayoría de estudiantes prefería estudiar en la sala común o, cuando hacía sol, directamente en el césped, de modo que muy a menudo tenía la biblioteca para ella sola.

Poco a poco, Eloise empezó a mostrarse más tranquila en su presencia. Allie se preguntaba si, de alguna manera, la bibliotecaria se habría enterado de que era ella quien la había acusado de ser la espía. Pero no se atrevía a preguntárselo. Se alegraba

de que, por lo menos, Eloise ya no pareciese asustada al verla.

Una tarde estaba sentada a una mesa, bajo el haz de luz de una de las lámparas verdes. Trabajaba con interés intermitente en un proyecto de ciencias cuando alguien se dejó caer en la silla de enfrente. Cuando alzó la vista, se encontró con los ojos oscuros de Carter.

—Eh —dijo él como si nada, como si siempre hablaran así.

—Eh tú —dijo Allie, y advirtió un amago de sorpresa en los ojos del chico.

Así se saludaban cuando eran amigos, antes de que ocurriera todo. Era una frase con mucho peso. Era un código en el idioma Carter-Allie. Significaba «todo va bien. Me importas».

Allie tragó saliva con fuerza; de repente sintió una presión en el pecho. No sabía por qué había dicho eso. La relación entre ellos era un desastre, sobre todo ahora. Esperó a que él se cortara y se cerrara en banda. A que se marchara.

Pero en vez de eso, Carter se inclinó hacia delante y deslizó una mano por la mesa en dirección a Allie.

—Quería hablar contigo sobre lo que pasó la otra noche —dijo Carter.

Allie se armó de valor para recibir más críticas. Carter había guardado las distancias desde entonces y ella estaba segura de que estaba enfadado.

Pero no lo estaba.

—Quería pedirte perdón —continuó él—. Tenía que haberte avisado de lo que estaban planeando. Dejé que Raj y los demás me convencieran. —Le sostuvo la mirada a Allie fijamente—. Hice mal.

Allie dejó escapar el aliento que hasta entonces no sabía que estaba conteniendo. Carter no podía imaginarse lo mucho que aquello significaba para ella. Desde aquella noche se había sentido muy sola. Llena de dudas.

—Gracias —dijo ella con total sinceridad—. Significa mucho para mí.

—Tienes todo el derecho a tomar tus propias decisiones. —Carter seguía mirándola a los ojos—. No permitas que nadie, ni siquiera yo, te convenza para dejar de hacer lo que crees que es correcto.

A Allie le ardieron las mejillas. Las palabras de Carter actuaron como un bálsamo para su alma. Pero ella también tenía motivos para disculparse.

—Sigo pensando que hice mal —dijo—. Debí preguntaros vuestra opinión antes de decidir que iría al parlamento. Pensé que era mi decisión, pero vosotros también estáis metidos en esto. Va a ser peligroso. Tenía que haberlo hablado con vosotros antes. Era una decisión de grupo.

Todas las mesas que había a su alrededor estaban vacías, y el resto de la biblioteca se hallaba en penumbra. Allie sabía que Eloise andaba por allí detrás, colocando libros en las estanterías. No obstante, allí, bajo el haz de luz que proyectaba la lámpara de la mesa, parecía como si tuvieran intimidad.

—Me parece que le debo una disculpa a todo el mundo. También a ti.

Los ojos de Carter se ensombrecieron.

—Nadie debería culparte por ello. Para empezar, Isabelle no debió ponerte en una situación así. No fue justo para ti.

Sus miradas se encontraron y no se separaron. Los ojos oscuros de Carter eran infinitos y titubeantes. Parecía que quería decir algo más. Entonces se irguió y retiró las manos de la mesa, en un gesto demasiado casual para no ser premeditado.

El hechizo se había roto. Allie se apresuró a coger el bolígrafo y jugar con él, como si fuera lo más interesante que hubiese hecho en la vida.

—Estoy buscando un libro de Gertrude Stein para el trabajo de Inglés —dijo Carter—. Aunque no sé para qué. Los poemas de esa mujer no tienen ni pies ni cabeza.

Allie forzó una sonrisa.

—No pasa nada. Por suerte, yo estoy entretenida con el maravilloso mundo de la Física...

Lo había dicho alegremente, pero con un hilo de voz. Miró a Carter mientras se alejaba. Conocía aquella forma de andar como la palma de su mano.

Ahora se sentía más sola que antes de que él llegara.

Estaba hecha un lío, no sabía qué quería, ni por qué. Se moría de ganas de hablarlo con Rachel, pero ahora mismo su relación con ella era demasiado frágil.

Esa era otra de las cosas que tenía que arreglar. Como fuese.

Así que iba a tener que buscarse a otra persona para hablar, pero... ¿a quién? Nicole seguía enfadada con ella.

Y Zoe era... Zoe. Se limitaría a mirarla como si estuviera loca.

No tenía a nadie con quien hablar. En todo el *mundo*.

Ya no.

Cielos, Jo. Cuánto te echo de menos.

Tras recoger los libros, se encaminó hacia la sala común con la esperanza de concentrarse mejor. Pero allí se sintió igual de depre que en la biblioteca.

Estaba tan ocupada compadeciéndose de sí misma que no oyó llegar a Katie.

—Dios, mis profesores son unos capullos —sentenció la pelirroja, dejándose caer al otro lado del sofá sin esperar a que la invitaran—. Ojalá se buscaran un trabajo de verdad. —Casi sin prestar atención a Allie, sacó un libro de texto y empezó a hojearlo—. Van a matarnos con tantas tareas.

Allie la observó con curiosidad, dándose golpecitos en la barbilla con el bolígrafo.

Será el mal en persona, pero nadie sabe más de chicos en este colegio.

Katie alzó la vista y pilló a Allie mirándola fijamente.

—¿Qué? —Entrecerró los ojos verdes—. ¿Tengo monos en la cara?

Aunque sintió la tentación de decirle que sí solo por ver cómo reaccionaba, Allie hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es que... Estaba pensando que... —Se obligó a decirlo—: ¿Puedo hacerte una pregunta rara?

El rostro de Katie se iluminó.

—¿Quieres que te dé consejos para maquillarte? ¡Estaba deseando que me lo pidieras!

Allie se interrumpió.

—¿Qué tiene de malo mi maquillaje?

—Ay, Allie —dijo Katie, meneando la cabeza con pesar—. Todo.

En realidad, a Allie le apetecía pasarse media hora hablando de lápices de ojos y olvidarse de Sylvain, de Carter y de la **vida** en general. Pero no podía quitárselos de la cabeza.

Ese era el problema.

—No es nada de maquillaje —dijo Allie—. Es una tontería sobre... bueno, chicos.

Katie frunció los labios. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Ya he visto que las cosas entre tú y Sylvain andan un poco raras. ¿Qué pasa? ¿Es algo de sexo?

—No, no es nada de sexo —dijo Allie, fulminándola con la mirada—. Es... Bueno, otra cosa. Y no es que tengamos problemas. —Añadió una última frase a toda prisa—: Estamos perfectamente.

No era verdad, pero... ¿qué más daba?

—Muy bien, ¿qué pasa entonces? —Parecía que Katie no era capaz de imaginarse un problema de pareja que no guardara relación con el sexo.

Allie se arrepentía por momentos de haber iniciado aquella conversación. Aun así, necesitaba hablar con alguien.

—No es para Sylvain y para mí —mintió—. Es para una amiga. Me ha preguntado a mí y no he sabido qué decirle porque... Bueno, no sé la respuesta. Y se me ocurrió que a lo mejor tú sí la sabes.

Katie la miró detenidamente.

—Y esa... **amiga** —recalcó la última palabra—, ¿qué quiere saber?

—Ah, pues... —Allie no podía ni mirarla a la cara. Tenía los ojos fijos en sus manos, que retorcían sin parar el borde de su falda—. Si un chico te dice que te quiere y tú no se lo dices a él, ¿significa que no lo quieres? ¿O solo que estás...? Yo qué sé. Rara. O algo.

La sonrisa de Katie se desvaneció.

—Vaya. Es una pregunta seria. Vale.

Katie se paró a rumiar la respuesta y Allie, triste y sentada junto a ella, deseó no haber sacado el tema.

Finalmente Katie tomó la palabra y adoptó un tono sorprendentemente amable.

—Puede que ella no lo quiera. A veces es así. No hay nada mejor que que alguien te diga que te quiere para darte cuenta de que tú no sientes lo mismo.

A Allie se le cayó el alma a los pies. **¿Cómo no voy a querer a Sylvain? ¿Es posible tal cosa? Es guapísimo y besa como nadie. Y me quiere.** Katie seguía

hablando, cada vez más entusiasmada con el tema.

—Por otra parte, también puede significar que no estás... Perdón. Quiero decir, que **tu amiga** todavía no está preparada para un compromiso así. —Miró a Allie con gesto grave—. Es un gran paso. Si le dices «te quiero» a alguien, de repente todo se pone superintenso. A lo mejor le gusta de verdad ese chico, pero quizás él se lo haya dicho demasiado pronto. —Katie parecía encantada con su razonamiento—. Dile a tu amiga que se tome su tiempo. Nadie debería meterle prisa para que diga «te quiero». Sinceramente, me sorprende que Sylvain te meta tanta presión.

Allie, que aún estaba procesando lo que había oído, respondió mecánicamente:

—No me mete presión. —Al darse cuenta de lo que acababa de decir, palideció—. O sea, mi amiga... Me refería a...

Katie lucía en el semblante la expresión triunfal del que sabe que ha vencido.

—Claro que no. Sylvain es demasiado maduro para hacer esas cosas. —Allie tenía la sensación de que la otra se lo estaba pasando pipa en su nuevo papel como consejera del amor—. El amor no es ninguna tontería, Allie. No puedes decirle «te quiero» si no ha llegado tu momento. Me parece que yo no lo he dicho nunca. Todavía no.

Allie farfulló algo parecido a un «gracias», y Katie le sonrió.

—Si vuelves a necesitar consejo, ven a verme —dijo alegremente—. Soy una auténtica experta en sexo.

Si en algún momento Allie había pensado que hablar del tema la haría sentir mejor, se había equivocado.

Estaba totalmente perdida.

¿Cómo no iba a querer a Sylvain? Eran la pareja perfecta.

Pero entonces, si de verdad lo quería, ¿por qué no había sido capaz de decírselo?

¿Y por qué se había sentido tan vacía al ver que Carter se marchaba?

Aquella tarde, después de la Night School, el grupo se quedó en la sala para seguir practicando con las armas. Allie esperó a que estuvieran los seis solos para ponerse de pie. Llevaba pensándolo toda la tarde. Había llegado la hora de sellar la disputa. Y de que todo volviera a la normalidad.

—Antes de empezar, me gustaría deciros algo. Lo que pasó en la capilla, cuando acepté ir a la negociación sin preguntaros antes, estuvo mal. Lo siento.

Vio que Rachel abría mucho los ojos. Un cauto gesto de aprobación en el rostro de Nicole.

Desinterés y confusión en la expresión de Zoe.

—Ya se que os hice enfadar y que os sentó mal, y no me extraña. Creedme, por favor. —Los ojos de Allie buscaron la cara de Sylvain. Tenía una expresión difícil de descifrar—. No volveré hacer nada parecido jamás. Prometido. Somos un equipo. Las decisiones las tomamos juntos. —Tiró del borde de la camiseta negra de entrenar y

dio unos pasos atrás—. Eso es todo lo que quería decir. Espero que podáis perdonarme y me gustaría mucho que volviéramos a estar como antes. Si puede ser.

Vio que Zoe ponía los ojos en blanco, y Rachel y Nicole corrieron hacia ella para darle un abrazo.

—Lo que has dicho ha sido muy bonito —dijo Nicole—. Perdona por lo que te dije el otro día. Fue injusto.

—Y perdóname a mí por hacerle caso a mi padre —dijo Rachel—. Tendría que haber hecho las cosas de otra manera.

—No pasa nada —insistió Allie—. Me lo merecía. Y si lo que quería tu padre era asustarme, te aseguro que lo ha conseguido. Estoy cagada de miedo.

Cuando las dos amigas se alejaron charlando, Sylvain se acercó a Allie.

—Esto tiene que haberte resultado difícil —dijo él, cuando nadie más podía oírlos—. Estoy muy orgulloso de ti. Y perdóname por todo. No supe manejar la situación. Pero es que estaba preocupado por ti. —Se interrumpió—. Ojalá pudiera retirarlo todo.

Aunque lo había dicho apasionadamente, guardaba las distancias. Como si no supiese si ella aceptaría de buen grado su contacto.

La precaución que Allie vio en sus ojos le dolió.

Ojalá supiese qué hacer. En Francia habían estado muy unidos. Sin embargo, era como si, al volver a Cimmeria, todo hubiese cambiado.

En el colegio todo era muy confuso; era fácil perder el norte. Tal vez fuera eso lo que había ocurrido.

Allie salvó el espacio que había entre los dos y puso una mano en el brazo de Sylvain.

—No, soy yo quien te pide perdón. Fui egoísta. Y ahora solo quiero que todo vuelva a ser como antes. Echo de menos lo nuestro, como era antes.

Parte de la tensión de los hombros de Sylvain se alivió. Él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Yo también lo echo de menos —dijo cariñosamente.

Allie sonreía, pero en el fondo sabía que una cosa era querer algo y otra muy distinta era conseguirlo.

Veintiuno

En los días que siguieron, Allie no tuvo mucho tiempo de preocuparse por Sylvain. Los entrenamientos de la Night School eran cada vez más intensos. Raj los presionaba aún más. Quería que aprendieran artes marciales todavía más complicadas. Había aumentado las horas de entrenamiento. Y cada vez exigía más de ellos. A aquellas alturas, todos los alumnos practicaban con las armas, y la tensión en el ambiente era máxima.

Cada noche Raj y los demás instructores circulaban por la sala voceando críticas y exigencias. Les pedían constantemente que fueran más rápidos. Que golpearan más fuerte.

A Allie no le importaba. Se sumergía en el esfuerzo físico del entrenamiento. Corría hasta el agotamiento. Hacía kick boxing hasta notar los músculos como de plastilina. Practicaba los movimientos precisos y feroces de las artes marciales hasta que le dolía todo el cuerpo.

Era el único momento del día en el que su mente estaba en paz. El único momento en el que no dudaba de sí misma. En el que no se preocupaba por Sylvain o por Carter.

O por Rachel.

Su amiga cada vez iba más rezagada en el grupo de la Night School. Todo el mundo sabía que no estaba hecha para aquello, pero se empeñaba en seguir entrenando.

Allie no soportaba verla esforzarse tanto.

Las noches en que Raj entrenaba con ellos era todavía peor. Tal y como Carter y Allie habían previsto, era aún más duro con su hija.

—Esa patada es demasiado baja, Rachel —le había dicho Raj una tarde, cuando ella intentaba golpear el cuello de Nicole. Rachel se había tomado la crítica estoicamente. Nicole había clavado una mirada de desaprobación en Raj, como deseando que la dejase en paz.

—Tienes que ser rápida. Si no, le estarás ofreciendo a tu oponente un arma más para usar en tu contra —añadió Raj—. Todo esto no sirve de nada si dejas que te retuerzan o te rompan algún miembro y te dejen más débil de lo que estás.

Rachel llevaba un buen rato tratando de dominar aquella llave. Como la mayoría de alumnos ya la habían aprendido, se habían parado a contemplar la escena.

—Lo intento... —A pesar de todo, el tono de Rachel era razonable. Pero estaba roja como un tomate de la vergüenza y el sobreesfuerzo. El sudor le corría por las mejillas. Se había recogido la larga y rizada melena en una coleta que, a cada movimiento, rebotaba con una frescura que resultaba irónica.

Se trataba de una maniobra sencilla. Lo único que tenía que hacer era bloquear con el antebrazo el arma falsa que Nicole llevaba en una mano, y después propinarle una patada por debajo de la barbilla y derribarla.

Los demás lo habían conseguido a la primera.

—Inténtalo otra vez. —La voz de Raj era gélida—. Con más ganas.

Allie estaba observando los torpes movimientos de Rachel y haciendo muecas de dolor cuando Carter se le acercó. Intercambiaron una mirada de preocupación.

—No mejora... —Carter susurró las palabras al oído de Allie. La calidez de su aliento le provocó un escalofrío que le recorrió la columna.

—Eso parece —dijo ella, cuando Rachel se preparaba para intentarlo de nuevo.

En esta ocasión, la patada de Rachel fue demasiado alta. Nicole tuvo que saltar hacia atrás y Rachel casi se da de bruces contra el suelo por el impulso.

—Sigue sin estar bien —dijo Raj con los dientes apretados—. Nadie va a salir de aquí hasta que lo hagas bien. Nos quedaremos toda la noche si hace falta.

Jerry le dijo algo a Raj, aunque demasiado bajito para que Allie pudiera oírlo. Raj lo alejó con un gesto de la mano.

—No. Tiene que hacerlo bien.

Carter dirigió una mirada elocuente a Allie.

—¿Qué problema hay? —Zoe se les acercó—. Es una llave sencilla. No veo el problema.

Todos estudiaron la postura de Rachel, buscando un modo de echarle una mano, mientras ella, que aún jadeaba por el intento anterior, apretaba la mandíbula e intentaba hacer bien la maniobra.

—¿Qué está haciendo mal? —murmuró Allie, girándose ligeramente hacia Carter para que pudiera oírla—. ¿Es que no coloca bien la pierna?

Carter meneó la cabeza con aire pesimista.

—Es una cuestión de condición física. De fuerza.

Esta vez, cuando Rachel dio la patada, el pie aterrizó en el lugar correcto. Nicole hizo una finta hacia un lado, lanzó un puñetazo y Rachel lo bloqueó.

Allie echó la cabeza hacia atrás en señal de alivio. Lo había conseguido.

Nicole, visiblemente satisfecha, palmeó el hombro de Rachel.

—Ha sido correcto —dijo Raj en tono despectivo—. Tienes que mejorar.

Pero todas y cada una de las personas que había en la sala sabían que Rachel no podía hacerlo mejor. Y Allie no tenía ni idea de qué podía hacer. Si dejaban que Rachel fuera al combate en esas condiciones, acabaría muerta.

Algo tenía que cambiar.

Aquella noche, después del entrenamiento, Allie salió del vestuario al mismo tiempo que Carter y echaron a andar juntos. Ella lo miró de reojo. El chico miraba al frente con el ceño fruncido, como si estuviese preocupado por algo.

—¿Qué diablos vamos a hacer con Rachel? —preguntó Allie en voz baja.

Carter meneó la cabeza.

—Lo hemos intentado todo. Debería abandonar por su propio bien. Y a pesar de

todo... no quiere.

—Ojalá supiera cómo convencerla —dijo Allie—. Pero es que me puse tan borde al principio que ahora me evita cuando sale el tema. —Dejó escapar un suspiro apesadumbrado—. Y no me extraña.

—Tenías tus motivos —dijo Carter.

—A veces creo que no tengo don de gentes —concluyó Allie.

La afirmación arrancó una risita irónica al chico.

—Yo de ti no me preocuparía mucho por eso —dijo él—. A mí no me cae bien la mayoría de la gente y aun así me las apaño bastante bien.

Después de eso, caminaron durante un rato por el estrecho corredor del sótano sumidos en un silencio amistoso. Los fluorescentes del techo, en fila, zumbaban suavemente y proyectaban un resplandor verdoso sobre toda la escena.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Allie.

Él la miró de reojo.

—Claro.

—¿Estás asustado?

Carter arqueó una ceja.

—Por lo del parlamento —aclaró Allie—. Va a ser un desastre, ¿verdad? Por mucho que nos entrenemos y nos preparemos. Va a dar igual. Se pondrá feo.

Carter negó con la cabeza.

—Asustado, no. Digamos que... me alegraré cuando acabe.

Allie asintió para sí; ella se sentía exactamente igual.

—Ojalá supiera que todo el mundo va a estar bien —dijo Allie.

Habían llegado al pie de las escaleras del sótano. Carter se apoyó en la barandilla y observó a Allie atentamente.

—Sabes que no es culpa tuya, ¿verdad? —dijo él—. Todo esto... —Hizo un gesto vago con la mano—. No es por ti.

Allie, que pensaba que sí que era culpa de ella, se mordió el labio.

—Entiendo lo que dices, pero... A lo mejor habría podido impedirlo si... Yo qué sé. —Casi no se atrevía a pronunciar las siguientes palabras—: Si hubiese hecho lo que Nathaniel quería. Irme con él.

Carter resopló.

—Sabía que pensabas eso. Lo sabía. —Carter la miró de hito en hito—. Mira, Nathaniel va a por ti porque eso vuelve loca a Lucinda. Lo que realmente quiere es el colegio. La organización. Orión. Todo. Contigo o sin ti seguiría armando todo este lío.

Aunque lo que decía Carter tenía sentido, Allie era incapaz de asimilar la lógica.

—Lo entiendo. Pero... tengo la sensación de que os he arrastrado a todo esto. —Miró a Carter, antes de desviar la mirada—. Y no lo soporto. Es tan peligroso...

—Allie, todos hemos tomado una decisión. La misma que tú. Y podemos cambiar de idea. Si voy o no a la negociación es cosa mía. No tuya. —Aunque en tono

amable, Carter era tajante—. Y si me pasa algo será culpa mía. No tuya.

Allie se apresuró a mirarlo a los ojos.

—No te va a pasar nada.

Se miraron largamente.

—Vale —susurró él intensamente—. No va a pasar nada.

Un chispazo de conexión, como una corriente eléctrica, sacudió a Allie. Sus miradas no se despegaban.

Creyó ver algo en la mirada de él. Deseo. Y notó cómo sus propias piernas flaqueaban de modo extraño.

Salta.

De pronto, un estallido de risas sobresaltó a Allie. Se dio la vuelta, pero el ruido venía de lejos. Era un grupo de alumnos de la Night School que estaba al final del pasillo.

Cuando se volvió otra vez hacia Carter, fuera lo que fuese lo que había creído ver en sus ojos, había desaparecido. Ahora solo tenía pinta de estar algo aburrido.

Con un suspiro, Carter se puso derecho.

—Se está haciendo tarde. Me tengo que ir.

Subió a grandes zancadas por las escaleras y Allie se sonrojó, mortificada por lo confusos que eran sus sentimientos.

Se me está yendo la olla.

Allie dejó que Carter se le adelantara lo suficiente para asegurarse de que volvería a toparse con él y subió hasta el dormitorio de las chicas inmersa en sus pensamientos. En su cabeza reproducía en bucle la conversación que acababa de mantener.

Cuanto más pensaba en ello, más idiota se sentía.

Carter solo estaba siendo amable. Como son los amigos.

¿Y si se había dado cuenta de que ella lo había malinterpretado?

Las mejillas le ardieron con solo pensarlo.

No se soportaba a sí misma.

Sylvain y ella sí tenían algo, algo real. Cuando él la besaba, ella se derretía. Y ahora volvían a estar bien. ¿Por qué no se dejaba llevar y punto?

¿Por qué no se permitía ser feliz con Sylvain?

Carter y Allie habían salido juntos, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ahora él se estaba esforzando mucho en ser su amigo y ella se estaba comportando como una idiota y lo estaba estropeando todo para todos.

En realidad, lo que más miedo le daba era pensar que, si no iba con cuidado, los perdería a ambos, a Sylvain y a Carter. Tenía que centrarse.

Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que prácticamente no se fijó por dónde iba. Tampoco es que importara. Podía recorrer Cimmeria con los ojos cerrados y

nunca darse de bruces contra una pared.

Llegó al elegante descansillo del primer piso, con sus grandes ventanales y esas gráciles estatuas que lo vigilaban todo desde las alturas. Cuando torció a la izquierda para subir los peldaños que conducían al piso superior, sus zapatillas deportivas rechinaron en los suelos de roble.

En lo alto de las escaleras, saludó con aire ausente al guardia, que ocupaba su silla habitual, y se encaminó hacia el final del largo y estrecho pasillo, con su hilera de puertas blancas numeradas en negro.

A aquellas alturas se había convencido de que Carter no se había dado cuenta de lo rara que había sido su reacción.

A lo mejor todo salía bien.

Le estaba dando tantas vueltas a la cabeza que, cuando llegó a su habitación, iba con el piloto automático puesto. Apenas fue consciente de estar abriendo la puerta. La fuerza de la costumbre le dictó hasta dónde girar el pomo y cuánta fuerza debía ejercer para empujar la puerta.

Una vez dentro, encendió la luz con la despreocupación que otorga la familiaridad. Dejó caer la cartera en el suelo, en el lugar de siempre.

Solo entonces se dio cuenta de que había alguien de pie frente a ella.

Allie dejó de respirar.

—Hola, Allie —dijo su hermano—. Empezaba a pensar que no vendrías.

Veintidós

—¿Christopher...? —Los labios de Allie se negaban a moverse. El nombre le salió en un susurro aterrorizado.

Christopher estaba de pie frente al escritorio, de espaldas a la ventana abierta.

—El mismo —dijo él girando las manos, como si ese gesto lo probase—. Y ya que no le estoy prendiendo fuego a nada... no pidas ayuda hasta que me hayas escuchado, por favor.

El corazón de Allie iba a mil por hora, pero le costaba moverse. Tenía la sensación de estar en un sueño. En una pesadilla.

¿De verdad estaba Christopher allí?

Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por hablar con su hermano. Ahora le daba miedo. Y estaba enfadada con él.

Al principio, cuando se enteró de que su hermano se había unido a Nathaniel, no había querido aceptar que lo había perdido para siempre. Pero finalmente tuvo que dejarlo ir. No le quedó más remedio que asumir que, en aquella guerra, él había escogido el bando contrario.

Y ahora ahí estaba otra vez ante ella, con su típica sonrisa de culpabilidad. Como si hubiese roto algo y quisiera que Allie no se chivara a mamá.

El estómago se le revolvió de dolor y resentimiento.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —El tono de Allie era grave y amenazador—. ¿Cómo has esquivado a los guardias?

Él rio brevemente.

—No ha sido fácil. Oye, perdona que me presente aquí sin más, pero necesitaba hablar contigo.

Sonaba tranquilo, pero Allie advirtió que la nuez le subía y le bajaba a causa de los nervios. De hecho, ahora que se fijaba, tenía los hombros y los brazos en tensión. Se lo notaba en la manera de gesticular.

El miedo de él le dio fuerzas. Recordó dónde estaba y todo lo que había aprendido.

Era él quien debía estar asustado.

Lo observó con detenimiento, sin ningún disimulo, para que supiera que no se fiaba de él.

—¿Te envía Nathaniel? ¿Qué quiere?

—Nathaniel no sabe que estoy aquí. Si llegara a enterarse... —Dejó la frase sin terminar, como si lo que podía sucederle fuese indecible. Impensable.

La brisa fresca entró por la ventana abierta que había detrás de Christopher. Fuera Allie no vio ni luna ni estrellas, solamente oscuridad.

Entornó los ojos.

—¿Y por qué corres estos riesgos? Pensaba que eras su leal servidor.

—Lo era. —Christopher se apoyó en el escritorio—. O sea... Creía en él. Creo en

él, todavía. —Se frotó la cara con las manos—. Es que todo se nos ha ido de las manos, Al. Es un lío.

Allie era incapaz de disimular su incredulidad. ¿De dónde había salido ese nuevo Christopher?

—¿Qué es un lío? —preguntó ella en un tono cada vez más incisivo.

—Mi cabeza —Christopher bajó la vista—. Nathaniel me contó la verdad sobre nosotros... Sobre nuestra familia. Y pensé que él podría arreglar las cosas. Darnos lo que nos merecemos. Pero luego hizo cosas... Cosas muy malas. Y ahora ya no sé qué pensar.

Allie, que conocía muy bien las maldades que había cometido Nathaniel, no sabía cómo tomarse aquello. Su hermano parecía sincero. Sin embargo, aquello también podía ser una farsa bien planeada. Alguna triquiñuela ideada por Nathaniel.

Si algo había aprendido en el último año era esto: todo el mundo miente. Hasta la gente que amas.

—No digas «nosotros» —dijo ella en tono cortante—. Tú no has hecho nada por mí. Todo lo que has hecho ha sido por ti.

Su hermano no se lo discutió.

—Vale. Sé que estás enfadada. Y no te culpo. Pero tienes que entenderlo. Ese tío... ¿Gabe? —Christopher buscó en la cara de Allie una señal de que lo reconocía.

Ella asintió con rigidez. Desde luego que sí. Allie sabía perfectamente quién era Gabe.

—Está loco. Y Nathaniel lo sabe. Es extremadamente peligroso, y aun así sigue disponiendo de él como si fuera una especie de... yo qué sé. Una especie de pistola con patas. —Meneó la cabeza—. Se suponía que no debía hacerle ningún daño a tu amiga Ruth. O a aquella otra chica... ¿Cómo se llamaba?

Por un segundo, Allie no pudo articular palabra. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

—Jo —dijo Allie, tras un segundo interminable. La palabra quedó congelada en el aire entre los dos.

—Eso. —Estaba claro que aquel nombre no significaba nada para Christopher. No conocía a ninguna de las personas que Allie quería—. Nathaniel se enfadó muchísimo por lo que hizo. Pero ahí sigue.

Al oír aquello, Allie sintió ganas de llorar. De gritar. Pero aplacó la urgencia. Necesitaba más información, así que no se inmutó.

—¿Por qué?

Él le sostuvo la mirada.

—Porque a ti te da miedo.

Allie se oyó reír amargamente y trató de sofocar la risa.

—Vaya motivo de mierda para ir por ahí con un psicópata.

—Ya lo sé. Ese es el problema, justamente. —Se pasó los dedos por el pelo. Parecía muy angustiado, y Allie lo estudió con interés renovado. ¿Estaría fingiendo?

—Aún hay más. Otras cosas. Creo que lo que quiere está bien, pero...

—¿El qué? —Allie fue incapaz de seguir controlándose—. ¿Dominar el mundo? ¿Convertirse en una especie de emperador chiflado? O sea que eso sí es chachipiruli, ¿pero matar a un par de personas te parece peor? Por el amor de Dios, Christopher.

La voz de Allie resumaba sarcasmo y él la miró con los ojos entornados.

En aquel momento, Christopher le recordó tanto a su padre que Allie contuvo la respiración. Ambos tenían los mismos ojos claros. La misma expresión reprobatoria.

—Venga ya. ¿Te parece bien que Lucinda domine el país, pero si lo hace Nathaniel está mal? —Christopher se enderezó y dio un paso adelante—. ¿Por qué no puede hacerlo él? ¿Por qué no **nosotros**? Cualquiera que tenga la energía, las ideas y la familia...

Allie enfureció.

—¿Y qué tendrá que ver la familia? —dijo Allie exaltada—. ¿Estás diciendo que para estar en el poder hay que pertenecer a nuestra familia? Claro, los Sheridan somos unos primeros ministros de la leche. —Hizo un gesto ondulante con la mano—. ¿Es eso lo que piensas?

Sin Allie darse cuenta, se habían ido acercando mientras discutían. Ahora estaba demasiado enfadada como para que eso la preocupara. Tenía que ponerse de puntillas para quedar a la altura de los ojos de su hermano; no lo recordaba así de alto.

—Los Meldrums —la corrigió él, usando el apellido de su abuela. Allie pensó en el libro que había en el cajón y que recogía los nombres de sus ancestros. Todos habían llevado una vida privilegiada por ser quienes eran, no por lo que habían hecho. O por lo mucho que se hubieran esforzado.

—¿Sabes qué? Ese ni siquiera es su apellido de verdad —le espetó Allie—. Era el apellido de su marido favorito. Si estás buscando un nombre al que agarrarte en todo este rollo de la dominación del mundo, haz el favor de investigar un poco. Y entérate de quiénes somos realmente.

—Vale, vale. —Él levantó las manos en gesto de rendición—. No nos peleemos. Solo escucha lo que he venido a decirte. Y luego me iré, te lo prometo. Me doy cuenta de que no me quieres aquí.

—Pues que sea rápido. —Su voz era gélida.

Christopher dio un paso más hacia Allie. Estaba demasiado cerca. Pero ella no quería retroceder y demostrarle que tenía miedo. Se obligó a sostenerle la mirada.

—Vas a ir con Lucinda al parlamento con Nathaniel. —Christopher hablaba en voz baja y muy rápido—. No vayas. Es una trampa.

Allie resolló. ¿De verdad había ido hasta allí para decirle la cosa más obvia del mundo?

—Por favor. Pues claro que es una maldita trampa. ¿Te crees que no lo sé?

Él negó con la cabeza.

—Es una trampa muy ingeniosa, Allie. Y no es para ti.

Eso la paró en seco. Allie lo miró fijamente.

—¿Para quién es?

El joven contestó con otra pregunta:

—¿Quién es el mayor problema de Nathaniel ahora mismo?

—Lucinda —El nombre salió en forma de exhalación.

La expresión de él le confirmó que había acertado.

—Entonces, si va a por Lucinda, ¿por qué no quieres que acuda yo? —Su tono de voz era neutro, pero por dentro estaba calculando cuánto tardaría en llegar a la habitación de Isabelle para que llamara a Lucinda.

—Porque una vez que se deshaga de ella —dijo Christopher con la misma voz que ponía cuando la ayudaba a hacer los deberes—, ¿quién te protegerá?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

¿Qué estaba diciendo? ¿Que Nathaniel iría a por ella aun cuando no estuviese Lucinda? ¿Y desde cuándo se preocupaba Christopher por su bienestar? Como si a Allie no le hubiese pasado nada hasta ahora.

Como una advertencia, la cicatriz de su brazo palpitó.

—No lo entiendo —dijo Allie—. Me avisas de lo que trama Nathaniel. Es como si quisieras que ganara Lucinda. ¿De qué lado estás?

La pregunta desconcertó al otro visiblemente, que vaciló antes de responder:

—Supongo que ahora estoy de mi propio lado. Porque ya no puedo seguir formando parte de lo que Nathaniel quiere. Y tampoco es que pueda pasarme a tu bando, ¿verdad? No te fíes de mí.

Él la desafió con la mirada.

—¿Cómo voy a fiarme de ti? —De pronto, a Allie se le hizo un nudo en la garganta. La voz le temblaba, aunque solo un poco—. Dime. Te pusiste de **su** parte. Nathaniel mató a personas que yo quería. Y tú estabas allí, con él.

—O sea que así estamos. —Parecía que lo dijese sobre todo para sí mismo. Como si confirmase una sospecha.

Entonces Christopher se enderezó.

—¿Qué pasaría si te dijera quién es el espía? ¿Me creerías?

Allie se quedó de piedra. **¿Sabe quién es?**

Hizo esfuerzos por conservar la expresión.

—Ni así te creería —contestó ella.

—Pero seguro que quieres saber quién es... —Christopher dio un paso más hacia ella. Ahora sí que estaba demasiado cerca, y Allie retrocedió a toda prisa hacia la pared. Levantó los puños.

—No te acerques más —le advirtió Allie.

Christopher se detuvo en el acto. Había dolor en sus ojos.

—Cielos —dijo él—. Me odias en serio.

Allie no pensaba disculparse por ello.

—¿Y qué esperabas?

—¿Es que no te das cuenta, Allie? —Se miraron mutuamente—. Ahora mismo tú

y yo somos todo lo que tenemos. Nuestros padres pasan de nosotros. No le importamos a nadie...

Esas palabras golpearon a Allie como un puñetazo y la hicieron tambalearse.

¿Tenía razón su hermano? ¿Todo lo que tenía en el mundo era él?

Por un instante recordó a la niña herida que había llegado a la Academia Cimmeria. Su familia la había abandonado. No tenía amigos. Estaba sola en el mundo.

Pero ya no era esa niña. Se había esforzado mucho en dejar de serlo. Pensó en Rachel, en Zoe, en Carter y en Sylvain.

Cuando tomó la palabra, se sorprendió de lo firme que sonaba su voz.

—Puede que yo sea todo lo que tú tengas. Pero tú no eres lo único que tengo yo. Estoy **rodeada** de gente que me quiere.

—¿Estás segura? —Él le lanzó una mirada cínica—. ¿O estás rodeada de gente que ama el poder de tu abuela? Dime una cosa: si Lucinda Meldrum no fuera tu abuela, ¿estarías aquí? ¿Tendrías algún amigo en la Academia Cimmeria? ¿Sabrían siquiera que existes?

Allie no soportó comprobar que había algo de verdad en aquellas horrendas palabras. No soportaba que la hicieran dudar de sus amigos.

—Largo de aquí. —Allie siseó las palabras.

Al ver que su hermano no se movía, avanzó hacia él con movimientos lentos y estudiados. A cada paso calculaba un ángulo. Una trayectoria. Cómo podía agarrarlo para hacerle perder el equilibrio.

—Lárgate de mi habitación o te sacaré yo misma.

—Allie... —Él se alejó rápidamente—. Vamos. Por lo menos, deja que te diga quién es...

Pero Allie no quería seguir escuchándolo.

—Te lo juro, Christopher, como no te vayas te tiro por la ventana. Y si piensas que no puedo... espera y verás.

Al ver que iba en serio, el joven dio media vuelta y se subió al escritorio atléticamente, de un salto. Ahora Allie tenía que estirar el cuello para poder mirarlo a la cara.

Retrocedió un paso. Ambos sabían que él estaba en posición dominante.

Sin embargo, Christopher se limitó a hablar.

—Sabes que tengo razón. En el fondo lo sabes. No vayas al parlamento, Allie. No te fíes de nadie. Ten cuidado.

Dicho esto, saltó al alféizar de la ventana y desapareció.

—¿Te ha dicho algo más? —Isabelle se reclinó en la butaca. Llevaba puesta una bata blanca y la melena rubia oscura le caía sobre los hombros.

Cuando cruzó las piernas, el pantalón del pijama le asomó por debajo del batín.

De alguna manera, eso la hacía parecer más vulnerable.

Allie asintió.

—El parlamento es una trampa para Lucinda.

—Lo que más me interesa saber es por qué ha sentido la necesidad de decírtelo.

—La débil voz de Lucinda emergió del teléfono posado sobre el escritorio de Isabelle—. Si lo que te contó acerca de Nathaniel es cierto, ha arriesgado la vida para decírtelo. ¿A qué se debe ese cambio de actitud?

—No me fío de él, abuela —dijo Allie mirando el teléfono, como si la otra pudiera verla.

—Me fío de tu instinto —dijo Lucinda—. Pero quiero saber más. Y además es mi nieto. Si ya no está con Nathaniel, entonces está solo ahí fuera. Puede que necesite mi ayuda. Isabelle, pídele a Raj que alguien encuentre a Christopher y lo siga durante un tiempo. A ver adónde va y qué hace.

Isabelle escribió en la libreta que tenía en el regazo.

—Lo haré enseguida, Lucinda.

—¿Y qué pasa con el espía? —Allie miró a la directora—. ¿Creéis que decía la verdad? ¿Sabe quién es?

—Tal vez. O puede que Nathaniel le haya dado información falsa a propósito. En cualquier caso, es una lástima que no te diera un nombre —dijo Lucinda.

Allie hizo una mueca al recordar que estaba tan enfadada que no había dejado que Christopher se lo dijera.

—De todos modos, hemos hecho algunos progresos en ese frente por otras vías. Se ha puesto en contacto conmigo una persona del servicio de secreto que conozco de cuando estuve en el gobierno. Esta persona tampoco es que sea fan de Nathaniel. Ahora mismo está investigando el asunto para echarnos una mano. En cuanto sepa algo más, os lo haré saber.

—Gracias, Lucinda. —Isabelle cerró la libreta.

—Supongo que los guardias habrán inspeccionado los terrenos a fondo, ¿no es así? —preguntó Lucinda—. No creo que Christopher sea tan tonto como para volver, pero aun así... no sé si es buena idea que esta noche Allie esté sola en su habitación.

—Hemos apostado un guardia en el tejado, encima de la habitación. También habrá otro en la puerta —dijo Isabelle.

—Excelente. Entonces lo dejo en tus manos. Hablaremos mañana otra vez. —Sin más palabras, Lucinda terminó la llamada.

Allie se había quedado mirando el teléfono, mudo. Un guardia en el tejado y otro en la puerta.

Estoy presa.

Veintitrés

La mañana siguiente parecía que no se iba a acabar nunca. Se suponía que debía estudiar pero, en vez de hacerlo, Allie se dedicó a tomar nota de lo que Christopher le había dicho. Lo repasó en la cabeza una y mil veces.

Se lo había contado a los demás durante el desayuno. Mientras ella hablaba, Sylvain tenía la mirada perdida en el horizonte. Lo único que le indicaba a Allie que no estaba tan tranquilo como parecía era un músculo que se le contraía en el mentón.

Cuando terminó el relato, Carter estaba visiblemente furioso.

—Hay vigilancia por todas partes y tu hermano se cuela en tu habitación tan campante. ¿Se puede saber qué demonios le pasa a esta gente?

—Es imposible vigilar este sitio —dijo Nicole—. Todo el mundo lo sabe. Es demasiado grande. Tiene demasiados recovecos. Si alguien se esfuerza lo suficiente...

—Entra. —Rachel terminó la frase. Estaba pálida—. Mi habitación está justo al lado y no me enteré de nada. Oh, Allie, lo siento mucho.

Allie negó con la cabeza.

—No es culpa tuya, Rach. Tampoco grité para pedir ayuda. De todos modos, había un guardia en el pasillo todo el rato.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—Tendrían que...

—Isabelle...

—¿Y si intentáramos...?

La voz de Sylvain se alzó por encima del barullo:

—Esto es demasiado peligroso. —Se volvió hacia Allie. La luz que se colaba por los ventanales volvía sus ojos de lavanda.

—Isabelle tiene que tomar medidas.

—Ya ha puesto un guardia en el tejado, encima de mi habitación —dijo Allie—. Y otro en la puerta. No va a entrar nadie. Ni a salir. —Rio con amargura—. Estoy presa por mi propio bien.

—Esto es un desastre —musitó Rachel.

Después del desayuno, cuando iba de camino a la clase de Química, Sylvain alcanzó a Allie en las escaleras.

Él la miró detenidamente.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, en serio —dijo ella—. No me hizo daño.

Sylvain la cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los de Allie.

—Pudo haberlo hecho. Estuviste sola con él.

Ella sintió en su mano la calidez de la mano de Sylvain. Una mano firme. Allie le

apretó los dedos.

—Ya lo sé. Pero es mi hermano y supongo que... —Suspiró—. No creo que fuera capaz de hacerme daño.

Ya habían llegado al aula y estaban parados delante de la puerta mientras los demás estudiantes se apresuraban para ir a clase. Muy cerca había un vigilante vestido con un uniforme oscuro, impecable. Miraba hacia otro lado, simulando que no oía lo que decían.

Por la mañana los guardias también la habían seguido hasta el desayuno.

Sylvain echó un vistazo al guardia y tiró de Allie para susurrarle algo al oído.

—Si te llegara a pasar algo... no sé qué haría.

Estaba hermoso a la suave luz de la mañana, era todo ojos azules y piel morena.

—No me va a pasar nada —dijo ella—. Te lo prometo. —Algunas puertas empezaron a cerrarse a su alrededor. El vigilante se situó un poco más cerca de ellos.

Allie sintió los ojos del guardia clavados en ella y se echó para atrás.

—Deberíamos entrar.

Sylvain no replicó.

Tras ocupar los asientos de siempre, se pusieron a cuchichear sobre el personal de seguridad hasta que Jerry Cole hizo acto de presencia y los mandó callar con su amabilidad habitual.

El profesor de Ciencias estaba más despistado que de costumbre. Llevaba los papeles arrugados y desordenados, tenía el pelo tieso sin peinar y las gafas torcidas, como si hubiese llegado al aula a la carrera.

—Hoy vamos a hablar de... —Jerry rebuscó entre sus papeles, como si no tuviera ni idea de cuál iba a ser la lección de aquel día. Al final encontró el papel que estaba buscando y lo sostuvo en el aire con aire triunfal—. La ley de la gravedad de Gauss y... —Volvió a interrumpirse y se puso a buscar otra hoja—. Vaya por Dios, ¿dónde lo habré metido?

La confusión del profesor provocó risitas nerviosas entre los estudiantes. Él sonrió, mirándolos por encima de las gafas.

—Anoche no dormí nada, muchachos —dijo—. Puede que esta sea una de esas clases en las que vosotros me explicáis la teoría de las cuerdas a mí y yo os puntúo según la imaginación que le echéis.

Allie miró de soslayo a Sylvain. Él chico sonreía sin darse cuenta, viendo cómo intentaba arreglárselas Jerry.

Cuando sonreía estaba todavía más guapo. Ella debía corresponder a su amor.

Aquella tarde el grupo se reunió en el césped para comparar notas. Era julio y oscurecía más tarde.

Había un par de vigilantes montando guardia a unos tres metros de distancia.

A aquellas alturas Allie apenas se daba ya cuenta de su presencia. La habían

seguido durante todo el día.

Después de quitarse los zapatos y aflojarse las corbatas, se sentaron en círculo sobre el mullido césped.

La excitación que había producido la repentina aparición de Christopher ya se había disipado, y esta vez, para variar, no hablaban de Nathaniel o de Christopher. Se quejaban de la carga de trabajo que tenían.

—Y luego dijo: «Seguro que puedes leer cincuenta páginas para mañana, ¿no?» —contaba Nicole con manifiesta irritación—. Y yo le dije: «Por supuesto. Como esta es la única asignatura que tengo...».

Los demás asintieron con empatía.

—¿Son imaginaciones mías o Zelazny se está volviendo un poco majara? —dijo Allie—. Fijaos en esto. —Con ojos acusadores, sacó la lista de tareas para que todos vieran lo larga que era—. Si él es el espía, parece que quiere matarnos a deberes.

—Todos los profes están un poco pesados —dijo Carter—. Es como si notaran que... pasa... algo.

La voz se le había ido apagando mientras miraba por encima del hombro de Allie. Todos se giraron para ver qué había llamado su atención.

Los guardias que había plantados detrás de ellos echaron a correr hacia el colegio. Hablaban por unos micrófonos que Allie no podía ver.

Empezaron a llegar guardias de todos lados y, tras deliberar en el césped, salieron a la carrera hacia el interior del edificio. Allie oyó a lo lejos el rugido de varios coches que subían a toda velocidad por el camino de entrada.

—¿Pero qué diablos...? —dijo Allie, al tiempo que sus músculos comenzaban a contraerse.

—Oh, oh —musitó Rachel.

Sylvain, Zoe y Carter se pusieron en pie de un brinco. Las demás se apresuraron a imitarlos.

Un vigilante que Allie recordaba haber visto antes en la Night School atravesó a toda prisa el césped en dirección a ellos. Les gritaba algo, pero no entendieron qué les decía hasta que estuvo junto a ellos.

—Todo el mundo adentro. Ahora.

Echaron a correr por el césped sin siquiera pararse a recoger los libros y los zapatos. Allie vio que otros alumnos a su alrededor también salían a toda prisa. Todos fueron en tropel hacia el colegio. Había algunos guardias apostados en las puertas que los urgían a correr más rápido. Nadie gritó. No hubo ninguna escena de pánico. Al fin y al cabo, aquello era Cimmeria. Aunque todos corrieron muy rápido.

La hierba era suave y fría bajo los pies de Allie. Sobre sus cabezas el cielo lucía azul e inocente. En otras circunstancias aquello habría parecido algún tipo de juego.

Pero no lo era.

Allie no sabía adónde iba ni de qué huía, pero estaba alerta y concentrada. Echó la vista atrás en busca de Rachel, y comprobó que Nicole ya estaba junto a ella.

Carter y Sylvain flanqueaban a Allie, caminando a su mismo paso. Delante de ellos, Zoe llegó a las escaleras delanteras y se coló en el edificio.

—¡Vamos, vamos! —gritaban sin cesar los vigilantes de las puertas.

Cuando llegó al hall de entrada, Allie iba tan rápido que los pies le patinaron en suelo de piedra. Recuperó el equilibrio sin perder el paso. Al fondo del pasillo, vio que guardias y profesores conducían a los alumnos a la sala común.

Había empezado a seguirlos cuando alguien la llamó. Se dio la vuelta y vio a Raj en el umbral del despacho de Isabelle, llamándola por señas.

Corrió hacia él junto con Carter y Sylvain.

Raj tenía una expresión tensa y fría que Allie recordaba de otras tardes funestas.

—Pasad adentro.

Cuando todos hubieron entrado, Raj cerró la puerta y cruzó la habitación hacia donde se encontraba Isabelle, de pie junto al escritorio. La directora sostenía en la mano un teléfono móvil. Allie reparó en que la mujer iba toda despeinada, como si hubiese llegado corriendo. La vio asentir a lo que Raj le decía y le pareció que las manos le temblaban cuando se presionaba las sienes con los dedos.

El despacho era pequeño y estaba repleto de alumnos y guardias de la Night School. Aun así, había silencio. Nadie hablaba.

Como eran muchas personas en un espacio muy reducido, casi de inmediato el ambiente se hizo caluroso y sofocante. Allie estaba apretujada entre los dos chicos. Veía a Zoe, pero no tenía espacio suficiente para girarse y cerciorarse de que Rachel y Nicole estaban allí. Dio por sentado que las tenía detrás.

—No sé qué estará pasando —susurró Carter—, pero nada bueno.

Allie oyó que Zoe mascullaba:

—No veo nada.

Acto seguido vio cómo la chiquilla se abría paso a codazos hasta el frente, con una violencia que parecía totalmente innecesaria.

—Por favor, mantened la calma —dijo Isabelle.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Sucede lo siguiente —prosiguió la directora—: Hemos identificado a la persona que ha estado trabajando para Nathaniel.

Allie contuvo la respiración.

Un murmullo recorrió la sala e Isabelle aguardó a que se desvaneciera para continuar.

—Ahora mismo no puedo daros más detalles de cómo lo hemos conseguido, pero sí os puedo asegurar que las pruebas son irrefutables. Se ha dado a la fuga. Él sabe que lo estamos buscando. Creemos que está escondido en el edificio, o muy cerca. ¿Raj?

Él, pensó Allie, un poco aturdida. No es Eloise.

Raj se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en el escritorio.

—Necesitamos que ayudéis al personal de seguridad a peinar el edificio y

encontrar al espía. No hay tiempo que perder. Os dividiremos en tres equipos. —La mirada de acero de Raj los recorrió uno a uno, como si le estuviera hablando directamente a cada uno de ellos—. Seguid los protocolos habituales, pero sabed que el individuo que estamos buscando es muy peligroso. Está altamente preparado. Si lo encontráis, no intentéis capturarlo por vuestra cuenta; esperad a los guardias. ¿Ha quedado claro?

Los alumnos asintieron en señal de conformidad.

—La persona que buscáis es Jerry Cole.

Veinticuatro

Todos gritaron al mismo tiempo.

—¿Jerry?

—¿Qué?

—No.

—Imposible.

El alboroto fue en aumento, pero Allie guardaba un silencio absoluto. La noticia había sido como una ola que la golpease. Una ola que estaba a punto de llevársela mar adentro.

¿Era Jerry? ¿El amable y jovial profesor amante de la ciencia?

La mente de Allie se negaba a aceptarlo.

Pero entonces, al otro lado de la sala, vio a Isabelle. El dolor que había en su rostro era tan crudo que la leve esperanza que le había proporcionado el escepticismo a Allie se evaporó al instante.

Isabelle era una persona prudente. No estaría así de atormentada de no haber estado segura de la noticia.

Le dolía el estómago como si alguien le hubiese dado un puñetazo.

Se acordó de Jo, rubia, alegre y llena de vida, señalando a Jerry:

«¿No te parece atractivo?».

Jerry había abierto la verja aquella noche. Fue Jerry el que condujo a Jo hasta su asesino.

Confiábamos en él, pensó. Y él ayudó a que la mataran.

Necesitaba sentarse. En aquella habitación no quedaba oxígeno. Era asfixiante. Estaba mareada.

Notó su propio pulso en los oídos, demasiado fuerte. Aquello no podía ser bueno.

«No te matará...», le había dicho Zoe sobre el pánico, pero en aquel momento Allie casi deseó que lo hiciera.

¿Cómo iba vivir en un mundo en el que podía suceder algo así? Un mundo en el que alguien podía fingir ser buena persona y luego cometer actos terribles.

¿Cómo se puede vivir aquí?

El mundo es un lugar inhabitable. Lleno de monstruos.

Se secó una lágrima que le rodaba por la mejilla. Empezaba a costarle respirar y sabía que si no se calmaba, si permitía que el pánico se apoderara de ella, sería solo una carga para los demás. Tenía que controlar el dolor. Canalizarlo para hacer con él algo positivo.

Enfrente Raj seguía hablando, y Allie se obligó a escuchar. El jefe de seguridad estaba diciendo nombres y asignando ubicaciones. Le pareció una escena lejana, como si todo aquello le estuviese pasando a otra persona. Las palabras se fundían unas con otras, igual que en un idioma desconocido.

Entonces Raj terminó y todos empezaron a moverse; Allie no estaba segura de

adónde tenía que ir. Alguien le tocó el brazo y, cuando miró hacia arriba, vio los ojos azules de Sylvain que la observaban preocupados.

—Perdona —dijo ella recuperando la compostura—. ¿En qué equipo...?

—Estás conmigo y con Zoe. —Su voz afrancesada sonó baja y con una calma forzada—. ¿Estás bien?

Ella se enderezó y asintió rígidamente para demostrar que estaba bien, aunque no lo estaba en absoluto.

—Estamos seguros de que está en el edificio o muy cerca de aquí —dijo Raj—. Pero no sabemos exactamente dónde. Por eso necesitamos que lo busquéis planta por planta y estancia por estancia. Los guardias ya lo están haciendo, pero vuestro trabajo es ayudarles. Seréis ojos y oídos adicionales.

Alguien abrió la puerta y corrió un poco de aire fresco. Allie intentó inspirar profundamente, pero sus pulmones no cedieron.

—Coged un walkie-talkie a la salida. —Raj alzó la voz por encima del murmullo de las conversaciones—. Si veis algo sospechoso, informad inmediatamente. No os impliquéis.

Los alumnos empezaron a desfilar y a recoger el aparato antes de salir. Raj los llamó:

—Y recordad: no intentéis atraparlo por vuestra cuenta, bajo ninguna circunstancia.

Más tarde, Allie no recordaría haber abandonado el despacho. Todo lo que sabía era que de repente iba caminando entre Zoe y Sylvain por el amplio vestíbulo principal, con la furia creciendo poco a poco en su interior.

Jerry tiene que pagar.

El colegio parecía extrañamente vacío, habitado solo por las oscuras siluetas que habían salido del despacho de Isabelle y se habían desperdigado, sigilosas como espectros, por todas las plantas de aquel edificio lleno de recovecos.

El movimiento había calmado los nervios de Allie. El metódico proceso que los aguardaba y el objetivo final le infundieron fuerzas. Ya respiraba con normalidad.

La rapidez era fundamental; no había tiempo para ponerse el equipo de la Night School. Allie sentía bajo los pies el suelo frío e irregular de madera pulida. Iba descalza, igual que Zoe. Les había tocado inspeccionar la planta baja del edificio principal. Mientras caminaban, Sylvain le explicó en susurros lo que se había perdido. Los guardias ya habían inspeccionado aquella zona, de modo que ellos tres solo tenían que repasarla. Era casi seguro que Jerry no estaba allí. Los alumnos que no pertenecían a la Night School estaban en la sala común, así que pasaron de largo hasta la siguiente sala, el comedor.

De común acuerdo, Sylvain tomó la delantera. Agarró el picaporte, y Allie y Zoe se colocaron a ambos lados de la puerta.

El ritmo cardíaco de Allie se aceleró. Sus músculos se tensaron. Estaba lista.

La puerta se abrió sobre sus silenciosos goznes.

Dentro, el vasto comedor estaba en penumbra, únicamente iluminado por la luz de la tarde, que entraba a través de los gigantescos ventanales que había en una pared distante. Las mesas redondas estaban desnudas y las pesadas sillas dispuestas con esmero.

Se dispersaron; Sylvain fue hacia la izquierda y Zoe hacia la derecha.

Allie caminó con cautela por el medio de la enorme sala. Allí no había dónde esconderse. No había armarios, ni cortinas. Estaba claramente vacía.

Se agachó y miró debajo de las mesas. No vio más que patas de madera.

Volvió a incorporarse. Los tres jóvenes intercambiaron miradas. Zoe señaló hacia el fondo de la estancia, donde estaba la puerta de doble hoja que daba acceso a la cocina. Sylvain hizo un gesto afirmativo con la cabeza y fue rápidamente tras Zoe. Allie los siguió.

Intentaba imaginarse qué haría si encontraba a Jerry; era el mejor de los instructores. Estaba muy preparado. Era musculoso. Letal.

Y era su profesor.

¿Cómo iba a luchar contra él?

Pues luchando, decidió con fría determinación.

Aunque la idea le ponía los pelos de punta.

En esta ocasión Zoe entró de primera, pasando entre las puertas con un salto preciso y atlético.

En un rincón había unos lavavajillas de tamaño industrial. Las enormes neveras zumbaban. Allí tampoco había nadie.

Inspeccionaron los armarios bajos y miraron debajo de una gigantesca mesa de carnicero. Nada.

Sylvain levantó una ceja y Allie asintió.

La siguiente habitación del pasillo era el salón de actos.

Le tocaba a Allie entrar la primera. Antes de agarrar el pomo de la puerta, esperó a que los otros tomaran posiciones. Sintió el metal frío entre los dedos, pero el pomo giró fácilmente. La puerta se abrió sin el menor ruido.

Aquel elegante salón de baile podía albergar a varios cientos de invitados. Era fácil imaginárselos por allí, danzando sobre el suelo de roble pulido, bebiendo champán y riendo. Sin gente, el salón tenía un aspecto hueco y fantasmagórico. Allí no había ventanas, y el fondo de la estancia estaba en penumbra.

Allie sintió una presión en el pecho.

Los jóvenes se separaron nuevamente bajo las pesadas luces metálicas que colgaban del techo. Cuando estaban encendidas resplandecían como miles de velas. Ahora eran frías y oscuras.

La sala carecía totalmente de mobiliario, lo que facilitó la búsqueda. Caminaron al mismo ritmo a lo largo de todo el salón de baile. Allie notó, bajo los pies descalzos, lo suave y limpio que estaba el suelo, como si lo barrieran cada día aunque no se utilizara.

Al fondo de la sala había sillas amontonadas, y habían apartado unas cuantas mesas a un lado, a la espera de la siguiente celebración. En perfecta sincronía, los tres se agacharon a mirar debajo.

Nada. Ni una pelusa.

Allí no había nada parecido a un armario. No había dónde esconderse. De modo que, al llegar a la pared del fondo, giraron sobre sus talones al mismo tiempo y salieron sin mediar palabra.

El pasillo estaba en silencio. No había movimiento.

La siguiente puerta era un armario de limpieza que Allie no recordaba haber visto nunca. Contenía mopas, cubos y algunos productos, y a Allie le recordó con inquietud al lugar en el que se había escondido aquella noche con Mark, en la escuela de Brixton Hill, cuando fueron arrestados. Aquel hecho la había conducido hasta allí, hasta aquel día. Hasta aquel preciso instante.

Una milésima de segundo que lo había cambiado todo.

¿Y si no hubiese ocurrido?, se preguntó mientras volvían a cerrar la puerta. ***¿Qué habría pasado si no hubiese ido a hacer grafitis al colegio aquella noche? ¿Dónde estaría yo ahora?***

Pero no había tiempo de preocuparse por eso. Se estaban aproximando a la última puerta del pasillo: la biblioteca.

A aquellas alturas ya tenían la rutina aprendida. Allie y Zoe flanquearon la entrada. Cuando estuvieron en posición, Sylvain dio un paso adelante y agarró el picaporte.

Todos oyeron un ruido al mismo tiempo. Un débil choque. Ahogado por la gruesa puerta de madera, se oía a alguien agotado o haciendo algún tipo de esfuerzo.

El momento pareció congelarse en el tiempo. Allie notó cómo el cuerpo de Sylvain se tensaba. Junto a ella, Zoe frunció el ceño y torció la cabeza a un lado, pequeña pero alerta, como un pájaro a punto de echar a volar.

Entonces Sylvain se tiró contra la puerta con el hombro por delante y se precipitaron en la biblioteca.

Al principio, bajo la tenue iluminación, no vieron más que aquel laberinto de estanterías, que se alzaban como torres sobre ellos y se extendían en todas direcciones. Allie empezó a moverse, pero Sylvain les cortó el paso a ella y a Zoe con el brazo. Se quedaron quietos durante un segundo. Entonces volvieron a oírlo. Carne contra carne, una respiración costosa, un llanto reprimido. El ruido sordo de algo al caer.

—Por ahí. —Zoe señaló con decisión hacia el otro lado de la sala.

Echaron a correr, esta vez juntos. Casi habían llegado a la mitad de la biblioteca cuando descubrieron a Eloise y a Jerry. Estaban justo fuera de las salitas de estudio; de hecho, una seguía abierta y la luz y el color se colaban por la pequeña puerta disimulada.

Estaba escondido ahí, comprendió Allie, aturdida.

Los dos peleaban de modo brutal. A Eloise se le había soltado el cabello largo y oscuro de la pinza y le caía sobre la esbelta espalda. Le propinó una patada a Jerry en el cuello. El golpe fue certero, pero él reaccionó rápidamente, esquivó el pie de Eloise con una facilidad pasmosa y se irguió con el puño en alto.

Jerry dijo algo que Allie no alcanzó a oír y Eloise giró, con los codos hacia afuera, como picos. Esta vez no erró y lo golpeó con fuerza en el pecho. Jerry se dobló de dolor, pero logró echarse a un lado antes de que ella pudiera darle un puñetazo en la cara.

Y en ese momento, Jerry los vio.

Allie advirtió cómo Jerry los recorría con la mirada y pensó que, por un instante, una sombra de arrepentimiento había asomado a sus ojos.

—Atrapadlo —dijo Sylvain.

Los tres se precipitaron al otro lado de la habitación. Zoe, que siempre era la más rápida, llegó hasta Jerry primero y le lanzó una patada seca y certera en la parte baja de la espalda, pero el profesor la esquivó y se la quitó de encima fácilmente.

Eloise abrió los ojos como platos al comprender qué estaba sucediendo.

—¡Marchaos! —gritó.

La presencia de los adolescentes la había distraído, lo que había hecho ganar algo de tiempo a Jerry. Este se movió velozmente, levantó como si nada una mesa de estudio que había allí al lado y la tiró con una fuerza tal que, al llegar al suelo, se rompió en mil pedazos.

Pedazos que salieron disparados. Una astilla salió volando y golpeó a Allie como metralla. Le hizo un corte en el muslo, pero ella ignoró el pinchazo y se dio la vuelta en busca del profesor de Ciencias. Había desaparecido.

—¡Por aquí! —gritó Eloise, mientras corría hacia la parte trasera de la biblioteca.

Detrás de ella, Allie oyó a Sylvain hablando vehementemente.

—Venid a la biblioteca. ¡Ahora! ¡Ahora! —Los nervios hacían que se le marcara más el acento, y Allie tardó unos segundos en entender que estaba hablando por el walkie. Se le había olvidado que ella también llevaba uno.

Corrió por entre los estantes siguiendo la voz de Eloise y con el corazón martilleándole las costillas. Había perdido a Zoe después de lo de la mesa, pero solo había tiempo de correr.

Cuando salió del laberinto de estanterías al espacio abierto que había en la parte de atrás de la biblioteca, oyó la voz grave y tensa de Eloise.

—Me lo robaste todo —decía—. Todo lo que me importaba. Haré que pagues por ello, aunque me lleve toda la vida.

Estaban junto a la puerta trasera. Eloise bloqueaba la salida a Jerry con su propio cuerpo. Zoe iba de acá para allá, como una mosca, esperando un momento de debilidad para intervenir. Los dos adultos la ignoraban.

Sylvain, que estaba en frente de Allie entre las sombras, lo observaba todo atentamente.

Eloise era su profesora. E instructora de la Night School. Esta jugada le pertenecía.

Jerry concentraba toda su atención en Eloise. No parecía enfadado o resentido, sino arrepentido.

—Lo siento mucho, Ellie —dijo Jerry—. Yo no quería que pasara esto.

—Y una mierda —le escupió Eloise—. Escogiste a Nathaniel antes que a mí. Todo lo que dijiste era mentira.

El profesor negó enérgicamente con la cabeza, ya no intentaba cruzar la puerta.

—No, no, no. Te quería de verdad. Te quiero. Todo lo que dije era cierto.

En aquel momento, al verlo distraído, Zoe lanzó con todas sus fuerzas una patada voladora al cogote de Jerry.

Pero aquella llave se la había enseñado él. Y también les había enseñado a defenderse de ella.

Jerry se giró, le devolvió una patada poderosa y, antes de que Zoe pudiera recuperar el equilibrio, le asestó un puñetazo en la mandíbula. El golpe produjo un crujido espantoso.

El cuerpo de Zoe salió volando por los aires y fue a estrellarse contra una mesa antes de desplomarse contra el suelo, donde yació horriblemente quieta.

Veinticinco

Cuando vio caer a Zoe, Allie no fue capaz de moverse. Las piernas le pesaban. El mundo a su alrededor se convirtió en una bruma. Todo se empañó. Eloise se volvió hacia Zoe. Jerry salió dando tumbos por la puerta. Sylvain fue disparado tras él.

Luego Allie corrió hasta donde yacía Zoe, con pasos lentos y pesados. Eloise ya estaba junto a ella y le estaba buscando el pulso en el cuello, mientras decía para sí:

—Venga, Eloise. Encuéntralo, encuéntralo...

A sus espaldas, oyeron unos pasos. Un grupo de guardias irrumpió en la biblioteca gritando órdenes.

—¿Dónde está? —bramó uno de ellos.

La brisa fresca de la tarde entró por la puerta que daba a los terrenos del colegio.

Jerry se había ido y a Allie no podía importarle menos.

—Zoe —susurró acariciándole la cara con dedos vacilantes. Tenía la piel fría y pálida como el mármol. Las pestañas posadas sobre su rostro como plumas oscuras.

Inconsciente, parecía una niña pequeña.

—Zoe —susurró otra vez Allie, con la voz a punto de quebrársele—. Despierta.

Pero no se movió.

Allie solo podía pensar: *está muerta, igual que Jo*. Aún oía el crujido del puñetazo contra la barbilla de Zoe. Cómo se le había girado la cabeza del golpe. Y Allie sintió cómo volvía a caer en el pozo de la desesperación, del que tanto esfuerzo le había costado salir el último invierno. Tardó un rato en comprender lo que Eloise le estaba diciendo.

—Está viva, Allie. —La bibliotecaria la estaba agarrando por los hombros y Allie se preguntó cuánto tiempo llevaría diciéndoselo. «Está viva».

Pero Zoe estaba tan quieta y pálida que Allie no se lo creyó. Apartó las manos de Eloise y meneó la cabeza tozudamente, reprimiendo un sollozo.

—El cuello —dijo Allie—. Puede que esté roto.

Eloise apretó los labios.

—Quédate con ella. Ahora vuelvo.

Cuando la bibliotecaria se hubo marchado, Allie empezó a ser más consciente del ajetreo que había en torno a ella. Los guardias entraban y salían, y sus botas retumbaban como truenos, amortiguadas por las gruesas alfombras persas.

Agarró la mano de la chiquilla y la protegió con su propio cuerpo. Aturdida, vio llegar a Eloise acompañada por la enfermera, que le colocó un collarín a Zoe. Cuando los guardias la subieron en camilla hasta la enfermería, Allie no se separó de ella ni un instante.

Después esperó a que su amiga se despertara. Los demás iban y venían. Primero Nicole y Rachel; más tarde Sylvain y Carter. Incluso Katie, preocupada, se pasó un rato y se dedicó a servir vasos de agua, que Zoe no podía beber porque no estaba despierta y que Allie se negaba a tocar.

A las diez se reunieron todos en la enfermería, haciendo oídos sordos a las quejas que la enfermera mascullaba («Dejad respirar a la pobre niña...»), y conversaron en voz baja mientras aguardaban.

La habitación albergaba otras cuatro viejas camas de hierro blanco. Zoe estaba acostada en la más próxima a la ventana, que habían dejado entreabierta, lo justo para que entrara un poco de aire. Allie estaba sentada a su lado y no le soltaba la mano.

Zoe solo tenía trece años. Parecía tan menuda bajo aquellas sábanas blancas...

El ligero olor a desinfectante le recordó vívidamente a Allie las dos semanas que había pasado allí durante las Navidades, después de que Nathaniel intentara secuestrarla.

No pensaba dejar a Zoe allí sola. Sabía lo que se sentía.

El tiempo pasó y Zoe seguía inconsciente. Los otros se habían acomodado por las camas vacías y hablaban sobre lo acontecido aquella noche. Así fue como Allie se enteró de lo que había pasado después de que Zoe resultara herida.

Sylvain había perseguido a Jerry, pero le había perdido el rastro casi inmediatamente.

—Fue como si desapareciera —decía Sylvain amargamente—. Lo tenía justo delante. No sé cómo se las arregló.

—Tendría un plan de escape. —Nicole se encogió de hombros desanimadamente—. Puede que lo tuviera planeado desde hace tiempo.

Los vigilantes habían iniciado una búsqueda por los terrenos de la escuela para luego suspenderla de golpe. Poco después los alumnos habían oído el rugido de unos coches camino abajo, hacia la salida.

Desde entonces nadie había visto a Isabelle, Raj o cualquier otro de los instructores de la Night School, y circulaban toda clase de rumores sobre dónde se encontraban y qué había ocurrido.

Ya habían permitido salir a los alumnos de la sala común; señal de que creían que el peligro había pasado. Aun así, todo el mundo seguía algo confundido sobre qué estaba sucediendo exactamente.

Allie asimiló la información sin soltar la manita de Zoe.

El médico le había dicho que Zoe estaba bien. Que tenía un traumatismo, pero que el cuello y el cráneo estaban perfectamente. Sus reflejos eran buenos. Las pupilas eran normales. Respiraba con normalidad. Que se despertaría en cuando estuviera lista para hacerlo. Sin embargo, Allie no le creyó.

No se atrevía a tener esperanza. La esperanza solo sirve para sentir aún más dolor cuando todo sale mal.

A pesar de todo, se alegraba de que los demás le hicieran compañía. El familiar sonido de sus voces la arropaba como una manta cálida.

—No me puedo creer que fuera Jerry —dijo Rachel, repitiendo el sentimiento que todos compartían.

—Siempre he tenido la esperanza de que fuera Zelazny —suspiró Nicole.

—Pues yo me alegro de que no —dijo Sylvain en tono huraño. Zelazny había sido su mentor en la Night School y estaban muy unidos.

Allie pensó en Eloise; había mantenido la calma y luchado con uñas y dientes contra Jerry.

—¿Cómo está Eloise? —preguntó. Los demás la miraron sorprendidos. En todo aquel rato, Allie apenas había hablado—. Le dio una buena paliza a Jerry.

—Nadie lo sabe —dijo Rachel—. Ha desaparecido, igual que Isabelle y Raj. Aunque justo después se la veía bien. Solo que... muy cabreada.

No era de extrañar. Eloise y Jerry habían sido pareja durante un tiempo, hasta que lo dejaron cuando acusaron a la bibliotecaria de ser la espía y él no la defendió. Tenía motivos de sobra para estar enfadada.

—¿Creéis que ella ya lo sabía? —discurrió Nicole.

—¿Que él trabajaba para Nathaniel? —Carter se mostró sorprendido por la pregunta. Pero Nicole asintió.

—Sobre todo después de cómo se comportó cuando la acusaron —añadió—. Dejó que todos pensaran que era ella. Eloise debió de imaginarse que él no era trigo limpio.

—A lo mejor solo pensó que era un capullo —sugirió Sylvain.

Todos se mostraron de acuerdo. Parecía factible, aunque improbable. Cuando quieres a alguien de verdad, cuesta creer que sea capaz de hacer algo verdaderamente malo.

Zoe soltó un leve quejido y Allie se volvió hacia ella rápidamente. Ahora tenía más color en las mejillas y, tras un segundo, se movió bajo la manta blanca.

—¿Se ha despertado? —preguntó Rachel. Los demás se acercaron a mirar.

—¿Con qué me he dado? —murmuró Zoe al tiempo que alzaba una mano para tocarse la mandíbula.

—Con Jerry. —Allie le subió la manta hasta los hombros antes de volverse hacia los demás—. Que alguien vaya a llamar a la enfermera; se está despertando.

Sylvain corrió hacia la puerta.

Zoe fue abriendo los ojos y contempló la habitación y las caras que había a su alrededor.

—Oh, mierda. No lo he soñado.

Tenía la voz ronca. Alguien le alcanzó un vaso de agua y Allie le rodeó la espalda para que pudiera incorporarse y beber un trago.

Notó en sus brazos los pequeños hombros de la chiquilla, frágiles como las alas de un pájaro.

Zoe parpadeó y alzó la vista hacia ella.

—¿Escapó?

Allie no pudo hablar. De repente tenía ganas de llorar. Así que se limitó a asentir.

—Me temo que sí, Peque. —Carter se acercó y le dio unas palmaditas en la mano. Un poco de color tiñó las mejillas de Zoe.

—Mierda. ¿Cómo no me acordé de protegerme el flanco izquierdo? Si es de cajón. —Volvió a recostarse en la cama y soltó la mano de Allie—. Vaya mierda, me duele la cabeza. ¿Qué me hizo?

Rachel sonrió a Zoe.

—Tienes una contusión bastante fuerte. Y te hace decir palabrotas. ¿Quién es el primer ministro?

—Ese idiota —gruñó Zoe—. El de la cara rara.

—Ese es —Rachel asintió, satisfecha—. No creo que tengas el cerebro peor de lo que ya lo tenías.

—Parece que la cabeza me va a estallar —dijo Zoe agarrándose el pelo.

La enfermera entró apresuradamente en la habitación.

—Eso tiene fácil solución. —Tras tomarle el pulso y auscultarla, le tendió dos pastillas blancas—. Tómate esto. —Mientras Zoe cogía obedientemente de su mano los analgésicos, la mujer miró a los otros con aire amenazador—. Y ahora, os agradecería que la dejarais un poco tranquila. Tiene que descansar.

Finalmente cedieron y salieron de la habitación, pero Allie se entretuvo un poco más. Quería empaparse de la visión de Zoe, viva y refunfuñando.

Zoe torció la cabeza a un lado, con una expresión astuta en los ojos.

—¿Te he asustado?

Allie dejó escapar una sonora exhalación y sonrió.

—Me has dado un susto de muerte.

En su languidez, Zoe parecía encantada.

—Genial.

Cuando el grupo llegó al pie de las escaleras, había un trío de guardias esperándolos.

Una mujer musculosa vestida de negro y con una melena larga y rubia recogida en una trenza los recorrió con la mirada, como si estuviese buscando a alguien.

—¿Allie Sheridan?

Allie, que había sido la última en bajar, se abrió paso hacia ella.

—Soy yo.

—Isabelle quiere verte.

La mujer le sonaba, recordaba vagamente haberla visto por el colegio. Aun así, siguió mirándola con recelo. Isabelle nunca había mandado a los guardias a buscarla.

—¿Qué pasa? —Sylvain se colocó junto a Allie. Su tono era comedido, pero miraba a los guardias inquisitivamente y con ojos desconfiados.

Los guardias pusieron su atención en él.

—No te sabría decir. —El tono de la guardia era sereno—. Pero es importante.

—¿Dónde está Isabelle ahora mismo? —Rachel apareció al otro lado de Allie. Lo había preguntado como si nada, pero su mirada era suspicaz—. No la hemos visto en

toda la noche.

La mujer estaba visiblemente desconcertada. Obviamente no se había esperado aquello.

—En su despacho. Pero está ocupada.

—Vaya, qué mala suerte —dijo Carter, mientras se sumaba, junto con Nicole, a los que rodeaban a Allie—. Porque tenemos que hablar con ella.

—No tenemos tiempo para esto —dijo impacientemente uno de los guardias.

Pero la mujer alzó una mano:

—Dadnos un segundo.

Los tres guardias se retiraron para discutir.

Pasado un momento, la guardia regresó. Su expresión era inescrutable.

—Uno de vosotros puede acompañarla —dijo—. Pero nadie más. Los demás os quedáis.

Su tono no admitía discusión.

—Ve tú —le dijo Carter a Sylvain—. Yo me quedo con Rachel y Nicole.

Sylvain asintió en señal de acuerdo.

Allie se pasó una agotada mano por el pelo.

—¿De verdad pensáis que es una trampa? Todo esto es muy raro.

—Sí que lo es. —El tono de Carter era sombrío.

Él y Sylvain intercambiaron una mirada de preocupación. Rachel y Nicole se habían apretujado.

—No os alejéis —le susurró Sylvain a Carter—. Ahora mismo no me fío de nadie.

—Ni yo —dijo Carter.

El resto se quedó atrás, mientras Sylvain y Allie seguían a los guardias de seguridad por el pasillo oscuro. Ya era tarde; Allie no tenía ni idea de qué hora era y hacía un buen rato que le había dejado de importar. Pero el edificio tenía un aire silencioso y nocturno, cargado de peligros.

Seguía descalza y tenía los pies fríos. Se preguntó si sus zapatos aún estarían tirados en el césped, donde los había dejado. Estaba cansada pero completamente despierta al mismo tiempo, la adrenalina le corría por las venas como una droga.

Cuando llegaron al despacho de Isabelle, uno de los vigilantes llamó dos veces a la puerta tallada, que se abrió de inmediato. Raj Patel estaba de pie en el umbral, recortado contra el cálido resplandor de la luz del despacho.

Primero sus ojos se posaron en Allie y luego en su acompañante.

—Sylvain, ¿qué haces aquí? —preguntó bruscamente.

Allie dio un paso al frente.

—He querido que viniera.

Raj miró por encima del hombro de Allie a la guardia rubia. Se había encogido de hombros.

—Se negaba a venir sola. Sabía que necesitabais que viniera rápido. No he tenido

elección.

Raj se frotó la áspera barba de cuatro días que le crecía en las mejillas. Por primera vez, Allie se percató de lo agotado que estaba. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Está bien. Pasad adentro. Deprisa.

Dom ya estaba allí, sentada en una de las butacas que había frente al escritorio de Isabelle, y tenía el ordenador portátil abierto sobre el regazo. Miraba atenta y fijamente la pantalla.

¿Qué está pasando aquí?, se preguntó Allie para sus adentros. Otra vez se le empezaron a revolver las tripas.

Isabelle estaba sentada a la mesa, hablando en voz baja por el móvil. La directora les echó una mirada de preocupación.

—Tomad asiento todos. Rápido.

Allie se sentó, envarada, en la butaca que había junto a Dom. La informática no despegaba la vista de la pantalla.

Sylvain fue a sentarse a un mueble bajo que había en el fondo de la habitación. Raj se quedó junto a la puerta. No había nadie más aparte de ellos.

Isabelle apretó un botón del teléfono móvil y lo posó en la mesa.

—Están todos, Lucinda. Allie ha venido con Sylvain Cassel.

—Muy bien. —La voz de la abuela de Allie surgió del aparato, grave y autoritaria, incluso a través del diminuto altavoz.

—Gracias a todos por venir. ¿Allie?

—Eh... ¿sí? —Allie se enderezó en su asiento.

—He sabido que tú y otra alumna habéis sido muy valientes esta noche al intentar detener a Jerry Cole, y que tu amiga está herida.

Allie volvió a oír en su cabeza el crujido del puñetazo de Jerry contra la cara de Zoe. En un reflejo inconsciente, encogió el cuerpo.

—Se me ha ocurrido —prosiguió Lucinda— que, en estas circunstancias, te gustaría estar presente cuando lo atrapemos.

Allie parpadeó repetidamente.

—¿Atrapar a quién?

—A Jerry Cole —dijo su abuela.

Veintiséis

Allie miró a su alrededor, confusa, para que alguien le explicara qué estaba pasando. No entendía qué estaba diciendo su abuela. Allí no parecía que nadie intentara atrapar a nadie.

—No entiendo...

Dom alzó la vista y miró a Allie.

—Lo estoy viendo —dijo—. Ahora mismo.

Las gafas alargadas de la informática brillaban bajo la luz.

El resto de los presentes se había quedado callado.

—¿Cómo? —preguntó Allie.

—Con un dispositivo de rastreo. Lo lleva en la pernera del pantalón. —Dom volvió a girarse hacia el ordenador—. Es diminuto. Imperceptible.

Hablaba con la cuidadosa precisión de una persona instruida, como los científicos que Allie había visto en las noticias. De algún modo, eso la reconfortó. Dom sonaba capaz. Preparada. Como si fuese capaz de lanzar un astronauta al espacio. De arreglar algo roto.

—¿Dónde está? —La voz de Allie era fría como el hielo.

—Aquí. —Dom señaló un punto rojo que había en la pantalla, que se movía despacio y a ritmo constante—. Va montado en un tren, camino de Londres. —Giró la muñeca y un reloj plateado relució—. Llegará a la estación de Waterloo en siete minutos.

—Mis hombres estarán allí, Allie. Esperándolo. —Raj hablaba con la curiosa calma que exhibía siempre que había una operación en marcha.

Allie se giró en la butaca para poder verlo bien.

—A Jo le caía bien Jerry, Raj. Confiaba en él. No dejéis que se escape.

El jefe de seguridad le sostuvo la mirada e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Allie sabía que la había entendido. Él también apreciaba a Jo. Como todos.

—Jerry no va ir a ninguna parte —dijo Dom mientras tecleaba—. Mira. —Señaló la pantalla. Alrededor del punto rojo habían aparecido cinco puntos verdes—. ¿Ves esos puntos? Son nuestros hombres.

Allie tardó unos segundos en comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Van en el mismo tren?

Dom asintió.

Allie miraba la pantalla y el corazón se le puso a latir a un ritmo tan frenético e irregular que le dolió.

Sin despegar los ojos del ordenador, apretó un puño contra el pecho, como amortiguando el doloroso martilleo.

—Isabelle —la voz de Sylvain sonaba forzosamente tranquila—. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo supisteis que era él?

La directora carraspeó.

—El contacto de Lucinda en el servicio secreto ha sido de gran ayuda —contestó—. Tiene acceso a una gran cantidad de información y ha podido comprobar, mucho más meticulosamente de lo que jamás hemos podido hacerlo nosotros, el pasado de todos los profesores que estaban bajo sospecha. El pasado de Zelazny y Eloise encajaba, no encontró nada raro. Con Jerry, sin embargo, había... algunos problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Sylvain.

—Sus cuentas y situación financiera eran intachables hasta un cierto momento —explicó la directora—. De hecho, todo era correcto en los últimos siete años.

Sylvain frunció el ceño.

—¿Qué pasó hace siete años?

—Más allá de los últimos siete años, no encontró ningún dato —dijo Isabelle—. Ni partida de nacimiento, ni pagos de impuestos, ni cuentas bancarias. Por lo que hemos podido comprobar, hace siete años Jerry Cole no existía.

Un silencio perplejo siguió las palabras de la directora.

Allie sintió un escalofrío, como si hubiese pasado el aire por las ventanas inexistentes del despacho.

—¿Cómo es posible? —El tono de Sylvain era cortante—. ¿Cómo ha podido pasar desapercibido hasta ahora? ¿Qué hay de nuestras comprobaciones de seguridad?

Fue Lucinda quien contestó:

—Parece ser que Jerry Cole es un invento. Su experiencia profesional, sus referencias, todo lo que aportó cuando solicitó el puesto en la Academia Cimmeria estaba falsificado con mucha astucia. Un trabajo excelente, en verdad. Nathaniel se ha servido de los mejores. Y, contestando a tu pregunta, Sylvain, comprobamos los antecedentes de nuestro personal muy a fondo, pero no tanto como el servicio secreto. Por ejemplo, no comprobamos su ADN.

Mientras hablaban Allie tenía los ojos fijos en el portátil de Dom. Habían aparecido más puntos verdes. Dom golpeteó con un dedo sobre ellos. Allie asintió, dando a entender que la había comprendido. Aquellos eran los hombres de Raj en la estación. Estaban al acecho.

—Y entonces... ¿Todos estos años...? —Parecía que a Sylvain no le entraba en la cabeza todo aquello, y a Allie no le extrañaba. La traición era algo espantoso. Ella lo sabía mejor que nadie.

—Esperó —dijo Isabelle—. Fingió ser uno de nosotros. Informó a Nathaniel. Nos vigiló. Nos utilizó.

Allie no despegaba los ojos de los puntos. Lo único que importaba ahora era atrapar a Jerry.

—¿Cómo supo que había llegado la hora de huir? —preguntó Sylvain—. ¿Le pedisteis explicaciones?

—No —respondió Lucinda—. Para cuando fuimos en su busca, ya se había dado a la fuga. De algún modo, debió de darse cuenta de que lo sabíamos.

En aquellos momentos el punto rojo estaba muy cerca de los puntos verdes. Allie encontró aquel movimiento hipnótico. Se imaginaba el tren y sus pasajeros; la mayoría gente normal, siguiendo con su día a día. Jerry fingiría ser uno de ellos. Tal vez sostuviera un libro en el regazo.

Pero seguro que sabía que los guardias de Lucinda lo estaban buscando. Que harían todo lo posible por capturarlo.

Allie esperaba que estuviera asustado.

Conocía la estación de Waterloo, era un lugar gris y ajetreado. Ruidoso y cavernoso. Como todas las grandes estaciones de Londres, la patrullaban policías armados. Ahora Nathaniel controlaba gran parte de la policía.

Los hombres de Raj tendrían que atraparlo y llevárselo rápidamente antes de que pudieran darse cuenta.

Lucinda seguía hablando:

—Enviamos a los guardias...

—Jerry está llegando a la estación —la interrumpió Dom—. Justo ahora.

Lucinda se quedó callada.

Raj habló por su teléfono móvil. Se oyó una voz al otro lado. Raj los miró.

—Todos están en sus puestos.

Allie tenía los ojos fijos en los puntos. El punto rojo seguía moviéndose, lenta e inexorablemente. Los puntos verdes le pisaban los talones.

Allie pensó en cómo frenan los trenes al entrar en las estaciones. La larga pausa que precede a la apertura de puertas. Y luego, las prisas por salir.

De repente el punto rojo se movió en otra dirección, más rápido que antes.

—Está huyendo —dijo Dom.

Pero era inútil. Allie vio que el punto rojo se detenía. Los puntos verdes lo tenían rodeado.

Dom se volvió hacia ella con expresión indescifrable.

—Lo tenemos.

El teléfono de Raj vibró otra vez.

—Entendido. —Su tono era frío y vengativo—. Buen trabajo a todos. Traedlo.

Allie seguía mirando la pantalla de Dom. Los puntos verdes rodeaban el punto rojo y se movían con brío. Lo escoltaron fuera de la estación.

Allie estaba anestesiada.

Por fin habían encontrado a la persona que los había traicionado. Pero parecía demasiado tarde.

Más tarde aquella noche, los alumnos se reunieron con Isabelle y Raj en las escaleras delanteras. Eloise y Zelazny también se les unieron.

El cielo era claro; la luna creciente brillaba sobre sus cabezas, en un corro de estrellas.

Había sido una noche muy larga. Tras abandonar el despacho de Isabelle, se habían reunido con los demás para contarles lo sucedido. Allie dejó que fuera Sylvain el que hablara.

Ahora estaban allí de pie, a la espera. Carter y Sylvain estaban a un lado junto a Raj, que parecía que les estaba explicando algo. Rachel y Nicole iban cogidas de la mano, como para darse fuerza la una a la otra.

Allie estaba sola, con los hombros tensos y los puños a los costados.

Entonces oyó la voz añorada de Zoe:

—¿Ha llegado ya? ¿Me lo he perdido?

Allie se dio media vuelta, sorprendida.

Zoe salió derrapando por entre las puertas y se detuvo al ver al grupo.

—Menos mal. He llegado a tiempo.

Estaba pálida y tenía una mejilla completamente amoratada. Por detrás tenía el pelo de punta, como si acabara de saltar de la cama.

—¿Zoe? —dijo Allie—. ¿Cómo has salido de la enfermería?

La otra puso una mueca de disgusto.

—La tonta de la enfermera no quería dejarme marchar. Así que he esperado a que se fuera y me he escapado. Menos mal que no me lo he perdido.

—¿Pero te encuentras bien? —preguntó Rachel, poco convencida—. A lo mejor quería que te quedaras en cama porque, no sé, tienes que quedarte en cama.

Pero Zoe no le dio la menor importancia.

—Estoy perfectamente. Las pastillas que me dio son **la bomba**.

El rugido de varios motores atravesó la noche y todos enmudecieron. Pasados unos minutos, vieron aparecer los caóticos rayos de luz de unos faros entre los árboles, que subían y bajaban entrecortados por los árboles.

Seis coches oscuros se aproximaron por el sinuoso camino de entrada. Las ruedas crujían sobre la grava. Los motores enmudecieron.

Los guardias se apearon de los Land Rovers y Raj fue hacia ellos para estrecharles la mano uno a uno.

—Buen trabajo —decía—. Bien hecho.

Costó encontrar a Jerry entre la multitud de hombres y mujeres vestidos de negro; no era muy alto y había un montón de guardias. Allie no lo vio hasta que se lo llevaron al edificio.

Estaba exactamente igual. Con las gafas torcidas. Y el pelo tieso e inmanejable.

Se seguía pareciendo a su amigo. A su mentor.

Pero ya no era nada de eso.

El grupo se separó en silencio para dejar paso a Jerry. Al pasar, él los recorrió con los ojos como si buscara a alguien. Allie dio por sentado que estaba buscando a Eloise.

Pero entonces Jerry clavó sus ojos en los de Allie y ella se quedó paralizada.

Estaba oscuro y no pudo leer la expresión de su rostro, pero tuvo la sensación de

que Jerry la estaba juzgando con la mirada, de que la estaba sentenciando. Allie tuvo ganas de salir corriendo, de quitarse de encima aquella mirada espantosa, pero fue incapaz de moverse hasta que Carter se colocó delante de ella y la cubrió, poniendo los brazos en cruz.

Allie sintió una presión en pecho. Estaba temblando cuando metieron a toda prisa a Jerry en el colegio y desapareció entre las sombras.

Carter se dio media vuelta y escudriñó la cara de Allie.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él—. ¿A qué ha venido eso?

Ella meneó la cabeza.

Sylvain fue hacia ellos, con la cara en tensión. Cruzó una mirada con Carter.

—No me ha gustado nada esa mirada.

—A mí tampoco —dijo Carter.

—¿Ese era el Jerry de verdad? —preguntó Zoe—. ¿Y el que conocíamos antes era un papel?

Pero nadie conocía la respuesta a aquella pregunta.

Cuando los guardias y los profesores se marcharon, los alumnos formaron un corrillo en las escaleras delanteras. En aquellos momentos la noche parecía más oscura y agobiante.

—Yo no estoy cansada —anunció Zoe.

—No —dijo Nicole mirando al grupo—. Nadie lo está.

—Vamos a la sala común —dijo Carter—. Ya ha pasado el toque de queda, aunque tampoco es que le vaya a importar a nadie.

Marcharon por el pasillo vacío hasta la gran sala de estar estudiantil, con sus amplios sofás y sillones de cuero y sus altas estanterías repletas de juegos de mesa. En un rincón, el silencioso piano de cola les recordó que aquel había sido alguna vez un sitio donde la gente se divertía.

Se instalaron casi al fondo y hablaron en voz baja.

—No parecía magullado —dijo Carter mirando a Sylvain—. Me ha sorprendido

Sylvain se encogió de hombros, dando a entender que no le preocupaba lo magullado que pudiera estar Jerry.

—Raj dice que no opuso resistencia.

—¿Y por qué no? —preguntó Zoe. Todos se volvieron a mirarla—. Se supone que no quería que lo atrapasen, ¿no? Entonces, ¿por qué no ha intentado escapar, por lo menos? Podría haber hecho algo...

Lo que acababa de decir tenía bastante sentido, y los jóvenes se miraron entre ellos con creciente inquietud.

—¿No estaréis pensando que quería que lo atrapasen...? —Rachel parecía a punto de vomitar.

—...para que lo trajeran aquí. —Nicole terminó la frase, con los ojos

ensombrecidos por la preocupación.

—¿Pero por qué? —preguntó Allie—. Lo han registrado para comprobar que no llevaba nada encima. Además, lo tienen bajo vigilancia para que no escape. Entonces... ¿por qué volver?

Nadie conocía la respuesta.

—Sea como sea —dijo Nicole—, pobre Eloise.

—Es verdad... —Allie pensó en la triste determinación de la bibliotecaria cuando luchaba contra el hombre que había amado—. Le ha roto el corazón.

—Nos lo ha roto a todos —dijo Rachel débilmente.

Isabelle les había contado lo que iba a suceder a partir de ahora: primero interrogarían a Jerry, y luego Lucinda y ella intentarían usarlo como moneda de cambio con Nathaniel.

—¿A cambio de qué? —había preguntado Allie.

La contestación de Isabelle había sido simple: «De la paz».

Isabelle y Lucinda querían usar a Jerry para comprar el final de aquella guerra. O por lo menos para conseguir más tiempo para negociar. Estaban convencidas de que entre ambos hombres existía un estrecho vínculo. Lo bastante importante como para que Jerry hubiese aceptado abandonar su propia identidad y pasarse casi una década en Cimmeria escondido bajo un nombre falso.

Estuvieron hablaron durante varias horas casi a oscuras. Todas las conversaciones desembocaban en el mismo sitio: Jerry y la traición. Zoe acabó por quedarse dormida con la cabeza apoyada en las rodillas de Allie y los pies en el regazo de Rachel.

Allie contempló cómo dormía. Su pecho subía y bajaba en una respiración lenta y regular. Sintió una ola de protección tan profunda por la niña que se estremeció. Tenía que encontrar el modo de protegerla. De protegerlos a todos.

El alba empezaba a romper cuando oyeron acercarse unos pasos por el pasillo. Isabelle irrumpió en la sala común y miró alrededor; sus ojos se iluminaron cuando los vio. En la oscuridad no se distinguían sus rasgos.

—Estáis aquí —dijo bruscamente, como si los hubiese pillado haciendo novillos—. Allie, acompáñame, por favor. Necesito tu ayuda.

Allie no hizo preguntas.

Lenta y cuidadosamente se deslizó de debajo de Zoe, que no se despertó, sino que se giró sobre un costado y se hizo un ovillo.

Al pasar junto a Carter, este la tomó de la mano. La mano de él era cálida y reconfortante.

—Ten cuidado —dijo él.

El contacto le infundió valor. Allie alzó la barbilla.

—Eso siempre.

Veintisiete

Isabelle lideró la marcha por el oscuro pasillo hasta un corredor más estrecho, y luego atravesó una puerta de apariencia inofensiva que daba a una de las antiguas escaleras del servicio. La sinuosa escalera de piedra olía a polvo y a humedad. Cuánto más bajaban, más frío hacía.

Es curioso, pensó Allie. *Se supone que en el infierno hace calor.*

La directora no habló, ni siquiera cuando se adentraron en la maraña de pasillos del sótano que discurría bajo el colegio. Los candelabros que titilaban fijados a las paredes eran la única luz que había. Algo revoloteaba a su alrededor.

Allie deseó que solo fueran partículas de polvo.

En la penumbra era imposible saber dónde se encontraban, pero finalmente, al volver una esquina vieron ante ellos un grupo de guardias apostados frente a una puerta antigua en forma de arco.

Raj y Dom rompieron filas y caminaron hacia ellos.

—Lo tenemos en la antigua bodega. —La voz de Isabelle sonaba rara, como si estuvieran en una conversación que solo ella podía oír.

De cerca, Allie reparó en lo exhausta que estaba la directora. Tenía la cara demacrada y ojeras oscuras bajo los ojos, como moratones. Algunos mechones de pelo se le habían soltado de la pinza y le colgaban alrededor de la cara.

También Raj parecía cansado. Ambos llevaban más de veinticuatro horas sin dormir.

—No hay otro lugar más seguro —concluyó Isabelle.

Solo Dom parecía insensible a todo lo que estaba sucediendo. Llevaba una camisa a rayas recién planchada. Por debajo de los pantalones marrón oscuro, que llevaba con el dobladillo vuelto, asomaban unos botines de cuero relucientes.

Dom captó la mirada de Allie y contestó a su pregunta, aún sin formular:

—Ha preguntado por ti.

Aunque Allie ya había imaginado algo parecido, el constatarlo le aceleró el pulso.

Sin embargo, su rostro conservó una expresión de calma y se limitó a responder con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Eso pensaba.

—Hasta ahora se ha negado a hablar con nosotros. —Raj se frotó los ojos enrojecidos—. Dice que nos dirá lo que queramos saber... pero únicamente si habla contigo antes.

A Allie se le secó la boca.

Conocía a Jerry desde su llegada a Cimmeria. Hubo un tiempo en el que incluso le habría confiado la vida. Ahora le tenía miedo. Tenía miedo de lo que pudiera decirle y de que hubiese vuelto solo para decírselo.

Aun así, Allie sabía que, de haber otra alternativa, no le pedirían ayuda.

Enderezó la espalda y su mirada se cruzó con la de Raj.

—¿Cuál es el plan?

Él le dirigió una mirada de aprobación.

—Ve. Escucha lo que tenga que decirte. Prométele lo que haga falta; no tendrás que cumplir tu palabra. Necesitamos que le saques información. Que averigües qué le ha contado a Nathaniel. Qué trama Nathaniel para el parlamento.

—Jerry está... bajo control —añadió Raj—. No podrá tocarte.

—Aun así, quédate cerca de la puerta —interrumpió Dom—. Mantén las distancias. No sabemos de qué es capaz.

—Sí lo sabemos —dijo Allie monótonamente—. Es capaz de matar. —Se volvió hacia Raj—. ¿Hay algo en concreto que deba averiguar? ¿Le pregunto algo en particular?

—Hazlo hablar, simplemente. Cualquier cosa que diga podría sernos útil. —Los ojos almendrados de Raj, iguales a los de Rachel, le sostuvieron la mirada con una confianza tan firme que reconfortó a Allie—. Y luego sal pitando de ahí, tan rápido como puedas.

Allie notó que le tenía fe. Raj la veía capaz de lidiar con una situación tan complicada como aquella, y eso le infundió fuerzas. Coraje.

Seis meses atrás, no la habrían dejado acercarse a aquella sala ni por asomo.

Dom señaló un ordenador portátil colocado cerca de la puerta. En la pantalla Allie vio una figura acurrucada en una silla. Jerry escondía la cara, tenía las manos colgando a los lados y la cabeza gacha.

—Estaremos vigilando —dijo Dom.

Cuando Allie se acercó, los guardias retrocedieron para cederle el paso. Se dio cuenta de la curiosidad que había en los ojos de aquellos hombres. La reconocían.

Ahí viene Allie Sheridan. La obsesión de Nathaniel, se imaginó que estarían pensando. ***¿Por qué será tan importante esta chica?***

Se imaginó lo decepcionante que debía de ser para ellos su apariencia normal, vestida con la falda del uniforme escolar y una blusa arrugada. Desde luego, no tenía pinta de poder enfrentarse al hombre que los había engañado a todos durante varios años.

Y tal vez no pudiera. Solo había una manera de averiguarlo.

El guardia que estaba más cerca de la puerta la abrió para ella. Iba completamente vestido de negro, como todos los demás, era alto y llevaba el cabello castaño muy corto. Allie alzó los ojos para mirarlo tímidamente. El guardia la saludó con la cabeza. Como si ella fuese una más.

Allie le devolvió el saludo y se dirigió hacia la puerta abierta. Después, con pasos precavidos, entró. La habitación carecía de ventanas, hacía frío y las paredes eran de piedra. En la pantalla de Dom le había parecido más grande. Era una sala larga y angosta, completamente desprovista de mobiliario, salvo por la silla de madera que

había al fondo y que Jerry ocupaba.

Seguía con la cabeza gacha y escondiendo la cara. Allie vio que tenía las muñecas esposadas. Las esposas estaban aseguradas por unas cadenas que iban ancladas a la pared.

No querían correr riesgos.

Ante la puerta había un guardia con las manos a la espalda que vigilaba al prisionero.

Allie dio un paso y luego otro más. El profesor no levantó la vista. Estaba tan quieto que se preguntó si estaría inconsciente.

Estaba empezando a preguntarse si debía decir algo cuando él habló:

—No quiero guardias. —Su voz sonó grave, como un ladrido.

A Allie se le erizó la piel. Aquel individuo no se parecía en nada a Jerry.

—No hablaré —dijo Jerry, todavía sin alzar la mirada—, mientras este siga aquí.

Allie se volvió hacia el guardia, que la interrogó con la mirada.

De repente, la garganta de Allie se cerró.

Si el guardia salía, se quedaría sola con el hombre que había ayudado a matar a Jo. Que había puesto su propia vida en peligro muchas veces. Pero si el guardia no se iba, no podría averiguar nada. No podría ayudar a nadie.

Tras dudarle brevemente, tomó una decisión.

Asintió.

El guardia llamó una vez a la puerta. Salió de la habitación y cerró tras de sí.

Ahora estaba a solas con el hombre que los había traicionado.

Solo de pensarlo le entró el pánico. Estaba un poco mareada. Sus pulmones amenazaron con dejar de funcionar.

No puedo hacerlo. No puedo hacerlo.

Entonces oyó mentalmente la voz de Carter diciéndole: «Respira».

Inspiró.

Cuando habló, su propia voz le pareció clara y potente.

—Has preguntado por mí. Aquí estoy. Hablemos.

—Allie Sheridan. —Jerry irguió la cabeza lentamente.

Las gafas metálicas habían desaparecido; debían de habérselas quitado. De todos modos, puede que solo fueran un simple atrezo. Tenía una mejilla amoratada, pero por lo demás parecía ileso. Su habitual cara afeitada lucía ahora una barba de un día que le daba un aire poco respetable.

—¿Por qué querías verme? —preguntó ella, tratando de parecer dura.

Él rio y el sonido le puso la carne de gallina. Era una risa amarga y enfadada.

—Has causado un montón de problemas, jovencita.

La rabia creció dentro de Allie, que se esforzó en dominar la voz.

—¿Y se puede saber por qué?

—Todo podría haber sido muy distinto —dijo él meneando la cabeza— si te hubieses limitado a hacer lo que se suponía que debías hacer.

—¿Y qué tendría que haber hecho? —Allie se sorprendió de lo poco asustada que sonaba.

—Largarte de aquí —contestó Jerry—. Irte con tu hermano. Con Nathaniel.

—Es verdad. No lo hice —dijo ella—. Y decidisteis asesinar a gente. A Ruth, a Jo... —Su voz se entrecortó y procuró tranquilizarse antes de continuar—. Y atacarnos a Rachel y a mí.

Jerry hizo un gesto de desdén y las cadenas tintinearón.

—Yo no hice nada de eso. Fue Gabe.

Allie lo miró con desprecio.

—Tú colaboraste.

—Esto es la guerra, Allie. —Por su tono, Jerry le daba a entender que ella estaba siendo obtusa—. En las guerras muere gente.

—Esto no es ninguna guerra. —Allie alzó la voz—. Es una disputa familiar. No debería haber muerto nadie. No debería morir nadie por culpa del dinero, jamás.

Él volvió a soltar una carcajada.

—Eres muy ingenua. Hoy en día, si por algo muere la gente es por dinero. —Se recostó en la silla y la observó—. Pero aún eres joven. Ya aprenderás.

—Gracias por la **lección**. —Allie escupió la última palabra, como si tuviera mal sabor—. ¿Has terminado, Jerry? Porque me parece que esto es una pérdida de tiempo.

Pero cuando se encaminó hacia la puerta, él se sacudió en la silla, como si lo hubiese asustado.

—No, espera. —Su voz era imperiosa. Allie se volvió—. Quería verte porque... quiero avisarte de algo.

La temperatura de la habitación pareció caer en picado.

—¿Avisarme de qué?

—Del parlamento —dijo él—. Nathaniel tiene algo planeado.

Esto ya es otra cosa, pensó Allie.

—¿Cuál es el plan?

Él hizo una mueca.

—No puedo contártelo.

—Tienes que hacerlo —dijo ella—. O no saldrás de aquí nunca.

—No puedo ayudarte —dijo él deliberadamente.

Hecha una furia, Allie dio dos pasos hacia él.

—¿Y entonces para qué estoy aquí? ¿Qué clase de juegucito es este, Jerry? Si quieres avisarme de algo, hazlo. Porque estamos ocupados...

—Oh, por supuesto —gruñó él—. Sé muy bien lo ocupados que estáis. Lo sé todo sobre vosotros, Allie. Y Nathaniel también. Conocemos vuestros puntos débiles y fuertes. Lo que estáis dispuestos a entregar y lo que os destruiría. —Sonrió, con los labios muy estirados—. Lo sabemos todo.

Allie tenía ganas de vomitar. Aquel hombre no se parecía en nada al profesor de Ciencias que había conocido y en el que había confiado. Aquel hombre estaba lleno

de odio y de violencia.

Nunca llegarían a un acuerdo. Sabía que era el momento de abandonar la habitación. Allí ya no iba a averiguar nada más. Pero no se marchó.

—¿Por qué, Jerry? —preguntó Allie, incapaz de controlarse—. ¿Por qué lo hiciste?

Él la estudió durante un largo segundo. Cuando habló de nuevo, lo hizo en tono resentido:

—Tu abuela te dirá por qué, cuando averigüe quién soy. Ella me ha convertido en todo lo que soy ahora.

El corazón de Allie dio un vuelco. *¿Qué tenía ver Lucinda con Jerry?*

Trató de que no se le notara en la cara lo confundida que estaba.

—Debes de odiarla mucho para cumplir tu retorcida venganza asesinando a niños.

—No he matado a **nadie** —gritó él, inclinándose hacia ella y tirando de las cadenas tanto como se lo permitieron. Los músculos de los hombros se le marcaban a través de la camisa.

Allie se obligó a quedarse en el sitio. No podía tocarla. Aun así, sus ojos se desviaron hacia el gancho de la pared. Estaba bien clavado.

—No te preocupes —dijo Jerry, siguiendo la mirada de Allie. —Me tienen bien agarrado. —Estaba más tranquilo y se reclinó en la silla—. No soy un asesino, Allie. Mi papel era meramente informativo. Yo estaba aquí para ayudar a Nathaniel a entender a su enemigo.

—Tal vez si Jo no hubiese muerto eso serviría de excusa —dijo Allie con toda la frialdad de la que fue capaz—. Pero está muerta. Y tú sabías exactamente lo que hacías. Los riesgos que corrías.

Se hizo un breve silencio.

—Puede que tengas razón. —Él se pasó la mano por el mentón y las cadenas produjeron un ruido metálico—. Fue una mala noche.

—Pero incluso después de eso seguiste siendo fiel a Nathaniel. —Allie no podía dejarlo correr. Necesitaba entenderlo—. ¿Por qué, Jerry? A Jo le caías bien. Sabías de lo que Gabe era capaz. Sabías lo vulnerable que ella era. Y a pesar de todo, le entregaste las cartas a Jo. Abriste la verja.

Bajo la luz del fluorescente, los ojos de Jerry eran amarillos. Esta vez él no se exaltó.

—Era una buena chica —dijo Jerry—. Siento que sucediera así. Nathaniel pensó que Gabe lo tenía todo controlado. Y se equivocó.

—Ambos os equivocasteis.

Allie ya había tenido suficiente. Estaba claro que Jerry no iba a hacer más que poner excusas y parapetarse en su venganza. Retrocedió un paso.

—Espera —dijo él una vez más—. Tienes que saber lo del parlamento.

—Entonces habla. —Allie hervía de frustración.

Jerry se echó hacia adelante y la apremió:

—No vayas sola al parlamento. Nathaniel querrá que acudas sola; no lo hagas. Lleva a alguien contigo. Alguien en quien confíes de verdad. O no saldrás de allí.

A Allie se le secó la boca. ¿Qué quería decir con que no saldría de allí?

—¿Qué ha planeado? —preguntó ella—. Dímelo.

Jerry negó con la cabeza.

—No puedo decirte nada más. Lo siento. Pero por favor, créeme. Es importante.

Allie lo miró con recelo.

—No lo entiendo. Si tanto odias a Lucinda, ¿por qué querrías ayudar a su nieta?

Él le sostuvo la mirada y, por una milésima de segundo, volvió a ser Jerry Cole, el profe de Ciencias, el instructor de la Night School y el tipo amable en general. Sus ojos eran cariñosos y despistados.

—Tengo mis razones para odiar a tu abuela. Pero ninguna para desear que te pase algo malo a ti. Simplemente... hazme caso, Allie. Llévate a alguien en quien confíes realmente. Lo necesitarás.

Al ver aquella instantánea del viejo Jerry, Allie sintió una punzada en el corazón. ¿Por qué Jerry no podía ser la persona que había conocido?

Es tan difícil creer en alguien cuando todo el mundo te decepciona.

A sus espaldas la puerta se abrió, crujiendo sobre las bisagras de hierro. Al parecer, Raj pensaba que la charla había terminado.

Allie volvió a mirar al profesor de Ciencias largamente. Él miraba con avidez la puerta que había a espaldas de la joven. Como si deseara que la hubiesen abierto para él. Para que escapara.

Allie pensó en Jo y en Ruth, cuyas vidas habían terminado tan pronto. Pensó en Sylvain golpeado y sangrando. En Carter al borde de la muerte. En las cicatrices que llevaba ella misma en el cuerpo. Y no fue hacia la puerta.

En vez de eso, caminó con determinación hacia el otro lado de la habitación, hasta que estuvo lo suficientemente cerca del hombre que había estado involucrado en todos esos hechos. Entonces echó la mano hacia atrás y lo abofeteó con tanta fuerza que le ardió la mano.

Las cadenas del otro tintinearón al recibir el bofetón. Cuando Jerry irguió la cabeza, Allie pudo ver el dibujo de su mano coloreándose en la cara de él. Y una mirada fría y calculadora.

—Eso va por Jo —dijo Allie.

Ya estaba casi en la puerta cuando él volvió a tomar la palabra:

—Recuerda, Allie. Lleva a alguien en quien confíes.

—Que te den, Jerry.

Esta vez Allie no miró atrás.

Veintiocho

Yo confiaba en él de verdad. ¿Cómo pudo ser tan mezquino? —Jo miró a Allie con los ojos azul celeste muy abiertos.

El sol había convertido su cabello corto y rubio en un halo dorado.

—¿Quién? ¿Gabe? —Allie estaba confusa. Por algún motivo, no recordaba cómo había empezado aquella conversación.

Jo la fulminó con la mirada.

—Jerry, ¿quién va a ser? Dios. Y yo tan colgada por él —suspiró arrepentida—. Francamente, tengo un gusto pésimo para los hombres.

Iban andando por un prado. El sol brillaba con tanta fuerza que parecía desteñir el cielo. Bajo sus pies, el suelo era mullido. Unas flores silvestres, naranjas y amarillas, con los tallos muy largos les acariciaban las rodillas. Todo era salvaje y hermoso al mismo tiempo. Igual que Jo.

Allie miró alrededor; de repente se dio cuenta de que se había perdido.

—No me suena este sitio. ¿Dónde estamos?

—Este lugar me encanta. —A Jo se le marcaron los hoyuelos—. Siempre vengo por aquí. Hay mucha paz.

Sus cabellos ondearon en la cálida brisa. En torno a ellas, las flores hacían reverencias al viento, doblándose gráciles como bailarinas.

—Pero Jerry... —dijo Allie—. ¿Es tan malo como parece?

—Ya lo creo, Allie. —Jo se puso seria—. Es muy peligroso. Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré —aseguró Allie. Una repentina sensación de miedo le atravesó el corazón. Iba a pasar algo malo. Intentó cogerle la mano a Jo, pero era inalcanzable.

—Debes tenerlo —dijo Jo—. Por favor, Allie. No acabes como yo.

Jo miró hacia abajo.

Allie intentó no mirar hacia el mismo sitio, pero no pudo resistirlo. Tenía que mirar.

Una mancha roja emergió de la parte delantera del vestido blanco de Jo y empezó a extenderse. Pronto, Jo estuvo empapada en sangre. Le corría a chorros por los dedos. Un charco de sangre se formó a sus pies...

Allie se incorporó en la cama entre jadeos ahogados. Miró a su alrededor fuera de control, con las mejillas empapadas de lágrimas.

La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana de su habitación. Fuera el cielo era azul. Iba a ser un día bonito.

Y Jo seguía muerta.

Durante el fin de semana había corrido la noticia de la traición de Jerry, y el ambiente del colegio era cada vez más anárquico. Los profesores evitaban a los alumnos. Los alumnos estaban rabiosos, como si todos los docentes fueran culpables por asociación. Se sentían traicionados.

Allie conocía muy bien ese sentimiento.

Los instructores más antiguos de la Night School seguían ausentes, ocupados, sospechaba Allie, con Jerry. En una ocasión se había cruzado a Dom por el pasillo, pero la experta en informática no se fijó en ella y pasó a toda prisa, con la mochila del ordenador al hombro y la cara muy seria.

Tampoco habían reanudado el entrenamiento de la Night School. De hecho, habían suspendido todas las actividades habituales del colegio. Nadie estudiaba. Los alumnos cuchicheaban en corros e intercambiaban rumores que, con el paso de las horas, eran cada vez más descabellados

—He oído que va a venir Nathaniel —oyó Allie que decía un chico alto y rubio. Estaban en la sala común y él estaba sentado a la mesa de al lado, jugando al ajedrez con un grupo de amigos. Mientras hablaba, movió un peón—. Y Lucinda va a entregarle el colegio.

—Eso no es lo que yo he oído —replicó una chica de cabello oscuro.

Todos debían de rondar los catorce años, pensó Allie. Los había visto por allí, pero no iban a ninguna de sus clases.

—¿Qué has oído?

La chica bajó tanto la voz que Allie tuvo que esforzarse para distinguir las palabras.

—Pues que Nathaniel va a atacar Cimmeria para recuperar al profe de Ciencias. Y ha dicho que nadie lo detendrá. —La adolescente contempló las caras de asombro en torno suyo y sonrió con satisfacción—. Y tiene armas.

Allie sabía que habría podido intervenir y decirles que estaban equivocados, pero... ¿lo estaban? ¿Qué sabía ella en realidad? Tampoco es que Jerry le hubiese revelado gran cosa.

Además había rumores peores: que tanto Jerry como Zelazny estaban metidos en el ajo; que seis profesores se habían dado a la fuga por la noche y se habían llevado consigo los historiales de los alumnos; que Nathaniel había colocado cámaras por todo el colegio y vigilaba cada uno de sus pasos...

Por eso no le extrañó cuando Katie se dejó caer junto a ella en el sofá y le dirigió una mirada resuelta.

—He oído algunos rumores —dijo Katie a modo de saludo—. ¿Es verdad que hablaste con Jerry Cole?

Allie se puso tensa. Durante ese día había tenido la misma conversación muchas veces y no le entusiasmaba la idea de repetirla.

Miró alrededor para cerciorarse de que nadie las escuchaba, pero los jugadores de ajedrez estaban demasiado enfrascados en su propia conversación como para reparar

en ellas, y los demás estudiantes estaban demasiado lejos.

—Sí —dijo Allie con cuidado—. Hablé con él.

—¿Y es verdad que confesó trabajar para Nathaniel?

Allie asintió.

Katie exhaló sonoramente.

—Dios. No me lo puedo creer. Parecía... —Al gesticular, su anillo de perlas y diamantes brilló—. No parecía más que el típico friki aburrido y de fiar. Da mucho miedo pensar que todo este tiempo ha estado...

—Vigilándonos —Allie terminó la frase por ella—. Lo sé.

Se había equivocado al pensar que Katie buscaba pelea o que iba a subestimar el impacto de lo que Jerry había hecho y lo que Allie había vivido en los últimos días. Katie parecía igual de estupefacta que los demás alumnos. Igual de enfadada y desanimada.

—Los otros rumores me parecen gilipolleces —dijo Katie—. No hay más profesores implicados, ¿verdad?

Allie negó con la cabeza.

—Solo Jerry.

—¿Están totalmente seguros de ello? —insistió Katie.

—Lucinda y Raj... —Allie trató de decidir cómo contárselo sin mencionar el servicio secreto—. Han sido muy rigurosos.

La pelirroja pareció satisfecha con la explicación.

—Si Lucinda está metida habrán llegado hasta el fondo del asunto —dijo—. ¿Qué pasará ahora?

—Están planeando un encuentro con Nathaniel.

Katie arqueó una ceja rojiza y perfecta.

—Déjame adivinar. Tú también tienes que ir. Porque Nathaniel está obsesionado contigo y con tu hermano.

Allie se encogió de hombros con aire cansado.

—Bienvenida a mi vida.

Alguien rio al otro lado de la sala. Allie miró hacia allí y deseó encontrar algo divertido en aquellos momentos.

Katie tamborileó con su manicura perfecta en la suave piel de su rodilla y concluyó:

—Pero no lo es. O sea, no es tu vida —dijo—. Es la mía.

Allie la miró desconcertada.

—No lo pillo.

—En realidad no conoces a esta gente —explicó Katie—. En cambio, yo sí. Los conozco de toda la vida. Nathaniel es amigo de mis padres desde que yo era pequeña. Cuando cumplí once años, vino a mi fiesta de cumpleaños.

La idea era tan alucinante que Allie no pudo disimular su sorpresa.

Katie puso una cara burlona.

—Imagínate lo divertido que fue para mí. Había pedido un castillo hinchable y una tarta. Y en vez de eso, tuve caviar y la junta directiva de la Sociedad Orión.

Allie se había quedado sin habla. Nunca se le había pasado por la cabeza que Katie conociera a Nathaniel personalmente. Siempre hablaba de sus padres como si fueran entes separados con los que rara vez coincidía. De niña, sin embargo, habría pasado más tiempo en casa. Así que era de lo más normal que hubiese conocido a Nathaniel y a Lucinda. Toda aquella gente, de la que Allie no había oído nunca hablar hasta hacía un año, habían formado parte de la vida de Katie desde siempre.

—Lo que quiero decir es que —Katie se echó hacia adelante, sus ojos eran verdes y claros como el mar— si puedo echarte una mano para prepararte, para que sepas a qué atenerte, me gustaría hacerlo.

Tras sobreponerse de la sorpresa, Allie recuperó la voz.

—Gracias —respondió de todo corazón—. Me gustaría que lo hicieras. Me serviría de ayuda. Nathaniel me pone los pelos de punta. Siempre pienso que estoy lista para verlo y luego, a la hora de la verdad... —Recordó la noche en que se había enfrentado a él en el castillo y cómo le temblaban las manos—. Me pongo de los nervios.

—Pregúntame lo que quieras —dijo Katie—. Te contaré todo lo que sepa.

Al otro lado de la sala, alguien tocaba una única tecla del piano de cola. Una tecla triste y grave, una y otra vez.

—¿Quieres parar? —oyó Allie que alguien decía. El ruido paró.

Lo único que sabía de Nathaniel era lo que había visto. Tenía una apariencia ordinaria, estatura media, cabello oscuro, ni muy feo ni muy guapo. El tipo de persona que si te cruzas por la calle no te vuelves a mirar.

No parecía malvado. Parecía el padre de cualquiera.

—Supongo que me gustaría saber cómo funciona su cabeza —dijo Allie—. Si conociera, no sé, su forma de pensar, sabría cómo ponerlo nervioso. Cómo descolocarlo.

Katie asintió rápidamente.

—Le encanta ser organizado. Todo tiene que estar perfecto. Es de esos que llevan la raya del pantalón muy recta, no sé si me explico. —Katie empezaba a entrar en calor y miraba más allá de Allie, como si viera a Nathaniel a lo lejos—. Y todo es siempre igual. Si escribe algo, tiene la manía de dar dos golpecitos en el bloc de notas antes de escribir. Siempre dos; ni más ni menos. De hecho, siempre lo hace todo igual. Para limpiarse el polvo de los zapatos siempre hace el mismo giro de muñeca cuando, para empezar, no hay ni polvo que limpiar. —Al ver la cara de Allie, Katie se encogió de hombros—. Cuando era pequeña, a menudo no tenía mucho más que hacer que observar a los amigos de mis padres. Para mí era un juego. Los estudiaba como si fuera Sherlock Holmes. Como si luego fueran a hacerme un interrogatorio.

Allie parpadeó. Nunca había conocido ese lado de Katie. Un lado sorprendentemente agradable.

—O sea, que tiene algún tipo de trastorno obsesivo.

—Y bastante serio —dijo Katie—. Cuando está, en plan, muy enfadado —la pelirroja levantó un brazo lechoso—, gira los gemelos tres veces, así. —Giró los dedos con movimientos rápidos y precisos para que Allie la entendiera.

—Genial. Podría fijarme en eso —dijo Allie—. ¿Habló contigo alguna vez? Es decir, directamente.

Katie se paró a pensarlo un momento.

—Una vez, no lo he recordado hasta hace poco. Mis padres solían celebrar reuniones en la casa de Londres. Venía todo tipo de gente de negocios aburrida y normalmente yo estaba jugando en la planta de arriba. Pero algunas veces me sentaba en las escaleras a mirar y, bueno, a escuchar a hurtadillas. —Hizo una mueca—. Era una niña rarita, ya lo sé. Pero en serio, si naces en mi familia aprendes a crearte tu propia diversión. El caso es que un día estaba sentada en las escaleras. Debía de tener... doce años, creo. Fue justo antes de venir a Cimmeria. Y Nathaniel me vio. Recuerdo que se acercó a mí y me llamó Katherine. Nadie me llama así; es como se llama mi madre. Me dijo: «¿Cómo está la pequeña Katherine?», y yo lo corregí, ya sabes, como hacen las niñas pequeñas. Le dije: «Me llamo Katie». Él pareció encontrarlo divertido. Luego me dijo: «Ya te enseñaré modales cuando llegues a Cimmeria». Y me asusté. —Katie se interrumpió—. Creo que por culpa de eso, cuando llegué aquí, pensé que me lo iba a encontrar, pero Nathaniel no estaba aquí...

—O sí —dijo Allie.

Katie la miró fijamente.

—Y ahora nos está enseñando modales.

—¿Sabes por qué tus padres lo apoyan? —preguntó Allie. El semblante de Katie se ensombreció, y Allie se apresuró a aclarar la pregunta—. Quiero decir, tal vez Lucinda hizo algo que les molestó tanto que decidieron...

—¿Unirse al bando de los malos? —la cortó Katie. Ahora sonaba irónica y enfadada. Allie temió haberse pasado de la raya. Pero Katie se encogió de hombros con resignación—. Con mis padres todo gira alrededor del dinero y del poder. Cuando yo era pequeña, mi padre perdió una fortuna en malas inversiones y desde entonces intenta trepar a la cima de nuevo. Mi madre mataría por tener un título nobiliario. —Estudió a Allie con una media sonrisa en sus labios rosados—. He oído que tú ya tienes uno. Lady Lanarkshire, ¿no?

Allie bajó la mirada y se puso roja.

—Maldita Rachel. Sabía que no sería capaz de guardarme el secreto.

—Mi madre se moriría de celos. —Katie sonaba casi melancólica—. Ojalá nos habláramos, así podría contárselo. Le habría encantado que vinieras a comer... o comerte. En todo caso, la envidia es su peor defecto. Y el mío, para ser justos. —Se volvió hacia Allie con gesto severo—. ¿Se puede saber por qué tú tienes un título y yo no?

Por un segundo, Allie se preguntó si iba en serio, pero la pelirroja volvió a

sonreír.

—Ah, claro, porque mi madre era recepcionista en una de las empresas de mi padre. Por eso. Es una nueva rica de los pies a la cabeza. Dios, si se enterara que te lo estoy contando, le da algo. —Se acomodó en el sofá—. Intentaré acordarme de más cosas escandalosas y luego te las cuento.

Allie no pudo más que reírse. Empezaba a gustarle aquella nueva y traviesa Katie.

—No me puedo creer que estés siendo tan maja conmigo.

Katie no se inmutó.

—No me puedo creer que me dejes serlo. ¿Por qué no te me has tirado a la yugular?

—No lo sé —admitió Allie—. Supongo que, como dijiste, ahora tenemos que pelearnos con otras personas.

Se miraron mutuamente unos segundos, sopesando aquella nueva alianza. Entonces Katie se puso más seria. Se echó hacia adelante y bajó la voz. Allie reparó en que los jugadores de ajedrez ya no estaban, se habían ido sin que ella se diera cuenta.

—Mira, Allie. Sobre el parlamento. Si Lucinda espera que Nathaniel dé marcha atrás... no va a funcionar. Tienes que estar preparada para eso.

La calidez que Allie sentía en el pecho se esfumó, reemplazada por un familiar escalofrío de temor.

—¿Por qué no?

—Porque el mecanismo ya está en marcha —dijo Katie—. La junta está presionando tanto a Nathaniel que, aunque él quisiera, no podría detener todo esto. Ellos quieren lo que él quiere. Y esta gente, mis padres y sus amigos, no van a detenerse ante nada.

En el fondo Allie lo sospechaba. Pero oírlo en voz alta era demoledor. Si Katie estaba en lo cierto, no había esperanza.

—¿Me estás diciendo que crees que esto ha terminado? —La voz de Allie era poco más que un susurro—. ¿Crees que no hay forma de que Lucinda gane?

Katie asintió reticentemente, pero Allie no vio ni sombra de duda en su expresión.

—Creo que Lucinda e Isabelle también son conscientes de ello. Simplemente están intentando frenar el proceso.

—O sea que ya hemos perdido. —Allie estaba desolada.

La derrota siempre había sido impensable. No tenían un plan en caso de perder. De repente se vio obligada a imaginarse una situación en la que nadie tenía adónde ir. Sin una familia a la que acudir. Sin futuro. Y era horroroso.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba Lucinda a tomarse tantas molestias si está todo perdido?

Los ojos verdes de Katie la observaron con curiosa amabilidad.

—Hay muchas maneras de perder, Allie. Algunas veces una derrota puede ser una especie de victoria. Creo que es eso lo que Lucinda se propone.

—¿Y cómo? —Allie estaba desconcertada—. ¿Cómo vas a ganar si te han derrotado?

—En esta guerra luchamos por muchas cosas. Por el colegio, por Orión, por la junta, por el poder, por el dinero... —Katie fue tachando cada elemento en el aire, como si fuera una lista de la compra—. A Lucinda le importan unas cosas más que otras. Si pierde el control sobre una, ¿puede ganarlo sobre otra? Si pierde el colegio, ¿puede encontrar otro lugar? Si pierde Orión, ¿podrá tener poder en otra organización? Necesita resistir el tiempo suficiente para evitar que Nathaniel consiga lo que realmente desea. Esa es la estrategia.

Por algún motivo, Allie se puso a pensar en su antigua vida. Antes de Cimmeria. En lo seriamente que sus padres se tomaban su trabajo. Se iban a las siete y no volvían a casa hasta la hora de la comida. Todo lo que ocurría en la oficina debía hablarse y analizarse.

No eran pobres. En realidad poseían cosas que estaban bastante bien, comparadas con otra gente. Pero todo tenía valor.

Aquello, en cambio, tratar el poder y la riqueza como si fueran uno de esos juegos de ajedrez gigantescos que se ven en verano (muevo un peón aquí, un rey allá) parecía de mal gusto. Irracional.

De locos.

Allie se obligó a formular una última pregunta.

—Y si no puede ganar, ¿por qué están negociando la entrega de Jerry?

Katie no lo dudó.

—Para conseguir tiempo. Necesita tiempo para decidir cómo perder sin perderlo absolutamente todo.

Veintinueve

—Es que no le veo el sentido —dijo Rachel, cerrando de golpe el libro. Nicole y Allie se la quedaron mirando con manifiesta sorpresa—. Y me da mucha rabia no verle el sentido a estudiar. Porque me encanta.

Era domingo por la tarde y estaban en la biblioteca. La tenían toda para ellas solas. Ese día ni siquiera estaba Eloise, así que ni se molestaban en guardar silencio.

—Venga, Rachel. No puedes dejar que esto afecte a tu rutina. —El delicado acento francés de Nicole hacía que la rutina sonara apasionante—. Da igual lo que pase.

—Tiene razón —dijo Allie, aunque llevaba media hora garabateando conejitos con pistola—. Puede que haya llegado el apocalipsis, pero tenemos exámenes de todos modos. Y eso es lo que realmente importa.

Rachel encajó el comentario irónico poniendo los ojos en blanco.

—Empiezo a entender por qué os gusta eso de pelear. Me encantaría dar unas cuantas patadas ahora mismo.

A Nicole se le iluminó la cara.

—Pues tiene fácil arreglo...

Justo en ese momento, la puerta de la biblioteca se abrió tan fuerte que rebotó contra la pared. Zoe irrumpió en la sala y se quedó de pie ante las otras chicas, con cara de incredulidad. El moratón de la cara estaba adquiriendo un tono verdoso por los extremos. Cada mañana Zoe los ponía a todos al día y les explicaba, con todo lujo de detalles, los cambios de color y cómo estaban relacionados con la circulación de la sangre. De momento ya les había estropeado dos desayunos.

—¿Por qué estudiáis? —preguntó, dando a entender que era la actividad más estúpida que se pudiera concebir—. Tenemos reunión. —Al ver que no reaccionaban, Zoe les hizo señas para que la siguieran—. Venga, espabilad.

La más joven lideró la marcha por el vestíbulo principal, que encontraron desierto, hasta el estrecho y polvoriento corredor del sótano. Cuando se acercaron a la Sala de Entrenamiento Uno, Allie notó que las tripas se le empezaban a revolver. Una reunión sorpresa de la Night School no podía ser buena señal.

Encontraron la sala desnuda, tan poco concurrida como en los últimos días. Todos los alumnos de la Night School estaban presentes, así como Zelazny, Eloise y un puñado de guardias de seguridad. Alguien había quitado los tatamis que normalmente recubrían el suelo y los había apoyado en la pared, dejando a la vista el frío suelo de cemento que ocultaban.

En un rincón de la sala en penumbra encontraron a Carter y a Sylvain, de pie junto a Lucas, y se fueron rápidamente hacia ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Allie buscando en las caras de los chicos una respuesta. Pero ellos negaron con la cabeza.

—Ni idea —murmuró Carter con las manos metidas en los bolsillos y

escudriñando la habitación con desconfianza.

—Parece serio —dijo Lucas.

La tensión crecía por momentos y aguardaron sin decirse ni una palabra más. Para cuando Isabelle, Raj y Dom llegaron, diez minutos más tarde, Allie tenía los nervios tan a flor de piel que los notaba por el cuerpo como pequeños insectos.

La estadounidense le llamó la atención. Como siempre, llevaba pantalones y una camisa de hombre. Sus gafas brillaban bajo la cruda luz de los fluorescentes. Parecía enigmática. Muy segura de sí misma.

La directora, rodeada por guardias y profesores, examinó la sala con la cabeza alta.

—Todos sabéis lo que ha ocurrido en los últimos días. —La melódica voz de Isabelle llenó el espacio vacío con su autoridad natural—. Jerry Cole ha confesado trabajar para Nathaniel. Fingió ser uno de los nuestros para pasarle información a la persona que pretende hundir Cimmeria y vuestro futuro. Lo hemos sacado del colegio para trasladarlo a un lugar seguro hasta que podamos entregárselo a su amo.

Un débil murmullo recorrió la habitación mientras los alumnos asimilaban la noticia. Allie esperaba que Isabelle estuviese diciendo la verdad; no quería a Jerry en aquel edificio.

—Parlamentaremos con Nathaniel —prosiguió Isabelle—. Ya hemos fijado la fecha y el sitio, y en estos momentos se están negociando las últimas condiciones.

Allie sintió un cosquilleo que le recorrió toda la columna.

Esto está ocurriendo de verdad. Vamos a hacerlo.

Isabelle esperó a que los ánimos se calmaran antes de retomar la palabra.

—Todos vais a jugar un papel importante. Este asunto es muy peligroso. Como de costumbre, no sabemos cuáles son los auténticos planes de Nathaniel. De modo que en nuestra ausencia el colegio debe quedar protegido. ¿Raj?

Isabelle dio un paso atrás y Raj tomó el relevo.

Paseó la mirada por la sala, con rostro severo.

—El encuentro con Nathaniel tendrá lugar en Londres. La mitad de mis hombres me acompañará hasta allí. La otra mitad se quedará aquí con vosotros. Desde hoy, y hasta el día del encuentro, estaréis sometidos a un entrenamiento intensivo. A estas alturas creo que todos sabemos que Nathaniel es capaz de cualquier cosa.

Raj se acercó a los jóvenes y los miró de uno en uno.

—Tanto si os toca venir a Londres como quedaros aquí, necesito que lo deis todo. Vuestro papel será crucial para poder salvar vidas. Para protegeros entre vosotros.

Mientras Raj pasaba entre ellos, los alumnos se iban enderezando, sacaban pecho y levantaban la barbilla. A pesar de todo lo que había ocurrido en el último año, la aprobación de Raj aún les importaba.

Isabelle le tendió a Raj un papel y él lo levantó para que todos pudieran verlo.

—Si digo vuestro nombre —dijo—, significa que os ocuparéis de proteger el colegio junto con el señor Zelazny y mis hombres.

Llamó a una lista de nombres. Uno a uno, los alumnos fueron a reunirse con Zelazny.

Cuando llamó a Lucas, el chico lo miró sorprendido. Estaba claro que pensaba que iban a mandarlo a la reunión con el grupo de alumnos avanzados. Pero no protestó. Se apartó de los ojos un mechón del cabello castaño y caminó hacia Zelazny. Cuando pasó por su lado, Carter le dio unas palmadas en la espalda.

El último nombre que Raj dijo fue el de Rachel. Allie ocultó su alivio viendo la vacilación de su amiga antes de cruzar la sala. Sabía que a Rachel no le gustaría nada quedarse en el colegio con los demás. Pero no podía quedarse con ellos. No estaba preparada para enfrentarse a Nathaniel y a Gabe otra vez.

Antes de que Rachel pudiera unirse al grupo de Zelazny, Raj la detuvo.

—No vas con Zelazny. —Su hija lo miró, sorprendida; Raj señaló hacia el otro lado de la sala—. Necesitamos que le echés una mano a Dom.

La estadounidense alzó una mano, por si Rachel no sabía a quién se refería. Tras una breve pausa, durante la cual Allie temió que su amiga protestara, Rachel fue junto a la informática.

Allie empezaba a estar más contenta con cómo estaban saliendo las cosas. Si Rachel trabajaba con Dom, tendría que quedarse en el colegio. Nathaniel no podría ponerle las manos encima.

Raj terminó de leer los nombres y la habitación quedó en silencio.

Allie, Sylvain, Carter, Nicole y Zoe seguían de pie, solos. El resto de alumnos estaban al otro lado de la estancia con Zelazny.

—Los demás —Raj miró hacia el grupo de Allie—. Venid conmigo.

El jefe de seguridad se dirigió hacia la puerta. Cuando atravesaron la sala detrás de Raj, Allie se fijó en cómo los observaban los demás. Como si fueran famosos.

—Esto sí que es raro —susurró Carter disimuladamente, mientras salían por la puerta. Allie casi sonrió.

—Somos los reyes de lo raro.

La reunión con Isabelle y Raj fue en una de las pequeñas aulas de la planta de arriba. Habían colocado los pupitres en semicírculo. Allie se sentó entre Sylvain y Zoe. Nicole y Carter completaban el grupo. Raj estaba de pie junto a Isabelle, dejando que ella asumiera el mando.

En una pared había una hilera de ventanas. Fuera, el cielo estaba cubierto de nubes y, cuando Isabelle se puso en pie sosteniendo un portapapeles en el pecho a modo de escudo, la lluvia empezó a salpicar los cristales como un golpear de uñas.

—El encuentro se celebrará el viernes por la noche en Hampstead Heath. —Isabelle miró a Allie—. Me imagino que ya conoces la zona.

Allie, que se había criado al otro lado de la ciudad, solo recordaba vagamente unas grandes extensiones de césped, mansiones blancas y espléndidas con columnas

y una orquesta tocando en un día soleado.

—Fui una vez hace mucho tiempo —dijo Allie.

La directora le respondió con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Vayamos por partes. Hampstead Heath es un parque inmenso del norte de Londres. Hemos aceptado esta ubicación porque tiene algunas zonas muy apartadas que muy probablemente estén desiertas por la noche. Para no correr el riesgo de herir a personas inocentes.

El hecho de que Isabelle previera tan abiertamente el uso de la violencia era inquietante.

—Nathaniel quiere quedar en Parliament Hill. —Isabelle no ocultó que eso la irritaba—. Nathaniel y su simbolismo. Aun así, puede que nos venga bien. En esa zona en concreto hay muchos lugares en los que podríamos apostar guardias. El terreno del parque es parecido al que tenemos aquí, boscoso y con colinas, de manera que sabemos cómo trabajar en esas condiciones.

Mientras los alumnos digerían sus explicaciones, la directora se giró.

—Allie, más tarde repasaremos con más detalle las condiciones que hemos acordado. Pero por ahora debes saber que Nathaniel ha insistido en que acudas sola. —Allie meneó la cabeza enérgicamente al oír aquello, pero antes de que pudiera articular su protesta, Isabelle alzó una mano—. Nos hemos negado, naturalmente. Tras la reticencia inicial, ha aceptado que vayas acompañada de una persona, pero tiene que ser un alumno. No ha permitido que sea Raj o alguno de los guardias. Obviamente, de uno u otro modo, estaremos todos por allí. Pero tanto en el trayecto como durante la reunión, únicamente podrá acompañarte una persona.

Allie se estremeció. Todo estaba pasando tal y como Jerry le había dicho.

Fuera, la lluvia había arreciado y bajaba en forma de riachuelos por el cristal de las ventanas.

La directora dio unos pasos hacia Allie.

—Dadas las circunstancias, tanto Raj como yo pensamos que la decisión es solamente tuya. ¿Quién quieres que te acompañe?

Allie se la quedó mirando, sin palabras. En su cabeza aún oía la voz de Jerry: «Ve con alguien en quien confíes de verdad».

¿Qué habría querido decir? Ella confiaba en todas las personas que había en aquella aula. Daría la vida por cualquiera de ellos. ¿Cómo iba escoger a uno por encima de otro?

Se obligó a mirarlos. Zoe la observaba con ojos esperanzados. Pero ni hablar, era demasiado joven. El incidente en la biblioteca había demostrado que aún no estaba preparada.

Desvió la mirada hacia Nicole. Era tan rápida como habilidosa, y Allie sabía que era muy capaz de defenderse. Pero Gabe encontraría la manera de utilizar en su contra su menor fuerza física.

Solo quedaban Sylvain y Carter.

Sylvain la observaba con seguridad, pero Allie lo conocía lo suficiente como para ver la sombra de la preocupación en sus ojos azules al ver que ella no había pronunciado su nombre inmediatamente.

Los ojos de Allie se desplazaron hasta el último pupitre del semicírculo.

Carter era el único que no la miraba. Advirtió tensión en sus hombros y en el músculo que se movía intermitentemente en su mentón.

Escoge a alguien en quien confíes realmente...

La duda la paralizó.

Aquel momento se estaba alargando demasiado. Se fijó en que Isabelle fruncía el ceño y miraba a Raj. Tenía que tomar una decisión ya.

Respiró hondo.

—Iré con Sylvain.

Carter se puso rígido, como si Allie lo hubiese abofeteado.

Los otros reaccionaron tal y como se imaginaba. Zoe farfulló lúgubrementemente para sus adentros y Nicole pareció poco sorprendida. Sylvain asintió, como si aquello fuese exactamente lo que esperaba.

Carter, sin embargo, seguía con los ojos clavados en el suelo y con cara inexpresiva.

—Estupendo. —El tono decidido de Isabelle no dejaba lugar a dudas sobre lo que opinaba de la decisión de Allie—. Vosotros dos trataréis con Raj y Dom los detalles del trayecto y de la reunión. Por lo demás, trabajaremos todos juntos en la planificación y preparación en general.

La mujer dejó el portapapeles y echó un vistazo alrededor con los ojos color miel ensombrecidos.

—Voy a ser sincera con vosotros. Como hemos dicho abajo, este asunto es muy peligroso. Pero Lucinda está convencida de que si no nos reunimos ahora con Nathaniel vendrá a por nosotros más tarde, y eso puede ser peor. Debéis estar preparados para cualquier cosa. Mi **único objetivo** es que cada uno de vosotros vuelva sano y salvo. Eso es lo único que importa.

Treinta

Cuando finalizó la reunión, salieron juntos y en silencio, sorprendidos por la rapidez de los acontecimientos. Solo les quedaban unos cuantos días para prepararse.

Allie no paraba de mirar de reojo a Carter. Había estado muy apagado durante toda la reunión y evitaba mirarla.

En cuanto llegaron al rellano de la primera planta, vio cómo se quedaba atrás y se retiraba. Allie se apresuró a seguirlo, pero él caminaba muy rápido. Cuando Allie llegó al final de los estrechos peldaños que conducían al dormitorio de los chicos, gritó:

—¡Eh!

Carter se detuvo.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella.

—Claro. —Su voz era tranquila, pero no se dio la vuelta.

Allie alargó la mano hasta el brazo de Carter. Aunque la camisa estaba fría, sintió a través del tejido la calidez de la piel del chico.

Poco a poco, él se volvió a mirarla. Su cara era deliberadamente inexpresiva.

—Oye... —titubeó Allie. Ya no sabía qué decir—. Quería... Quería explicarte mi decisión.

—No pasa nada —la interrumpió él antes de que pudiera terminar—. Ya sé por qué has escogido a Sylvain. Y lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo.

Allie parpadeó sin comprender.

—¿Ah sí?

—Claro. Se ha enfrentado a Gabe más de una vez. Y a Nathaniel. —Carter bajó la vista—. Yo nunca lo he hecho. Seguramente no sería capaz. Así que Sylvain es la mejor elección. Necesitas a alguien que pueda protegerte.

A pesar de su obvio intento por parecer imparcial, el tono rezumaba aversión por sí mismo.

Allie estaba horrorizada con la forma en que había interpretado su decisión.

—Carter, no he escogido a Sylvain porque crea que es mejor que tú —dijo, esperando que la creyera—. No es nada de eso.

—Pues debería serlo —dijo él bruscamente y con las mejillas cada vez más encendidas—. Lo importante ahora es escoger al que pueda luchar mejor junto a ti. Nada más. Y ese es Sylvain.

—No es verdad —dijo ella agarrándole el brazo con más fuerza. Carter la estaba mirando fijamente a los ojos de un modo tan intenso que le costaba respirar.

—Entonces, si ese no es el motivo... ¿cuál es, Allie? ¿Por qué lo has elegido a él?

Se miraron de hito en hito y ella advirtió en sus ojos lo dolido que se sentía. Aun así no sabía qué responder. **¿Porque es mi novio? ¿Porque me quiere?**

Eran motivos bastante estúpidos para elegir a un luchador.

Tenía la horrible sensación de que había cometido un error.

Allie soltó el brazo de Carter y lo miró, desamparada.

—¿Es que no te das cuenta? Tenía que hacerlo. Lo que yo quiera no importa. — La sorpresa destelló en los ojos de Carter. Pero antes de que él pudiera preguntarle cualquier cosa, Allie se alejó trastabillando y se dio de bruces contra una estatua de mármol que había olvidado que tenía detrás. Se agarró al pedestal para recuperar el equilibrio, algo aturdida.

—Perdona... Debería... Tengo que irme.

Luego bajó las escaleras a toda prisa, como si alguien la persiguiera.

Durante los días siguientes estuvieron todos tan ocupados con los preparativos que el tiempo pasó volando. Isabelle insistió en que continuaran yendo a clase, a pesar de que el entrenamiento físico se alargaba cada vez más por las noches. Cuando llegó el miércoles estaban exhaustos, y todavía faltaban dos días.

Sin embargo, Allie estaba encantada con tanta presión y con la obligación de esforzarse tanto; era lo único que le impedía pasarse el día preocupada. Acababa tan cansada que podía dormir toda la noche. Y la ayudaba a no comerse el coco con todas las cosas que podían salir mal.

Sylvain y ella iban cada día después de clase a ver a Isabelle, Raj y Dom, por si tenían que informarlos de cambios de última hora en el plan para el parlamento.

Era una labor interminable. Habían estudiado y analizado una y otra vez cada elemento de la ruta que tomarían en el parque y del trayecto hasta Parliament Hill, tanto que al final Allie conocía tan bien el barrio de Hampstead como Cimmeria.

El miércoles por la tarde se reunieron en un pequeño despacho del sótano que había enfrente de la Sala de Entrenamiento Uno. Se apiñaron en torno al ordenador de Dom y miraron el mapa de Hampstead Heath y la maraña de calles que lo circundaban. El parque era una masa verde oscura y las calles aledañas estaban representadas con líneas blancas, curvas y angulosas.

Era pleno verano, por lo que sabían que de día el parque estaría abarrotado de gente haciendo picnic, ciclistas y turistas. Por la noche, sin embargo, se quedaría totalmente desierto.

—La zona que rodea el parque es muy exclusiva. Es donde se encuentran algunas de las viviendas más caras de Londres, y además es un área densamente poblada — explicó Raj, señalando las líneas blancas que había más allá del cuadrante sur del parque—. Podemos dejaros en el parque sin que nadie nos vea. El problema es cruzar el parque y llegar de forma segura hasta la cima de la colina de Parliament Hill.

Raj hizo un gesto a Dom para que tomara el relevo.

La informática siguió una línea oscura y curva con el cursor.

—Si os dejáramos aquí, podríais llegar a pie fácilmente, pero creemos que en esta ruta estaríais excesivamente expuestos. Es el camino que prefieren los turistas porque la pendiente es menos pronunciada. —El cursor se desplazó hacia un recorrido más

largo que se adentraba en el parque desde otro punto—. Esta es más empinada y atraviesa una zona boscosa. Como está más tapada, resulta más segura. Lo malo es que caminaríais durante más tiempo, lo cual incrementaría el riesgo; eso si los hombres de Nathaniel están donde creemos que estarán. —Dom los miró a través de los cristales de sus gafas alargadas—. En cualquier caso, creemos que hay más ventajas que peligros y que este es el mejor camino.

Sylvain frunció el ceño.

—¿Creéis que podremos esquivar a los guardias de Nathaniel?

—No tendréis más remedio —dijo Dom.

Raj tomó el relevo y señaló una línea blanca que había en un extremo de la línea verde.

—Os dejaremos aquí, en Tanza Road. Una vez ahí, tendréis que caminar quinientos metros en dirección este hasta que lleguéis a este sendero de aquí. —Golpeteó una fina línea negra en la pantalla—. A partir de ahí el camino debería ser bastante sencillo. Apostaré guardias en el bosque a lo largo de todo el camino, pero hay casi un kilómetro hasta el punto de encuentro. Tendréis que ir con mucho cuidado.

—¿Y qué pasa con la policía? ¿Y los civiles? —preguntó Sylvain.

—Si veis a algún policía, solo sois dos chavales buscando un sitio donde intimar —dijo Raj sin incomodidad aparente. Allie se ruborizó.

—¿Y los civiles? —insistió Sylvain—.

—Por norma general, si os encontráis con gente, evitadla —dijo Raj.

—¿Lucinda estará con nosotros todo el rato? —preguntó Allie.

Raj negó con la cabeza.

—Tomará una ruta distinta. Sería demasiado peligroso que estuvierais todos juntos. Os encontraréis con ella en lo alto de la colina. —Golpeó la pantalla con un dedo—. Ahora bien, en el parque no solo van a estar nuestros guardias. Los de Nathaniel también andarán por allí. Para salir de esta dependeréis de vuestra preparación física y de vuestro intelecto. Porque sea lo que sea lo que ha planeado Nathaniel, no es ningún parlamento.

—Estaremos preparados —prometió Sylvain.

Allie era incapaz de despegar los ojos del mapa verde y blanco que refulgía en la pantalla del ordenador. Ojalá ella estuviera igual de segura.

Cuando salieron de la reunión, se encontraron a Rachel esperando en el pasillo, cargada con una pila enorme de papeles.

Al verla, Allie sintió un inesperado subidón de felicidad. Justamente en aquellos momentos lo que más necesitaba era ver una cara amiga.

Corrió hacia ella.

—¡Hola! ¿Me buscabas? —Le echó un vistazo a los papeles—. ¿Cómo te has

enterado de que necesitaba una tonelada de papel?

Rachel miró por encima del hombro de Allie.

—No exactamente —contestó—. A ver, siempre me alegro de verte, pero en este apocalipsis particular que vive Cimmeria vengo a ver a otra persona.

—Rachel. Ya has llegado. —Allie y Sylvain oyeron la voz de Dom a sus espaldas.

Rachel, entusiasmada, pasó de largo de Allie y alzó los documentos en el aire para mostrárselos a Dom.

—Recibí tu mensaje. Aquí tienes la información que me pediste.

Rachel estaba casi pletórica.

Allie la observó con interés; hacía tiempo que no la veía tan animada.

—Fantástico. —Dom cogió los papeles y le tendió a Rachel la bolsa de su ordenador portátil. Sin pensárselo dos veces, ella se la echó al hombro y siguió a la informática por el angosto corredor, dando saltitos para seguirle el ritmo.

—Tenemos que trazar unas cuantas rutas a pie —oyó Allie que decía Dom en tono enérgico—. Vamos a necesitar los mapas de la agencia cartográfica y volveremos a calcular el tiempo y la velocidad.

La voz se fue atenuando a medida que se alejaban por el pasillo, concentradas en sus planes.

—Rachel encaja muy bien con Dom. —Sylvain se había acercado a Allie sin que ella se diera cuenta.

—Sí —dijo Allie, viéndolas desaparecer escaleras abajo—. Son como dos gotas de agua superlistas en el mar de la sabiduría.

Allie se metió por el lúgubre pasillo de la última planta y Sylvain le fue al paso. Todo estaba muy tranquilo.

Mientras caminaban, Allie le echó una mirada al chico.

—¿Qué opinas de esto? ¿Crees que estamos preparados?

Él la miró, un destello turquesa en la penumbra.

—Vamos bien, supongo. Aunque tenemos que concretar hacia dónde iremos cuando entremos en el parque, cómo vamos a comunicarnos... Todo.

Una sombra cruzó el rostro de Sylvain. Durante los entrenamientos siempre demostraba una confianza inquebrantable. Pero en aquel momento Allie advirtió lo preocupado que estaba, y eso la puso más nerviosa.

Sylvain tenía razón. El encuentro los sacaría de su elemento. Los alejaba de Cimmeria, donde jugaban con ventaja, para llevarlos a Londres: el territorio enemigo.

—Todo está sucediendo muy rápido —dijo Allie—. A veces tengo la sensación de que nos estamos metiendo de cabeza en algo que no acabamos de entender.

Sus miradas se encontraron.

—Supongo que nos darán más información esta noche. Creo que Rachel y Dom se están ocupando de eso ahora mismo.

—Sí, pero... no queda tiempo.

Al ver la preocupación de Allie, Sylvain la cogió de la mano y la atrajo hacia sí. Ella se lo permitió y sintió la calidez de la piel del chico a través de la ropa.

—Todo saldrá bien —dijo Sylvain—. Te lo prometo.

Estaba tan cerca que podía oler la familiar fragancia de Sylvain, un aroma de café y jabón de sándalo. Vio cómo la luz se fracturaba en los dos zafiros que eran sus ojos.

Era hermoso, amable y valiente. Cualquiera idiota sería capaz de darse cuenta.

En ese momento oyeron un estruendo de pasos en la escalera que se dirigían directos hacia ellos. Pasos rápidos. Urgentes. Como si alguien corriera presa del pánico.

Ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo.

Nicole corría hacia ellos, con la falda plisada azul y el cabello oscuro revoloteando tras de sí.

—Sylvain —dijo Nicole con una voz rara. Estaba blanca como el papel—. Ha ocurrido algo.

Allie notó que el cuerpo de Sylvain se tensaba.

—¿Qué pasa? —La voz del chico era un tímpano.

Una lágrima corrió por la mejilla pálida de Nicole, y Allie reparó en que estaba temblando.

—Es tu padre.

Treinta y uno

Isabelle se reunió con ellos al pie de la escalinata.

—¿Está vivo? —preguntaba Sylvain continuamente. Aunque estaba pálido, su voz era firme. Insistente.

Todo lo que la directora pudo decirle fue:

—Eso espero. Estamos esperando. —Alargó la mano hasta el brazo de él, como para calmarlo—. Pero es muy grave, Sylvain.

A partir de ahí todo sucedió como en una pesadilla. Allie no parecía capaz de sentir nada. Estaba anestesiada.

Los tres alumnos siguieron a Isabelle a su despacho. Nicole y Allie intentaron que Sylvain se sentara, pero rehusó. Se quedó de pie, muy rígido, con la cara demacrada.

—¿Mi madre...? —preguntó Sylvain.

—Está bien. Ahora mismo va de camino al hospital para estar con él —dijo Isabelle—. Por favor, siéntate y te contaré todo lo que sé.

Sylvain se enderezó.

—Prefiero estar de pie, pero... dime.

Ninguna de las chicas soportaba la idea de sentarse si él no lo hacía, así que se quedaron de pie y escucharon cómo Isabelle narraba los hechos.

El señor Cassel estaba en su oficina de París. Por la tarde tenía una reunión con un socio en otra parte de la ciudad.

—Algo totalmente rutinario —dijo Isabelle—. Era alguien con quien quedaba muy a menudo.

El chófer había pasado a recogerlo por la oficina.

—Todo era normal —dijo Isabelle—. Tu padre y el chófer habían recorrido menos de un kilómetro cuando la bomba estalló. Creen que estaba escondida en el motor del vehículo. Un dispositivo muy sofisticado.

Una bomba.

La tierra se abrió bajo los pies de Allie. Se agarró al respaldo de la silla que tenía enfrente con tanta fuerza que las uñas formaron profundas hendiduras en el cuero.

Sylvain, impávido, miró de hito en hito a la directora, con ojos penetrantes.

—¿Cómo está? —Cuando la directora vaciló, el tono de él fue más cortante—. Dímelo.

—El coche quedó boca abajo —Isabelle hablaba en voz baja—. Voló unos 15 metros. El conductor murió en el acto.

Nicole gimió levemente. Allie se cubrió la boca con las manos. Conocía al chófer del señor Cassel. Siempre le sonreía cuando se cruzaban por el complejo de la familia. Era un hombre joven. Normal.

Muerto.

De repente Sylvain parecía mayor.

—¿Y mi padre?

Se estaba esforzando mucho por mantener el control, pero Allie notaba que tenía que luchar para que le salieran las palabras. Estaba muy asustado.

Nicole lo rodeó con un brazo y él no pareció darse cuenta.

Aquel gesto pareció liberar a Allie de la conmoción que la tenía clavada en el sitio, corrió al otro lado de Sylvain y le rodeó los hombros con un brazo. A pesar del abrazo, Sylvain permaneció rígido, pero ella no lo soltó. Sabía lo que se siente cuando el miedo y la pena te apartan del mundo.

—Lo único que sabemos es que está vivo. Está en el quirófano. —Los ojos color miel de Isabelle eran todo empatía—. Las heridas son graves. Ojalá pudiera decirte más.

Sylvain asentía a medida que asimilaba la información.

—Allie, Nicole —dijo amablemente—. Soltadme, por favor.

De mala gana, Allie dejó caer las manos a los costados. Quería ayudarlo, necesitaba hacer algo. Pensó en lo amables que habían sido Sylvain y su familia cuando ella y Rachel aparecieron en la puerta de su casa perseguidas por aquellos monstruos. Quería ser como ellos, saber decir y hacer lo correcto en todo momento.

Pero no estaba en sus manos lograr que aquel momento fuera menos aterrador para Sylvain.

—Gracias. —La voz de él era firme y extrañamente formal. Aun así, Allie vio que la entereza de Sylvain pendía de un hilo. De una fina hebra de determinación. Durante un buen rato, Sylvain se quedó pensativo. Luego miró a la directora.

—Isabelle, organiza el avión. Ya sabes a quién llamar. Iré a recoger algunas cosas. Que el coche me espere en la entrada en diez minutos.

Allie echó un vistazo a la directora. Esperaba algún tipo de objeción a aquellas órdenes. Que intentara calmarlo. Que le ofreciera alternativas.

Pero Isabelle no hizo nada de eso.

—Por supuesto —contestó. Luego cogió el teléfono.

Sin mediar palabra, Sylvain abrió la puerta y desapareció por el vestíbulo.

Allie no comprendía qué sucedía. ¿Sylvain se marchaba? ¿Solo?

Era peligroso estar ahí fuera. No iban a dejarlo ir tan fácilmente.

—¿Isabelle...? —dijo Allie, pero la directora estaba buscando números en su teléfono y no levantó la vista.

Notó en su garganta que el pánico iba en aumento y se volvió hacia Nicole, desesperada.

—¿Qué está sucediendo?

—Acompáñame. —La francesa la cogió del brazo y la sacó del despacho.

A sus espaldas Allie oyó que Isabelle hablaba por teléfono.

—El jet de los Cassel, por favor. Número A135982. ¿Cuánto tardarán en poner combustible y prepararlo? —Y luego, tras una breve pausa—: Vamos a necesitarlo antes.

Esto no puede estar pasando.

Tan pronto como estuvieron en el vestíbulo, Allie se sacudió la mano de Nicole.

—Para. Dime solamente qué está ocurriendo. Sylvain no puede marcharse así de repente.

—Sí que puede. —Nicole la estudió con comprensión—. Y debe. Y tú debes dejarlo marchar.

Su acento francés era más marcado, como siempre que estaba nerviosa.

—Pero... —Allie empezó a protestar, pero Nicole la cortó.

—Sylvain está muy unido a sus padres, Allie. Ya lo sabes. Tiene que ir junto a su madre. Y si su padre sobrevive... —La voz le tembló cuando dijo «si», y Allie recordó que Nicole y Sylvain habían crecido juntos; ella también quería a sus padres—. Cuando su padre despierte, necesitará que Sylvain lo ayude. Necesitará su protección.

—¿Protección? —Allie frunció el ceño.

—El padre de Sylvain dirige la organización europea —explicó Nicole pacientemente—. La que llaman Deméter. No es simplemente un amigo de Lucinda, sino su equivalente en Francia. Si esto ha sido obra de Nathaniel, es una declaración de guerra.

Allie se la quedó mirando asombrada. Sabía que los Cassel eran importantes, pero era la primera vez que le decían hasta qué punto.

Nicole seguía hablando.

—Quiquiera que haya sido, quiere ver muerto al señor Cassel. Si sobrevive a este ataque, volverán a intentarlo. Alguien tiene que coordinar su protección y llevar las riendas del negocio. Seguro que la madre de Sylvain está... —Se interrumpió y escogió las palabras—. Ahora mismo puede que no esté en condiciones de hacerlo. Debe estar muy afectada.

—Pero no puede ir solo —insistió Allie—. Es demasiado.

—Tiene que hacerlo —dijo Nicole firmemente.

—Corre peligro —dijo Allie.

—**Todos** corremos peligro. —El tono de Nicole era más afilado. Sacudió el brazo de Allie suave pero firmemente, como si intentara despertarla—. Tiene que ir, Allie. No tiene elección.

Allie se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. Sylvain estaba a punto de marcharse. Iba a meterse de cabeza en las consecuencias de un intento de asesinato profesional. Podían matarlo.

—Tengo que ir a verlo —dijo.

Una lágrima rodó por la mejilla de Nicole, y dio un paso atrás.

—Ve. Ayúdalo.

Muerta de miedo, Allie corrió por el vasto vestíbulo y subió a toda prisa las escaleras que conducían a los dormitorios de los chicos. Las chicas no tenían permitida la entrada, pero nadie intentó detenerla. El Reglamento había perdido toda su autoridad.

Cuando llegó a la sencilla puerta blanca marcada con el número 306 en negro brillante, jadeaba fuertemente y se detuvo. Al otro lado de la puerta, oyó el sonido de los cajones de madera deslizándose y luego el golpe al cerrarse.

Llamó a la puerta con indecisión.

Un segundo más tarde, Sylvain la abrió con tanta fuerza que Allie se sobresaltó.

Estaba de pie en el umbral y la miraba con el ceño arrugado, mientras sujetaba entre los brazos un montón de camisas dobladas.

—Allie, ¿qué haces aquí? —Sin esperar respuesta, cruzó la habitación y colocó las camisas en la maleta abierta que había sobre la cama; luego se acercó al armario.

—He... He venido para ver si... podía ayudarte. —La maleta era negra y elegante, con un forro de seda con monogramas. Allie no pudo dejar de maravillarse ante lo esmerado de su equipaje, incluso en un momento de crisis. La habitación estaba ordenada. Todo estaba en su sitio.

Yo estaría tirando las cosas por todas partes, pensó Allie.

Mientras él seguía sacando ropa del armario y guardándola en la maleta, a Allie le llamó la atención el viejo óleo que presidía la pared. Representaba a un ángel que llevaba a un hombre hacia las nubes. El modo en que habían pintado las alas del ángel era hermoso; parecía que brillaran desde dentro, como perlas. Una vez Sylvain le había contado que había sido un regalo. Hasta ahora, Allie no se había preguntado quién se lo habría regalado ni por qué. En casa de sus padres no había visto nada parecido.

—Casi he terminado —dijo Sylvain, captando su atención de repente. Cogió un neceser pequeño y se dirigió a una estantería que había junto a la puerta para recoger algunas cosas más.

Cerró la maleta con llave. Luego la levantó, como si no pesara nada, y fue hacia la puerta, decidido. Allie se preguntó si estaría conmocionado. No parecía el mismo Sylvain. Se comportaba como un autómata que alguien controlaba a distancia.

—Tengo que irme, Allie.

El miedo le aceleró el corazón. Sylvain se iba de verdad.

—Sylvain. —Allie se aproximó, alargando los brazos como para... ¿Para qué? ¿Detenerlo? ¿Abrazarlo?

Él apretó los labios, resuelto, y pasó de largo. Avergonzada y confusa, Allie dejó caer las manos.

Al ver la expresión de su cara, Sylvain se detuvo y cerró los ojos. Parecía terriblemente indeciso. Afligido.

—No puedo, Allie. Tengo que irme.

Pero entonces, sin soltar la maleta, fue hacia ella. Le tocó la mejilla con la mano y la miró con tanto anhelo que a Allie se le partió el corazón.

—Te quiero, Allie. Siempre te querré. Aun sabiendo que... —Esbozó una media sonrisa, una sonrisa tremendamente triste—. Bueno, lo sé. —Se inclinó hacia ella y sus labios se rozaron; su tacto era ligero y etéreo, como un beso en un sueño—.

Adiós, Allie.

Allie abrió los labios sorprendida y se quedó inmóvil mientras él se alejaba. En el umbral, Sylvain se detuvo y echó la vista atrás.

—Llévate a Carter al parlamento —dijo—. Y pase lo que pase... sobrevive.

Y se marchó.

—Sylvain. —El nombre salió de su boca como un suspiro, demasiado bajito para que él lo oyera.

El ruido de sus pasos desapareció a lo lejos.

Allie no se sentía capaz de moverse. Era como si su mundo se hubiera salido del eje sobre el que giraba mientras ella trataba de agarrarse a él, desesperada.

Los nervios le ardieron en el estómago y se apretó el abdomen. Intentó pensar.

Quienquiera que hubiese intentado matar a su padre, seguramente también querría matar a Sylvain. Y a cualquiera que apoyara a Lucinda. Él era tan vulnerable como su padre.

«Tiene que ir», había dicho Nicole.

Pero iba directo hacia el abismo.

Solo entonces fue capaz de moverse, y corrió tras él, tan rápido que casi se cae por las escaleras.

Las lágrimas le empapaban las mejillas cuando torció por el vestíbulo principal. A lo lejos alcanzó a oír el ronroneo constante del motor de un coche y el corazón le aporreó el pecho, temeroso de haberlo perdido. De que ya se hubiese marchado.

Cuando llegó a la puerta principal, Isabelle y Nicole estaban en las escaleras, observando con aire lúgubre cómo Sylvain abría la puerta de un reluciente coche negro.

Allie descendió hasta el último escalón y se detuvo. No tenía claro qué hacer. Sabía que no podía impedirselo. Si lo intentaba, solo se lo pondría más difícil.

Cuando Sylvain se dio la vuelta para echar un último vistazo al colegio, sus ojos se encontraron.

Ahogando un sollozo, Allie levantó la mano y le dijo adiós.

Durante un largo momento, él permaneció de pie contemplándola, como si quisiera memorizar su cara. Luego se montó en el coche y se marchó.

Treinta y dos

—Descansad —dijo Raj mirando la sala de entrenamiento. Los alumnos de la Night School, sudorosos y exhaustos, se derrumbaron en los tatamis azul oscuro que recubrían el suelo—. Retomaremos el entrenamiento en diez minutos.

Los alumnos se quejaron.

Allie se había quedado de pie, con los músculos tensos. No tenía ganas de descansar. Quería pelear.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zoe ladeando la cabeza y observándola con aire perplejo—. Estás rara.

Allie no estaba de humor para explicarle cómo se sentía.

—Nada —mintió—. Es que tengo sed. Voy a buscar agua.

Sin esperar a que la chiquilla respondiera, cruzó los tatamis y se dirigió a la parte delantera de la sala, donde había una nevera abierta llena de hielo y botellas de agua. Agarró uno de los fríos envases de plástico y se lo puso contra la frente.

Hacía seis horas que Sylvain se había marchado, pero parecían días.

Por lo menos su padre había salido del quirófano, aunque todavía no se había despertado. No podía ni imaginarse lo mal que lo estaría pasando Sylvain. Seguro que eran unos momentos de dolor y confusión tremendos.

Allie no conseguía quitarse de la cabeza la mirada del chico cuando estaban en la habitación. Parecía... destrozado.

Contra su voluntad, sus ojos se fueron hacia el otro lado de sala, donde Carter y Raj estaban hablando. Carter tenía las mejillas rojas de cansancio, y el pelo, pegado a la sudorosa piel de la frente, le tapaba los ojos.

Allie seguía oyendo la voz de Sylvain en su cabeza: ***aun sabiendo que...***

El sentimiento de culpa la invadió. ¿Qué era lo que sabía? ¿Que ella tenía dudas? ¿Que se sentía tentada?

Se le hizo un nudo en el estómago. Si su indecisión y su estupidez hacían que Sylvain lo pasara todavía peor en aquellos momentos, nunca se lo perdonaría.

—¿Me pasas una? —La voz afrancesada de Nicole la sobresaltó.

Allie se dio media vuelta.

—¿Una qué?

El tono fue más brusco de lo que Allie pretendía y Nicole la miró confundida.

—Una botella de agua —dijo—. ¿Me puedes pasar una, por favor?

Allie se miró los pies y se dio cuenta de que entorpecía el acceso a la nevera.

—Perdona —dijo Allie, alcanzándole una botella—. Estaba pensando.

Nicole sonrió lánguidamente.

—No pasa nada. Todos tenemos muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

Allie deseó que no le preguntara qué ocupaba su pensamiento y paseó la vista por la sala, aunque evitando a Carter. Entonces se dio cuenta de que faltaba alguien.

—¿Dónde está Rachel? —preguntó arrugando el entrecejo.

—Está con Dom. Raj le ha dado permiso para saltarse el entrenamiento.

—Gracias a Dios —dijo Allie, aliviada—. Por fin.

Nicole la miró con curiosidad.

—Raj dice que ahora Carter irá contigo al parlamento. ¿Qué te parece? No le queda mucho tiempo para prepararse.

Contra la voluntad de Allie, sus ojos se desplazaron hacia Carter, que miraba para otro lado.

—Empezaremos a prepararnos juntos esta noche. Carter aprende rápido.

—Solo espero que... —empezó a decir Nicole, pero la voz de Raj, a través del ambiente cargado, la cortó.

—Muy bien. Todos en pie.

Con un gesto de arrepentimiento, Allie se apresuró a volver junto a Zoe. Le lanzó una botella y la chiquilla la agarró en el aire con facilidad.

—Allie y Zoe. —Raj les indicó por gestos que se acercaran. Carter estaba de pie junto a él.

Cuando llegaron, Raj habló en voz baja:

—Allie, a partir de ahora tu pareja será Carter. —Zoe los miró con aire lúgubre, pero antes de que pudiera decir nada, Raj añadió—: Zoe puede entrenar con Nicole.

—Genial. —Complacida al instante, Zoe echó a correr hacia la francesa, que ya la estaba esperando.

Sin más preámbulos, Allie y Carter ocuparon sus posiciones. Allie no sabía qué decir. Se alegraba de entrenar con él. Y al mismo tiempo se sentía culpable por alegrarse.

Se le ocurrió que lo mejor era no decir nada.

Raj llamó al orden y se hizo silencio. A lo largo de la sala, las parejas se fueron preparando para el combate.

Carter se cuadró ante Allie y se colocó en posición inicial, con las manos a los costados y los pies a la anchura de las caderas.

La miró fijamente.

—¿Estás lista?

Allie giró ligeramente el cuerpo, preparándose para el primer golpe, y le sostuvo la mirada con decisión.

—No queda otra.

Aquella noche, después del entrenamiento, Allie corrió escaleras arriba hasta la última planta del ala de las clases, donde se encontró con Raj y Carter. Aún tenía el pelo mojado de la ducha. Llevaba una falda corta y tenía la parte de atrás de la blusa blanca empapada.

Era casi medianoche. Le dolían un poco los músculos por el ejercicio y caminaba algo agarrotada.

Sus pasos resonaron en el silencio. Delante de ella, la escalinata estaba a oscuras, únicamente iluminada en el descansillo por el pálido resplandor azulado que proyectaba la luna a través del alto ventanal. Cuando llegó al descansillo, se paró a mirar afuera; había casi luna llena y alcanzaba a ver el lindero del bosque. No se veía movimiento. Era una noche tranquila.

De repente el ruido de unos pasos la sobresaltó y se dio media vuelta, con los puños en alto.

—Eh. —Carter apareció en el haz de luz, dos peldaños más abajo que ella—. No dispares. Soy yo.

—Ay. —Allie se miró los puños, como si no supiera qué estaban haciendo ahí delante—. Perdona. Ha sido un reflejo.

Carter subió los dos últimos escalones.

—Buenos reflejos —dijo él—. Rápidos. De los que te salvan la vida.

A la luz de la luna era imposible ver la expresión de sus ojos. Allie se sintió fatal por alegrarse de verlo. Pero se alegraba.

—Oye... antes no pudimos hablar —titubeó Carter—. ¿Te parece bien esto? —Los señaló a ambos—. Si quieres que el viernes te acompañe otra persona, no te cortes. No me lo tomaré a mal. Es un asunto importante.

Esas palabras aterrorizaron tanto a Allie que no se paró a pensar. Le dijo la verdad:

—No quiero que sea otra persona, Carter —dijo ella—. Quiero que seas tú. —Se interrumpió; el labio inferior le temblaba—. Te necesito.

Si aquella súplica sincera había sorprendido a Carter, no se le notó. Su mirada grave sostuvo la de Allie durante un largo momento. Luego, como si hablaran del tiempo o de algún trabajo para clase, asintió.

—Vale. Solo quería saberlo. —Su voz era fuerte y firme—. Vamos a ello.

Tras la oscura tranquilidad de la escalera, la pequeña aula de la última planta era un hervidero de luz y actividad. Dom tecleaba frenéticamente en unos ordenadores portátiles. Y no era la única.

—¿Rachel? —Allie no pudo ocultar su sorpresa.

Su amiga echó un vistazo por encima de la pantalla y agitó una mano alegremente a modo de saludo.

—¡Aquí, echando una mano!

Se la veía en su salsa, y Allie no podía estarle más agradecida a Dom por haber escogido a Rachel para formar parte del equipo.

Al otro lado del aula, frente a una mesa repleta de papeles y mapas desperdigados, Raj e Isabelle estaban en plena conversación.

Al verlos, Isabelle se enderezó.

—Empecemos —dijo la directora—. ¿Estás lista, Dom?

Dom asintió enérgicamente desde detrás de la pantalla.

—Cuando queráis.

—Carter. —Raj se alejó de Isabelle y caminó hacia los jóvenes—. Vamos a repasar el plan de principio a fin. Es mucha información de golpe, pero no me cabe duda de que puedes hacerlo. —Su mirada abarcaba también a Allie—. Después de veros trabajar juntos esta tarde, me he quedado más tranquilo, pero solo tenemos veinticuatro horas para prepararnos. Necesitamos que lo deis todo. —Sin esperar respuesta, se volvió hacia Dom—. Mapa uno.

En la pared que había detrás de Dom y Rachel, se proyectó un mapa de Hampstead Heath en un color verde brillante. Allie ya lo había memorizado con Sylvain y se quedó mirando fijamente el trabajo del cartógrafo. Había querido hacer el mapa más brillante confeccionándolo en verde esmeralda, pero solo había conseguido que pareciera una caricatura.

Allie intentó hacer memoria sobre Hampstead, pero solo se acordaba de cuevas empinadas, casas grandes y lujosas y turistas.

Se le pasaron por la cabeza, y no por primera vez, la retahíla de cosas que podían salir mal. La cantidad de sitios en los que Nathaniel y Gabe podían esconderse. Las armas que tal vez llevaran.

El pavor que sintió le hizo un nudo en la garganta.

Tomó breves bocanadas de aire y se obligó a centrarse en lo que Raj decía. Estaba apuntando a la carretera en la que los dejarían y marcando la ruta en el parque con manos firmes y una voz grave y tranquila, una voz que denotaba su fe en los dos jóvenes. La seguridad de que podían salir de aquella.

Y saldrían de aquella, se dijo Allie.

No quedaba otra.

Treinta y tres

A la mañana siguiente, Allie hacía esfuerzos por no quedarse dormida en clase. Habían trabajado en el plan para el parlamento hasta las tres de la mañana. Carter asimiló la información rápidamente, pero Raj había insistido en que lo memorizara todo a la perfección, de modo que lo habían repasado una y mil veces.

Allie ni siquiera recordaba haberse metido en la cama.

Estaba luchando para que no se le cerraran los ojos cuando Zelazny entró en el aula de Historia, cargado con un montón de libros. Aun así, a través de la neblina de su cansancio, la actitud del profesor llamó su atención. No les había gritado que se callaran, como solía hacer, ni los había clavado en el sitio de una mirada. Desde que se había sabido que Jerry trabajaba para Nathaniel, Zelazny parecía hundido. Como si creyera que todos habían fracasado.

Allie nunca se habría imaginado antes que echaría de menos sus fanfarronadas y, sin embargo, así era.

—Hemos hablado del Imperio británico todo el trimestre. —Las voces de los alumnos se acallaron a medida que el profesor de Historia hablaba—. Pero hoy es un día atípico. —Dejó los libros sobre su mesa y estudió al alumnado con aire pesimista—. No tiene sentido simular que no está pasando nada. Todos ustedes saben que se va a celebrar un parlamento con Nathaniel.

Allie contuvo la respiración. Fuera de la Night School, ninguno de los instructores hablaba abiertamente sobre el tema. Echó un vistazo a Carter, que estaba sentado junto a ella, pero él tenía los ojos fijos en Zelazny y una fina arruga le atravesaba la frente.

Los demás alumnos parecían casi igual de sorprendidos. A su espalda oyó los murmullos de desaprobación de dos alumnos de la Night School. Los que no pertenecían a la Night School tenían pinta de estar fascinados. Deseaban saber más.

Al frente, Zelazny seguía hablando:

—La mayoría de sus profesores se comportan como si no pasara nada. Quieren distraerlos. Que estén tranquilos. Yo voy a hacer algo distinto. —Empezó a caminar por el aula y fue colocando en cada pupitre un libro de tapas negras. Cuando llegó a la mesa de Allie, se paró y le sostuvo la mirada—. Quiero hablarles de supervivencia.

Los alumnos se apresuraron a coger los libros para ver qué contenían y la clase se llenó con el rumor de las páginas.

Allie cogió el tomo, era fino y ligero, poco menos que insustancial. Contra el fondo negro podía leerse el título de la portada en intrincadas letras doradas, casi de mal gusto: ***Sun Tzu: El arte de la guerra.***

Zelazny había vuelto a situarse al frente y sostenía en la mano una copia.

—Sun Tzu fue un general chino del siglo VI —explicó el profesor—. Aún hoy sus teorías se enseñan en las academias militares; los generales las estudian y las usan en

combate. Creo que también pueden sernos útiles a nosotros. —Se apoyó en la mesa —. Carter, lea a partir de la página diez, por favor.

Los dos alumnos de la Night School que se sentaban al fondo intercambiaron miradas. Carter, todavía con el ceño fruncido, pasó las páginas del libro. Durante un segundo leyó para sí y en silencio las palabras.

Luego leyó en voz alta:

—¿Qué dirigente es más sabio y capaz? ¿Qué comandante posee el mayor talento? ¿Qué ejército obtiene ventajas de la naturaleza y el terreno? ¿En qué ejército se observan mejor las regulaciones y las instrucciones? ¿Qué tropas son más fuertes? ¿Qué ejército tiene oficiales y tropas mejor entrenados? ¿Qué ejército administra recompensas y castigos de forma más justa? Mediante el estudio de estos siete factores, seré capaz de adivinar cuál de los dos bandos saldrá victorioso y cuál será derrotado. A Allie aquellas frases le parecieron tremendamente aciagas. ¿Qué pretendía decirles Zelazny con aquello? ¿Que creía que perderían?

Cuando Carter terminó de leer, Zelazny se enderezó lentamente y miró a la clase.

—En mi opinión, los dos bandos que se encontrarán mañana en el parlamento son equivalentes en fuerza y entrenamiento. Porque somos la misma gente. Hemos ido a los mismos colegios. Nuestras vidas han seguido el mismo curso. Así pues, estamos en igualdad de condiciones con nuestro enemigo.

Los susurros disconformes recorrieron el aula. Nadie en aquella clase estaba dispuesto a creer que se parecía en lo más mínimo a Nathaniel.

Por el contrario, y muy a su pesar, Allie pudo discernir la verdad que escondían las palabras de Zelazny. La suya era una guerra civil.

El profesor ignoró el malestar que sus palabras habían provocado.

—Creo que, si Sun Tzu nos viera, no sabría determinar quién sería el ganador.

La franqueza del profesor en aquellas circunstancias era sobrecogedora. Ninguno de los demás adultos concebía siquiera la posibilidad de que fracasaran. No obstante, Allie siempre había sabido que la derrota era posible. Se daba cuenta del esfuerzo que Isabelle hacía por parecer optimista. Veía las dudas que Raj, con poco éxito, intentaba ocultar.

Pero que Zelazny lo admitiera tan abiertamente le daba escalofríos.

Como si adivinara lo que estaba pensando, Zelazny la miró a los ojos.

—Ahí es donde entra la estrategia. Allie, lea desde la página veintidós.

Allie hojeó el libro hasta que dio con la página que le había pedido. Solo había unas pocas líneas:

El arte de la guerra se basa en el engaño.

Pon cebos para atraer al enemigo.

Golpea al enemigo cuando esté desordenado.

Prepárate contra él cuando está seguro en todas partes. Evítalo cuando es más fuerte.

Ataca al enemigo cuando no está preparado. Aparece cuando no te espere.

El aula se había quedado en silencio otra vez y las palabras resonaron en la cabeza de Allie:

El arte de la guerra se basa en el engaño.

Se acordó de Christopher en su habitación.

De Nathaniel poniéndole un cuchillo en la garganta a Rachel.

De las promesas de Lucinda y de las amenazas de Nathaniel.

Un peso le oprimió el pecho. ***¿Quién mentía?***

—Este es el mejor consejo que puedan darles. —El afilado tono de Zelazny atravesó la bruma de los pensamientos de Allie. Ahora toda la clase prestaba atención al profesor. El aula estaba muy silenciosa—. Cuando uno se enfrenta a un enemigo inteligente, que lo iguala en fuerza y debilidad, debe ser más listo que él. Debe adaptarse e innovar, si quiere seguir con vida. Pues, aunque su plan sea técnicamente perfecto, solo hay una cosa segura. —Aporreó la mesa—: Se torcerá. Nada saldrá como esperaba. Cuando uno sale de una habitación iluminada y se adentra en la noche, esta es siempre más oscura de lo que parecía.

Miró a toda la clase, muy intensamente.

—En el tiempo que queda de clase, quiero que lean este libro. Memorícenlo. Como si mañana tuvieran que recitármelo. —Bajó la cabeza y miró a Allie—. Les podría salvar la vida.

El resto de clases que tuvo Allie aquel día se sucedieron en una especie de neblina. No podía quitarse de la cabeza la lección de Historia. Cuando nadie miraba, hojeaba las páginas del libro que Zelazny les había entregado. Las frases y las palabras la asaltaban. Le daban escalofríos.

Evítalo si es más fuerte.

Escapa. Escóndete.

Zelazny siempre transmitía confianza. Si él estaba preocupado... ¿estarían haciendo lo correcto?

Tampoco tenían elección. Al final todo se reducía a eso.

Tenían que ir al parlamento, no había otra salida.

Estaban atrapados. Ella lo estaba.

Entre las clases y el entrenamiento de la Night School no hubo descanso. En cuanto terminó su última clase, volvió a bajar a la sala de entrenamiento y practicó técnicas de evasión con Carter, Nicole y Zoe. Rachel no estaba; trabajaba con Dom.

Justo antes de la hora del almuerzo, Raj se acercó a Carter y a Allie cuando estaban probando una compleja maniobra con patadas voladoras y golpes de codo.

Les habló tan bajito que apenas lo oyeron:

—Isabelle quiere veros en su despacho.

—¿Nos podemos cambiar de ropa? —preguntó Allie, pasándose la mano por la frente. Carter y ella estaban sudando y llevaban puesto el equipo negro de la Night

School.

Raj negó con la cabeza.

—Quiere que os deis prisa.

El corazón se le aceleró. Aquello no tenía buena pinta.

Cuando llegaron al despacho de Isabelle unos minutos más tarde, la puerta estaba cerrada, pero oyeron que dentro la directora estaba hablando con alguien.

Carter y Allie intercambiaron una mirada antes de golpear suavemente la puerta de madera labrada.

Isabelle respondió de inmediato:

—Adelante.

Carter giró el picaporte y la puerta se abrió en silencio.

Cuando entraron en el despacho, tan familiar, encontraron a Isabelle sentada a su mesa. Por lo demás, la estancia estaba vacía. Sobre el escritorio había varias pilas ordenadas de papeles y un ordenador portátil abierto.

—¿Querías vernos? —dijo Allie.

Isabelle les indicó que se sentarán en las butacas de cuero que tenía enfrente, ante el imponente escritorio de caoba.

Allie tomó asiento y buscó en el rostro de Isabelle la respuesta a su pregunta. No parecía asustada o consternada, aunque en sus ojos y en la posición de su boca encontró una tristeza que antes no estaba.

La directora tomó la palabra cuando se instalaron:

—Lucinda, ¿sigues ahí?

—Sí. —Del ordenador que yacía sobre el escritorio de Isabelle emergió la voz de la abuela de Allie, nítida y fuerte. Firme.

El corazón de Allie dio un vuelco. Conque era una de *esas* reuniones.

Carter se volvió a mirarla, sorprendido. Allie levantó las manos en un gesto que decía: «Cosas que pasan».

—Estamos todos, como habías pedido. —Isabelle se recostó en el asiento—. Allie y Carter ya están aquí.

—¿Hay alguien más? —preguntó Lucinda.

Isabelle meneó ligeramente la cabeza.

—No, no hay nadie más.

—Muy bien —dijo Lucinda.

Por un instante, Allie se preguntó cómo sería estar en el lugar de su abuela. Era la que más tenía que perder. Se jugaba el puesto en la Sociedad Orión y el poder que lo acompañaba. Ya había perdido su asiento en las reuniones del Gobierno y su respetado cargo de consejera.

¿Qué haría si perdía todo lo demás?

—Le he pedido a Isabelle que os llamara para repasar el reglamento de mañana por la noche —dijo Lucinda.

¿El reglamento?, pensó Allie, inmediatamente recelosa. *¿De qué diablos habla?*

—Allie, cuando te permití acompañarme al parlamento lo hice bajo la condición de que seguirías mi plan. ¿Recuerdas esa conversación?

La pregunta la pilló desprevenida y Allie vaciló. Recordaba vagamente la voz de Lucinda a través del diminuto móvil de Isabelle y la rabia que sentía hacia Christopher. No estaba segura de a qué había accedido aquella noche; habría dicho que sí a cualquier cosa con tal de que le dieran permiso para ir al parlamento y enfrentarse a Nathaniel ella misma.

—Sí... Creo —dijo al cabo de un momento.

—Excelente. —El tono de Lucinda era enérgico—. Entonces espero que respetes lo acordado. Carter West.

Carter se enderezó.

—¿Sí... señora...? —Los ojos del joven saltaban indecisos de Isabelle al plástico oscuro y aséptico del ordenador.

—Tienes que hacer un juramento, igual que lo hizo mi nieta. Necesito que me asegures que harás exactamente lo que se te pida. Que seguirás el reglamento que Isabelle y yo establezcamos por encima de lo que pueda decirte cualquier otra persona. Aunque esa persona sea Raj Patel o alguno de sus guardias.

Allie se quedó mirando al ordenador sin dar crédito. ***¿A eso me comprometí aquella noche?***

Vio sus mismas dudas reflejadas en la cara de Carter. Lo que Lucinda le estaba pidiendo no era una ninguna tontería. Les pedía fe ciega a ambos.

Pero aquella era la partida de Lucinda.

Tras una pausa breve y elocuente, Carter se encogió de hombros, resignado.

—Está bien... O sea, sí. Cumpliré su reglamento.

Los jóvenes miraron a Isabelle, como si ella pudiera proporcionarles algún tipo de explicación, pero su expresión era inescrutable. Saltaba a la vista que Lucinda era la que estaba al mando.

—Entonces podemos continuar —dijo Lucinda—. Las normas son las siguientes: me reuniré con vosotros en Parliament Hill, en el parque, a medianoche. Jerry Cole estará conmigo. No debéis interactuar con él aunque os provoque.

Allie se puso tensa.

¿Lucinda iba a estar a cargo de Jerry?

Se acordó de los poderosos brazos de Jerry, aquella noche en la celda del sótano, cuando tiraba de las cadenas que lo sujetaban. Era un hombre fuerte. Demasiado fuerte como para que una anciana como ella pudiera controlarlo. ¿En qué estaba pensando su abuela?

Lucinda prosiguió:

—Una vez que estemos todos, hablaré yo. Nathaniel se dirigirá a vosotros, no me cabe la menor duda. Si os habla directamente, os indicaré si debéis o no contestar. Asentiré con la cabeza. Si asiento una vez, querrá decir que sí. Cualquier otro gesto, querrá decir que me dejéis manejarlo a mí. Esto no admite discusión.

Había añadido la última frase en tono severo, como si esperara que protestaran, pero en realidad a ninguno le apetecía convertirse en el interlocutor de Nathaniel, así que se quedaron callados.

Lucinda tomó su silencio como muestra de conformidad y continuó:

—Os daremos el nombre y la dirección de un lugar seguro en Londres. Tendréis que memorizarlos. Si sucede algo y nos separamos, tenéis prohibido salir en mi busca, o en busca de Raj y sus hombres. No intentéis buscar a nadie de Cimmeria. Marchaos directamente al refugio y esperad. Tan pronto como sea posible, alguien irá a buscaros. ¿Entendido?

Allie sintió un inmenso vacío en el pecho. Aquel era un plan para la derrota.

Intercambió una mirada con Carter y percibió en sus ojos que él también se había dado cuenta.

—Sí —dijo Allie al cabo de un momento, su voz era apenas un susurro—. Así lo haré.

—Yo también —dijo Carter.

Lucinda aceptó sus respuestas sin el menor comentario.

—El último punto del reglamento es el siguiente: preveo que pasará algo. Preveo violencia. Cualquiera de nosotros podría resultar herido. A pesar de que hemos hecho todo lo posible por prevenir tal resultado, por pura práctica y experiencia sé que, por mucho que nos preparemos, nada impedirá que Nathaniel viole las normas del parlamento e intente algo... innecesario. Allie, si a Carter o a mí nos sucediera algo, debes prometerme que huirás. Abandona a esa persona, sea quien sea, sal del parque y acude al refugio. No hay dudas que valgan. Necesito que me lo prometas.

Allie se quedó mirando el portátil, horrorizada. De repente un recuerdo brutal atravesó sus pensamientos como un picador de hielo. Jo yacía en un charco de sangre sobre la calzada helada. Sola.

Apretó con fuerza los labios y negó con la cabeza, pero antes de que pudiera abrir la boca, Carter alargó un brazo. El chico le soltó los dedos que había clavado sin darse cuenta en el reposabrazos de la butaca y le cogió la mano.

Ella lo miró sin dejar de menear la cabeza; ya sabía qué iba a decirle Carter.

—Di que sí.

—No, Carter. —Los ojos de Allie le suplicaban que la entendiera—. No puedo.

—Allie, Lucinda tiene razón. Pase lo que pase, tienes que huir. Estaré bien. Te lo prometo. Di que sí. —La mirada de Carter era firme y su mano era cálida.

¿Pero cómo iba a hacerlo? No podía abandonar sin más a Carter y a Lucinda si los herían. ¿Y si la necesitaban?

—Allie. —La arrogante voz de su abuela interrumpió sus pensamientos—. Necesito que me des tu palabra; si no, no hay trato. Te quedas en el colegio y yo me reúno a solas con Nathaniel. Y ya sabes qué significaría eso para el colegio y tus amigos. Sabes de lo que es capaz Nathaniel.

Al otro lado de la mesa, Isabelle emitió un débil quejido de desaprobación, pero

Allie no la miró. Sus ojos estaban puestos en Carter.

La mirada del chico no había vacilado.

—Di que sí.

Allie apartó la mirada. Estaba muy confusa. Dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el frío cuero de la butaca. No podía mirarlo a la cara y decirlo al mismo tiempo.

—Sí —susurró. Se le habían saltado las lágrimas—. Está bien. Vale. Lo haré.

—Muy bien. —La voz de Lucinda no traslucía emoción alguna.

En aquel momento, Allie detestó a su abuela casi tanto como a Nathaniel. La acababa de obligar a abandonar a su suerte a Carter, igual que a Jo. ¿Y para qué? ¿Para defender un poder en el que no creía? ¿Por un dinero que no deseaba?

No. Para impedir que Nathaniel haga daño a más gente.

Aun así. Ni por ese motivo. Sabía que jamás podría hacerlo. De verdad que no.

Lucinda no había acabado todavía. Su voz salió del ordenador, fría y distante:

—¿Carter?

El chico, que todavía sujetaba la mano de Allie, miró hacia el portátil, como si ya se lo esperara.

—Sí, dígame.

—También necesito que me des tu palabra. Aunque, en tu caso, este punto del reglamento es algo distinto. Me han dicho que eres un joven fuerte, resuelto y en quien se puede confiar. También que te preocupas mucho por mi nieta. De modo que para ti la regla es la siguiente: si nos sucediera algo a Allie o a mí, deberás sacarla a ella del parque. Debes alejarla de Nathaniel cueste lo que cueste y llevarla al refugio. No te separes de ella en ningún momento, por el motivo que sea. Si resulto herida yo, no permitas que Allie me socorra. ¿Tengo tu palabra?

Allie apretó los dedos de Carter.

Él se volvió a mirarla. Sus ojos eran oscuros e infinitos, cálidos y dignos de confianza. Tan próximos y cariñosos como la familia. Tan necesarios como el oxígeno.

Salta.

—Lo prometo —dijo Carter.

—Muy bien. —El tono enérgico y autoritario de Lucinda no delató ninguna emoción—. Entonces estamos todos de acuerdo. Ahora volvamos a repasar el plan...

Treinta y cuatro

Al día siguiente, poco antes de las siete de la tarde, llegaron los relucientes Land Rovers negros. Aguardaron ante la puerta principal como una glamurosa procesión funeraria.

Allie los vio cuando bajaba de su habitación.

Raj les había dicho que se vistieran como lo haría cualquier persona «normal» de su edad un viernes por la noche, de modo que, por primera vez en varias semanas, se puso ropa de calle; se sentía rarísima. Notaba los vaqueros rígidos y ásperos. En la parte de arriba se había puesto una camiseta larga y negra. Y llevaba sus botas Doc Martens rojas atadas hasta la rodilla. Para completar el atuendo juvenil se había puesto un montón de delineador de ojos y una buena dosis de máscara de pestañas. El cabello le caía suelto sobre los hombros.

El vestíbulo estaba vacío. Era la primera en llegar. La puerta principal estaba abierta y corría una brisa húmeda, veraniega. Esperó, impaciente, rebotando sobre los talones. Estaba hecha un manojo de nervios y confiaba en que el maquillaje tapara su miedo.

Minutos más tarde llegaron Nicole y Zoe, y se las quedó mirando maravillada. Era la primera vez que las veía con ropa de calle. Nicole iba muy elegante, con el pelo recogido en una trenza. Vestía una camiseta de tirantes ajustada con un pantalón negro y unos botines hasta el tobillo de aspecto macizo. Hubiese pasado por cualquier chica enrollada que saliera de fiesta con sus amigos.

Zoe llevaba unos vaqueros, una camiseta a rayas y unas deportivas. Aquella vestimenta tan sencilla la hacía parecer más pequeña de lo que era.

—Qué pinta más rara —dijo Zoe contemplando a Allie con una arruga de desagrado en la nariz.

—Lo mismo digo —le espetó Allie.

—Es un disfraz —aclaró Zoe.

—¿Ya han llegado los coches? —La voz de Carter surgió del pasillo, segundos antes de aparecer él mismo junto a Lucas por el vestíbulo de entrada, con pinta de estar nervioso.

—Sí, pero... solo están ahí parados —dijo Allie.

Lucas, que era el único que iba a quedarse en el colegio, iba vestido de uniforme.

—He venido a deseáros suerte —dijo, respondiendo a la pregunta que nadie había formulado.

Zoe puso los ojos en blanco, pero a Allie la conmovió sinceramente el gesto.

—Gracias —dijo Allie—. Ojalá vinieras con nosotros.

Lucas se encogió de hombros afablemente.

—Alguien tiene que quedarse y defender el fuerte.

Allie echó un vistazo hacia donde estaba Carter; permanecía en el umbral y miraba hacia la silenciosa fila de vehículos. Era alucinante lo normal que parecía

vestido con vaqueros oscuros y un jersey negro.

—Bonito disfraz —comentó Zoe, y Carter la miró con aire confuso.

Lucas le dio un débil puñetazo a Zoe en el brazo:

—Lo que tú digas, Peque.

Zoe le apartó fácilmente el puño con un puntapié y Lucas fingió ponerse en guardia. Pero antes de que la broma llegara más lejos, Carter levantó las manos.

—Ahora no. —Lo dijo con una autoridad tan inconsciente que ambos obedecieron.

—Perdona —dijo Lucas, arrepentido—. Es que estoy nervioso.

—Ya somos dos. —No había rencor en la voz de Carter. Consultó el reloj—. ¿Dónde diablos se ha metido todo el mundo? Ya es la hora.

—Aquí. —La voz de Raj resonó en las paredes de piedra y todos se volvieron.

Caminaba hacia ellos desde el gran vestíbulo principal, iluminado por la lámpara de araña de del techo y seguido por un grupo de guardias. Isabelle, Zelazny y Eloise los acompañaban.

Detrás aparecieron Dom y Rachel cargadas con equipos.

El corazón de Allie se paró.

Corrió hacia Rachel.

—¿Qué estás haciendo aquí? Tú no vienes... Quiero decir... —Se dio cuenta de cómo había sonado y titubeó—: ¿Vas a venir con nosotros?

La que respondió fue Dom:

—No te preocupes. Nosotras no estaremos en el parque, sino a unas cuantas manzanas, controlándolo todo desde el coche más blindado que te puedas imaginar. Rachel estará a salvo. Y ahora... —Dejó las mochilas que llevaba sobre una mesa de mármol e indicó a Allie que se acercara—. Vamos a llenarte de cables.

Dom y Rachel empezaron a abrir mochilas y a sacar aparatos. El corazón de Allie iba a mil por hora y apenas podía respirar. Tenía que tranquilizarse.

Rachel estará bien, se dijo. Dom sabe lo que hace.

Se obligó a dejar de preocuparse. Tenía que confiar en Dom.

La experta en informática, ajena a la desazón de Allie, sacó de una de las mochilas una caja larga y delgada de color negro y la abrió con cuidado. En el interior Allie vio una hilera perfecta de algo que parecían alfileres.

—¿Qué es eso?

—Un localizador —dijo Dom sujetándolo entre el pulgar y el índice; no era mayor que una peca—. Pon el pie aquí. —Dom se palmeó la rodilla doblada. Tras dudarle un instante, Allie hizo lo que le pedía.

—Qué Martens más chulas. —Dom dio unos golpecitos en la pesada bota roja de Allie. Insertó cuidadosamente el extremo del dispositivo en uno de los ojales de su bota derecha. Entre la maraña de cordones, el localizador resultaba invisible.

—Lista. —Dom le soltó el pie—. Ahora, si te metes por el camino equivocado o te caes en un estanque, te encontraremos. Pero ya sabes... ni se te ocurra. Se volvió

hacia Carter, que estaba detrás, observando por encima del hombro de Allie—. Te toca.

—¿Esta vez no llevamos comunicadores? —preguntó Allie mientras Dom colocaba un localizador en la bota de Carter.

Dom no alzó la vista.

—Son muy fáciles de piratear. No pienso regalarle a Nathaniel un juguetito para que se divierta.

Cuando estuvieron equipados, los guardias se montaron en los Land Rovers. El aire se llenó con el rugido grave de los potentes motores.

Los alumnos se apiñaron junto a la puerta. No volverían a verse hasta que aquello acabara, fuera cual fuese el resultado.

Allie cambiaba el peso de un pie al otro, estaba tan nerviosa que no podía quedarse quieta. ¿Qué pasaría si todo salía mal? ¿Y si no regresaban nunca? ¿Y si aquel era su último día?

Miró a su alrededor, tan lejos como la tenue luz se lo permitió. El magnífico edificio de piedra con sus gloriosas vidrieras, los vastos terrenos verdes, el bosque. Aquel era su hogar. Aquellas personas eran su familia.

Tenía que haber otro día. Tenían que regresar.

—Bueno, buena suerte a todos. —El ánimo jovial que Lucas había demostrado poco antes se había esfumado. Miró al grupo con aire sombrío—. Dadle su merecido a Nathaniel. Y tened cuidado.

Los dos chicos se dieron la mano y se palmearon la espalda. Lucas se detuvo y susurró algo al oído de Rachel. Cuando él se alejó y entró en el colegio, Allie vio que su amiga tenía los ojos inundados de lágrimas.

Rachel carraspeó.

—Id con cuidado, ¿me habéis oído? —Miró al grupo, con una súplica en los ojos—. Solo decid que sí.

—Sí. —Nicole tiró de ella y le dio un abrazo fuerte y rápido. Luego Allie hizo lo mismo.

—Ten cuidado —le susurró Rachel antes de dejarla ir. Y Allie luchó por contener las repentinas ganas de llorar.

—Tú también —dijo.

—Rachel. —Dom pasó por su lado—. Vamos.

El tono de la americana era distante, pero cuando pasó junto a Allie la miró a los ojos e inclinó la cabeza, en un gesto que parecía decir: «Puedes hacerlo».

Viniendo de Dom, tan enrollada y capaz, significaba mucho.

Después de despedirse por última vez, Rachel la siguió y ambas desaparecieron a bordo de un todoterreno. Ahora solo quedaban en las escaleras Allie, Carter, Zoe y Nicole.

Durante un rato, nadie abrió la boca.

Entonces Carter inclinó la cabeza y captó la atención de Allie.

—Deberíamos irnos.

—Ya lo sé... —Ella se resistía a marcharse. Se volvió hacia Zoe y Nicole.

—Chicas, tened cuidado, ¿vale? No hagáis locuras. Me alegro muchísimo de que vayáis a estar allí...

La sonrisa que Nicole le ofreció como respuesta estaba llena de comprensión y cariño. Por el contrario Zoe, que a duras penas había contenido la irritación con las despedidas previas, se la quedó mirando como si se hubiese vuelto loca:

—Pues claro que estaremos allí. ¿Dónde íbamos a estar si no?

Allie torció los labios y le tiró de la coleta.

—Anda... vete. Nos vemos allí.

De inmediato Zoe salió pitando hacia el vehículo que tenía asignado, sin ocultar su alivio por escapar de aquella escena lacrimógena.

Nicole y Allie se dieron un abrazo escueto.

—No le quitaré ojo —prometió Nicole—. Solo va a reconocer el terreno. Estará a salvo.

—Ya lo sé. —Allie forzó una sonrisa—. Cuídate.

—Tú también.

Después de darle un abrazo a Carter, Nicole salió corriendo detrás de Zoe. Allie y Carter se quedaron a solas en la escalinata delantera.

Había llegado el momento.

Allie soltó un suspiro tembloroso y levantó los ojos hasta los de Carter.

—¿Preparado?

—Supongo que sí —respondió Carter, pero no se movieron del sitio.

Carter la miró detenidamente.

—Míranos —dijo—. El dúo dinámico reunido otra vez.

La sonrisa vaciló en los labios de Allie, pero su voz fue firme:

—Allie y Carter al rescate.

Había tantas cosas que quería decirle... Pero aquel momento era demasiado importante. Había mucho en juego.

No era el momento de hacer otra cosa que luchar.

Alzó los ojos para mirar a Carter.

—En marcha.

Pasaron el trayecto hasta Londres sumidos en un tenso silencio.

Allie y Carter iban en el asiento trasero, cada uno mirando por su ventana. Delante había dos guardias, y de vez en cuando salía la voz de Raj a través de los altavoces de la radio. El jefe de seguridad iba en el primer coche, un kilómetro por delante.

Los vehículos debían tomar diferentes rutas. Dom y Rachel seguirían el avance mediante los localizadores, asegurándose de que ningún coche se quedara rezagado y

de que todos siguieran el camino indicado.

A medida que se iba haciendo de noche, iban cruzando tierras de labranza. Campos salpicados por ovejas blancas recién esquiladas que se deleitaban con su nueva desnudez. A lo lejos vieron algunos campanarios que hendían el cielo del atardecer como dagas de piedra. A veces, durante un fugaz instante, asomaban entre los lejanos bosques grandes mansiones victorianas, no muy distintas a Cimmeria.

Los últimos rayos de luz habían desaparecido cuando se adentraron en las bulliciosas afueras de Londres, donde las tortuosas calles convertían la metrópolis en un gigantesco laberinto de vehículos. Aun así el conductor parecía conocer al camino y fue tomando una calle tras otra, todas igual de atascadas.

Allie había crecido en la ciudad y trazó mentalmente la ruta que seguían a través de las estaciones de metro y de tren que dejaban atrás: Richmond, Chiswick, Acton, Shepherd's Bush... Ver aquellos nombres otra vez era como toparse por sorpresa con amigos de toda la vida.

Junto a ella, Carter miraba con aire fascinado por la ventana, lo que le recordó a Allie que él se había criado en el campo.

—¿Habías venido a Londres alguna vez? —preguntó, y Carter se volvió hacia ella.

—Hace mucho tiempo, para ir a los museos —dijo Carter—. Se me había olvidado la cantidad de gente que hay.

El todoterreno se paró en un semáforo y una marabunta de personas se apresuró a cruzar la calle. Mujeres en traje de chaqueta con tacones cómodos, o con minifalda y endeble tacones de agujas. Hombres con los auriculares puestos y que no despegaban la vista del suelo.

Cuando vivía en Londres, Allie nunca había reparado en cuánta gente había. Simplemente... aquel era su hogar. Su vida.

Ahora lo veía de otro modo. Las aceras, los coches y los bamboleantes autobuses de dos pisos. Los altos edificios de oficinas que incluso a aquellas horas de la noche seguían llenos de gente. Los pubs que empezaban a vaciarse. La gente apiñada alrededor de los puestos de kebabs y los locales de comida rápida, o esperando casi a oscuras cerca de las parada de autobús y de las estaciones de metro. Los cláxones que se quejaban y las luces cegadoras.

Los campos verdes y los tranquilos bosques de la Academia Cimmeria quedaban muy lejos ahora.

Una sirena aulló muy cerca de ellos, y Allie y Carter dieron un respingo. Allie se giró en el asiento para mirar por la ventana trasera. Inspiró bruscamente. Carter se volvió a mirar.

Detrás de ellos había un coche de policía parado. Las luces de la sirena giraban furiosamente. El conductor les indicaba severamente por señas que se detuvieran a un lado.

La adrenalina corrió por las venas de Allie. El corazón le palpitaba en los oídos.

Venga, Allie. Piensa.

¿Qué se suponía que tenían que hacer? No habían previsto ningún plan en caso de que alguien los parara de camino. Qué tontos habían sido. En aquellos momentos Nathaniel controlaba la policía. ¿Pero tanto control ejercía?

No parecía posible.

Todo era posible.

En el asiento delantero, el chófer y el guardia del asiento del copiloto estaban discutiendo, pero el chillido de la sirena era demasiado alto y estaba demasiado cerca como para que Allie pudiera distinguir qué decían.

Miró a su derecha. Carter estudiaba a los guardias tranquilo pero alerta, como buscando pruebas que indicaran si la situación era grave. Tenía una mano colocada como si nada en la manija de la puerta.

Allie siguió su ejemplo. Posó los dedos en el frío metal de la manija. Y dejó reposar la otra mano en el cierre del cinturón de seguridad.

A medida que fue pasando el tiempo, se hizo evidente que los guardias estaban más enfadados que nerviosos. Al cabo de un momento, la calzada se despejó y el chófer subió el todoterreno al bordillo.

El coche de policía aceleró y los adelantó, pasó tan cerca que Allie vio con claridad a los agentes que había dentro. Ambos iban con la mirada al frente, totalmente ajenos al Land Rover que estaban adelantando.

El alarido de la sirena fue modulándose antes de desvanecerse en la lejanía.

Poco a poco el ritmo del corazón de Allie fue volviendo a la normalidad.

Carter dejó escapar un sonoro suspiro.

—Dios santo.

Un segundo más tarde, el tráfico empezó a fluir de nuevo. Bajaron del bordillo y siguieron rumbo al norte.

—Ya hemos llegado —dijo el chófer tras detener el coche en la cuneta y parar el motor.

Allie volvió la cabeza y vio el letrero de la calle que colgaba de una verja decorativa de hierro forjado situada a lo largo de la acera.

Tanza Road era una calle corta y en pendiente que se ladeaba suavemente al subir, como si hubiese algo muy pesado en uno de sus lados. La calzada estaba flanqueada por elegantes casas adosadas con pequeños patios delanteros, hechas con piedra labrada y típicos ladrillos victorianos.

Ahora que estaban allí, Allie se sentía extrañamente tranquila. Centrada. Mientras esperaban, fue cobrando cada vez más consciencia de todo lo que la rodeaba. El motor crepitaba a medida que se enfriaba. Los guardias hablaban por teléfono. Carter, junto a ella, observaba muy quieto.

Los latidos del corazón de Allie eran firmes y regulares.

De repente el sonido característico del cierre centralizado rompió el silencio, y las puertas se abrieron.

El guardia del asiento del copiloto se volvió hacia los dos jóvenes:

—Ya.

Allie miró a Carter. Su cara decía que estaba preparado. Decidido. Reflejaba sus mismas sensaciones.

Podemos con esto.

Inspiró hondo. Luego se quitó el cinturón de seguridad con decisión. Carter la imitó.

Sosteniendo la mirada de Allie, Carter alcanzó el tirador de la puerta. Ella hizo lo mismo. Él le preguntó con los ojos si estaba lista y ella asintió.

Ambas puertas se abrieron al mismo tiempo.

Allie saltó del alto todoterreno hacia la oscuridad de la calle. Cerró la puerta sin mirar atrás.

Había llegado la hora de ser valiente.

Treinta y cinco

La noche y sus sonidos aún poblaban la calle. Las voces de los programas de televisión que salían por las ventanas abiertas flotaban en la cálida brisa del verano. Se oían charlas y risas. A lo lejos, el sonido amortiguado de una sirena y el rugido de un avión.

Lo normal de un viernes por la noche en la gran ciudad. Nada sospechoso.

En cuanto echaron a andar, parte de la tensión de Allie se esfumó. A pesar de todo, estar de vuelta en la ciudad la hacía sentirse extrañamente bien. En el campo siempre era la forastera. Londres era su territorio.

Los edificios elegantes que los rodeaban evocaban dinero y poder. La luz, dorada y sedosa, se colaba por los grandes ventanales como si todo lo que había dentro estuviese bañado en oro.

Como dos jóvenes de Hampstead que estuvieran dando un paseo, caminaron hombro con hombro hasta el final de la calle. Sus ojos escudriñaban sin cesar la acera derecha, fijándose en los huecos que había entre las viviendas.

Allie fue la primera en verlo.

—Por ahí. —Le dio un codazo a Carter y ladeó la cabeza para indicarle el camino pavimentado que discurría entre dos casas. Estaba bastante escondido.

Cuando tomaron el camino, la oscuridad los engulló. Pronto el asfalto que pisaban se convirtió en un sendero de tierra.

Habían llegado al páramo de Hampstead Heath.

Eran conscientes de que desde las ventanas de las casas aún se les podía ver, así que siguieron caminando, lentamente pero sin dejar de estudiar el terreno que los rodeaba.

A su izquierda Allie vio unos cuantos árboles desperdigados, y más allá, una frondosa arboleda. Allí se dirigían.

En cuanto la luz de las casas desapareció, echaron a correr al trote. El suelo era irregular y la hierba crecía alta, pero estaban acostumbrados.

La ruta que habían elegido para subir hasta la cima los obligaba a rodear la base de la colina de Parliament Hill.

Tal y como Raj les había advertido, lo que en el mapa parecía sencillo, de noche se complicaba. Entre los árboles era fácil desorientarse. En la ciudad, por lo menos, había más luz ambiental. Aun así, en cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, prescindieron de las linternas.

—Estoy segura de que este árbol ya lo hemos visto antes —susurró Allie, mirando un pino torcido difícil de olvidar.

—Los árboles son todos iguales —señaló Carter al tiempo que sacaba un GPS del bolsillo—. Deberíamos estar yendo hacia el noroeste. —Giró el cuerpo con el aparato en la mano hasta que encontró el resultado que buscaba. Volvió a mirar a Allie—. Es por ahí.

Al cabo de poco tiempo, la maleza se hizo más densa. Pronto tuvieron que abrirse camino entre zarzales y ortigas que le dejaron a Allie los brazos llenos de cortes.

—Malditas plantas asquerosas —maldijo cuando una rama de espino le arañó la mano derecha.

—Parece que más adelante mejora. —Carter señaló un claro que se vislumbraba entre los árboles.

Allie se agarró la mano herida y corrió pisándole los talones a Carter. Saltaron un tronco caído que bloqueaba el camino y aterrizaron junto a un tranquilo riachuelo. Vadearon el arroyo tan silenciosamente como pudieron y alcanzaron la ribera del otro lado chapoteando desagradablemente con las botas en el fango.

Se disponían a adentrarse en el calvero cuando Allie lo vio. Algo se había movido. Algo que no tenía que estar allí.

Al principio pensó que solo se trataba de una sombra. Pero luego la sombra volvió a moverse. Con demasiada fuerza.

Allí había alguien.

Allie se olvidó del dolor de la mano y agarró a Carter del brazo. Tiró de él y se lo llevó al abrigo de los árboles. Él la interrogó con la mirada. Allie apuntó hacia el claro.

Al principio los ojos de Carter buscaron erráticos sin ver nada. Pero luego la vista se le aguzó.

Había una especie de sombra deslizándose por el claro, y se movía de forma muy silenciosa. Letal.

¿Será uno de los nuestros?, se preguntó Allie, ¿o de los otros?

No había manera de saberlo. A oscuras, todos tenían la misma pinta.

Se agacharon y observaron la figura.

Evítalo si es más fuerte.

Allí arriba, los sonidos de la ciudad eran inaudibles. Allie solo oía el latido de su corazón y la respiración acompasada de Carter. Casi no corría aire y los árboles estaban quietos, como si también aguardaran.

Cuando la sombra finalmente desapareció, esperaron durante unos minutos interminables hasta asegurarse de que estaba lejos. Luego Carter agarró a Allie del brazo y señaló hacia adelante. Ella asintió.

Se incorporaron a la vez y avanzaron por el claro, tan silenciosos como la sombra que los había precedido.

Acordaron tácitamente cruzar el camino que había tomado la sombra y dirigirse en diagonal hacia la base de la colina. El entrenamiento les había enseñado que esa era la mejor manera de evitar toparse con el intruso.

Una cosa estaba clara: aquello iba en serio. El bosque estaba lleno de gente.

Después de avanzar con cuidado durante diez minutos, los árboles empezaron a escasear y se encontraron subiendo por una empinada cuesta que desembocaba en un llano. Raj los había prevenido sobre aquella zona; allí no iban a encontrar donde

escondarse.

La solución del instructor a ese problema había sido simple: «Moveos rápido».

Se agacharon y salieron corriendo de la arboleda cada vez más rápido hasta que llegaron a la parte más alta de la colina. Aunque mantuvieron la distancia de seguridad que habían convenido, Allie fue consciente en todo momento de la posición y de la velocidad de Carter.

De hecho, estaba tan pendiente de él que tardó un instante en darse cuenta de que ya habían alcanzado la cima. La vista era tan impresionante que se paró en seco: todo Londres se extendía a sus pies. Como una galaxia de estrellas bajas que se estiraba hacia el infinito.

Y observando el paisaje desde allí arriba había solamente una mujer.

Contemplaba la ciudad con las manos entrelazadas a la espalda. Un pulcro mechón de su cabello blanco platino reflejaba las luces de la urbe. Su porte era erguido.

A Allie le pareció que habría reconocido a su abuela en cualquier lugar solo por su postura.

Lucinda llevaba unos pantalones perfectamente planchados y una gabardina cara. Cualquiera que pasara por allí la habría tomado por una dama de Hampstead disfrutando de un paseo nocturno.

Allie corrió a su encuentro. Carter se quedó rezagado a una distancia prudencial.

—Lucinda... Abuela...

Al oír su voz, Lucinda se dio la vuelta tranquilamente.

—Oh, estupendo. Ya estás aquí. Debo decir que admiro tu puntualidad, Allie. Me temo que he llegado más bien pronto. Carter. —Lucinda abarcó al chico con la mirada y le tendió una mano firme.

Tras un breve instante de vacilación, Carter se acercó y le dio la mano con cuidadosa deferencia.

—Me han hablado mucho de ti —dijo Lucinda—. En parte, tú eres uno de los motivos por los cuales estamos hoy aquí. Estamos luchando por ti. —Ella lo miró de arriba abajo con escepticismo en los ojos—. Espero sinceramente que lo valgas.

Antes de que Carter, pudiese preguntar de qué iba todo aquello, Allie se adelantó:

—¿Dónde está Jerry? Pensaba que estaría contigo.

—Está por aquí —dijo Lucinda fríamente—. Te lo puedo asegurar.

Era evidente que no iba a revelar mucho más, así que Allie lo dejó correr, pero se quedó preocupada.

Lucinda giró la muñeca y echó un vistazo al reloj.

—Eres muy puntual, pero no puedo decir lo mismo de Nathaniel...

—Oh, Lucinda. —Se oyó a sus espaldas la conocida voz de Nathaniel. Allie y Carter se dieron media vuelta y lo vieron caminado hacia ellos por el sendero que conducía a la cima—. ¿Siempre tienes que ser tan crítica?

Era un tono cínico. Familiar. Se lo veía muy cómodo caminando por el borde de

la colina, con las manos metidas en los bolsillos, tan campante.

Una vez más, Allie se maravilló de su apariencia ordinaria. Inofensiva. Era algo más bajito que Carter y de complejión media. Llevaba el cabello oscuro peinado con esmero y un traje gris con una camisa blanca e impoluta, bien cortado pero nada llamativo. No llevaba corbata, cosa que lo hacía parecer aún más corriente. A pesar de ello, su aspecto parecía tan estudiado que no tenía nada de normal.

A Allie se le aceleró el corazón, pero se obligó a quedarse quieta y a aparentar tranquilidad. A su lado, Carter no movió ni un músculo. Allie estudió el bosque que los rodeaba en busca de una señal de Raj o de su equipo, pero no encontró nada.

Estaban solos con Nathaniel.

—Nathaniel —le regañó Lucinda—, deberías anunciar tu llegada. ¿Es que no has aprendido nada?

Hablaba como si estuviera ligeramente molesta, como si él hubiese llegado tarde a la cena de su club. Allie no percibió ningún signo de incomodidad en su expresión o en su actitud. Más bien parecía encantada; tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban. Como si él hubiese hecho algo gracioso.

Disfruta con esto, comprendió Allie. ***El juego. El riesgo. Este es su mundo.***

—La eterna profesora —rió Nathaniel. Su risa no resultaba desagradable. Se sacudió la manga izquierda dos veces. Y luego la derecha. Siempre con el mismo gesto.

Allie se acordó de que Katie creía que tenía un trastorno obsesivo.

El hombre se aproximó, como si los cuatro fueran un grupo de amigos a punto de celebrar un picnic en el parque.

De repente, se giró y miró a Allie, sus ojos eran claros y curiosos.

—Tienes buen aspecto, Allie.

Ella solo había estado una vez así de cerca de Nathaniel, y en aquella ocasión él sostenía un cuchillo contra su garganta.

La boca se le secó y no fue capaz de responder.

Carter dio un paso a la derecha y se interpuso entre Allie y Nathaniel.

Visiblemente intrigado, Nathaniel torció la cabeza a un lado.

—¿Y tú debes de ser...?

—No tengo la obligación de decirte nada. —Carter no se esforzó en esconder su desdén.

—Ya lo creo que sí. —La mirada de Nathaniel se endureció. Ahora ya no parecía tan agradable—. Esta es mi fiesta. Yo pongo las reglas. Tu nombre. —Chasqueó los dedos—. Dímelo.

—Nathaniel —intercedió Lucinda —, te presento a Carter West. Carter, este es Nathaniel. ¿Podemos hablar ahora de lo que nos trae aquí?

Pero Nathaniel no estaba dispuesto a cambiar de tema. Observó a Carter con interés renovado.

—De modo que eres el famoso Carter West. Qué interesante. He oído hablar

muchísimo de ti. No sé por qué, esperaba que fueras... no sé, más alto. —Se interrumpió, acariciándose la barbilla con el pulgar en ademán pensativo—. De hecho, ¿no nos conocemos?

Carter no respondió. Solo se quedó mirando al otro con gélido menosprecio. El joven no traslucía miedo alguno, pero Allie advirtió cómo apretaba la mandíbula.

La última vez que se habían visto, Gabe había dejado a Carter al borde de la muerte.

—Ahora me acuerdo. —Nathaniel se enderezó, como si el recuerdo acabara de venirle—. Fue en el castillo. Lamento lo sucedido. Gabe se pasó de la raya... otra vez. Es un chico problemático.

Carter seguía sin decir nada. Allie admiraba su autocontrol, pero no lo compartía.

—La última vez que te vi me apuñalaste en el brazo —dijo dando un paso hacia Nathaniel—. ¿Se te había olvidado eso?

—Allie —la reprendió Lucinda—. Recuerda lo que me prometiste.

Sin embargo, y para sorpresa de Allie, Nathaniel parecía arrepentido. Y cuando tomó la palabra, parte de su soberbia había desaparecido de su voz.

—Fue un accidente, Allie —dijo—. Te moviste muy rápido y no pude retirar el cuchillo a tiempo. En ningún momento pretendí hacerte daño. Siento mucho lo que ocurrió.

Allie lo miró fijamente, muda de la sorpresa. Si había algo que no esperaba de Nathaniel aquella noche era humildad.

—Me alegré de saber que no había sido nada grave —prosiguió él—. Aquella noche las cosas no salieron según lo previsto.

Parecía que quería decir algo más, pero Lucinda hizo un gesto de impaciencia.

—Ya basta, Nathaniel. No creo que te hayas esmerado tanto en organizar este parlamento para pedirle disculpas a mi nieta por herirla de gravedad. Lo que hiciste es imperdonable.

Él se volvió hacia Lucinda y esbozó una sonrisa casi nostálgica.

—Oh, Lucinda. Cuánto he echado de menos discutir contigo. A pesar de todo. —Antes de que la anciana pudiera contestar, añadió rápidamente—: Bueno, hablemos de negocios. Qué desagradables circunstancias... Qué triste negocio este...

Repentinamente, el nerviosismo de Allie se agudizó. Allí pasaba algo raro. El comportamiento de Nathaniel no encajaba; el lugar le pareció extraño y vulnerable.

Se le erizó el vello de la espalda. Algo iba mal.

Echó un vistazo al tenebroso páramo que los rodeaba. Tenían que estar alerta. Cualquiera podría estar escondido en la oscuridad.

Le dio un codazo a Carter. Cuando la miró, Allie ladeó muy sutilmente la cabeza hacia el páramo que se extendía ante ellos, protegido por el manto de la oscuridad.

El muchacho captó el mensaje y retrocedió disimuladamente un paso para tener mejor perspectiva del llano que tenía delante. Y de cualquiera que estuviera allí al acecho.

A Allie la reconfortó pensar que por allí cerca, en alguna parte, estarían escondidas Nicole y Zoe. Tal vez los estuvieran vigilando en aquel momento.

—¿Me has traído mi regalo? —preguntó Nathaniel.

De momento, el hombre parecía haberse olvidado de Allie. Toda su atención estaba centrada en Lucinda.

—Si con «regalo» te refieres a Jerry Cole, pues sí —contestó Lucinda—. Está cerca. Y podrás quedártelo en cuanto aceptes nuestras condiciones.

Nathaniel se balanceó sobre los talones. Sus ojos castaños no delataban más que curiosidad. Su tono era desafiante. Juguetón, incluso.

—¿Y qué condiciones son esas? Venga, Lucinda. Sorpréndeme.

La abuela de Allie vaciló durante una fracción de segundo, pero Allie se dio cuenta. También encontraba rara la actitud de Nathaniel. Se diría que estaba casi... contento.

—Nathaniel. —Lucinda se acercó a él—. Acabemos con esto. Hagamos un pacto. Encontremos un modo de seguir adelante sin destruir la organización. Si quieres que abandone la presidencia de Orión, lo haré. De todos modos, ambos sabemos que ya no tengo nada que hacer allí. Si quieres que la dirección de Cimmeria la ocupe otra persona, de acuerdo. Isabelle y yo accederemos también a eso.

Allie oyó cómo Carter contenía la respiración y se quedó mirando a Lucinda sin dar crédito.

Nunca les habían mencionado nada parecido.

¿Para eso estaban allí? ¿Para que Lucinda se lo entregara todo a Nathaniel?

Quiso protestar, pero había prometido no inmiscuirse. Había prometido que confiaría en su abuela.

De manera que se mordió la lengua y esperó.

Nathaniel abrió los ojos como platos, visiblemente sorprendido.

—Pero Lucinda, ¡qué magnánima! Me dejas de piedra con tanta generosidad. ¿Me estás diciendo que aceptarás encantada que yo presida Orión y que escoja al nuevo responsable de la Night School? Porque si es así, por fin estamos llegando a buen puerto.

Lucinda sonrió con aire felino.

—Veamos, Nathaniel. Tú sabes que no puedes presidir Orión. No sé qué te habrán prometido tus amigos de la junta, pero si yo abandono, en realidad el cargo no será para ti. Ya lo sabes. Las promesas se las lleva el viento. El Reglamento es inviolable y, técnicamente, ahora mismo no eres miembro de la organización. Sin embargo, existen muchos miembros veteranos a los que apoyaría con mucho gusto.

Nathaniel entornó los ojos.

—No me cabe duda de que hay algunas personas a las que apoyarías. Ya conozco a tus patéticas marionetas. Esos cuatro gatos que aún se aferran a la esperanza de que resurjas de tus cenizas y les devuelvas el poder perdido.

Dio un paso atrás, como si no soportase la proximidad de la anciana.

—Qué decepción. Debo admitir que esta vez pensaba que ibas en serio. Que íbamos a evitarnos más disgustos. Sin embargo, ya ves, volvemos a estar donde empezamos. Tú y tus juegos desesperados por no perder el control de la organización. —Meneó la cabeza con pesar—. No es digno de ti, Lucinda. Tú, más que nadie, deberías saber cuándo ha llegado la hora de retirarse.

Lucinda no se inmutó. Permaneció erguida, impávida. Tenía un aire bastante espléndido, pensó Allie, con todo Londres a sus pies. La anciana encogió los hombros y su fina gabardina revoloteó como una capa.

—Nathaniel, si no llegamos a un acuerdo, no te entregaré a Jerry Cole. Y sé lo mucho que él significa para ti.

Nathaniel, deleitado, estalló en risas.

—¿Entonces ya te has enterado de quién es? ¿O, mejor dicho, de quién era?

Lucinda inclinó la cabeza.

Allie frunció el ceño y miró alternativamente a ambos adultos. Ni Isabelle ni su abuela habían comentado nada acerca de la verdadera identidad de Jerry.

¿Desde cuándo lo saben?

—Gerald Barlow-Smith. —Lucinda pronunció el nombre con precisión—. Era tu superior cuando empezaste a trabajar en mis oficinas. Fue tu mentor. Lo echaron por robar.

—Tú lo despediste, injustamente —dijo Nathaniel—, por culpa de un malentendido que tuvo con uno de tus ayudantes.

Lucinda parecía exasperada.

—Por favor, Nathaniel. Desvió muchísimo dinero de la cuenta de la empresa. Las pruebas eran evidentes.

—Era su dinero —empezó a decir Nathaniel, furioso, pero sin previo aviso pareció cambiar de idea—. No tengo intención de discutir por esto ahora. De todas formas, no importa. No hace falta que me entregues a Jerry. Porque ya lo tengo.

Lucinda se quedó helada.

Era la primera vez aquella noche que Allie veía a su abuela con la guardia baja.

Nathaniel hizo un gesto hacia los árboles que había a sus espaldas.

Horrorizada, Allie se giró lentamente hacia donde él apuntaba. Carter acababa de ponerse delante de ella, colocando el cuerpo en un ángulo que la protegía de cualquier golpe. Fue entonces cuando Allie vio a Jerry saliendo del bosque. Iba acompañado de Gabe. Ambos les apuntaban con pistolas.

Treinta y seis

Jerry iba desaliñado, como si se hubiese peleado. Tenía el pelo de punta y la manga de su camisa estaba desgarrada y dejaba entrever un brazo musculoso. Allie vio que tenía un hematoma y un arañazo sanguinolento en la mejilla.

Había conseguido liberarse, pero era obvio que había tenido que emplear la violencia.

Gabe, por el contrario, estaba fresco como una rosa. Su cabello rubio oscuro era ahora más largo y lo llevaba ingeniosamente despeinado, de manera que le ocultaba la cicatriz del cráneo. Era tal y como Allie lo recordaba antes de que apareciese Nathaniel: un joven guapo y un psicópata.

No podía respirar.

Tenía ante ella a todas las personas implicadas en la muerte de Jo. Nathaniel lo había organizado. Jerry había abierto la verja. Y Gabe. Gabe la había apuñalado.

Allie había anhelado vengarse durante mucho tiempo. Ahora, por fin, estaban todos ahí. Y ella estaba aterrorizada.

Quería decirle a Carter que retrocediera. Que se pusiera a su lado y no delante, pero tenía los labios entumecidos.

Se obligó a tomar aire. Y luego otra vez. De algún modo, sus pulmones siguieron funcionando. No le resultaba fácil, pero por suerte nadie le prestaba atención.

Incluso Carter solo tenía ojos para los matones de Nathaniel.

—Gerald, iba preguntarte cómo te habías soltado, pero salta a la vista —dijo la abuela de Allie fríamente.

Entonces, para sorpresa y horror de Allie, la anciana se dio la vuelta y le dio la espalda a Jerry, como si él no le importase lo más mínimo. Como si Jerry, aunque sostuviese un arma y tuviese la vida de Lucinda en sus manos, fuese insignificante.

Jerry se puso rígido. Agarró con más fuerza la pistola y dio un paso hacia ellos. Gabe tiró de él.

—Aún no —dijo.

A Allie se le puso la carne de gallina al oír aquella voz.

Se acercó a Carter. Si aquello iba a ponerse feo de repente, tenían que estar preparados.

—¿Este es tu plan? —dijo Lucinda en tono acusador—. Me decepcionas, Nathaniel. Tenías tanto talento... Mucho más que cualquier persona que haya conocido jamás.

—¿Más qué Isabelle? —preguntó Nathaniel, y Allie percibió el dolor que escondía el tono ácido de su voz—. Habría sido agradable oírtelo decir de vez en cuando.

Era evidente que aquel era un terreno conocido. Un camino que ya habían transitado muchas veces sin llegar jamás a ninguna parte. Mientras tanto, Jerry y Gabe permanecían quietos, apuntándolos firmemente con las pistolas.

Sin embargo, ni Lucinda ni Nathaniel parecían preocuparse lo más mínimo por las armas. Estaban demasiado ocupados en atacarse mutuamente.

Allie advirtió cómo Nathaniel giraba un gemelo de la camisa con movimientos rápidos y furiosos. Una, dos, tres veces.

Oyó mentalmente la voz de Katie: **Cuando está cabreado, gira los gemelos tres veces...**

Quiso avisar a Lucinda, pero le dio la sensación de que ella ya lo sabía. De que lo provocaba a propósito.

—La estrechez de miras es tan poco atractiva... —Lucinda meneó la cabeza—. Los celos siempre han sido tu perdición. Ojalá hubieses tenido algo de confianza en ti mismo.

—Ya basta —bramó Nathaniel rojo de ira—. Ya estoy harto. Esto ya no me divierte. Lucinda, he sido muy paciente, pero la paciencia se me ha agotado. Hoy es el último día. Tus aliados no te serán de ayuda porque justo en estos momentos cada uno de ellos está recibiendo una visita. Una visita muy convincente que les está explicando por qué no pueden seguir apoyándote. —Su mirada saltaba de Lucinda a Allie, con entusiasmo febril—. Para cuando amanezca, tu liderazgo en Orión habrá terminado. Es hora de dejar paso a la nueva generación, Lucinda. Lo hemos intentado a tu manera. Ahora vamos a hacerlo a la mía.

Allie no sabía muy bien qué había querido decir. ¿Hablaban de chantaje? Pero Lucinda sí parecía saberlo; estaba pálida.

—Nathaniel —dijo con pesar—. ¿Qué has hecho?

El triunfo brilló en los ojos del hombre.

—Terminar con todo esto. Se acabó. Ya no tienes a quién acudir, ni adónde ir. Ya no hay nadie que pueda llevar a cabo tus juegos políticos, que pueda parar el avance inevitable del cambio. Estás acabada, Lucinda. —Dio un paso atrás—. Despídete.

Lucinda pareció hundirse con el peso de aquellas palabras, y por un instante Allie pensó que iba a caerse. Dio unos pasos hacia ella, pero inmediatamente su abuela alzó una mano.

—Ni un paso más, Allie —ordenó su abuela—. Quédate donde estás.

—Sí —dijo Nathaniel, volviéndose hacia la chica—. Hazle caso a tu abuelita. Estás aquí como testigo, no como participante. Quiero que veas qué pasa si te cruzas en mi camino. Así entenderás por qué me toca dirigir la organización **a mí**. Y no a ti.

—Déjala en paz, Nathaniel —le espetó Lucinda—. No es ninguna amenaza para ti.

—Ya lo creo que sí. —Nathaniel estudió a Allie sagazmente—. Su nombre ya es una amenaza. A fin de cuentas, es Lady Lanarkshire. La heredera que has escogido. ¿Y quién soy yo? Un don nadie. El hijo bastardo de uno de tus maridos olvidados. Alguien a quien hace mucho tiempo tuviste la generosidad de incluir en tu vida, pero habría sido inútil esperar más de ti.

—Nathaniel, **para** —insistió Lucinda—. Esto es absurdo.

Él se acercó a Lucinda hasta que sus caras quedaron a pocos centímetros y contraatacó:

—No vuelvas a decirme lo que tengo que hacer.

Lucinda no se amedrentó, pero bajó la voz:

—Te agradecería que no culparas a Allie de esto. Es solo una niña.

—Sí —dijo él retrocediendo—. Pero una niña muy atípica.

Se frotó las manos, como si reconsiderara su postura. Y se volvió hacia Allie, pero esta vez con un tono mucho más tranquilo:

—Allie, voy a necesitar que me prometas que, mientras yo viva, nunca intentarás tomar el control del Grupo Orión. Insistiré en que lo pongas por escrito pero, por esta noche, estoy dispuesto a aceptar un acuerdo verbal.

Dio un paso más y Carter se interpuso entre ellos, con una mano alzada en señal de advertencia. Nathaniel lo fulminó con la mirada, pero se detuvo.

—Según creo, pronto habrá gente que se acercará a ti y te pedirá que te unas a la organización. Que ocupes un cargo en la junta. Que te unas en su lucha contra mí. Les dirás que no. Aunque vengan a pedírtelo mil veces, rehusarás. ¿Ha quedado claro? —Nathaniel tenía los ojos clavados en Allie—. Dime que estás de acuerdo y nos iremos a casa esta noche. Y seguiremos con nuestras vidas.

La alternativa de volver a casa aquella noche no se precisó, pero Allie vio claramente qué insinuaba. Si ella se negaba, alguien moriría.

No podía creerse que estuviera pasando aquello. Nunca había querido formar parte de Orión. ¿Qué había que hacer en realidad? ¿Asistir a reuniones? ¿Decirle al primer ministro lo que tenía que hacer?

No entendía de qué tenía miedo Nathaniel. ¿Quién iba a querer, de todos modos, que ella dirigiera ninguna organización?

¡Tengo diecisiete años!, quiso gritarle.

Pero tuvo la sensación de que habría dado igual. Como su abuela y todas las personas que conocía, estaba obsesionado con el Grupo Orión. Con el grupo y con su poder.

—No respondas, Allie —le advirtió su abuela—. Nathaniel, ya basta.

—Por mí, vale —se oyó decir Allie, y casi no creyó lo que salía de su boca.

Todo el mundo se volvió a mirarla.

—Allie... —le advirtió Lucinda, pero Allie negó con la cabeza.

—Está bien. —Allie miró a Nathaniel—. No quiero formar parte de ningún grupo al que pertenezcas. Diré que no. No estaré en Orión ni en la junta. Si alguien me lo pide, diré que no. ¿Vale?

Su abuela parecía herida. Como si Allie hubiese hecho algo muy doloroso.

Nathaniel la estudió intensamente y con curiosidad.

—¿Me das tu palabra de honor?

—Claro. Sí. —Allie levantó la mano—. Lo juro. Firmaré lo que quieras, pero no le hagas daño a nadie más.

Después de eso se hizo un largo silencio. Todos estaban asimilando lo que acababa de ocurrir. Allie tuvo el presentimiento de que era la única que no había entendido del todo lo que acababa de aceptar.

—¡Por fin! —rio Nathaniel con aire triunfal, y levantó un puño al cielo. Luego se volvió hacia Lucinda con una expresión de júbilo en el rostro—. Es increíble que hayas acabado con una nieta tan dócil y tan dispuesta a hacer lo que tú no querías.

—No sabe lo que hace —dijo Lucinda con tranquilidad—. No sabe que la han engañado. Dudo mucho que mentirle a una niña sea motivo de orgullo, Nathaniel.

Él hizo un gesto de irritación con la mano.

—Haberla educado mejor entonces.

Aquella conversación resultaba inquietante. Estaban hablando de Allie como si no estuviera presente. Como si hubiese cometido un error tremendo.

Se atrevió a echar un vistazo a Carter, pero se encontró con que él no estaba prestando atención a la discusión en absoluto. En vez de eso, tenía los ojos fijos en la cima oscura. Cuando se dio cuenta de lo que estaba mirando, el corazón de Allie empezó a latir con fuerza.

A espaldas de Gabe y Jerry, habían surgido de entre los árboles dos sombras y se acercaban a ellos con una seguridad letal.

Absortos en la disputa de Nathaniel y Lucinda, los dos esbirros no se percataban de nada, y las sombras se arrastraron a sus espaldas hasta que estuvieron perfectamente situadas.

Allie contuvo la respiración.

Las sombras saltaron sobre los matones.

Jerry soltó un alarido de sorpresa cuando la pistola se le escapó entre los dedos. Gateó en busca de ella, pero tiraron de él. Gabe bregaba por mantener el control de su propia arma. Allie oyó el sonido de un puñetazo contra una cara. Algo de metal partiendo hueso.

Detrás de ella, se oyó la voz de Nathaniel.

—¿Es esto cosa tuya, Lucinda? Se suponía que ibas a venir sola.

—Y tú ibas a respetar la entrega de Jerry Cole —contestó su abuela con gélida indignación—. No soy la única que ha roto las reglas del parlamento.

En ese momento, se oyó un disparo.

Entre el barullo y la oscuridad, era imposible ver quién había disparado. Más tarde, Allie reproduciría en bucle aquella escena, intentando *ver más*. ¿Había recuperado Jerry la pistola? ¿Había sido Gabe? ¿Había sido un accidente?

Pero en aquel momento, cuando la bala silbó en el aire, solo pudo encogerse y alargar la mano instintivamente hacia Carter, que se la cogió y tiró a Allie al suelo con tanto ímpetu que le cortó la respiración.

Entonces el eco del disparo se desvaneció y la noche quedó en silencio.

Allie se esforzó en recuperar el aliento. Las frías briznas de hierba, suaves como plumas, le acariciaban las mejillas. Carter la retenía contra el suelo, rodeándola con

un brazo. Pero estaba muy quieto.

—¿Carter? ¿Te han dado? —La voz de Allie era débil; le faltaba el aliento.

—No. ¿Y a ti? —preguntó él pasándole la mano por la espalda, como si quisiera asegurarse de que Allie estaba bien.

—No... Creo que no —dijo Allie insegura—. No noto nada. Creo.

—¿*Lucinda*? —La voz que la interrumpió era la de Nathaniel. Sonaba raro. Asustado.

Allie lo comprendió entonces. De algún modo, lo supo.

Se incorporó justo a tiempo para ver cómo su abuela se desplomaba entre los brazos de Nathaniel y resbalaba lentamente, muy lentamente, hasta caer al suelo.

Treinta y siete

Por un instante, Allie se quedó inmóvil. Estaba mareada. Era como si las luces de la ciudad que se extendían al pie de la colina giraran a su alrededor.

Abuela.

Se puso en pie torpemente y echó a correr hacia ella. Oyó vagamente la voz de Carter que la llamaba, pero siguió avanzando. No estaba muy lejos de Lucinda, pero los pasos se le hicieron eternos. Como si el mundo entero fuese a cámara lenta.

Oyó que Nathaniel le hablaba a su abuela, aunque lo que decía no tenía ni pies ni cabeza, y le cogía la mano.

Entonces Allie se arrodilló junto a él. Las luces de Londres alumbraron una mancha roja que brotaba de la impecable blusa de seda blanca de Lucinda. Justo encima del corazón.

—¿Abuela? —Allie estaba temblando. Los dientes le castañeteaban cuando alargó la mano hacia aquella mujer que conocía desde hacía apenas unos meses. A la que había visto pocas veces.

Nathaniel estaba pálido y demacrado. Presionaba la herida de Lucinda con las dos manos. La sangre borboteaba entre sus dedos.

El hombre siseaba entre dientes.

—Oh, Dios mío, Lucinda —susurraba. La voz se le entrecortaba. Y Allie advirtió que las manos le temblaban.

Es grave, pensó Allie. Muy, muy grave...

—Allie.

La voz de Lucinda sonó inesperadamente fuerte. Al oírla, Allie se sintió mejor. Parecía estar bien. Sí, había perdido un montón de sangre, pero se pondría bien. Llamarían a una ambulancia.

—Estoy aquí —dijo Allie, conteniendo un sollozo—. Te llevaremos al hospital.

Su abuela alargó una mano resbaladiza de sangre y la agarró de la muñeca.

—Tu promesa. —Lucinda le sostenía la mirada con ojos fieros y grises—. Cumple tu promesa.

El cerebro de Allie no respondía. Habían pasado muchas cosas. Se quedó mirando a Lucinda sin comprender.

—¿Mi promesa?

Alguien agarró a Allie por detrás y la puso en pie bruscamente.

La mano de Lucinda resbaló de su muñeca y la soltó.

—¡No! —gritó Allie, debatiéndose entre aquellos brazos, dando codazos a un torso musculoso. Pero las manos solo la agarraron más fuerte.

—Allie —dijo Carter con gravedad—. Tenemos que irnos.

Ella dejó de pelear.

A sus pies, Nathaniel seguía presionando la herida de Lucinda y hablando en voz baja:

—Quédate conmigo, Lucinda. Por favor. No me hagas esto. No te vayas. ¿Me oyes? Te necesito.

—¿Irnos? —Allie se quedó mirando a Carter—. No podemos irnos. Lucinda...

—Lo prometiste —dijo él, mirándola fijamente, como si quisiera obligarla a recordar—. Dijiste que huirías.

De repente, Allie comprendió a qué se refería. La conversación que habían tenido en el despacho de Isabelle. La insistencia de Lucinda en que jurara que la abandonaría si la herían.

Por primera vez, se fijó en la escena que los rodeaba. Un montón de gente vestida de negro había invadido la cima. Los guardias de ambos bandos los rodeaban; era imposible distinguir a los buenos de los malos. Había gritos y gente peleando por todas partes. Era un caos.

Por una milésima de segundo, le pareció ver la trenza de Nicole que revoloteaba mientras pateaba a un hombre en la cara y lo estampaba contra un árbol. Luego los dos contendientes se adentraron en la oscuridad y ya no pudo verlos.

Allie pensó que aquella escena, propia de una pesadilla, parecía sacada de los frescos de la biblioteca de Cimmeria. Un montón de gente, con la cara desfigurada por el odio, intentaba matarse mutuamente.

Carter no esperó a que respondiera. La agarró de la mano con fuerza y echó a correr colina abajo, en dirección a los árboles, pasando por entre las peleas y llevándosela casi a rastras.

Mientras corrían, Allie volvió la vista atrás. Lucinda seguía en el suelo y Nathaniel estaba encorvado sobre ella. Luego irrumpieron más luchadores y le taparon el campo de visión.

Entre ellos vio el destello de una melena rubia oscura y una cara angulosa y familiar. Con un sobresalto, Allie se dio cuenta de que era Isabelle, y estaba peleando contra un hombre mucho más grande que ella. La directora giraba y esquivaba los golpes, luego saltó en el aire y propinó una patada seca y certera en la mandíbula del contrincante. El tipo se desplomó como un muñeco.

Caray, Isabelle sabe pelear, pensó Allie, deslumbrada. Después apareció por detrás de la mujer otro hombre que trató de golpearla en la cabeza.

Allie abrió la boca para avisarla, pero la directora, como si hubiese notado la presencia del hombre que tenía detrás, esquivó el golpe y luego se lanzó contra su atacante.

Seguían volando patadas y puñetazos cuando Carter tiró de Allie hasta el bosque y la visión de la pelea desapareció.

Lucinda, Isabelle, la sangre y el combate; todo parecía sacado de un sueño que al mismo tiempo resultaba muy real. Allie no soportaba la idea de marcharse. Al cuerno con las promesas. Tenían que echar una mano. Tenían que hacer algo.

Se resistió a avanzar y tiró de la mano de Carter.

—Deberíamos quedarnos y luchar —protestó, señalando hacia el campo de

batalla que habían dejado atrás—. Necesitan nuestra ayuda.

—No podemos —dijo Carter agarrándola de la mano—. Por algo hicimos la promesa. Ya has visto lo que le ha pasado a Lucinda.

Allie quiso decirle que precisamente por eso debían quedarse. Tenían que ayudarla. Tenían que ayudarlos a todos. Pero antes de que pudiera decir nada, un brazo grueso y musculoso le agarró el cuello desde atrás y, de un tirón, la levantó del suelo y se la llevó.

—¡Allie! —Carter se giró hacia ella, pero alguien lo agarró y lo tiró al suelo. Ambos cuerpos cayeron con un ruido sordo.

—¡Carter! —Allie luchaba por soltarse de aquellos brazos implacables. Quienquiera que fuese la tenía agarrada muy fuerte, y en cuestión de segundos se encontró de vuelta en el caos de la cima.

Allie tiró de aquellos brazos y les clavó las uñas. Pero parecían de acero.

Cuando notó en la espalda los pectorales musculosos del hombre, se le puso la piel de gallina.

De repente se le heló la sangre en las venas. Gabe la había agarrado del mismo modo aquella noche en el bosque con Sylvain. ¿Sería Gabe otra vez?

Se retorció entre los brazos e intentó ver quién la sujetaba. Resultó ser una mala idea. La presión en torno a su cuello aumentó.

—Me gusta cuando te resistes —siseó una voz en su oído—. Venga, hazlo otra vez.

El agresor le apretó el cuello sin piedad. La estaba asfixiando.

Allie ya no podía respirar. No se podía mover.

El corazón le martilleaba las costillas mientras trataba inútilmente de aspirar aire por la boca.

En sus ojos bailaron unas manchas luminosas como luciérnagas.

Se acabó, pensó Allie, asustada. **Me va a matar.**

Entonces, sin previo aviso, el hombre se sacudió. Los brazos la soltaron y ella cayó al suelo entre jadeos, esforzándose por respirar. Tenía el cuello magullado.

Cuando alzó la vista, Gabe yacía junto a ella y le salía sangre de la cabeza. Christopher estaba de pie encorvado sobre él y sostenía una porra.

Durante un segundo, Allie se quedó inmóvil. Permaneció en el suelo y miró a su hermano sin dar crédito.

Christopher alargó la mano y la ayudó a ponerse de pie.

—¿Estás bien?

Ella se limitó a asentir; estaba demasiado alucinada para hacer otra cosa.

—Lucinda. La abuela. Alguien le ha disparado.

Él frunció los labios.

—Sí, lo he visto.

Por un segundo hubo una frágil conexión entre ellos. Familia. Sangre. Pérdida.

—¡Apártate de ella! —Carter surgió de la oscuridad y se arrojó sobre Christopher.

Estaba empapado en sudor y tenía los puños apretados.

Christopher se puso en posición defensiva y preparó la porra.

—¡No! —Allie se interpuso entre ambos—. Carter. Es mi hermano. Es Christopher.

—¿Ah sí? —Carter sabía todo lo que Christopher había hecho y siguió avanzando hasta que solo el cuerpo de Allie los separaba—. Entonces más vale que te apartes ahora mismo.

—Acaba de salvarme la vida, Carter. —Allie alzó la voz y presionó las dos manos contra el pecho del chico—. Para.

A regañadientes, Carter retrocedió. Luego volvió su atención a Allie.

—Tenemos que irnos ya.

La mirada de Allie se desplazó hasta la de su hermano. No quería dejarlo allí. Gabe seguía tendido en el suelo y gemía. Cuando recuperara la consciencia...

Christopher decidió por ella:

—Tiene razón —dijo—. Largaos de aquí. Yo os cubriré.

—¿Estás seguro? —preguntó Allie, dubitativa.

—No me pasará nada —prometió—. Marchaos tan rápido como podáis.

Carter tiró de ella, pero Allie se dio la vuelta.

—Quería... —Allie titubeó. No sabía qué quería—. Gracias, Chris.

Su hermano respondió con una sonrisa agrisada.

—No hay de qué, gatita. Ya era hora de que hiciera algo útil. Y ahora, vete.

Allie se giró y echó a correr junto a Carter, sorteando los grupos de luchadores. Al tiempo que corría, escudriñaba el páramo en busca de caras conocidas.

Vio cómo Zelazny clavaba un codo en la espalda de otra persona y luego lo remataba con un brutal puñetazo en la nuca. A su lado, Eloise giraba como un derviche, repartiendo patadas y puñetazos.

A lo lejos creyó ver a Zoe atravesando el césped como un ave de presa. O por lo menos, deseó que fuera ella.

Entonces alcanzaron el lindero del bosque y se pusieron a salvo. Aliviados, se adentraron rápidamente en la oscuridad.

Solo habían dado unos pocos pasos cuando una voz les gritó:

—Ni un paso más.

Un tipo vestido de negro salió de entre los árboles.

—¿Adónde creéis que vais?

Allie entrecerró los ojos en la penumbra. No le sonaba la cara.

Es uno de los otros.

—Oye —dijo Carter levantando las manos—. No queremos problemas. Ya nos íbamos.

El hombre se acercó a ellos, con los ojos clavados en Allie. La muchacha había aprendido a darse cuenta de cuándo alguien la reconocía. Aquel tipo sabía exactamente quién era ella.

—Tú puedes marcharte. —El hombre no despegó los ojos del rostro de Allie en ningún momento. La expresión del tipo hizo que a ella se le erizara el vello—. La chica se queda conmigo.

Carter fue directo hacia él.

—Ni lo sueñes.

Le dio un puñetazo al hombre en el estómago, tan rápido que para Allie no fue más que un borrón. Un segundo antes, el tipo estaba de pie mirándola fijamente y ahora estaba doblado sobre sí mismo y vomitaba en el suelo.

Carter regresó junto a Allie con expresión feroz.

—Vámonos —dijo.

Esta vez ella no protestó.

Cuando salieron del parque, la luz de las farolas los cegó.

Un autobús los adelantó con un ruido ensordecedor y Allie miró a su alrededor, desorientada. No tenía ni idea de dónde se encontraban. No habían ido a parar a la elegante Tanza Road, sino a un lugar totalmente distinto. Estaban en una amplia avenida en pendiente, repleta de coches y autobuses a pesar de ser pasada la medianoche.

Tenían que salir de allí, pero le resultaba imposible concentrarse.

En su cabeza aún seguía viendo la sangre saliendo a borbotones de la blusa blanca de Lucinda. Con voluntad de hierro, se obligó a apartar aquella imagen de su mente.

Ya tendría años para llorar lo sucedido aquella noche.

Pero ahora no.

Vio que Carter estaba igual de perdido y eso la ayudó a calmarse. Era ella la que había crecido en la ciudad. Tenía que ser ella la que los condujera al lugar seguro.

La ciudad nunca calla. Nunca está desierta. En la misma acera había otra gente. Gente normal.

Se preguntó qué pinta debían de tener a ojos de los demás viandantes. Eran un par de chavales manchados de sangre y desastrados vagando por un barrio rico en plena noche. Alguien podía llamar a la poli.

Se apartó los mechones que tenía pegados a la frente con el sudor y adoptó la expresión indiferente que cualquier londinense acaba adquiriendo con el tiempo.

Unos chavales de su edad, vestidos con sudaderas con capucha, doblaron la esquina y se dirigieron hacia ellos. Allie vio que Carter se erguía, listo para el combate.

—Relájate —dijo Allie, tanto para sí como para él. Le sorprendió hasta qué punto su voz parecía tranquila. Controlada.

El grupo de adolescentes los adelantó sin prestarles atención.

Allie esperó hasta que estuvieron lo bastante lejos para volver a hablar:

—Oye, no sé dónde estamos —dijo tranquilamente.

Carter se palpó los bolsillos y la miró con aire desamparado.

—No llevo el GPS. Se me habrá caído durante la pelea.

Allie se mordió el labio y miró alrededor; no había nada que le sonara.

—Voy a pararme un segundo —dijo—. Tú... sígueme el rollo.

Se acercaron a un viejo pub que había al final de la calle. Allie se acercó a la puerta, se agachó y simuló que se ataba los cordones. Mientras tanto, comprobó los carteles que había alrededor.

Spaniard's Inn... Spaniard's Road...

Visualizó mentalmente el mapa del norte de Londres que Raj y Dom habían proyectado en la pared. No era ninguna de las calles que les habían dicho que buscaran y le llevó un rato ubicarla. Cuando lo consiguió, se desanimó todavía más.

—Mierda. —Allie se incorporó—. Estamos en el lado equivocado del puñetero parque, Carter.

Él alzó las manos.

—¿Por dónde se va al refugio?

Ella apuntó hacia la carretera larga y sinuosa que discurría junto al oscuro parque.

—Por ahí —dijo en tono lúgubre—. Es un buen trecho.

Él no protestó:

—En marcha.

El parque de Hampstead Heath tenía una extensión de varios kilómetros. A aquellas alturas los matones de Nathaniel debían de estar por todas partes. Tenían que alejarse de allí, y rápido.

Allie se presionó la frente con los dedos y trazó mentalmente la ruta.

—Vale —dijo segundos más tarde—. Ven conmigo. Creo que sé por dónde ir.

Allie echó a andar a paso ligero y Carter no vaciló, caminó cerca de ella y se dejó guiar.

La necesidad de organizarse y pensar en la logística despejó la neblina mental de Allie. Tuvo la sensación de que podía manejar la situación. Tenían que salir de allí. Se concentraría en eso. Necesitaban llegar al refugio. Eso era lo único que importaba ahora.

Un pie y luego el otro...

Llevaban diez minutos andando rápido por la bulliciosa calle cuando giraron hacia una bocacalle residencial bordeada de árboles y casas bien cuidadas. A aquellas horas ya no se veía ninguna luz en las ventanas. Tampoco pasaban coches.

Era una zona tranquila. Las suelas de goma de sus zapatillas rechinaban en la impoluta acera. El volumen de sus respiraciones parecía demasiado alto.

Aunque Allie intentaba controlarse, asaltaron su cabeza algunas instantáneas del parque. La expresión fiera en el rostro de Lucinda. El brillo apagado de su anillo de diamantes cubierto de sangre.

Una parte de Allie se negaba a aceptar lo que había sucedido en realidad. Lucinda Meldrum no podía haber recibido un balazo. A la gente como ella no le ocurren esas

cosas. Está protegida. **A salvo.**

Aún veía el semblante atormentado de Nathaniel. Oía el tono de súplica en su voz: «Quédate conmigo, Lucinda. Por favor».

—¿Le ha disparado él? —Las palabras le salieron solas. No había querido decirlo en voz alta.

Aunque estaba oscuro, Carter parecía pálido. El flequillo oscuro se le había pegado a la frente, empapada en sudor.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Nathaniel?

—Sí —dijo Allie—. ¿Ha sido él?

—Yo he visto dos pistolas —dijo Carter—. La de Gabe y la de Jerry. No creo que haya sido Nathaniel.

—No —coincidió Allie—. De hecho, parecía muy afectado. —Meneó la cabeza—. No lo entiendo... Pensaba que la odiaba.

—A veces el amor y el odio se parecen mucho —dijo Carter.

Lo dijo con un hastío impropio de su edad, y Allie lo observó con curiosidad. Pero Carter miraba hacia otro lado.

Torcieron por otra calle, igual de silenciosa que la primera. Estaban a medio camino cuando Allie reunió el valor para formular la pregunta que más temía:

—¿Crees que está muerta?

Carter se volvió a mirarla y aflojó el ritmo. No parecía estar muy seguro de cómo responder a la pregunta.

Finalmente asintió con reticencia:

—Creo que sí.

Un inmenso dolor la invadió y se instaló de nuevo en su corazón.

Apenas había conocido a su abuela, pero era de su familia. Y desde su primer encuentro había creído en su nieta. Había confiado en ella.

Ahora ya no quedaba nadie en su familia que sintiera algo así por Allie.

Tardaron casi una hora en llegar a la dirección que Raj les había obligado a memorizar.

El número 38 de Carlton Lane era un edificio de tres plantas anodino con un cartel descolorido en el que se podía leer: **The Drop Inn B&B.**

—Esto está hecho polvo —dijo Carter observando el portal—. ¿Por qué habrán escogido este sitio?

—Ni idea. —Allie miró alrededor como si fuese a encontrar la respuesta en algún rincón de aquella calle insalubre. Aunque era muy tarde, aún quedaban clientes en el bar de la esquina y tenían pinta de estar a punto de pelearse.

—Así es Kilburn. Todo está hecho polvo.

—¿Qué es Kilburn? —preguntó Carter.

—Este barrio —dijo ella. Y cambió de tema; en aquel momento no le apetecía

explicarle cómo eran los barrios del norte de Londres—: ¿Quieres ir primero? Yo aguantaré la puerta por si hay que salir por patas.

Estaba segura de que la dirección era la correcta, pero Raj no había comentado que fuera una pensión. Tampoco había mencionado que la calle fuese tan tétrica, ni quién los estaría esperando. Tal vez no pensaba que fueran a necesitar aquel escondite.

Carter subió las escaleras delanteras y llamó al timbre. Allie se quedó detrás de él, vigilando la calle.

No pasó nada.

Carter la miró desde arriba y Allie se encogió de hombros.

Volvió a llamar.

Esta vez oyeron unas fuertes pisadas en las escaleras de dentro. Luego el chasquido metálico de tres cerrojos. Y de repente la puerta se entreabrió, bloqueada por una cadena de seguridad.

Una cara sombría los fulminó con la mirada.

—Es la una de la madrugada, maldita sea.

Era el típico acento del norte de Londres. El hombre sonaba muy cabreado. Y era enorme.

Carter vaciló, y Allie se puso junto a él.

—Somos huéspedes de Raj Patel. —Era lo que Raj les había dicho que tenían que decir, pero ella añadió, arrepentida—: Sentimos mucho molestarle a estas horas.

El hombre les cerró la puerta en las narices.

Allie y Carter intercambiaron una mirada sin dar crédito a lo que acababa de suceder. A lo mejor se habían equivocado de sitio, después de todo.

Pero entonces oyeron el ruido de la cadena y la puerta se abrió para mostrarles a un hombre alto, vestido con una bata azul.

—Será mejor que entréis.

Treinta y ocho

Carter y Allie entraron con desconfianza. El hombre les cedió el paso y cerró la puerta tras de sí con tres cerrojos antes de atrancar la puerta con una barra metálica.

Allie observó con interés el procedimiento. Una cosa estaba clara, aquel era un lugar seguro.

En otros tiempos el vestíbulo había sido elegante. Aún podían verse magníficos azulejos en el suelo, vitrales y madera labrada. Pero todo estaba venido a menos. Necesitaba una mano de pintura y había dos bombillas fundidas en las escaleras que habían dejado atrás.

El hombre se dio la vuelta y los miró de arriba a abajo.

—Me llamo Sharif —dijo después de la meticulosa inspección—. ¿Y vosotros quién carajo sois?

—Eh... Yo soy Carter.

Allie seguía con las manos metidas en los bolsillos. Los ojos se le fueron hacia la puerta, cerrada a conciencia.

Confía en Raj, se dijo. Pero no era fácil.

—Allie —dijo secamente.

—Es todo lo que necesito saber. —El hombre enfiló por el pasillo e indicó que lo siguieran. Las pantuflas que llevaba chirriaban en el suelo de azulejos—. Si estáis aquí, es que algo ha salido mal. Y lo siento.

Había compasión en aquella voz, y Allie se relajó un poco.

Sharif entró en una cocina reluciente y apretó un interruptor. La cruda luz de los fluorescentes inundó la cocina, acompañada de un zumbido industrial. El resplandor obligó a Allie a entornar los ojos. Aquello le recordaba a un hospital: paredes blancas, armarios blancos y suelos blancos. Todo impoluto.

El hombre abrió un cajón, localizó una llave negra con un llavero plateado y se la tendió. Tras dudarle un instante, Carter la aceptó.

—Habitación 11 —les indicó Sharif—. Está al final de la escalera. Cerrad la puerta. No abráis a nadie que no conozcáis. Y cuando digo nadie, es nadie. Tampoco a mí. Ahora marchaos.

Subieron rápidamente por la larga y empinada escalera que desaparecía en la oscuridad. A sus espaldas, Sharif iba apagando las luces.

Cuando estuvieron a media escalera, Allie se volvió.

—Gracias, Sharif.

El hombre, con una mano en el interruptor de la luz, levantó la vista hacia Allie.

—No hace falta que me las des —dijo—. Le debo a la vida a Raj Patel. Me imagino que vosotros también.

La habitación 11 era un antiguo desván que se encontraba tres pisos más arriba.

Al final de las escaleras se sumieron en la oscuridad más absoluta y a Carter le llevó un rato meter la llave en una cerradura que no veía. Cuando lo logró, la puerta resultó ser tan pesada que tuvo que empujarla con el hombro.

Dentro también estaba oscuro y se pusieron a palpar las paredes hasta que Allie dio finalmente con un frío interruptor de plástico y encendió las luces.

Era una habitación pequeña y sosa, con el techo muy inclinado. Casi todo el espacio lo ocupaba una cama doble con dos almohadas planas y una colcha azul, limpia pero descolorida. En una de las paredes, unas cortinas opacas ocultaban un ventanuco. Allie entrevió, a través de una puerta estrecha, un cuarto de baño minúsculo.

El dormitorio le pareció extrañamente tranquilo.

—¿Qué habrá querido decir con que le debe la vida a Raj Patel? —dijo Allie rompiendo el silencio.

—No sé. —Con cuidado de no darse un coscorrón en el techo, Carter se aproximó a la ventana y descorrió la cortina, lo justo para poder mirar afuera—. Raj pasó un tiempo en el ejército.

Allie no lo sabía.

El manto de silencio volvió a cubrirlos de nuevo.

Ahora que habían llegado y estaban a salvo, la fatiga se apoderó de ella bruscamente. Carter permanecía de pie junto a la ventana. Allie se preguntó si estaría mirando algo o simplemente no sabría qué hacer. Aparte de una mesita de noche desvencijada, sobre la que reposaba una lámpara, la cama era el único mueble de la habitación.

Tras dudarle brevemente, Allie se sentó en el borde del colchón. Estaba tan duro que parecía labrado en madera maciza.

—Será eso —dijo, pasándose una mano exhausta por la cara.

Bajo el haz de luz, se percató de que tenía algo en la muñeca y giró la mano para examinarlo.

Parecía una pulsera, pero no llevaba joyas.

De repente vio mentalmente la imagen de Lucinda agarrándole la muñeca.

La pulsera era, en realidad, la sangre de su abuela.

Ahogando un sollozo, Allie se frotó enérgicamente la mancha colorada.

—¿Qué pasa?

Allie no respondió y Carter cruzó la habitación en tres largas zancadas. Cogió a Allie de la mano y le miró la muñeca. Ella no se resistió.

—Es... —Pero no tuvo fuerzas para decir lo que era. Decirlo lo haría real. Además, seguro que él ya lo sabía. Tragó saliva con fuerza—. Necesito lavarme.

Para su alivio, el muchacho no intentó reconfortarla.

—Pasa. —Carter se metió en el baño y encendió la luz, luego volvió junto a la ventana y la dejó pasar.

Como todo lo que había allí, el baño estaba viejo pero limpio. Allie abrió el grifo.

Mientras esperaba a que corriera el agua caliente, se observó en el espejo anticuado. La cara le brillaba de sudor y, bajo la luz del fluorescente, su tez tenía un aspecto verdoso.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas y se quedó mirándolas con extrañeza. No se había dado cuenta de que estaba llorando.

Ahora el agua salía caliente. Cogió una pastilla de jabón cuarteada y se la frotó con fuerza en la muñeca. Primero el agua salió rosa. Luego anaranjada. Y finalmente, transparente.

Se frotó las manos y los brazos hasta que le ardieron. Luego se echó agua en la cara y en el cuello.

Cuando terminó se sentía algo mejor. Tenía los ojos rojos, pero ya no lloraba. Respiró hondo y volvió a salir a la habitación.

Carter estaba otra vez junto a la ventana. La miró preocupado.

—Estoy bien —mintió ella.

—Lo sé —dijo él.

Él se fue acercando y ella se puso rígida. Si ahora la abrazaba empezaría a llorar otra vez y tal vez no pararía nunca.

Pero Carter se fue directo hacia el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí.

Aliviada, Allie se desplomó en la cama. Oyó el agua correr al otro lado de la puerta. Quería tener a Carter cerca, pero se alegraba de que en aquel momento hubiese espacio entre ellos. Necesitaba unos segundos para pensar.

Cayó en la cuenta de que quizás a él le pasara lo mismo.

Estaba muy cansada. La adrenalina que la había ayudado a aguantar toda la noche, puede que toda la semana, había abandonado su cuerpo. Se disponía a apoyar los pies en la cama cuando reparó en la colcha immaculada.

Con cuidado, se desató las botas llenas de fango, se descalzó y las dejó en el suelo. Si los atacaban, tendría que salir corriendo en calcetines, pero... qué se le iba a hacer. No estaba dispuesta a ensuciar la impecable colcha de Sharif.

Esta vez subió los pies a la cama y apoyó la cabeza en la fina almohada.

Qué a gusto se estaba tendida. Hasta en aquel colchón duro como el cemento.

La luz del techo era brutal, pero estaba demasiado cansada como para que le importase.

Cerraré los ojos... solo un momento.

—Allie...

Alguien la llamaba, pero Allie no sabía quién era. Estaba demasiado oscuro para verlo.

—¿Hola? —dijo ella, pero nadie respondió.

Miró hacia abajo y vio que iba descalza, pero por alguna extraña razón no notaba la hierba bajo los pies.

Cuando volvió a alzar la vista, estaba de vuelta en Hampstead Heath, en la cima de Parliament Hill. Las luces de la ciudad titilaban a sus pies.

—Oh, no... —murmuró.

Lucinda yacía delicadamente en la cumbre. Nathaniel estaba arrodillado junto a ella. Ninguno se movía ni hablaba. Eran como dos estatuas.

Allie se acercó a ellos lentamente. El corazón le aporreaba el pecho. Le costaba respirar. Por allí andaba el hombre que la había atrapado. Gabe acechaba en alguna parte.

Eran muchos enemigos en un solo lugar. ¿Qué estaba haciendo allí arriba?

Sin embargo, necesitaba ver a Lucinda otra vez. Necesitaba decirle adiós. Decirle que lo sentía.

Pero ahora Nathaniel y Lucinda no estaban solos. Jo también estaba allí. Un ángel triste vestido de blanco, en cuyo cabello rubio se reflejaban las luces de la ciudad que había a sus espaldas.

—No es culpa tuya, Allie —dijo Jo, alargando una mano blanquecina.

Lentamente y con miedo, Allie bajó la vista hacia su abuela. Nathaniel sollozaba. La blusa blanca de Lucinda estaba roja. La sangre se acumulaba en un charco bajo su cuerpo y corría como un torrente colina abajo. Salía a raudales y engullía la ciudad.

—Allie, lo digo en serio. Has hecho todo lo que has podido. No es culpa tuya —repitió Jo.

Entonces Lucinda levantó los ojos.

—Sí lo es —dijo.

Allie gritó.

—¡Allie, despierta! —Carter la sacudía por los hombros.

Ella se lo quedó mirando, confusa.

—¿Qué?

Sus ojos recorrieron la estancia desconocida. Ni rastro de Lucinda. De Jo. De Nathaniel.

Colcha azul. Paredes maltrechas. El escondite.

—Has tenido una pesadilla. —Carter todavía la sujetaba con fuerza. Notó la calidez de sus dedos en los hombros—. Estabas gritando.

Hacía meses que no estaban así de cerca. Por un instante, Allie se preguntó si aún seguiría soñando, pero el tacto era muy real.

Con una mano, Carter le apartó el pelo de la cara y se lo colocó con delicadeza detrás de la oreja. Sus dedos eran como plumas que le tocaban la piel—. También has hablado.

Allie alzó los ojos para mirar los de él. Arrugó el entrecejo.

—¿Qué he dicho?

Los dedos de Carter se detuvieron; luego reanudaron las caricias en el pelo.

—Has dicho... «Jo».

Allie asintió, mordiéndose el labio.

Resistió la urgencia de apoyarse contra él. De dejar que la abrazara y le dijera que todo iba bien. Como en los viejos tiempos.

Porque **nada** iba bien. Y aquellos no eran los viejos tiempos.

Escudriñó la habitación. Por lo visto, en algún momento el chico había apagado la luz del techo y encendido la lámpara de la mesita. ¿Cuánto rato llevaba dormida?

Sus ojos volvieron a posarse en Carter, que la observaba con expresión inescrutable. La acariciaba con manos vacilantes.

No debía de haber pasado mucho tiempo. Carter aún tenía el cabello mojado y se le había rizado un poco por efecto del agua. Olía a la misma pastilla de jabón que ella había utilizado.

Inconscientemente, se llevó la mirada a sus propias manos.

Ni rastro de sangre.

Ahora Carter le acariciaba las ondas que le caían por los hombros. Era una sensación tranquilizadora y al mismo tiempo electrizante. Cada caricia le quemaba la piel como un fogonazo.

No quería que Carter parara, pero tenía que hacerlo. Él ya no le pertenecía. Y ella tampoco le pertenecía a él.

Con una brusquedad innecesaria, Allie se incorporó.

Carter dejó caer la mano, como si algo le hubiese picado.

Allie simuló no darse cuenta, se aclaró la garganta y se echó hacia atrás para apoyar la espalda contra el cabecero de la cama.

Echó un vistazo a la almohada que había junto a ella. No había signos de que él hubiese dormido. Se había quedado haciendo guardia.

Carter se estaba mirando las manos fijamente. Incluso desde aquel ángulo, Allie advirtió la tristeza en su rostro.

—Sueño con ella —admitió Allie finalmente—. Con Jo. Todo el tiempo. —Se interrumpió y se miraron. Los ojos de Carter eran tan profundos como el mar. Podía hundirse en ellos. Perderse—. Me gusta verla. Es como si siguiera viva. —Miró la cara de él para ver cómo se lo tomaba—. ¿Es una locura, verdad? ¡Encerrad a Allie en el Hotel Majara! En ocasiones ve muertos.

—Yo sueño con mis padres continuamente —dijo él, sencillamente.

Allie parpadeó, sorprendida.

—¿De verdad?

Él asintió, forzando una lánguida sonrisa.

—Si hay un Hotel Majara, podemos compartir habitación. Para ahorrar y eso.

Allie se sintió extrañamente reconfortada. Todo eso del duelo era nuevo para ella. Carter, por el contrario, era un profesional; sus padres habían muerto cuando él tenía cinco años. Que hubiese llegado a los diecisiete relativamente cuerdo era una de las

cosas a las que ella se había aferrado tras la muerte de Jo.

Al fin y al cabo, ella solo había perdido a su amiga. Carter había perdido a sus padres y había sobrevivido. La idea de volverse loca, sabiendo que él había pasado por ese trago, resultaba casi egoísta.

—Es raro —dijo Carter al ver que ella no decía nada. Tenía las manos cruzadas ante él—. En mis sueños, a veces son iguales que en las fotos que tengo. Y otras veces no se parecen en nada. —Sonrió avergonzado—. Cuando me pasa eso, al despertar me siento culpable por no reconocerlos.

En aquel momento parecía tan tímido y vulnerable... Nunca había tenido tantas ganas de abrazar a Carter como en aquel mismo instante. Tuvo que cerrar los puños para controlarse.

—Así que, si alguien está chalado, seguro que soy yo.

—No estás loco —dijo Allie suavemente.

Cuando él se volvió, su mirada casi le parte el corazón.

—Eres la persona más cuerda que conozco —dijo Allie.

Él sonrió.

—Ya... pero es que estás rodeada de pirados.

—Cierto —concedió Allie—. Ya sabes, Dios los cría...

—Sí, pero ahora mismo el que está aquí soy yo.

La sonrisa de Allie se desvaneció.

—Siempre lo estás.

La ligereza del momento se disipó en el aire. La chispa había vuelto y los rodeaba, invisible.

—Carter... —empezó a decir Allie.

Al mismo tiempo, Carter dijo:

—Allie...

—Perdona —dijo él, levantando las manos—. Tú primero.

Allie sintió una presión en los pulmones.

—Solo quería... O sea... Gracias por lo de esta noche. Has mantenido la calma.

Carter suspiró y negó con la cabeza.

—Han disparado a tu abuela esta noche ¿y me dices que yo he mantenido la calma? No, Allie, tú lo has hecho. Nunca había visto a nadie actuar así bajo tanta presión. Has estado increíble. Eres increíble.

Él tomó sus manos y ella lo dejó hacer, aun sabiendo que estaba mal y que no debía pasar nada.

Aunque ella deseaba que pasara.

Podía sentir lo fuertes que eran los dedos de Carter. Aquella noche lo había visto noquear a un hombre de un puñetazo. Y aun así, cuando sus pulgares le acariciaron los nudillos, lo hicieron con la suavidad de las alas de una mariposa.

—Eres la persona más increíble que conozco.

Allie tenía que parar aquello antes de que fuera demasiado lejos.

—Carter...

Él la miró con anhelo y la voz de Allie se fue apagando.

¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿«No lo hagas»? ¿«Para»? ¿«No podemos»?
Sí, eso sería lo correcto.

Pero lo que quería decir era muy distinto. Aunque eso no podía decirlo.

¿O sí?

Salta.

Carter contemplaba la cara de Allie como si oyera la lucha que se estaba librando en su interior. Como si supiera que ella estaba tomando una decisión.

—¿Qué? —Los dedos de Carter subieron por el brazo desnudo de Allie hasta su hombro. Sus ojos eran urgentes. Como si aquella fuese la última oportunidad que tenían—. Allie, di algo. Cualquier cosa.

Ella deseó profundamente que eso fuera cierto. Deseó poder decir cualquier cosa. Porque, si ella le decía la verdad, ¿qué le diría?

—Carter... Te quiero.

Treinta y nueve

El corazón de Allie se paró.

Las palabras flotaban como humo en el aire, acusadoras.

No acabo de decir eso, pensó, presa del pánico. **¿Qué he hecho?**

Pero era demasiado tarde para echarse atrás. Uno no puede retractarse de una declaración de amor. No se puede retirar o pedir que no conste en acta. Se queda ahí para siempre.

Se quedó mirando a Carter. Estaba en shock, como si hubiese sido él quien lo hubiese dicho, y Allie esperó a que él reculara. A que se sintiera incómodo. A que le dijera que estaba equivocada. Que era mala persona.

Que era infiel.

Carter estaba tan inquietantemente inmóvil que parecía que no respiraba.

Luego su cuerpo se relajó, como si una fuerza invisible lo hubiese estado sujetando y lo hubiese soltado de repente. Suspiró irregularmente.

—Uf, Allie, yo también te quiero.

El hielo que aprisionaba el corazón de Allie empezó a derretirse. Todas sus dudas se disiparon, porque la respuesta estaba ante sus ojos.

No podía amar a Sylvain porque estaba enamorada de Carter. Siempre lo había estado.

Alargaron los brazos al mismo tiempo y luego, por fin, sus labios se tocaron, se besaron con el deseo acumulado de varios meses esforzándose por no amarse el uno al otro.

Allie estaba tan eufórica que la cabeza le daba vueltas. Había deseado aquello desde hacía mucho tiempo. Soñaba con ello. Pero había pensado que nunca podría ser. Ahora notaba los labios de Carter contra los suyos, cálidos y familiares. En la boca de Allie, el aliento de él era suave; le llenaba los pulmones.

Después de todo lo que había sucedido, Allie necesitaba aquello. Lo necesitaba a él. Necesitaba que estuviera bien.

En aquella cama desconocida, se arrodilló más cerca de Carter y entrelazó las muñecas alrededor de su nuca.

Él le susurraba palabras en los labios, y aunque ella no era capaz de distinguirlas, sabía qué decía. Que la quería. Que tenían que estar juntos para siempre.

Las manos del chico resbalaron por la espalda de Allie hasta su cintura e intentó atraerla hacia sí, pero no hizo falta; ella le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él para que se pusiera encima de ella.

Cuando Allie quedó de espaldas sobre la cama, Carter se apoyó en los brazos para no aplastarla contra aquel colchón incómodo y le cubrió la cara de besos. La besó en la frente, en los párpados, en la punta de la nariz, en la barbilla...

Después volvió a su boca.

Allie exploró el cuerpo de Carter con curiosidad, bajando de los hombros hasta la

piel desnuda de los brazos, pasando por sus abdominales tan definidos y su pecho musculoso.

Estaba tan caliente... Tan vivo...

—¿Esto está pasando de verdad? —susurró Allie contra los labios de Carter—. No estoy soñando, ¿verdad?

Carter se incorporó, llevándosela consigo sin esfuerzo, y la sentó de cara a él. Las piernas de ambos estaban entrelazadas. Luego le sujetó la cara entre las manos como si estuviese hecha de un cristal muy frágil. Allie nunca le había visto los ojos tan serios.

—No es ningún sueño.

—¿Pero cómo puede ser? —dijo Allie, acariciándole los hombros, notando cómo bajo sus dedos se movían los músculos del chico, tangibles y reales—. ¿Qué vamos a hacer?

Carter deslizó las manos hasta la cintura de Allie y la atrajo hacia sí, hasta que ella sintió su aliento en las mejillas.

—Encontraremos la manera —le prometió Carter—. Tendremos que hacerlo. No pienso separarme de ti nunca más. No voy a seguir fingiendo.

Era como si él le leyera la mente. Como si dijera sus propios pensamientos en voz alta.

—Me siento como si me hubiese estado engañando a mí misma una eternidad... —Allie tocaba las sedosas cejas del chico, los suaves y rotundos ángulos de sus mejillas—. Pero tenía que hacerlo. No quería herir a nadie. No quería que me hirieran.

Carter cerró los ojos y dejó que ella lo acariciara.

—Nunca te haré daño, Allie. Nunca más.

Ella lo creyó.

Posó las manos sobre el pecho de Carter y volvió a echarlo sobre la cama. Él se tumbó, deseoso, y ella se tendió sobre él. El beso sofocó la risa de Allie.

—Lo intenté —dijo Carter en voz baja—. Intenté enamorarme de Jules.

Mientras hablaba, los dedos del chico trazaban círculos en la delicada piel de los antebrazos de Allie. Ella sintió la caricia hasta en el estómago.

Allie pasó los dedos por los suaves mechones de cabello oscuro de él.

Estaban tumbados el uno junto al otro en la cama. Ahora que podían tocarse, parecía que no podían parar.

—Me pasó lo mismo con Sylvain —confesó Allie. Con la precisión de una jeringa, la idea de lo mucho que aquello le dolería a Sylvain extrajo algo de felicidad al momento. Dejó caer las manos a los costados—. Lo aprecio mucho, cómo no voy a hacerlo. Pero cuando me dijo que me quería... no pude decir lo mismo. Creo que entonces lo supe. Pero no pude admitirlo para mí misma.

Carter se acercó los dedos de Allie a los labios y se los besó. Sus ojos eran sombríos.

—Pobre tío.

Allie pensó en la mirada perdida de Sylvain cuando se despidieron. En lo que había dicho: ***aun sabiendo que... ¿Se estaría refiriendo a eso?***

¿Había sabido todo el tiempo a quién quería ella?

La mera idea era insoportable.

Allie cogió la mano de Carter y la presionó contra su mejilla. Aquello era lo que importaba ahora. Aquel contacto.

Aquel amor.

Con la otra mano Carter dibujó líneas invisibles en el mentón de Allie, bajó por su cuello y le recorrió toda la clavícula.

El tacto la hizo estremecerse.

—¿Y Jules? —preguntó Allie—. ¿Está enamorada de ti?

La cara de Carter se ensombreció. Posó la mano en la cintura de Allie y asintió:

—Antes de irse... las cosas se pusieron bastante serias entre nosotros. Sabía que tenía que hacer algo antes de que llegáramos demasiado lejos, pero no sabía cómo. No quería... hacerle daño.

Carter se puso de espaldas con la cabeza apoyada en una mano y miró al techo, como si allí pudiera encontrar las respuestas que necesitaba.

Allie se incorporó para poder verle la cara.

—Lo peor fue cuando sus padres se la llevaron... porque, en cierto modo, me quitó un peso de encima. —Carter evitaba mirarla—. Y me odié por ello. Pero no podía evitarlo. Tenía la esperanza de que en el colegio nuevo Jules encontrara a alguien que se portara bien con ella. Entonces cortaría conmigo y todo volvería a estar bien.

—Pero no lo hizo —dijo Allie.

Carter hizo un gesto negativo con la cabeza. Tenía los labios apretados.

—Me escribía cartas diciéndome que me esperaría hasta que los dos saliéramos. Que podríamos ir a la universidad juntos...

Allie dejó escapar un suspiro.

—Qué desastre —dijo con la voz tomada—. Nos esforzamos tanto en no herir a nadie que al final herimos a todo el mundo. —Se pasó los dedos por la cabellera enredada—. Deberían arrestarnos por el bien de la sociedad.

Una sonrisa amarga asomó a los labios de Carter.

—No somos criminales, Allie. Lo que pasa es que... no podemos dejar de estar enamorados.

Cada vez que lo decía, el corazón de Allie daba un vuelco.

Amor.

O sea que estar enamorada es esto...

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó ella, acercándose al chico—. Lo digo en

serio. Si ninguno nos atrevemos a hacer daño a Jules o a Sylvain...

—No nos queda más remedio. —Un mechón de la melena de Allie cayó sobre el torso de Carter. Él lo agarró y se lo enrolló en el dedo, como un anillo—. Acabas de decir que hemos intentado protegerlos y lo único que hemos conseguido es empeorar las cosas. Creo que, en el fondo, la mejor manera de protegerlos es que seamos sinceros con ellos.

De repente, Allie se sintió muy triste, apoyó la cabeza en el pecho de Carter y presionó su cuerpo contra el de él. Carter la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos. Ella escuchó el rítmico latido del corazón del chico y se le ocurrió que no recordaba haberse sentido jamás tan segura y a gusto.

—No quiero hacerle daño a nadie —murmuró. El agotamiento se apoderó de ella y sus ojos acabaron por cerrarse.

Carter la besó en la sien.

—Yo tampoco. Pero no pienso perderte otra vez, Allie Sheridan. Es una promesa.

¡Toc, toc, toc!

En un instante, Allie pasó de estar profundamente dormida a estar totalmente despierta. Se incorporó en la cama y se quedó mirando la pesada puerta de la habitación, esperando que fuera un sueño. Pero Carter ya se había levantado y estaba al lado de la cama, con el cuerpo en tensión.

Los golpes volvieron a sonar, tan fuertes e insistentes que el marco tembló.

Rápidamente tomaron posiciones a ambos lados de la puerta.

—¿Quién...? —susurró Allie mirando a Carter.

Él no despegó la mirada de la puerta.

—Espero que sea Raj. Solo hay un modo de saberlo. —Se aproximó a la puerta—. ¿Quién es?

Se hizo un silencio.

—Dom y compañía.

En cuanto oyó aquel familiar acento americano, Allie se relajó. Estaban salvados.

Carter se apresuró a descorrer los robustos pestillos y abrió la puerta.

Dom estaba de pie en la oscuridad del rellano, al frente de un grupo de guardias, tan tranquila, como si despertar a los alumnos en una pensión a las cuatro de la mañana fuera una actividad de rutina.

Sus gafas brillaban a la luz que salía del dormitorio, y estudió a los jóvenes en busca de heridas. Al no encontrar ninguna, ladeó la cabeza y dijo:

—Salgamos de aquí.

Pero antes de que pudieran moverse, Nicole y Zoe se abrieron paso a empujones entre el grupo.

—¡Allie! —Nicole la abrazó y Allie se aferró a ella, aliviada de ver a sus dos amigas sanas y salvas.

—¿Dónde está Rachel? —preguntó Allie, mirando hacia la oscuridad del descansillo.

—Está bien —la tranquilizó Nicole—. Está fuera, en el coche. Todo el mundo se encuentra bien.

—Menos mal —suspiró Allie, aliviada.

Todos estaban bien. Todo el mundo estaba perfectamente.

Todos menos una.

—¿Lucinda? —Allie miró a Nicole y luego a Dom; temía conocer ya la respuesta.

Nicole le apretó la mano y negó con la cabeza.

—No ha sobrevivido —dijo Dom—. Lo siento mucho.

Allie se estremeció. Eran las mismas palabras que Isabelle había utilizado cuando murió Jo.

No ha sobrevivido.

Era una manera horrible de decir que alguien había muerto. Como si, de algún modo, no hubiesen resistido lo suficiente. Como si fuera un fracaso no sobrevivir a un balazo. O a una puñalada.

Aún estaba procesando cómo se sentía cuando Zoe miró por detrás de ella y frunció el ceño al ver la cama deshecha. La chiquilla arrugó la nariz descaradamente:

—Un momento. ¿Habéis dormido **juntos**?

Allie se quedó helada. Se hizo un silencio incómodo en la escalera. Le pareció que todo el mundo la miraba. O evitaba hacerlo.

Carter se hizo cargo de la situación:

—Solo hay una cama —explicó—. Pero tampoco es que hayamos dormido mucho. —Allie lo miró bruscamente; él no le prestó atención—. Os estábamos esperando. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Había un montón de malos a los que combatir —dijo Zoe alegremente—. Y como os seguían, Raj nos hizo esperar.

Allie advirtió que el cuerpo de Carter se ponía tenso.

—¿Qué le hizo pensar eso? —preguntó el chico con la voz anormalmente tranquila.

—Cuando os fuisteis del parque, alguien iba detrás de vosotros —dijo Nicole en voz baja—. Pero el amigo de Raj, Sharif creo que se llama, ha vigilado la calle toda la noche y no ha visto a nadie, así que hemos decidido que ya era seguro venir a buscaros.

Allie pensó en Sharif, que ya estaba cansado antes de que ellos aparecieran y aun así se había quedado toda la noche despierto para protegerlos. Le habría dado un abrazo.

—**Creemos** que es seguro, pero no estamos convencidos —dijo Dom, aclarando la afirmación de Nicole—. Deberíamos irnos. Los coches están en la puerta.

—Un segundo. —Allie volvió a entrar en la habitación, cogió sus botas y se las calzó saltando sobre un pie. Carter estaba en el lado opuesto de la cama poniéndose

los zapatos.

Allie notó cómo todo el mundo los observaba, especulando acerca de lo que habría pasado en aquella habitación con una sola cama.

Una vez que se puso las botas, se enderezó y caminó hacia la puerta con la cabeza bien alta. Carter le pisaba los talones.

Mientras la puerta se cerraba, Allie echó un último y rápido vistazo a la habitación donde todo había cambiado. Donde finalmente había escuchado a su corazón.

Al girarse, Carter la rozó con los dedos, y ella no dudó ni por un segundo que había sido adrede.

Lo quería tanto que dolía.

Había perdido a la abuela que apenas conocía, pero no estaba sola. Ahora tenía a Carter.

Descendieron las escaleras en un orden preciso. Dos guardias a la cabeza; luego Nicole y Zoe, seguidas de Allie y Carter; y Dom y dos guardias más cerraban la marcha.

Allie estaba segura de que, aquellas alturas, ya habían despertado a todos los huéspedes de la casa, pero empezaron a moverse en silencio y se apresuraron en bajar las escaleras hasta la planta baja.

El recibidor estaba oscuro y no había ni rastro de Sharif. Allie le mandó un silencioso «gracias» por haber cuidado de ellos.

Los guardias abrieron la puerta principal.

Allie se puso de puntillas, pero no vio más que oscuridad.

Abandonaron la pensión de dos en dos. Allie y Carter iban hombro con hombro, rodeados por el resto.

La calle estaba completamente en silencio. Finalmente parecía que los borrachos del pub de la esquina se habían marchado a casa a dormir la mona.

Aún no había amanecido. Por encima de la brutal luz de las farolas, el cielo era de un negro aterciopelado. Allie alzó la vista hacia el oscuro vacío que había sobre sus cabezas. Allí faltaba algo. Tardó un minuto en darse cuenta de qué era.

No había estrellas.

En Londres nunca se ven las estrellas. La ciudad posee su propio sistema solar de faros y farolas. Cuando vivía allí, Allie sencillamente lo aceptaba. Pero ahora le parecía que, sin ellas, el cielo estaba vacío.

Cuatro Land Rovers negros los esperaban, aparcados en doble fila y con los motores parados. Allie vio que Rachel agitaba las manos desde el interior de un vehículo. Ella le devolvió el saludo.

El cálido aire de la noche olía a cansancio.

Moviéndose al unísono, con cuidado pero rápidamente, bajaron por los escalones

de cemento de la entrada hasta la acera. Ante sus ojos, las puertas de los vehículos se abrieron.

En los límites de su campo de visión, Allie vio que algo se movía. Se giró repentinamente y descubrió un gato delgaducho que atravesaba furtivamente el charco de luz de una farola. El animal se detuvo enfrente del primer Land Rover, se lamió el hombro y luego sus acusadores ojos dorados miraron a Allie fijamente.

Se nos ha cruzado un gato negro.

Un mal presagio la hizo estremecerse. Pero entonces oyó que Dom hablaba por el móvil («Subiendo a los vehículos. Estamos todos.»). La informática la agarró del codo y la condujo hasta el tercer vehículo.

Con los nervios a flor de piel, Allie fue adonde le decían, pero sin quitarle los ojos de encima al gato.

De repente el felino se agachó y bufó, como si se hubiese asustado. Lo vio escabullirse rápidamente, saltar por encima de un muro bajo con una gracilidad imposible y desaparecer en la noche.

Dom seguía tirando de ella enérgicamente y Carter iba algo más adelante. Allie se dio la vuelta para ver qué había asustado al gato.

El aliento se le atravesó en la garganta. Los vio llegar de todos lados.

De entre los coches, los callejones oscuros y los huecos de las escaleras emergieron figuras vestidas de negro. Estaban por todas partes e iban directos a por ella.

Las palabras del libro que Zelazny les había dado aparecieron en su mente con claridad meridiana: ***Ataca al enemigo cuando no está preparado. Aparece cuando no te espere.***

—Carter... —suspiró. Y algo en su voz debió alertar al chico, porque se giró bruscamente hacia ella en el preciso instante en que los guardias de Nathaniel atacaron.

La noche estalló.

—¡Marchaos! —gritó Dom, empujando a Allie y a Carter hacia el todoterreno. Entonces se giró y llamó a los demás con voz tensa—: Todos a sus puestos. Ahora. —Se dio media vuelta, se metió el teléfono en el bolsillo y se puso en guardia.

Luego los golpes y los quejidos, los crudos sonidos del combate, rompieron el silencio.

Carter agarró a Allie de la mano y la protegió con su propio cuerpo. Con mucho esfuerzo, se abrieron paso hacia el coche, entre la lluvia de puñetazos y patadas.

A duras penas, Allie se agarró del tirador para ayudarse a subir al vehículo. Casi tenía un pie dentro cuando alguien la agarró del pelo y le arañó la espalda tirando de ella.

Ella gritó y se debatió entre las garras invisibles. Carter entró en acción y lanzó una patada alta y firme. Su pie encajó con precisión en la mandíbula del atacante, que cayó al suelo sin lograr llevarse a Allie. Pero le arrancó un mechón de cabello, y el

cráneo de Allie ardió de dolor.

Otras manos intentaron llegar hasta ella, pero esta vez Carter agarró a Allie por la cintura y la lanzó bruscamente adentro del coche. Ella se estrelló torpemente contra el suelo del vehículo.

Los guardias de Nathaniel se arremolinaban a su alrededor. Eran demasiados para que Allie pudiera contarlos. Uno de ellos fue hacia la puerta. El otro agarró a Carter de la camiseta. Él se debatió mientras lo alejaban del coche.

—¡Carter! —gritó Allie, alargando el brazo para ayudarlo a subir.

Pero él no la siguió, sino que pateó las manos del hombre, se dio media vuelta y cerró el coche de un portazo, encerrando a Allie dentro.

—¡Marchaos! —gritó Carter al chófer, dando un porrazo en la puerta metálica—. Sacadla de aquí.

Exhibía una expresión resuelta y no miraba a Allie. A ella le llevó un segundo comprender lo que él estaba haciendo. Cuando lo comprendió, sintió que le faltaba el aire.

Lo miró con horror a través de la ventana. El corazón le martilleaba las costillas con tanta fuerza que pensó que iba a explotar.

—No, no, no... —dijo con una voz que le pareció extraña, aterrorizada—. No, Carter. No lo hagas.

Arañó el plástico de la puerta con las uñas, buscando torpemente la manija. Pero antes de que pudiera tirar de ella, oyó un chasquido mecánico y se activó el cierre centralizado de las puertas.

El Land Rover salió disparado tan bruscamente que la mano se le desprendió de la manija y se estrelló contra el suelo del coche.

Aturdida, creyó oír sus propios quejidos. Le dolía todo el cuerpo. La sangre le chorreaba por la cara, pero no sabía de dónde había salido.

Apretó los dientes y volvió a incorporarse.

—¡Para el coche! —gritó a todo pulmón—. Tenemos que volver a buscarlo. — Pero el coche no paró. Aceleró.

Sollozando, Allie agarró la manija de la puerta y tiró de ella con todas sus fuerzas, pero el cierre no cedió.

Estaba atrapada.

—Tenemos que volver —suplicó a los guardias de los asientos delanteros con voz ronca y enjugándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano—. No podemos abandonarlo. Lo matarán.

Por el espejo retrovisor, el conductor posó los ojos en Allie.

—Tengo órdenes de llevarte de vuelta al colegio.

Solo entonces comprendió lo que sucedía. No se dirigían a algún sitio para reagruparse y volver a rescatar a Carter. Iban a abandonarlo sin más.

—¡No! —Allie se abalanzó contra el chófer, pero el guardia que iba en el asiento del copiloto ya estaba preparado. Se giró y la cogió por las muñecas con una mano

férrea.

Ella se revolvió, pero el hombre era increíblemente fuerte.

—Señorita —dijo con neutralidad—, comprendo como se siente pero no tenemos elección. Tenemos órdenes de llevarla de regreso, sea como sea. Por favor, siéntese y déjenos hacer nuestro trabajo.

En silencio, Allie negó con la cabeza. No podía aceptarlo. No podía dejar a Carter.

Los ojos azules y fríos del guardia la miraron fijamente.

—Señorita Sheridan, no me obligue a sujetarla. —No estaba enfadado ni lo decía en modo cruel. De alguna manera, eso era lo peor.

Allie temblaba tan violentamente que le costaba hablar. Aun así, le suplicó:

—¿Pero es que no se da cuenta? —sollozó—. Lo van a matar. Y si lo matan...

...me muero.

—Lo lamento —dijo él. Pero ella no lo creyó.

Allie se retorció para ojear qué pasaba detrás de ellos. Ya estaban muy lejos como para poder distinguir las caras de los que abandonaban.

—Dios mío —susurró con el corazón destrozado.

Durante un segundo, le pareció ver a Carter defendiéndose entre una nube de atacantes de negro.

Entonces el coche torció la esquina y Carter desapareció en la oscuridad de la noche.

Nota de CJ Daugherty a sus lectores hispanohablantes

¡Hola!

Muchísimas gracias por leer *Resistencia*. Sé que habéis tenido que esperar más de lo debido. Os cuento lo que pasó: Después de la tercera entrega, una empresa grande compró la editorial que publicaba Night School en español y dicha empresa decidió que no iba a publicar la serie. Es algo que pasa MUY a menudo. Y es lo peor del mundo editorial. Lo peor.

Durante un tiempo me dije que se había acabado. Ya no habría Night School en español. Pero no pararon de llegarme cartas vuestras, rogando que sacara el siguiente libro en vuestro idioma. Me encantó que lo desearais tanto. De modo que decidí dároslo yo misma. Encontré a una maravillosa traductora, Sofia Pons, y empecé a investigar cómo podía publicar el libro por mi cuenta. Y aquí estamos.

A partir de ahora, sin embargo, está en vuestras manos. Necesito vender suficientes copias de este libro para pagar la traducción de la quinta entrega. Si todo va bien, la sacaré dentro de unos meses, pero si la gente empieza a subir este libro a Internet gratuitamente, habrá menos personas que lo compren, y quizás no pueda permitirme la traducción del quinto libro. Por favor, no lo subáis. ¡Animad a vuestros amigos a comprar el libro! Corred la voz.

También sería de gran ayuda que escribierais un comentario en Amazon o en Goodreads y que le dijerais a otra gente qué opináis sobre este libro y la serie.

Juntos lo conseguiremos.

Os quiere,

CJ xo



Antigua reportera de crónica negra, C. J. Daugherty es la autora de la serie de éxito mundial *Night School*. Después de graduarse en la Universidad de Texas, ejerció como periodista para periódicos de distintas ciudades estadounidenses, como Savannah y Nueva Orleans. Su labor como periodista de investigación, principalmente en crímenes y casos de corrupción, le granjeó varios premios. Tras mudarse a Inglaterra, escribió varios libros de viajes sobre Irlanda y París para editoriales como Time Out o Frommers. Durante un tiempo también trabajó como asesora de comunicación para el Gobierno británico en temas de contraterrorismo. La serie *Night School* se ha traducido a veintidós idiomas y ha sido número uno en las listas de superventas de varios países. Además, C. J. Daugherty ha coescrito *The Secret Fire*, junto a la autora francesa Carina Rozenfeld.

Para saber más sobre la escritora, visita www.CJDaugherty.com.